

Bolsillo Paidós

Ulrich Beck

Títulos publicados:

1. N. Klein - *No logo*
2. G. Duby - *Europa en la Edad Media*
3. M. T. Serafini - *Cómo se escribe*
4. J. Rifkin - *La economía del hidrógeno*
5. G. Épiney-Burgard y E. Zum Brunn - *Mujeres trovadoras de Dios*
6. U. Beck - *Un nuevo mundo feliz*
7. R. Sheldrake - *De perros que saben que sus amos están camino de casa*
8. A. Ellis y R. Chip Tafrate - *Controle su ira antes de que ella le controle a usted*
9. P. Grimal - *La civilización romana*
10. S. Gruzinski - *El pensamiento mestizo*
11. R. A. Neimeyer - *Aprender de la pérdida*
12. A. Mattelart - *Historia de la sociedad de la información*
13. L. -J. Calvet - *Historia de la escritura*
14. J. Attali - *Diccionario del siglo XXI*
17. U. Beck - *¿Qué es la globalización?*

¿QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN?

Falacias del globalismo,
respuestas a la globalización



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Was is Globalisierung? Irrtümer des Globalismus - Antworten auf Globalisierung*

Publicado en alemán por Suhrkamp Verlag, Francfort del Meno

Traducción de Bernardo Moreno (partes I y II)
M.ª Rosa Borràs (partes III y IV)

Cubierta de Opalworks

1.ª edición en la colección Bolsillo, 2008

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1997 by Suhrkamp Verlag, Francfort del Meno
© de la traducción, Bernardo Moreno y M.ª Rosa Borràs
© 1998 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-2091-0
Depósito legal: B.-55.225/2007

Impreso en Litografía Rosés, S. A.
Energía, 11-27 - 08850 Gavá (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

Prólogo 11

PRIMERA PARTE INTRODUCCIÓN

- I. Contribuyentes virtuales 15
II. Entre la economía mundial y la individualización,
el Estado nacional pierde su soberanía: ¿qué hacer? 29
III. El choque de la globalización: un debate que
llega con retraso 41

SEGUNDA PARTE

¿QUÉ SIGNIFICA LA GLOBALIZACIÓN?

DIMENSIONES, CONTROVERSIAS Y DEFINICIONES

- IV. La apertura del horizonte mundial: hacia una
sociología de la globalización 59
1. La sociología como potencia de orden intelectual:
la teoría del contenedor de la sociedad 60
2. Espacios sociales transnacionales 66
a. *África no es un continente sino un concepto* . 67
b. *Mexicanos norteamericanos y norteamericanos
mexicanos* 69

3. Lógicas, dimensiones y consecuencias de la globalización	73
a. <i>El sistema mundial capitalista: Wallerstein</i>	75
b. <i>Política post-internacional: Rosenau, Gilpin y Held</i>	79
c. <i>La sociedad del riesgo mundial: la globalización ecológica como politización involuntaria</i>	87
d. <i>Por qué es falsa la tesis de la macdonaldización del mundo: paradojas de la globalización cultural</i>	94
e. <i>La glocalización: Roland Robertson</i>	103
f. <i>Poder imaginar vidas posibles: Arjun Appadurai</i>	113
g. <i>Riqueza globalizada, pobreza localizada: Zygmunt Bauman</i>	116
h. <i>Capitalismo sin trabajo</i>	122
V. La sociedad civil transnacional: cómo se forma una visión cosmopolita	133
1. Balance provisional: el «nacionalismo metodológico» y su contradicción	133
2. Boicot de masas simbólicamente escenificado: iniciativas cosmopolitas y subpolítica global ..	140
3. Topopoligamia: estar casado con muchos lugares a la vez es la mejor manera de que la globalización irrumpa en la propia vida	147
4. ¿Cómo es posible la crítica intercultural?	155
a. <i>«Esa sabiduría tan llena de picaresca»</i>	157
b. <i>Universalismo contextual</i>	162
VI. En torno a la sociedad mundial: perspectivas concurrentes	171

1. ¿Terceras culturas o sociedad civil global? ..	173
2. Democracia cosmopolita	181
3. Sociedad mundial capitalista	186
4. Sociedad del riesgo mundial: se abre la jaula de la modernidad	190
5. La sociedad mundial como política no democráticamente legitimada	195
6. Perspectivas: el Estado transnacional	206

TERCERA PARTE
ERRORES DEL GLOBALISMO

1. Metafísica del mercado mundial	221
2. El llamado comercio mundial libre	222
3. Estamos económicamente (todavía) en una situación de internacionalización y no de globalización	223
4. Escenificación del riesgo	226
5. La carencia de política como revolución ...	228
6. El mito de la linealidad	230
7. Crítica del pensamiento catastrofista	232
8. Proteccionismo negro	233
9. Proteccionismo verde	235
10. Proteccionismo rojo	236

CUARTA PARTE
RESPUESTAS A LA GLOBALIZACIÓN

1. Cooperación internacional	242
2. Estado transnacional o «soberanía incluyente»	246
3. Participación en el capital	254
4. Reorientación de la política educativa	255

PRÓLOGO

5. ¿Son las empresas transnacionales ademocráticas o antidemocráticas?	257
6. Alianza para el trabajo ciudadano	260
7. ¿Qué hay después del modelo <i>Volkswagen</i> de nación exportadora? La fijación de nuevos objetivos culturales, políticos y económicos	263
8. Culturas experimentales, mercados nicho y autorrenovación social	271
9. Empresarios públicos y trabajadores autónomos	276
10. ¿Pacto social contra la exclusión?	278
VII. Europa como respuesta a la globalización	285
VIII. Escenario de decadencia a la carta o la brasileñización de Europa	293
Bibliografía	297

En este libro nos proponemos tratar con el mayor detenimiento y claridad posibles acerca del arduo —y sembrado de minas— problema de la globalización: su polivalencia, su ambigüedad y sus dimensiones (raras veces diferenciadas). Intentaremos descubrir algunas trampas mentales, y enseñar cómo eludir las, pero, sobre todo, abrir el horizonte a respuestas políticas al tema de la globalización. En el fondo late también esta doble pregunta, a la vez sencilla y compleja: ¿Qué es la globalización, y cómo se puede configurar políticamente?

El presente ensayo está asimismo recorrido por dos filones críticos, en los que se documentan y presentan diversos hilos temáticos, experiencias y controversias sobre la globalización con la ayuda de textos «clásicos» y recientes:

- *La política de la globalización.*
- *Perspectivas de la sociedad mundial: controversias, conflictos y paradojas.*

Hace dos años que inicié este trabajo, cuya terminación ha sido posible fundamentalmente gracias a una «Distinguished Research Professorship» que me concedió la universidad de Cardiff, en Gales, y que desempeñé durante el

semestre de invierno de 1995-1996. Sin las interesantísimas charlas mantenidas con Barbara Adam, Martín Albrow, Jörg Dürschmidt, Anthony Giddens, David Held, Scott Lash, John Thompson, Robin White-Grove, Helen Wilkinson, Brian Wynne y tantos otros, pero, sobre todo, como siempre, con Elisabeth Beck-Gernsheim, este texto no habría visto nunca la luz. Aprovecho la ocasión para expresarles a todos ellos mi más profundo agradecimiento.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

CONTRIBUYENTES VIRTUALES

Con la demolición pacífica del muro de Berlín y el colapso del imperio soviético fueron muchos los que creyeron que había sonado el final de la política y nacía una época situada más allá del socialismo y el capitalismo, de la utopía y la emancipación. Pero, en los últimos años, estos defenestradores de lo político han bajado bastante el tono de su voz. En efecto, el término «globalización», actualmente omnipresente en toda manifestación pública, no apunta precisamente al final de la política, sino simplemente a una *salida de lo político* del marco categorial del Estado nacional y del sistema de roles al uso de eso que se ha dado en llamar el quehacer «político» y «no-político». En efecto, independientemente de lo que pueda apuntar, en cuanto al contenido, la nueva retórica de la globalización (de la economía, de los mercados, de la competencia por un puesto de trabajo, de la producción, de la prestación de servicios y las distintas corrientes en el ámbito de las finanzas, de la información y de la vida en general), saltan a la vista de manera puntual las importantes consecuencias políticas de la escenificación del riesgo de globalización *económica*: es posible que instituciones industriales que parecían completamente cerradas a la configuración política «estallen» y se abran al discurso político. Los presupuestos del Estado asistencial y

del sistema de pensiones, de la ayuda social y de la política municipal de infraestructuras, así como el poder organizado de los sindicatos, el superelaborado sistema de negociación de la autonomía salarial, el gasto público, el sistema impositivo y la «justicia impositiva», todo ello se disuelve y resuelve, bajo el sol del desierto de la globalización, en una (exigencia de) configurabilidad política. Todos los actores sociales deben reaccionar y dar una respuesta concreta en este ámbito, donde curiosamente las respuestas *no* siguen ya el viejo esquema derecha-izquierda de la práctica política.¹

¿Se puede decir que lo que fue la lucha de clases en el siglo XIX para el movimiento obrero es la cuestión de la globalización en el umbral del siglo XX para las empresas que operan a nivel transnacional? (Con la diferencia, por cierto esencial, de que el movimiento obrero actuaba como un *contrapoder*, mientras que las empresas globales están actuando hasta la fecha *sin* tener ningún contrapoder —transnacional— enfrente.)

¿Por qué la globalización significa politización? Porque la puesta en escena de la globalización permite a los empresarios, y sus asociados, reconquistar y volver a disponer del poder negociador política y socialmente domesticado del capitalismo democráticamente organizado. La globalización posibilita eso que sin duda estuvo siempre presente en el capitalismo, pero que se mantuvo en estado larvado durante la fase de su domesticación por la sociedad estatal y democrática: que los empresarios, sobre todo los que se mueven a nivel planetario, puedan desempeñar un papel

1. Véase al respecto A. Giddens, *Jenseits von Links und Rechts*, Francfort del Meno, 1997.

clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto, aun cuando «sólo» fuera por el poder que tienen para privar a la sociedad de sus recursos materiales (capital, impuestos, puestos de trabajo).

La economía que actúa a nivel mundial socava los cimientos de las economías nacionales y de los Estados nacionales, lo cual desencadena a su vez una subpolitización de alcance completamente nuevo y de consecuencias imprevisibles. Se trata de que, en este nuevo «asalto», el viejo enemigo «trabajo» se está viendo relegado a la vía muerta de la historia, pero también, fundamentalmente, de que «se está dando la jubilación», por así decir, al «capitalismo general ideal», como llamara Marx al *Estado*; se trata, en definitiva, de la liberación respecto de los corsés del trabajo y el Estado tal y como han existido en los siglos XIX y XX.

«Todo lo que es estamental y tradicional, y está anquilosado y encallecido, se está evaporando», había pregonado Marx en su *Manifiesto comunista* de manera bastante tajante con referencia al potencial revolucionario del capital. Lo «estamental» era entonces la organización social-estatal y sindical del trabajo, y «lo anquilosado y encallecido» eran las ventajas burocráticas y el esquilmamiento del pueblo por parte del Estado (nacional). Vemos, así, cómo las nuevas dimensiones de la «política imperativa y realista» de la globalización se asientan sobre unos fundamentos caracterizados por su efectividad y elegancia.

Por lo tanto, como se oye decir por doquier, no es la política particular de los empresarios, sino la «globalización» la que parece forzar esta serie de medidas perentorias y radicales. Por lo demás, según las «leyes» del mercado global, hay

que buscar no-A para obtener A; como, por ejemplo, eliminar o «secuestrar» puestos de trabajo para asegurar puestos de trabajo en un determinado lugar. Precisamente porque el trabajo se puede y debe reducir o rarificarse para incrementar los beneficios, la política actual se trasmuta subrepticamente en su contrario. Todo el que fomenta el crecimiento económico acaba *generando* desempleo; y todo el que rebaja drásticamente los impuestos para que aumenten las posibilidades de beneficios *genera* posiblemente también desempleo. Las paradojas políticas y sociales de una economía transnacional, que con la «eliminación de las trabas a la inversión» (es decir, con la eliminación de la normativa ecológica, sindical, asistencial y fiscal) debe ser mimada y premiada para que destruya cada vez más trabajo y de este modo se incrementen cada vez más la producción y los beneficios, deben quedar no obstante científicamente evidenciadas y políticamente reforzadas.

Lo cual quiere decir lo siguiente: la puesta en escena de la globalización como factor amenazador, es decir, la política de la globalización, no pretende solamente eliminar las trabas de los sindicatos, sino también las del *Estado nacional*; con otras palabras, pretende restar poder a la política estatal-nacional. La retórica de los representantes económicos más importantes en contra de la política social estatal y de sus valedores deja poco que desear en cuanto a claridad. Pretenden, en definitiva, dismantelar el aparato y las tareas estatales con vistas a la realización de la utopía del anarquismo mercantil del Estado *mínimo*. Con lo que, paradójicamente, a menudo ocurre que se responde a la globalización con la *renacionalización*.

No se suele reconocer que, en el tema de la globalización, no sólo «se juegan la piel» los sindicatos, sino también

la política y el Estado. Los políticos de los distintos partidos, sorprendidos y fascinados por la globalización «debilitadora de instituciones», están empezando a sospechar vagamente que, como dijera Marx tiempo ha, se pueden convertir en sus propios «sepultureros». De todos modos, personalmente yo no puedo por menos de considerar una ironía el que algunos políticos pidan a voces mercado, mercado y más mercado y no se den cuenta de que, de este modo, están matando el mismísimo nervio vital y cerrando peligrosamente el grifo del dinero y del poder. ¿Se ha visto alguna vez una representación más descerebrada y alegre de un suicidio tan manifiesto?

Pero ¿en qué se funda el nuevo poder de los empresarios transnacionales? ¿De dónde surge y cómo se reproduce su potencial estratégico?

A nadie se le oculta que se ha producido una especie de toma de los centros materiales vitales de las sociedades modernas que tienen Estados nacionales, y ello *sin* revolución, *sin* cambio de leyes ni de Constitución; es decir, mediante el desenvolvimiento simple y normal de la vida cotidiana o, como suele decirse, con el *business as usual*.

En primer lugar, podemos *exportar puestos de trabajo* allí donde son más bajos los costes laborales y las cargas fiscales a la creación de mano de obra.

En segundo lugar, estamos en condiciones (a causa de las nuevas técnicas de la información, que llegan hasta los últimos rincones del mundo) de desmenuzar los productos y las prestaciones de servicios, así como de *repartir el trabajo por todo el mundo*, de manera que las etiquetas nacionales y empresariales nos pueden inducir fácilmente a error.

En tercer lugar, estamos en condiciones de servirnos de los Estados nacionales y de los centros de producción indivi-

duales en contra de ellos mismos y, de este modo, conseguir «pactos globales» con vistas a unas condiciones impositivas más suaves y unas infraestructuras más favorables; asimismo, podemos «castigar» a los Estados nacionales cuando se muestran «careros» o «muy poco amigos de nuestras inversiones».

En cuarto, y último, lugar, podemos distinguir automáticamente en medio de las fragosidades —controladas— de la producción global entre *lugar de inversión, lugar de producción, lugar de declaración fiscal y lugar de residencia, lo que supone que los cuadros dirigentes podrán vivir y residir allí donde les resulte más atractivo y pagar los impuestos allí donde les resulte menos gravoso.*

Y, nótese bien, todo esto sin que medien suplicatorios ni deliberaciones parlamentarias, decretos gubernamentales, cambios de leyes ni, siquiera, un simple debate público. Esto justifica, por su parte, el concepto de «subpolítica»,² entendida no como una (teoría de la) conspiración sino como un conjunto de oportunidades de acción y de poder suplementarias *más allá del sistema político*, oportunidades reservadas a las empresas que se mueven en el ámbito de la sociedad mundial: el equilibrio y el pacto de poder de la primera modernidad de la sociedad industrial quedan así revocados y —*obviando al gobierno y al parlamento, a la opinión pública y a los jueces*— se traspasan a la *autogestión* de la actividad económica. El paso a la política de la globalización, aún no estipulada pero que escribe en cada caso desde cero las reglas de juego sociales, se ha producido de

2. Se encontrará ampliamente tratado el concepto de «subpolítica» en U. Beck (comp.), *Die Erfindung des Politischen*, Frankfurt del Meno, 1993, cap. V, págs. 149-171.

manera suave y normal y con la legitimación de algo que es inevitable: la modernización.

El Estado nacional es un Estado territorial, es decir, que basa su poder en su apego a un lugar concreto (en el control de las asociaciones, la aprobación de leyes vinculantes, la defensa de las fronteras, etc.). Por su parte, la sociedad global, que a resultas de la globalización se ha ramificado en muchas dimensiones, y no sólo las económicas, se entremezcla con —y al mismo tiempo relativiza— el Estado nacional, como quiera que existe una multiplicidad —no vinculada a un lugar— de círculos sociales, redes de comunicación, relaciones de mercado y modos de vida que traspasan en todas direcciones las fronteras territoriales del Estado nacional. Esto aparece en todos los pilares de la autoridad nacional-estatal: la fiscalidad, las atribuciones especiales de la policía, la política exterior o la defensa. Consideremos, por ejemplo, el caso de la fiscalidad.

Tras una subida de impuestos no se esconde una autoridad cualquiera, sino el mismísimo principio de la autoridad del Estado nacional. La soberanía en materia fiscal está ligada al concepto de control de las actividades económicas en el interior de un territorio concreto, premisa que, considerando las verdaderas posibilidades de comercio existentes a nivel global, resulta cada vez más ficticia. Las empresas pueden producir en un país, pagar impuestos en otro y exigir gastos estatales en forma de creación de infraestructuras en un tercer país. Las personas se han vuelto más móviles —y más ingeniosas— para, cuando son ricas, encontrar y explotar subterfugios o fisuras en las redes de arrastre del Estado nacional, o, cuando disponen de una competencia o mercancía muy demandada, instalar la mano de obra allí donde les resulta más ventajoso; o, finalmente, cuando son pobres, para emi-

grar allí donde creen atisbar un porvenir de bienestar y abundancia. Por su parte, se enredan en un mar de contradicciones los intentos de los Estados nacionales por mantenerse aislados, pues, para subsistir en medio de la competencia de la sociedad mundial, cada país tiene que atraer imperiosamente capital, mano de obra y cerebros.

Los gladiadores del crecimiento económico, tan cortejados por los políticos, socavan la autoridad del Estado al exigirle prestaciones por un lado y, por el otro, negarse a pagar impuestos. Lo curioso del caso es que son precisamente los más ricos los que se vuelven *contribuyentes virtuales*, toda vez que su riqueza descansa en última instancia en este virtuosismo de lo virtual. Así, de manera (las más de la veces) legal pero ilegítima, están socavando el bien general que tanto proclaman.

La revista *Fortune*, que publica regularmente la lista de los quinientos empresarios más ricos del mundo, se congratula de que éstos hayan «traspasado las fronteras para conquistar nuevos mercados y fagocitar la competencia local. Cuantos más países hay, mayores son los beneficios. Los beneficios de las quinientas empresas más grandes del mundo han aumentado un 15%, mientras que su volumen de negocio sólo lo ha hecho en un 11%». ³

«¡Vivan los beneficios, mueran los puestos de trabajo!», leemos en *Der Spiegel*. «Un milagro económico especial tiene atemorizada a la nación. En las empresas se ha infiltrado una nueva generación de altos ejecutivos que rinden culto, a imitación de EE.UU., a la acción bursátil. Resulta-

3. *Fortune*, Nueva York, 5-8-1996, citada por Frédéric F. Clairmont en «Endlose Profite, endliche Welt», *Le Monde diplomatique*, 11 de abril de 1997, pág. 1, donde se encontrarán también algunos datos sobre el desarrollo transnacional.

do fatídico: la bolsa recompensa a los destructores de empleos.» ⁴

Los empresarios han descubierto la nueva fórmula mágica de la riqueza, que no es otra que «capitalismo *sin trabajo* más capitalismo *sin impuestos*». La recaudación por impuestos a las empresas —los impuestos que gravan los beneficios de éstas— cayó entre 1989 y 1993 en un 18,6%, y el volumen total de lo recaudado por este concepto se redujo drásticamente a la mitad. «La red social debe transformarse y dotarse de nuevos fundamentos», sostiene André Gorz. «Pero con esta transformación —que no supresión— cabe preguntarse igualmente por qué se ha vuelto aparentemente infinanciable. Los países de la UE se han hecho más ricos en los últimos veinte años en un porcentaje que oscila entre el 50 y el 70%. La economía ha crecido mucho más deprisa que la población. Y, sin embargo, la UE cuenta ahora con veinte millones de parados, cincuenta millones de pobres y cinco millones de personas sin techo. ¿Dónde ha ido a parar este plus de riqueza? En Estados Unidos, es de sobra sabido que el crecimiento económico sólo ha enriquecido al 10% más acomodado de la población. Este 10% se ha llevado el 96% del plus de riqueza. La situación no ha sido tan crítica en Europa, aunque aquí las cosas no difieren tampoco sustancialmente.

»En Alemania, los beneficios de las empresas han aumentado desde 1979 en un 90%, mientras que los salarios sólo lo han hecho en un 6%. Pero los ingresos fiscales procedentes de los salarios se han duplicado en los últimos diez años, mientras que los ingresos fiscales por activida-

4. *Der Spiegel*, 1997, n.º 12, págs. 92-105, donde se encontrarán también algunos datos sobre la multiplicación de los beneficios merced a la espectacular supresión de puestos de trabajo.

des empresariales se han reducido a la mitad: sólo representan un 13% de los ingresos fiscales globales. En 1980 representaban aún el 25%; en 1960, hasta el 35%. De no haber bajado del 25%, el Estado habría recaudado en los últimos años ochenta mil millones de marcos suplementarios por año.

»En los demás países se advierte una evolución parecida. La mayoría de las firmas multinacionales, como Siemens o BMW, ya no pagan en sus respectivos países ningún impuesto... Mientras esto siga así..., la gente tendrá todo su derecho a no estar contenta de que le reduzcan las prestaciones sociales, las pensiones y los salarios.»⁵

Por su parte, las empresas transnacionales están registrando unos beneficios récord (merced sobre todo a la masiva supresión de puestos de trabajo). En sus balances anuales, los consejos de administración presentan unos beneficios netos astronómicos, mientras los políticos, que tienen que justificar unas cifras de paro escandalosas, suben los impuestos con la vana esperanza de que, con la nueva riqueza de los ricos, se creen al menos unos cuantos puestos de trabajo.

La consecuencia de todo esto es el aumento de la conflictividad también en el campo de la economía, es decir, entre los contribuyentes virtuales y los contribuyentes *reales*. Mientras que las multinacionales pueden eludir al fisco del Estado nacional, las pequeñas y medianas empresas, que son las que generan la mayor parte de los puestos de trabajo, se ven atosigadas y asfixiadas por las infinitas trabas y gravámenes de la burocracia fiscal. Es un chiste de mal

5. André Gorz, en entrevista concedida al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 1 de agosto de 1997, pág. 35.

gusto que, en el futuro, sean precisamente los *perdedores* de la globalización, tanto el Estado asistencial como la democracia en funciones, los que tengan que financiarlo todo mientras los *ganadores* de la globalización consiguen unos beneficios astronómicos y eluden toda responsabilidad respecto de la democracia del futuro. Consecuencia: es preciso formular en nuevos términos teóricos y políticos la cuestión trascendental de la justicia social en la era de la globalización.

También saltan a la vista las contradicciones del «capitalismo sin trabajo». Los directivos de las multinacionales ponen a salvo la gestión de sus negocios llevándoselos a la India del sur, pero envían a sus hijos a universidades europeas de renombre subvencionadas con dinero público. Ni se les pasa por la cabeza irse a vivir allí donde crean los puestos de trabajo y pagan muy pocos impuestos. Pero para sí mismos reclaman, naturalmente, derechos fundamentales políticos, sociales y civiles, cuya financiación pública torpedean. Frecuentan el teatro; disfrutan de la naturaleza y el campo, que tanto dinero cuesta conservar; y se lo pasan bomba en las metrópolis europeas aún relativamente libres de violencia y criminalidad. Sin embargo, con su política exclusivamente orientada a la generación de beneficios están contribuyendo a la vez al hundimiento de este modo de vida europeo. Pregunta: ¿dónde desearán vivir, ellos o sus hijos, cuando nadie financie ya los Estados democráticos de Europa?

Lo que es bueno para el Banco de Alemania no lo es ya necesariamente para la propia Alemania. Las multinacionales abandonan el marco de los Estados nacionales y retiran *de facto* su lealtad para con los actores del Estado nacional; con lo cual cae también en picado el grado de integración

social de sus respectivos países, y ello tanto más cuanto que más fuertemente se fundamentaba éste en el aspecto puramente económico. Son precisamente los Estados asistenciales bien acolchados los que caen en este insidioso círculo vicioso: deben pagar prestaciones codificadas a un número cada vez mayor de personas —pronto habrá cinco millones de parados registrados solamente en Alemania— al tiempo que van perdiendo el control de los impuestos, porque, en la partida de póquer por su religación local, las empresas transnacionales han acaparado las cartas definitivamente ganadoras. Dichas empresas se subvencionan de varias maneras: primero optimizando la creación de infraestructuras, en segundo lugar recibiendo subvenciones, en tercer lugar minimizando los impuestos, y en cuarto lugar «externalizando» los costes del desempleo.

Este círculo vicioso en el que cae el Estado asistencial no sólo es el resultado de unos recursos decrecientes junto a gastos que suben como la espuma, sino también de la falta de medios de pacificación conforme el abismo entre pobres y ricos se va haciendo cada vez más grande. Dado que el marco del Estado nacional ha perdido su fuerza vinculante, los ganadores y los perdedores de la globalización dejan de sentarse, por así decir, a la misma mesa. Los nuevos ricos ya no «necesitan» a los nuevos pobres. Entre ambos colectivos resulta difícil llegar a un compromiso, porque falta un marco común apropiado en el que se puedan abordar y regular estos conflictos que traspasan las fronteras.⁶

No resulta difícil imaginar que la lógica conflictual del juego capitalista sale renovada y reforzada, al tiempo que disminuyen los medios de pacificación del Estado (en su

esfuerzo por que aumente el pastel a repartir mediante un crecimiento económico forzoso).

Así, resulta bastante cuestionable el modelo de la primera modernidad, que se pensó y organizó sobre la base de la unidad de la identidad cultural («pueblo»), del espacio y del Estado cuando aún no estaba a la vista, ni se auspiciaba, una nueva unidad de la humanidad, del planeta y del Estado mundial.

6. Véanse al respecto las págs. 116-122 de este libro.

II

ENTRE LA ECONOMÍA MUNDIAL Y LA INDIVIDUALIZACIÓN, EL ESTADO NACIONAL PIERDE SU SOBERANÍA: ¿QUÉ HACER?

La conclusión salta a la vista: el proyecto de la modernidad parece haber fracasado. Los filósofos de la *posmodernidad* fueron los primeros en extender —de manera jubilosa y enfática— el certificado de defunción a la pretensión de racionalidad por parte de la ciencia. Lo que se hace pasar por universalismo occidental de la Ilustración y de los derechos humanos no es otra cosa que la opinión de «hombres blancos, muertos o viejos», que oprimen los derechos de las minorías étnicas, religiosas y sexuales mientras imponen de manera absoluta su «metadiscurso» partidista.

Mediante la tendencia secular a la *individualización*, se dice luego, se torna poroso el conglomerado social, la sociedad pierde conciencia colectiva y, por ende, su capacidad de negociación política. La búsqueda de respuestas políticas a las grandes cuestiones del futuro se ha quedado ya sin sujeto y sin lugar.

Según esta negrísima visión, la globalización económica no hace sino consumir lo que se alienta intelectualmente mediante la posmodernidad y políticamente mediante la individualización, a saber, el colapso de la modernidad. El diagnóstico es el siguiente: *el capitalismo se queda sin trabajo y produce paro*. Con esto se quiebra la alianza histórica entre sociedad de mercado, Estado asistencial y democracia

que hasta ahora ha integrado y legitimizado al modelo occidental, es decir, al proyecto de modernidad del Estado nacional. Vistos desde esta perspectiva, los neoliberales son los liquidadores de Occidente, aun cuando se presenten como sus reformadores. Por lo que se refiere al Estado asistencial, la democracia y la vida pública, la suya es una modernización condenada a muerte.

Sin embargo, la decadencia empieza por el cerebro. El fatalismo es también una enfermedad del lenguaje. Antes de arrojarlos desde la Torre Eiffel, deberíamos ir a ver al médico del lenguaje. «Los conceptos están vacíos, y ya no aprehenden, iluminan ni seducen. Lo gris, que impregna todo el mundo, tiene probablemente también su fundamento en un enmohecimiento de las palabras.»¹ Lo que parece una degeneración podría, si sale bien, superar las ortodoxias que han hecho fracasar a la primera modernidad y auspiciar la irrupción de una segunda modernidad.²

1. U. Beck, «Väter der Freiheit», en U. Beck (comp.), *Kinder der Freiheit*, Francfort del Meno, 1997, págs. 377 y sigs.

2. *Pater semper incertus*. De un tiempo a esta parte se discute acaloradamente en la prensa acerca de la paternidad de la expresión «segunda modernidad». Sin embargo, el no haber leído ni poder citar no bastan para ganarse la originalidad —ni para atraerse las sospechas—. *Auf dem Weg in die Zweite Moderne* es el título —bastante explícito— de una colección por mí editada. Asimismo, *Auf dem Weg in eine andere Moderne* es el subtítulo de mi libro *Risikogesellschaft*, aparecido en 1986 en la edición de Suhrkamp. En esa misma colección se ha tenido ya ocasión de distinguir claramente entre «modernización sencilla» y «modernización reflexiva», así como entre «primera modernidad» y «segunda modernidad» —como por lo demás en todos los libros que han venido después—. *Die Erfindung des Politischen* (aparecido en 1993, también editado por Suhrkamp) se iba a haber llamado en un primer momento *Jenseits von Links und Rechts*, en un segundo momento, *Zweite Moderne*; pero ambos títulos se rechazaron luego por varios motivos. Además,

En mi libro *Kinder der Freiheit* (*Hijos de la libertad*) he tratado de mostrar cómo la denominada «degeneración de los valores» tal vez signifique el final del quehacer político de la ortodoxia colectiva, pero no el del quehacer político propiamente dicho. Paralelamente al desteñimiento del medio social moral, van tomando forma curiosamente los fundamentos vitales —a nivel mundial— de un *republicanismo cosmopolita*, en cuyo centro se encuentra la libertad de cada cual.

En cualquier caso, es difícil elevar la voz contra el poder global del mercado mundial. Esto sólo es posible a condición de acabar con la idea de un mercado mundial mundialmente poderoso que gobierna en nuestros cerebros y paraliza toda su actividad. En este libro me gustaría enfrentarme a este megafantasma que actualmente recorre Europa con el tirachinas de una simple diferenciación (entre, por una parte, el *globalismo* y, por otra, la *globalidad* y la *globalización*). Esta diferenciación tiene la virtud de demarcarse de la *ortodoxia territorial de lo político y lo social* que surgió con el proyecto del Estado nacional de la primera modernidad y se impuso omnímodamente a nivel categorial e institucional.

sin duda la importancia que se atribuye a un concepto juega en esto un papel insignificante. Desde el punto de vista del contenido, existe asimismo una gran afinidad entre *segunda modernidad* y *otra modernidad*: los temas de la citada colección —individualización, crisis ecológicas, sociedad sin trabajo y hasta la misma globalización— son aspectos esenciales de la *sociedad del riesgo*. Estoy seguro de que la siguiente queja se formulará así: «¡Vaya, no hay nada nuevo...!» Si existe algún parentesco electivo conceptual, no puede ser más que con la palabra acuñada por Jürgen Habermas «modernidad inconclusa». Véase también J. Habermas, «Jenseits des Nationalstaats?», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, Francfort del Meno, 1997.

Por *globalismo* entiendo la concepción según la cual el mercado mundial desaloja o sustituye al quehacer político; es decir, la ideología del dominio del mercado mundial o la ideología del liberalismo. Ésta procede de manera mono-causal y economicista y reduce la pluridimensionalidad de la globalización a una sola dimensión, la económica, dimensión que considera asimismo de manera lineal, y pone sobre el tapete (cuando, y si es que, lo hace) todas las demás dimensiones —las globalizaciones ecológica, cultural, política y social— sólo para destacar el presunto predominio del sistema de mercado mundial. Lógicamente, con esto no queremos negar ni minimizar la gran importancia de la globalización económica en cuanto a opción y percepción de los actores más activos. El núcleo ideológico del globalismo reside más bien en que da al traste con una distinción fundamental de la primera modernidad, a saber, la existente entre política y economía. La tarea principal de la política, delimitar bien los marcos jurídicos, sociales y ecológicos dentro de los cuales el quehacer económico es posible y legítimo socialmente, se sustrae así a la vista o se enajena. El globalismo pretende que un edificio tan complejo como Alemania —es decir, el Estado, la sociedad, la cultura, la política exterior— debe ser tratado como una empresa. En este sentido, se trata de un imperialismo de lo económico bajo el cual las empresas exigen las condiciones básicas con las que poder optimizar sus objetivos.

Resulta cuanto menos singular el hecho de que —y la manera como— el así entendido globalismo arrastra a su bando a sus mismos oponentes. Existe un globalismo *afirmador*, pero también otro *negador*, el cual, persuadido del predominio ineluctable del mercado mundial, se acoge a varias formas de proteccionismo:

Los *proteccionistas negros* lamentan el hundimiento de los valores y la pérdida de importancia de lo nacional, pero, al mismo tiempo, y de manera un tanto contradictoria, llevan a cabo la destrucción neoliberal del Estado nacional.

Los *proteccionistas verdes* descubren el Estado nacional como un biotopo político amenazado de extinción, que protege los valores medioambientales contra las presiones del mercado internacional y, en tal sentido, merece ser protegido al igual que la misma naturaleza.

Los *proteccionistas rojos* siguen aireando en todas las cuestiones el lema de la lucha de clases; para ellos, la globalización es un sinónimo más de «ya lo habíamos advertido». Están celebrando la fiesta de una resurrección marxista. En cualquier caso, se trata de una cegada porfía de la utopía.

De todas estas trampas del globalismo hay que distinguir eso que —en la estela del debate anglosajón— he dado yo en llamar globalidad y globalización.

La *globalidad* significa lo siguiente: *hace ya bastante tiempo que vivimos en una sociedad mundial*, de manera que la tesis de los espacios cerrados es ficticia. No hay ningún país ni grupo que pueda vivir al margen de los demás. Es decir, que las distintas formas económicas, culturales y políticas no dejan de entremezclarse y que las evidencias del modelo occidental se deben justificar de nuevo. Así, «sociedad mundial» significa la totalidad de las relaciones sociales que no están integradas en la política del Estado nacional ni están determinadas (ni son determinables) a través de ésta. Aquí la autopercepción juega un papel clave en cuanto que la sociedad mundial en sentido estricto —para proponer un criterio operativo [y políticamente relevante]— significa una sociedad mundial *percibida y reflexiva*. La pregunta

de hasta qué punto se da dicha sociedad se puede convertir empíricamente, según esto (de acuerdo con el teorema de Thomas, según el cual lo que los hombres consideran real se convierte en real), en la pregunta de cómo y hasta qué punto los hombres y las culturas del mundo *se perciben* en sus diferencias respectivas y hasta qué punto esta autopercepción desde el punto de vista de la sociedad mundial se torna relevante desde el de la conducta.³

En la expresión «sociedad mundial», «mundial» significa según esto *diferencia, pluralidad*; y «sociedad» significa estado de no-integración, de manera que (tal y como sostiene M. Albrow) la sociedad mundial se puede comprender como una *pluralidad sin unidad*. Esto presupone —como se verá a lo largo del presente libro— varias cosas muy diferenciadas; por ejemplo, formas de producción transnacional y competencia del mercado del trabajo, informes mundiales en los medios de comunicación, boicots de compras transnacionales, formas de vida transnacionales, crisis y guerras percibidas desde un punto de vista «global», utilización militar y pacífica de la energía atómica, la destrucción de la naturaleza, etc.

Por su parte, la *globalización* significa los *procesos* en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios.

Un diferenciador esencial entre la primera y la segunda modernidad es la *irrevisibilidad de la globalidad resultante*. Lo cual quiere decir lo siguiente: existe una afinidad entre

3. Véanse más adelante las págs. 87 y sigs., 103 y sigs., y págs. 140-155 y 173-216.

las distintas lógicas de las globalizaciones ecológica, cultural, económica, política y social, que no son reducibles —ni explicables— las unas a las otras, sino que, antes bien, deben resolverse y entenderse a la vez en sí mismas y en mutua interdependencia. La suposición principal es que sólo así se puede abrir la perspectiva y el espacio del quehacer político. ¿Por qué? Porque sólo así se puede acabar con el hechizo despolitizador del globalismo, pues sólo bajo la perspectiva de la pluridimensionalidad de la globalidad estalla la ideología de los hechos consumados del globalismo. Pero ¿qué es lo que torna irrevisable la globalidad? He aquí ocho razones, introducidas con frases programáticas:

1. El ensanchamiento del campo geográfico y la creciente densidad del intercambio internacional, así como el carácter global de la red de mercados financieros y del poder cada vez mayor de las multinacionales.
2. La revolución permanente en el terreno de la información y las tecnologías de la comunicación.
3. *La exigencia*, universalmente aceptada, de respetar los derechos humanos —también considerada (de boquilla) como el principio de la democracia.
4. Las corrientes icónicas de las industrias globales de la cultura.
5. La política mundial posinternacional y policéntrica: junto a los gobiernos hay cada vez más actores transnacionales con cada vez mayor poder (multinacionales, organizaciones no gubernamentales, Naciones Unidas).
6. El problema de la pobreza global.
7. El problema de los daños y atentados ecológicos globales.

8. El problema de los conflictos transculturales en un lugar concreto.

Con tales presupuestos cobra la sociología nueva importancia como investigación de lo que significa la vida humana en la inmensa gran trampa en que se ha convertido el mundo. La globalidad nos recuerda el hecho de que, a partir de ahora, nada de cuanto ocurra en nuestro planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y que todos deberemos reorientar y reorganizar nuestra vidas y quehaceres, así como nuestras organizaciones e instituciones, a lo largo del eje «local-global». Así entendida, la globalidad ofrece a nuestra consideración la nueva situación de la segunda modernidad. En este concepto se recogen al mismo tiempo los motivos básicos de por qué las respuestas tipo de la primera modernidad resultan contradictorias e inservibles para la segunda modernidad, con el resultado de que se debe fundar y descubrir de nuevo la política para el tiempo que dure la segunda modernidad.

A partir de este concepto de globalidad, el concepto de *globalización* se puede describir como *un proceso* (antiguamente se habría dicho: como una dialéctica) que crea vínculos y espacios sociales transnacionales, revaloriza culturas locales y trae a un primer plano terceras culturas —«un poco de esto, otro poco de eso, tal es la manera como las novedades llegan al mundo» (Salman Rushdie)—. En este complejo marco de relaciones se pueden reformular las preguntas tanto sobre las *dimensiones* como sobre las *fronteras* de la globalización resultante, teniendo presentes estos tres parámetros:

- en primer lugar, un mayor *espacio*;
- en segundo lugar, la estabilidad en el *tiempo*; y
- en tercer lugar, la *densidad* (social) de los entramados, las interconexiones y las corrientes icónicas transnacionales.

Dentro de este horizonte conceptual, estamos ya en condiciones de contestar a otras preguntas, como, por ejemplo: «¿En qué estriba la singularidad histórica de la globalización presente y sus paradojas en un lugar concreto (por ejemplo, en comparación con el denominado «sistema mundial capitalista», que se encuentra ya en formación desde el colonialismo y del que habla Immanuel Wallerstein)?⁴

La singularidad del proceso de globalización radica actualmente (y radicará sin duda también en el futuro) en la *ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales empíricamente comprobables y de su autodefinición de los medios de comunicación, así como de los espacios sociales y de las citadas corrientes icónicas en los planos cultural, político, militar y económico.*⁵ La sociedad mundial no es, pues, ninguna megasociedad nacional que contenga —y resuelva en sí— todas las sociedades nacionales, sino un horizonte mundial caracterizado por la multiplicidad y la ausencia de integrabilidad, y que sólo se abre cuando se produce y conserva en actividad y comunicación.

Los escépticos de la globalidad se preguntarán: ¿qué hay de nuevo en todo esto? Para luego sentenciar: nada del otro mundo. Pero se equivocan desde los puntos de vista histó-

4. Sobre I. Wallerstein, véanse las págs. 75-79 del presente libro.

5. Esto lo subraya el grupo de D. Held en «Die Globalisierung der Wirtschaft», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*.

rico, empírico y teórico. Nuevo no es sólo la vida cotidiana y las transacciones comerciales allende las fronteras del Estado nacional al interior de un denso entramado con mayor dependencia y obligaciones recíprocas; nueva es la autopercepción de esta transnacionalidad (en los medios de comunicación, en el consumo, en el turismo); nueva es la «translocalización» de la comunidad, el trabajo y el capital; nuevos son también la conciencia del peligro ecológico global y los correspondientes escenarios de actividad; nueva es la incoercible percepción de los otros transculturales en la propia vida, con todas sus contradictorias certezas; nuevo es el nivel de circulación de las «industrias culturales globales» (Scott Lash/John Urry); nuevo es también el paulatino abrirse paso de una imagen estatal europea, así como la cantidad y poder de los actores, instituciones y acuerdos transnacionales; y, finalmente, nuevo es también el nivel de concentración económica, que, pese a todo, se ve contrarrestado por la nueva competencia de un mercado mundial que no conoce fronteras.

Finalmente, y en consecuencia, globalización significa también: *ausencia de Estado mundial*; más concretamente: *sociedad mundial sin Estado mundial y sin gobierno mundial*. Estamos asistiendo a la difusión de un capitalismo globalmente desorganizado, donde no existe ningún poder hegemónico ni ningún régimen internacional, ya de tipo económico ya político.

Las otras tres partes del presente ensayo se abordarán en el horizonte de esta diferenciación. En la segunda parte —¿*Qué significa la globalización?*— se esbozan, y cotejan entre sí, la pluridimensionalidad, ambivalencia y paradojas de la globalidad y de la globalización desde los puntos de vista social, económico, político, ecológico y cultural.

Como trataremos de mostrar en la tercera parte —*Errores del globalismo*—, el espacio libre configurador, el primado de lo político, sólo se puede recuperar con una crítica decidida al globalismo.

En la cuarta parte —*Respuestas a la globalización*—, en una especie de *brainstorming* público se presentan como contraveneno para la parálisis política actual diez puntos básicos que permiten abordar las exigencias planteadas por la era global.

El final lo conforma la siguiente «prueba del dedo» de Casandra: ¿qué ocurre cuando no ocurre nada? *La brasileñización de Europa*.

EL CHOQUE DE LA GLOBALIZACIÓN: UN DEBATE QUE LLEGA CON RETRASO

El debate sobre la globalización llega —y zarandea— con retraso a la opinión pública de este país. En Gran Bretaña, por ejemplo, hace más de diez años que se debate animada y productivamente en torno a este importante término en el seno de todos los partidos políticos, emulados al respecto por economistas, sociólogos, politólogos e historiadores. También está siendo importante el *choque de la globalización* en Alemania.

Una de las razones es porque, en la opinión aquí dominante, la globalización se relaciona unilateralmente ante todo con la supresión de puestos de trabajo dentro del país y con su traslado a países con sueldos más bajos; y esto en una época en la que la sociedad, a pesar del mayor crecimiento económico y de los vertiginosos beneficios obtenidos por las multinacionales, está registrando un paro a gran escala que recuerda bastante los tiempos de Weimar.

Además, se pueden aducir otros cuatro motivos para explicar el choque político de la globalización que está sacudiendo la Europa central (Francia, Austria, Suiza, Italia y, sobre todo, Alemania).

En primer lugar, se están viendo particularmente afectados y amenazados los Estados y sociedades con una autoconciencia primordialmente económica —«el nacionalismo

del marco alemán» o la «nación exportadora»— por parte de una globalización del mercado mundial que viene presuntamente de fuera.

En segundo lugar, hay algunos Estados asistenciales, como Francia y Alemania, que, a diferencia de EE.UU. y Gran Bretaña, pertenecen al grupo de los que salen perjudicados con la globalización, atrapados como se ven en medio de la disyuntiva de la política social en una época de globalización económica: el desarrollo económico se hurta al control del Estado nacional mientras, por otra parte, sus consecuencias sociales —paro, migración, pobreza— se ceban en las arcas del Estado asistencial nacional.

En tercer lugar, la globalización zarandea la imagen de espacio homogéneo, cerrado, estanco y nacional-estatal que tiene de sí mismo un país que ostenta el nombre de República Federal en sus fundamentos constitucionales. En cambio, en Gran Bretaña, que era un imperio mundial, la globalización aparece como un bonito recuerdo de éste. También es Alemania desde hace mucho tiempo un lugar global en el que se dan cita diferentes culturas del mundo, con sus correspondientes contradicciones. Pero esta realidad ha permanecido hasta ahora oculta en el concepto que tiene de sí misma una nación mayormente homogénea. Todo esto ha salido a la luz a raíz del debate acerca de la globalización, pues ésta significa, como se ha dicho, ante todo una cosa: desnacionalización, es decir, erosión pero también posible transformación del Estado nacional en un Estado transnacional.

El choque de la globalización en cuanto choque de la desnacionalización no sólo cuestiona las categorías al uso sobre la identidad de los alemanes de la posguerra, es decir, un «modelo de Alemania» corporativista con su específico

sistema social. Esta experiencia, y esta exigencia, se casa mal, en cuarto y último lugar, con las disputas en torno a la reunificación de las dos Alemanias. Sin embargo, el drama de la reunificación (en muchos aspectos semejante a un drama matrimonial) ha supuesto que los alemanes se ocupen de sí mismos y de la cuestión: ¿qué elementos «alemanes» comunes se han mantenido tras medio siglo de separación, y con cuáles de dichos elementos merece la pena identificarse? En esta fase de autocontemplarse y autocuestionarse, estalla ahora esta noticia o bomba que es la globalización: el Estado nacional pierde soberanía y sustancia con la —tan pulcramente planeada— separación de competencias en el marco del mercado común europeo, y esto en todas las dimensiones: recursos financieros, poder de configuración política y económica, política informativa y cultural, identificación cotidiana de los ciudadanos... La *posibilidad*¹ de que surjan «Estados transnacionales» como respuesta a la globalización, con lo que esto supone en los planos económico, militar, político y cultural, la avanzamos aquí sólo a modo de hipótesis de trabajo.

Si en el vértigo y remolino del año asombroso de 1989 se decía todavía: «Crece junto lo que pertenece al mismo tronco» (Willy Brandt), el mensaje del debate de la globalización es ahora el siguiente: en la base de estas esperanzas —y de sus correspondientes desencantos— subyace una imagen anticuada del idilio del Estado nacional. El modelo tradicional del Estado nacional sólo tendrá probabilidades de supervivencia en la nueva estructura de poder del mercado mundial, así como en las instancias y movimientos transnacionales, si el proceso de globalización se convierte en crite-

1. Véanse las págs. 206-216 y 246-253 de este libro.

rio de la política nacional en sus respectivos ámbitos (economía, legislación, defensa, etc.).

Este reconocimiento no es algo que se deje al libre arbitrio, por así decir, de los actores individuales ni de los actores sociales y políticos. La nueva situación social surgida a nivel mundial, en la que, por ejemplo, la idea de productos, empresas, tecnologías, industrias (e incluso asociaciones deportivas) «nacionales» se vuelve cada vez más ficticia, *exige forzosamente*, so pena de hundimiento económico, político y cultural, unas miras más amplias para la era global, sus posibilidades, ideologías, paradojas e histerias; pero, fundamentalmente, para el nuevo juego de poder al que todos —unos más que otros— estamos llamados ineluctablemente.

O, formulado de otra manera, *la globalidad es una condición impostergable de la actividad humana en las postrimerías de este siglo.*

Por lo cual, deben reformularse los fundamentos de la primera modernidad. ¿Qué significa la tolerancia? ¿Qué implican los derechos humanos, que se supone deben valer para todos, con respeto a las distintas culturas? ¿Quién garantiza los derechos humanos en el mundo del post-Estado nacional? ¿Cómo se puede salvar, o reformar, la seguridad social, que hasta ahora se ha concebido desde el punto de vista del Estado nacional, habida cuenta de la pobreza global cada vez mayor y del trabajo asalariado en progresiva disminución? ¿Estallarán nuevas guerras de religión cuando se erosionen los Estados nacionales, guerras agravadas por las catástrofes ecológicas? ¿O nos estamos dirigiendo a un mundo sin violencia, que, tras el triunfo del mercado mundial, vivirá en un clima de paz? ¿Estamos tal vez incluso en el umbral de una segunda Ilustración?

Tales son las preguntas, que como vemos afectan a la sustancia misma de la civilización, planteadas a propósito de la globalización, sin que nadie sepa, ni pueda saber, cómo se pueden contestar por encima de las tumbas de pobres y ricos, etnias, continentes o religiones, con sus respectivas historias violentas e inextricables.

SEGUNDA PARTE

¿QUÉ SIGNIFICA LA GLOBALIZACIÓN?
DIMENSIONES, CONTROVERSIAS Y
DEFINICIONES

LA CONTRARREVOLUCIÓN FRACASA

En los mismos días en que se estaba produciendo el colapso del imperio soviético, Boris Yeltsin, a la sazón ya presidente de la desgajada república rusa, pronunció desde lo alto de un tanque un valiente discurso dirigido a la población de Moscú, discurso que no fue retransmitido por la radio soviética (a la sazón en manos de los golpistas nostálgicos del comunismo), sino por vía satélite a través de la CNN. Este momento tan histórico —tan decisivo políticamente— permite ver de manera ejemplar la transcendencia de una red de información global, simbolizada por los satélites. La soberanía de la información del Estado nacional como parte de la soberanía política ha pasado a mejor vida. Los Estados nacionales ya no pueden seguir viviendo los unos de espaldas a los otros: sus fronteras fortificadas son un coladero, al menos por lo que a su religación al espacio de la comunicación global se refiere. Estamos, pues, ante la globalización *informativa*.

CARNE DE PINGÜINO ENVENENADA

Bastantes años antes, en la década de los sesenta, los biólogos de Ciudad del Cabo habían encontrado en la carne de pingüino una alta concentración de contaminantes industriales, que —sin que nadie supiera cómo— habían pasado de los productos y chimeneas de las fábricas químicas a los últimos rincones de una naturaleza aparentemente impoluta. Con motivo de la cumbre sobre medio ambiente celebrada en Río en 1992 se concretizó y precisó políticamente esta experiencia histórica de crisis ecológica global en la fórmula y exigencia de un «desarrollo sostenido» (*sustainable development*). Aun cuando este principio se interprete de diferentes maneras en la práctica política de todo el mundo, toda vez que la conferencia posterior celebrada en Nueva York en el verano de 1997 ha demostrado la falta de consecuencias concretas de que adolecen tales cumbres, se ha convertido en la actualidad en un baremo utilizado (contradictorio en cuanto a su contenido y, por ende, políticamente necesitado de negociación en cada caso) según el cual se puede medir y criticar las actividades y la conducta de todos los actores sociales de todo el mundo en casi todos los distintos ámbitos de la sociedad (desde el consumo hasta la producción pasando por la arquitectura, la política de transportes y municipal, etc.). Se trata aquí de la globalización ecológica.

MALABARISTAS DE LAS FINANZAS

Hace unos años, un joven malabarista de las finanzas precipitó en la ruina, mediante unas especulaciones trans-

nacionales al límite de la legalidad, a un banco británico de vieja raigambre al hacerle perder en un breve lapso de tiempo miles de millones de libras. En plena fragosidad del mercado mundial, ha tomado forma una nueva *economía virtual* de corrientes monetarias transnacionales cada vez menos deudoras de un sustrato material y más de los sistemas informáticos y de la información en general. Los peligrosos aspectos especulativos resultantes se hurtan a los controles de los Estados nacionales, por no decir incluso que hurtan a las economías nacionales sus propios cimientos sin que esté a la vista un marco reglamentador para las economías transnacionales o globales. Tiene que ver con la *globalización económica*.

MEGAFONÍA DE AEROPUERTO BERLÍN-CALIFORNIA

Son las veintiuna diez; en el aeropuerto berlinés de Tegel una rutinaria y amable voz comunica a los fatigados pasajeros que pueden finalmente embarcarse con destino a Hamburgo. La voz pertenece a Angelika B., que está sentada ante su tablero electrónico de California. Después de las dieciséis, hora local, la megafonía del aeropuerto berlinés es operada desde California, por unos motivos tan sencillos como inteligentes. En primer lugar, allí no hay que pagar ningún suplemento por servicios en horas extracomerciales; en segundo lugar, los costes salariales (adicionales) para la misma actividad son considerablemente mucho más bajos que en Alemania. Pues bien, esto resulta posible gracias a la telecomunicación. Se da así al traste con una premisa supuestamente inderogable del sistema de trabajo de las sociedades industrializadas; con lo cual, ya no existe necesi-

dad de que los operarios trabajen juntos en un lugar concreto para producir determinados bienes o servicios. Los puestos de trabajo se pueden exportar, lo que no impide que, al mismo tiempo, los empleados «cooperen» transnacional o transcontinentalmente, o presten servicios concretos en contacto «directo» con el destinatario o consumidor. Formulémoslo con una comparación: así como se organizan algunos viajes internacionales de manera que se puede disfrutar de la primavera en los distintos continentes, así también se podrían repartir teóricamente procesos de trabajo y de producción en todo el globo terráqueo, pagados a la tarifa más baja y, sin embargo, consiguiéndose el rendimiento deseado en el plano de la colaboración. Estamos aquí ante la globalización *de la cooperación del trabajo respecto a la producción*.

KHALED, EL REY DEL RAI

En febrero de 1997, *Aicha*, el último elepé del exiliado argelino Khaled, llamado el «rey del rai», fue elevado al olimpo del pop francés y elegido como el mejor disco del año. El mero hecho de que el himno a una muchacha árabe suene en todas las grandes emisoras de radio francesas (no sólo en las emisoras «de segunda fila» en lengua árabe), es ya de por sí bastante revelador. Es una especie de entrada oficiosa de los inmigrantes magrebíes en la nación cultural (pop) francesa. Visto esto desde fuera, Khaled representa nada menos que a Francia. Su música entusiasma en países tan distintos como Egipto, Israel y hasta en la archiconservadora Arabia Saudí; y existen co-versiones locales en hebreo, turco e hindi. Khaled hace música contra la arabofo-

bia de Occidente. Su figura y su música son buena muestra de que la globalización no debe ser nunca una vía de sentido único, sino que, antes bien, puede dotar a distintas culturas musicales regionales de una audiencia y una significación planetarias. Estamos aquí ante la *globalización cultural*.

Globalización es a buen seguro la palabra (a la vez eslogan y consigna) peor empleada, menos definida, probablemente la menos comprendida, la más nebulosa y políticamente la más eficaz de los últimos —y sin duda también de los próximos— años. Como muestran los casos arriba apuntados, es preciso distinguir las diferentes *dimensiones* de la globalización; a saber (y sin pretender ser exhaustivos ni excluyentes), las dimensiones de las *técnicas de comunicación*, las dimensiones *ecológicas*, las *económicas*, las de la *organización del trabajo*, las *culturales*, las de la *sociedad civil*, etc. Si consideramos, por ejemplo, esa dimensión que está (casi exclusivamente) en el centro del debate público —la globalización económica—, la niebla dista mucho de disiparse: ¿se trata de inversiones directas de empresas alemanas en el extranjero?, ¿del papel de las grandes empresas que operan a nivel internacional?, ¿se trata de la desnacionalización de la economía, y por consiguiente de que tanto las etiquetas comerciales nacionales como las economías nacionales propiamente dichas se están volviendo ficticias, de manera que la prosperidad de una industria «nacional» no coincide con la prosperidad de los ciudadanos (nacionales)?

¿Se trata, en fin, de esa «economía virtual» de las corrientes monetarias y financieras que parece desligarse del sustrato material de la producción de valores de uso? ¿O se trata más bien de algo más banal, a saber, de que la econo-

mía alemana se siente presionada porque en otras partes se produce más barato?¹

Este último punto de vista, que en este país goza de mayor aceptación, se suele sobrevalorar demasiado. La afirmación de que la globalización que se ha dado se ha movido principalmente en el sentido de la supresión de puestos de trabajo en Alemania y de la exportación de puestos de trabajo a países con costes laborales más bajos se ve relativizada por los hechos. En efecto, *esta* forma particular de globalización no es —hasta ahora— *ninguna* causa esencial de desempleo.² Sin duda hay determinados sectores muy afectados por la competencia de trabajos poco cualificados y mal pagados en los denominados «Estados tigres» de Asia o Europa oriental. Pero estos problemas de adaptación a la división del trabajo internacional apenas inciden en la economía en su conjunto: no más del 10% de los puestos de trabajo se ven afectados por ello. Por otra parte, la propia exportación alemana a estos países ha aumentado en general en estos últimos años. No existen ejemplos de una rapidísima exportación de puestos de trabajo que no se haya visto compensada a su vez por una demanda suplementaria de exportaciones.³ A este respecto, para precisar mejor la globalización, son muchos los que hablan de *internacionalización*. Con esta palabra se formula y explica bastante bien que las relaciones comerciales siguen siendo dominan-

1. Véase, para cada caso concreto, Kommission für Zukunftsfragen, *Zweiter Bericht*, Bonn, 1997.

2. Sobre las diversas significaciones del concepto «globalización», véase Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge, 1996, págs. 1-18.

3. Friedhelm Hengsbach, «Wettlauf der Besessenen», entrevista concedida a *Spiegel*, 1997, n.º 10, pág. 40.

tes entre los países altamente industrializados *en el seno* de los grandes espacios económicos de Europa, América y el Pacífico.⁴

Por su parte, la cuestión de saber *cuándo* se inició la globalización económica es asimismo objeto de disputa. Para muchos, el inicio del «sistema mundial capitalista» (Immanuel Wallerstein) se remonta al siglo XVI, con el inicio del colonialismo; para otros, al advenimiento de las empresas internacionales; y, para otros aun, la globalización se inicia con la supresión de los tipos de cambio fijos o con el colapso del bloque oriental...⁵

Sin duda esto contribuye decisivamente a que el concepto y el discurso de la globalización nos resulten tan esponjosos. Pretender ser precisos aquí es lo mismo que intentar pintar un flan estrellado en la pared.

Pero, ¿no se puede encontrar un denominador común para las distintas dimensiones y controversias sobre la globalización? Sin duda que sí. En general, se puede afirmar que se ha venido abajo una premisa esencial de la primera modernidad, a saber, la idea de *vivir y actuar en los espacios cerrados y recíprocamente delimitados de los Estados nacionales y de sus respectivas sociedades nacionales*. Globalización

4. Véase más adelante, pág. 87 y sigs.

5. El inicio de la globalización aparece fechado de manera bastante bien diferenciada.

Autor	Inicio	Denominación
Marx	siglo XV	capitalismo moderno
Wallerstein	siglo XV	sistema mundial capitalista
Robertson	1870-1920	multidimensional
Giddens	siglo XVIII	modernización
Perlmutter	final del conflicto este-oeste	civilización global

Véase al respecto J. N. Pieterse, «Der Melange-Effekt», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Frankfurt, 1997.

significa la perceptible pérdida de fronteras del quehacer cotidiano en las distintas dimensiones de la economía, la información, la ecología, la técnica, los conflictos transculturales y la sociedad civil, y, relacionada básicamente con todo esto, una cosa que es al mismo tiempo familiar e inasible —difícilmente captable—, que modifica a todas luces con perceptible violencia la vida cotidiana y que fuerza a todos a adaptarse y a responder. El dinero, las tecnologías, las mercancías, las informaciones y las intoxicaciones «traspasan» las fronteras, como si éstas no existieran. Inclusive cosas, personas e ideas que los gobiernos mantendrían, si pudieran, fuera del país (drogas, emigrantes ilegales, críticas a sus violaciones de los derechos humanos) consiguen introducirse. Así entendida, la globalización significa la muerte del apartamiento, el vernos inmersos en formas de vida transnacionales a menudo no queridas e incomprendidas, o —tomando prestada la definición de Anthony Giddens—⁶ *actuar y (con)vivir superando todo tipo de separaciones (en los mundos aparentemente separados de los Estados nacionales, las religiones, las regiones y los continentes).*

La eliminación de las separaciones tiene el siguiente resultado: «La matriz espacial del mundo ya no incluye, en primer lugar, ninguna mancha blanca y, en segundo lugar, permite en principio posibilidades de orientación para cada cual, sin tener en cuenta el punto del globo en el que él o ella puedan hallarse. Gracias a los medios de comunicación y transporte modernos, la globalización es (...) posible en principio sin fatiga». Se convierte en experiencia cotidiana, por así decir, para la «conducta provinciana. Una

6. A. Giddens, *Jenseits von Links und Rechts*, op. cit., págs. 23 y sigs.

odisea o una robinsonada son actualmente aromas literarios inimaginables para la percepción del mundo, porque héroes como Ulises o Robinson resultarían más bien unas figuras ridículas, sobre todo cuando el intercambio de estudiantes germanoamericanos a través del Atlántico se ha normalizado y se organizan protestas de los parlamentarios europeos contra las pruebas nucleares francesas en una zona del mundo para cuyo recorrido, por ejemplo, el capitán Cook habría tenido que dedicar una buena parte de su vida... Las distintas horas de las distintas regiones mundiales se convierten en una única hora mundial normalizada y normalizadora completamente interrelacionada, y ello no sólo porque a través de los modernos medios de comunicación se pueda producir “virtualmente” la simultaneidad de sucesos no simultáneos, de manera que cada suceso no simultáneo —probablemente sólo local o regional— se torna parte de la historia mundial, sino también porque la simultaneidad sincrónica se convierte en no-simultaneidad diacrónica y, de esta manera, se pueden producir cadenas artificiales de tipo causa-efecto. Sucesos de distintas zonas y significación se “translocalizan” ahora sobre *un solo* eje temporal, y ya no sobre varios... Cuando se abren en Francfort los mercados de divisas y valores, ya se conocen los índices de cierre de Tokio, Singapur o Hong Kong, y cuando se inicia la jornada bursátil en Wall Street, ya se conocen también las tendencias de los índices de las bolsas europeas. Actualmente los operadores de bolsa, que pueden estar presentes las 24 horas del día en los distintos centros bursátiles del mundo, tienen la ventaja de poder cobrar también todos sus beneficios por arbitraje... En el plano económico, el globo ya no es ancho y grande con países alejados, sino denso y pequeño y próximo con cen-

tros de mercado (del dinero) telecomunicativamente conectados».⁷

La globalización cuestiona un presupuesto fundamental de la primera modernidad, a saber, esa construcción lógica que A. D. Smith ha denominado «nacionalismo metodológico»: el contorno de la sociedad se considera en su mayor parte coincidente con el del Estado nacional. Con la globalización, en todas sus dimensiones, surge frente a esto, no sólo una nueva multiplicidad de conexiones y relaciones entre Estados y sociedades, sino que además se arraiga con mayor fuerza todavía la estructura de los presupuestos fundamentales según los cuales se ideaban, organizaban y vivían hasta ahora las sociedades y los Estados en cuanto *unidades territoriales recíprocamente delimitadas*. La globalidad quiere decir que se rompe la unidad del Estado nacional y de la sociedad nacional, y se establecen unas relaciones nuevas de poder y competitividad, unos conflictos y entrecruzamientos entre, por una parte, unidades y actores del mismo Estado nacional y, por la otra, actores, identidades, espacios, situaciones y procesos sociales transnacionales.

7. E. Altvater y B. Mahnkopf, «Die globale Ökonomie am Ende des 20. Jahrhunderts», *Widerspruch*, 31, año XVI, 1996, págs. 21 y sig.

8. A. D. Smith, *Nationalism in the Twentieth Century*, Oxford, 1979, pág. 191.

LA APERTURA DEL HORIZONTE MUNDIAL: HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

«Con su explotación del mercado mundial, la burguesía ha imprimido un sesgo cosmopolita a la producción y consumo de todos los países. Para chasco y desazón de los reaccionarios, ha retirado de debajo de nuestros pies el mismísimo suelo nacional. Las viejas industrias nacionales se han ido —y se siguen yendo— a pique, presionadas por nuevas industrias cuya entrada en escena constituye un serio peligro para todas las naciones civilizadas. La vieja autosuficiencia y cerrazón a nivel local y nacional han dado paso a un movimiento y a una dependencia multilateral de las naciones. Y esto no sólo en la producción industrial, sino también en la producción espiritual. Así, los productos del espíritu de cada nación se convierten en bien común. La unilateralidad y cerrazón nacionales tienen los días contados, mientras vemos cómo a partir de numerosas literaturas nacionales y locales se va formando una sola literatura mundial.»¹

Esta cita no pertenece a ningún manifiesto neoliberal de 1996, sino al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, publicado, como se sabe, en febrero de 1848. De esta cita se coligen muchas ideas importantes: en primer lugar, que los au-

1. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifest der Kommunistischen Partei*, incluido en K. Marx, *Die Frühschriften*, Stuttgart, pág. 529.

tores del *Manifiesto comunista* fueron los primeros en ensalzar el papel revolucionario de la «burguesía» en la historia mundial; en segundo lugar, que el debate sobre la «explotación del mercado mundial» se remonta a una fecha mucho más vieja de lo que suele aceptar la memoria «miope» del debate público; en tercer lugar, que, irónicamente, las posturas neoliberal y protomarxista se parecen bastante en el fondo; y, en cuarto y último lugar, que la visión estatal-nacional, que ha venido dominando hasta hoy en las ciencias sociales, en su primera fase ya se vio cuestionada en medio de los torbellinos políticos del floreciente capitalismo industrial.

I. LA SOCIOLOGÍA COMO POTENCIA DE ORDEN INTELLECTUAL: LA TEORÍA DEL CONTENEDOR DE LA SOCIEDAD

La sociología «moderna» se entiende, cuando se hojea alguno de sus libros de texto, como la ciencia «moderna» de la sociedad «moderna». Por esto se entiende un esquema de clasificación del espacio social —tan oculto como consensuado—, que podríamos denominar como la *teoría del contenedor de la sociedad*.

En primer lugar, según esto, las sociedades presuponen —política y teóricamente— el «dominio estatal del espacio» (J. Agnew y S. Corbridge). Lo cual quiere decir que la visión sociológica resulta de la autoridad ordenadora —poder y violencia— del Estado nacional. Esto se expresa en el hecho de que las sociedades-Estados estén (por definición) subordinadas; las sociedades son sociedades *estatales*, y el orden de la sociedad significa orden estatal. Es en este sentido

como, en el lenguaje cotidiano y en el de la ciencia, se habla de sociedad «francesa», «americana» o «alemana».

Más allá de todo esto, el concepto de lo político está vinculado no a la sociedad, sino al Estado, lo que a lo largo de la historia no ha sido en modo alguno el caso (como señala M. Viroli).² Dentro de esta arquitectura mental e institucional, las sociedades «modernas» se convierten en sociedades individuales y delimitadas las unas respecto de las otras. Sin embargo, se recogen, *como en un contenedor*, dentro del espacio de poder de los Estados nacionales. Por otro lado, las sociedades «modernas» son, según esta concepción, no políticas, toda vez que el quehacer político se desplaza hacia —y sólo hacia— el espacio del Estado.

Este esquema del ordenamiento vale, en segundo lugar, no sólo hacia fuera, sino también hacia dentro. El espacio interno de las sociedades individuales delimitadas hacia fuera se subdivide en totalidades internas que, por un lado, son pensadas y analizadas como *identidades colectivas* (clases, estamentos, grupos religiosos y étnicos, formas de vida delimitables de hombres y mujeres) y, por el otro, están teóricamente separadas y ordenadas, según la metáfora orgánica del «sistema social», en los mundos privativos de la economía, la política, el derecho, la ciencia, la familia, etc., con sus «lógicas» (o «códigos») respectivas. La homogeneidad interna es esencialmente una creación del control estatal. Todos los tipos de prácticas sociales —producción, cultura, lenguaje, mercado laboral, capital, educación— están

2. Así, por ejemplo, en el primer Renacimiento italiano el concepto de lo político estuvo estrechamente relacionado con lo social; véase M. Viroli, *From Politics to Reason of State: The Acquisition and Transformation of the Language of Politics, 1250-1600*, Cambridge, 1992, págs. 2 y sig.

regulados, acuñados, limitados, racionalizados y, al menos, etiquetados desde el punto de vista nacional (economía, lengua, literatura, opinión pública, historia... nacionales). El Estado aduce, en su calidad de «contenedor», una unidad territorial en la que se realizan sistemáticamente estadísticas sobre procesos y situaciones económicas y sociales. De este modo, las categorías de la autoobservación estatal se convierten en categorías de las ciencias sociales empíricas, de manera que confirmen las definiciones de la realidad de índole sociológica y burocrática.

En tercer lugar, dentro de esta imagen de sociedades individuales delimitadas y ordenadas hacia fuera y hacia dentro y constituidas a modo de Estados nacionales, cabe asimismo una *autoimagen evolutiva* y una autoconciencia de las sociedades modernas. Ser moderno significa mostrarse superior. Esta pretensión universalista se expresa, por una parte, como exigencia de «liberación del hombre de su inmadurez autoculpable» (Kant) en el establecimiento de los derechos y normas fundamentales de la autorregulación democrática. Por otra parte, esta exigencia de felicidad se plasma ante todo en la historia violenta del colonialismo y el imperialismo europeos, y luego, tras la segunda guerra mundial, en la denominada «política del desarrollo» y en la «teoría de (los países en vías de) desarrollo». A este respecto, no es casual que la palabra «modernización» apareciera por primera vez a principios de los años cincuenta en un libro titulado *La modernización de los países en vías de desarrollo*. Las ciencias empíricas sociales y políticas se entienden, según las circunstancias, como médicos o ingenieros políticos de este proceso que desarrollan «indicadores sociales» que, al parecer, permiten que las fases y los éxitos de la modernización resulten medibles, controlables y modelables para los actores del Estado nacional.

No pretendo proponer aquí un triste modelo para el autorretrato. La axiomática de una sociología de la primera modernidad planteada a nivel de Estado nacional se ha visto fuertemente zarandeada en los debates de los últimos años. Sin embargo, la visión programada que ofrece, sobre todo la que afecta a la praxis de la investigación organizada y a las controversias sobre cuestiones muy específicas, sigue siendo predominante, de manera especial en Alemania. Pero, sobre todo, permite y obliga a esta teoría del contenedor de la sociedad a remontarse al origen de la sociología en la primera fase del Estado nacional de la Europa del siglo XIX y de principios del XX. La estrecha relación entre la sociología y el Estado nacional llega tan lejos que la imagen de las sociedades «modernas» y «ordenadas», que se impuso obligatoriamente con el modelo de organización política del Estado nacional, se absolutiza principalmente por el empeño en crear conceptos —en el mejor sentido de la palabra— por parte de los clásicos de la ciencia social con vistas a una imagen más crítica de la sociedad. Más allá de todas sus diferencias, los clásicos de la ciencia social moderna, como Émile Durkheim, Max Weber e incluso el mismo Karl Marx, comparten una definición territorial de la sociedad moderna,³ y también del modelo de sociedad nacional-estatal, que en la actualidad se ve claramente zarandeado por la globalidad y la globalización. Si hoy se «espengleriza» por todas partes —y se percibe un tufo generalizado de decadencia—, esto tiene seguramente que ver con el hecho de que la sociedad y la sociología han caído en la «trampa territorial» (Agnew/Corbridge) de la equiparación de Estado nacional con sociedad. Pero el mundo no decae porque —como ya lo formulara en cierto modo

3. A. D. Smith, *Nationalism in Twentieth Century*, págs. 191 y sigs.

contra sí mismo Max Weber— la luz del gran problema cultural sigue abriéndose camino al tiempo que los científicos se sienten obligados a cambiar de opinión y a abrirse de nuevo, en el plano intelectual, a la multiplicidad no integrada de un mundo sin fronteras.

Para dar a conocer estos presupuestos básicos e ilustrarlos debidamente, nada más útil que desarrollar y estudiar detenidamente las posibles *alternativas* existentes. Podemos representarnos la sociología de la globalización como un conjunto aparte y contradictorio de disidentes de la sociología del orden nacional-estatal. Se trata —con relación a la *mainstream*— de teorías, hipótesis y tendencias de investigación hasta ahora más bien divergentes, y a menudo también, sólo de promesas de investigación que, en contextos culturales y temáticos completamente diferentes (desde la investigación del problema de la emigración hasta la sociología de la gran ciudad pasando por el análisis de clases internacionales, la política internacional, la teoría de la democracia y la teoría cultural), han surgido y se contradicen de varias maneras, pero que de una u otra manera han traspasado la barrera del sonido del pensamiento nacional-estatal; y esto —repárese bien—, menos desde la simple crítica que creando y elaborando alternativas teóricas. En otras palabras, el debate acerca de la globalización en las ciencias sociales se entiende y desarrolla como una discusión fructífera sobre qué supuestos fundamentales, qué imágenes de lo social y qué *unidades de análisis* pueden *sustituir* a la axiomática nacional-estatal.

Pensar e investigar en la trampa de los mundos sociales nacional-estatales bien separados y ordenados excluye todo lo que cae fuera de estas categorías internas y externas. Todo lo que queda así excluido —lo ambivalente, lo móvil, lo pasajero, el estar al mismo tiempo aquí y allí— reaparece

en primer lugar en el marco de la investigación de la migración a la hora de valorar los *espacios sociales transnacionales*.

En segundo lugar, la teoría del sistema mundial radicaliza esta perspectiva de puente hacia la contratesis de que todo quehacer social tiene lugar en *un espacio transfronterizo* —el del sistema mundial capitalista—, en el que se tiende progresivamente a la división del trabajo y a la desigualdad.

En tercer lugar, esta gran ojeada al sistema mundial se relativiza de nuevo mediante lo que el politólogo James Rosenau denomina los «dos mundos de la política mundial»; a saber, mediante la afirmación de que no existe una sola sociedad global, sino por lo menos dos en recíproca competencia: la sociedad de los Estados (nacionales) y la de las múltiples organizaciones transnacionales, actores, grupos e individuos varios que tejen y destejen un vasto entramado de relaciones sociales.

En todas las valoraciones hasta ahora apuntadas surgen, de uno u otro modo, espacios transnacionales de actividad en cuanto que los actores sociales los buscan, producen y mantienen. En cuarto lugar, en la teoría de la *sociedad del riesgo mundial* vemos cómo, en el lugar de la unidad fundamental del quehacer funcional, penetra la categoría de la secuela no deseada. Según dicha teoría, existen riesgos globales (su construcción social y política) y, por tanto, varias (definiciones de) crisis ecológicas, que producen nuevos desórdenes y turbulencias mundiales.

En quinto lugar, en las investigaciones que se realizan en el ámbito de la *teoría cultural* es preceptivo sustituir el concepto de linealidad y la disyuntiva «o esto o eso», que subyacen a la axiomática nacional-estatal, por afirmaciones ilativas del tipo «esto y eso»: globalización y regionalización, vinculación y fragmentación, centralización y descen-

tralización son, según esto último, dinámicas que se miran y corresponden como las dos caras de una moneda.

En sexto lugar, en las reflexiones acerca de la *sociedad civil transnacional* resultan evidentes procesos, experiencias, conflictos e identidades socioculturales que se orientan a «un modelo mundial», a movimientos sociales transnacionales, a la globalización «desde abajo» o a un nuevo cosmopolitismo. Aquí se quiebra la axiomática que equipara modernidad con sociedad individual apolítica. La sociedad mundial sin Estado mundial significa una sociedad *no organizada políticamente* en la que surgen nuevas oportunidades de acción y de poder para actores transnacionales democráticamente no legitimados. Esto quiere decir que se abre un nuevo espacio transnacional de lo moral y de lo subpolítico, como se puede ver, por ejemplo, en los boicots de compras, pero también en cuestiones acerca de la comunicación y la crítica transculturales.

A continuación, trataremos de esbozar estas ideas fundamentales sobre la sociedad postnacional y transnacional, junto con las unidades de la investigación realizada a tenor de las mismas; asimismo contrastaremos las distintas «lógicas de desarrollo» de la dinámica de la globalización para, de este modo, ofrecer un cuadro lo más aproximativo posible del debate de la globalización en el seno de las ciencias sociales, sin obviar sus contradicciones internas.

2. ESPACIOS SOCIALES TRANSNACIONALES

La mejor manera de eludir el carácter abstracto de lo «global» es aportando unos cuantos ejemplos. ¿Qué significa «espacio social transnacional»?

a. *África no es un continente sino un concepto*

Como muestra Patricia Alley-Dettmers en su estudio *Trivial Arts*,⁴ África no es una magnitud geográfica fija ni un lugar perfectamente delimitado en el globo terráqueo, sino una *idea transnacional junto con su escenificación*, que se da y organiza de manera puntual en diversos lugares del mundo: en el Caribe, en los guetos de Manhattan, en los Estados sureños de EE.UU., en las favelas brasileñas, pero también en la mayor mascarada callejera de Europa, el carnaval de Londres. La elección de las máscaras, la música, los trajes y las danzas se planifica y proyecta según un guión temático que obedece a un doble criterio: se inspiran en el acervo cultural «africano» de todo el mundo, al tiempo que se adaptan a las particularidades de las subculturas negras de los barrios londinenses.

El África escenificada en las calles de Londres no se corresponde con el continente africano propiamente. Cosa perfectamente explicable, pues ¿dónde se encuentra —en los dos sentidos del verbo— África en una sociedad mundial cuyas fronteras están perforadas? ¿En las ruinas que dejaron al marcharse los señores coloniales? ¿En el aspecto de las grandes urbes de un África modernizada sólo a medias? ¿En los hoteles africanos de cuatro estrellas? ¿En los safaris organizados? ¿En las esperanzas e ilusiones de una «vuelta a las raíces» de los negros americanos? ¿En los *libros* sobre África que se publican en las universidades occidentales? ¿O en el Caribe y su abigarramiento cultural? ¿O, finalmente, en los círculos que existen en torno a una identidad nacional en las subculturas negras *británicas*?

4. U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, op. cit.

En opinión de quienes diseñan y organizan las danzas y máscaras del «carnaval africano» en Nottingham, África ha perdido su emplazamiento geográfico. Para ellos, África representa una visión, una idea, de la que se pueden sacar elementos concretos para una *estética negra*, pero sin que esto sirva en definitiva para fundamentar, crear o renovar una identidad africana nacional para los negros de *Gran Bretaña*. Esta (Contra-)África británica es, en el sentido literal de la palabra, una «comunidad imaginada». Sirve para acabar con la enajenación de los grupos afrocaribeños en Inglaterra. También «hay» África en Nottingham.

Sin embargo, igual de paradójicas son las relaciones en las «comunidades» transnacionales: lo que aquí se «descubrió», o, mejor dicho, se *inventó*, contradice a menudo lo que significa «África» para cada «africano» transnacional. Una gran parte del África histórica fue hecha esclava y desparramada por todo el mundo. Sus culturas se disolvieron y destruyeron. También responden a esta imagen de África aquellos que se denominan —a menudo por parte de otros— como «africanos». Más aún, África y ser africano es para muchos «africanos» la mismísima contraidentidad. La condenan. Tal vez se han hecho adultos en un batiburrillo de culturas donde hace tiempo que no existe ninguna «univocidad» y donde precisamente las particularidades —el ser negros en su caso— han sido valoradas negativamente. El resultado es, de todos modos, bastante paradójico: los negros del Caribe o de las ciudades de Gran Bretaña asocian «África» con la *no*-identidad, el *no*-progreso, y también con los tambores, las danzas, las supersticiones, los ancestros desnudos y analfabets, la permanente ausencia de esperanzas...

Aquí podemos reconocer el reflejo, negativamente valorado, de la imagen de África eurocéntrica, adoptada por los

negros de las metrópolis occidentales. Pero esto no hace sino resaltar más aún la pregunta: ¿qué es y dónde está África en el espacio social transnacional?

b. *Mexicanos norteamericanos y norteamericanos mexicanos*

Como ya se ha dicho, los espacios sociales transnacionales suprimen la vinculación de la sociedad a un lugar concreto (según la concepción nacional-estatal de la sociedad). La hipótesis que estamos avanzando aquí une dos cosas que parecen imposibles de unir, a saber, vivir y actuar a la vez aquí y allí. Ludger Pries aclara lo que esto significa con el ejemplo de los emigrantes.⁵

En el mundo ideológico y político de las sociedades individuales organizadas según el modelo nacional-estatal, la migración se divide en las fases y contextos (que también hay que estudiar causalmente separados) de la partida, el viaje, la llegada y la integración (que también puede fracasar). Frente a esto, la valoración en el terreno de la teoría y la praxis de los espacios sociales transnacionales da por supuesto que ha surgido algo nuevo —una tercera vía—: interrelaciones de vida y actividad sociales en las que rige el «aquí y allí» o el «no sólo sino también». Bajo y entre mundos separados y ordenados se forman «paisajes sociales» (Martín Albrow) que a la vez enlazan y modifican los lugares de procedencia y los de destino.

En un estudio sobre las formas de comunidad, de vida y

5. Ludger Pries, «Transnationale soziale Räume», *Zeitschrift für Soziologie*, año XXV, n.º 6, 1996, págs. 456-472; y también en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, op. cit.

de política transnacionales entre los mexicanos de Norteamérica y sus lugares de origen, Robert Smith nos ilustra acerca de cómo se consigue este cotidiano «puenteo». «Para algunas comunidades de la *Mixteca Poblana* se organizaron en Nueva York comités de apoyo que se propusieron, por ejemplo, el traslado de las conducciones de agua potable a las comunidades de origen o la restauración de iglesias y plazas del lugar de origen, y a tal fin organizaron colectas entre los emigrados que trabajaban en Nueva York. Sobre las conferencias telefónicas se tomaron importantes decisiones y se presentó el problema a los responsables de las comunidades de origen. Las sumas de dinero recogidas de este modo en las comunidades mexicanas de Nueva York superan a menudo los gastos públicos para mejoras de infraestructura. Un aspecto importante y un argumento serio para la estabilidad y estabilización de los *espacios sociales transnacionales* es la circunstancia de que, entre tanto, el Estado mexicano no sólo ha reconocido la enorme importancia económica de los emigrados laborales, sino también su importancia política. Desde las elecciones presidenciales de 1988, el potencial electoral de los trabajadores mexicanos en el extranjero (que por cierto votaron mayoritariamente contra el partido gubernamental PRI) fue particularmente importante, y en la actualidad el gobierno mexicano se está esforzando por practicar una política activa y selectiva de vinculación económica y político-cultural. Así, por ejemplo, son numerosos los alcaldes de las pequeñas comunidades mexicanas que viajan ahora a Nueva York para proponer a las asociaciones de emigrados allí residentes proyectos de inversión para el desarrollo de las localidades de origen. En colaboración con las asociaciones deportivas de los emigrados de Nueva York, la embajada apoya activamente el desarrollo de los *grupos*

guadalupanos, que se encargan de organizar el culto a la Virgen de Guadalupe (la Virgen mexicana más importante) en Nueva York. Asimismo, en todos los demás ámbitos de la política mexicana la emigración laboral no se considera ya sólo como válvula de escape (pasiva) para el problema de la ocupación, sino como un importante potencial en capital y recursos humanos para el propio desarrollo económico-social. Como resultado de esta reorientación política, es cada vez mayor el número de instancias institucionales que han entrado a formar parte del sistema de migración México-EE.UU., instancias que prestan consistencia y estabilidad a los *espacios sociales transnacionales* que se forman... Pero el engranaje socioeconómico entre la región de origen y la de destino dista mucho de ser exclusivamente de naturaleza nostálgico-tradicional (por ejemplo, la celebración de fiestas del terruño) o de limitarse a mandar dinero a la generación más vieja que se quedó en México; antes bien, en la *Mixteca* se desarrollan, por ejemplo, actividades económicas que apuntan mucho más allá de un carácter puramente transitorio en el mundo de la emigración. Un buen ejemplo es la *Puebla Food Incorporation*, un clan familiar que regenta una cadena de *Tortillas* en el gran Nueva York, que, basándose en la comida mexicana tradicional, ha conseguido convertirse en un auténtico *holding*. También se «extienden» estructuras de producción y mercadotecnia transnacionales entre la *Mixteca* y Nueva York que implican una nueva dimensión de *cumulative causation*: en la medida en que la dinámica de las redes de la emigración mantiene en movimiento las corrientes migratorias crece también la demanda de alimentos y servicios mexicanos específicos, lo que a su vez abre nuevas oportunidades industriales originadas por la migración a las regiones de origen y destino...

En Nueva York propiamente, por ejemplo, los emigrantes laborales que acuden, nada más llegar, a sus parientes y conocidos cuentan con una red diversificada de grupos de apoyo informales, servicios especializados y organizaciones de solidaridad (oficinas de asesoramiento jurídico, comités de ayuda a determinadas etnias o regiones, etc.). Manzanas enteras (por ejemplo, la parte septentrional de Amsterdam Street o los *neighbourhoods* de Queens) testimonian de esta infraestructura por el momento bastante estable, con la que pueden contar los emigrantes transnacionales y que, al mismo tiempo, se reproduce a través de estos mismos. Existen actividades retribuidas y grupos de ayuda (de mexicanos y americanos de EE.UU.) que viven exclusivamente de la migración permanente y de los *transmigrantes* y para los cuales es de interés vital seguir desarrollando y perfilando *espacios sociales transnacionales*. Aquí se incluyen también las citas deportivas a las que acuden también todos los fines de semana muchos de los emigrantes laborales —aun sin permiso de residencia ni de trabajo, es decir, «indocumentados»— que viven en Nueva York. Para la temporada de fútbol de 1996 de la liga «mexicana» se inscribieron nada menos que sesenta y cinco equipos...

En EE.UU. (con mayor fuerza actualmente en California que, por ejemplo, en Nueva York) prosperan también otras agrupaciones y organizaciones de índole política (por ejemplo, el *Frente Indígena Oaxaqueño Binacional* o la revista *La Mixteca Año 2000*), que se preocupan de los intereses económicos y de los derechos humanos de los emigrantes laborales. La capacidad de presión política de estos grupos en EE.UU., y sobre todo en el vecino México, supera a menudo las posibilidades de influjo de los respectivos políticos locales. El presidente de la liga de fútbol mexicana

de Nueva York lo formuló de esta manera: «Como simples mexicanos y también como simples emigrantes laborales no contamos prácticamente nada, pero ahora por primera vez somos cortejados por los altos políticos mexicanos».⁶

Con toda seguridad, existen también parecidos espacios sociales transnacionales entre los alemanes turcos y los turcos alemanes; aunque, que yo sepa, tal problemática no se ha estudiado bien todavía.

3. LÓGICAS, DIMENSIONES Y CONSECUENCIAS DE LA GLOBALIZACIÓN

Como se ha apuntado más arriba, en la bibliografía de la globalización existe una controversia de base.⁷ A la pregunta de qué es lo que hace avanzar la globalización se ofrecen dos respuestas enfrentadas (y también diferenciadas en sí mismas). Un grupo de autores subraya la existencia de una «lógica» dominante, mientras que otro grupo avanza teorías que hacen reconocibles las complejas y multicausales lógicas de la globalización. Digamos de paso que esta importante controversia teórica hace estallar el horizonte semántico de la palabra «globalización», pues a menudo ofrece significaciones *contrarias*.

Constatamos aquí que se repite la vieja controversia histórica Marx-Weber a la hora de decidirnos entre el predominio económico y un pluralismo teórico de valoraciones eco-

6. *Ibid.*, págs. 416 y sigs.

7. Para lo que viene a continuación, véanse A. McGrew, «A Global Society?», en St.Hall *et alii* (comp.), *Modernity and its Futures*, Cambridge, 1992, págs. 61-116.

nómico-social-culturales en el campo temático de la sociología de la globalización. Los intentos por poner en el centro esta *única* lógica resaltan una dimensión esencial de la globalización. El colocar, unas junto a otras, lógicas individuales de la globalización que (aparentemente) se excluyen conduce a —se desliza hacia— una visión en la que compiten entre sí distintas lógicas parciales de la globalización.

Ante todo, urge exponer las distintas valoraciones que privilegian una dimensión o una lógica especiales de la globalización. Aquí es preciso citar los siguientes nombres: Wallerstein, Rosenau, Gilpin, Held, Robertson, Appadurai, así como ese punto de referencia común que es Giddens. Wallerstein —uno de los primeros que en los años setenta se propuso confrontar las ciencias sociales con la cuestión de la globalización— ha introducido el concepto de *sistema mundial*; para él el capitalismo es el motor de la globalización. Por su parte, Rosenau, Gilpin y Held se han ocupado más bien de la política internacional; cuestionan la ortodoxia nacional-estatal al, por un lado, destacar la importancia de la globalización tecnológica (la sociedad del conocimiento y de la información) y, por el otro, subrayar factores y puntos de vista político-militares (el poder y la política).

No cabe duda de que, como ya se ha dicho antes, la crisis ecológica y su reconocimiento mundial tras la Conferencia de Río de Janeiro de 1992 han sacudido «definitivamente» el pensamiento y quehacer generales del Estado nacional. La sociedad mundial en cuanto sociedad con un destino ecológico percibido ha alcanzado la conciencia de sí misma al verse «acusada» de «sociedad del riesgo mundial».

Por su parte, Robertson, Appadurai, Albrow, Featherstone, Lash, Urry y muchos otros se mueven dentro de la tradición de la teoría cultural. Contradicen de manera deci-

didada el extendido concepto de la *macdonaldización* del mundo. La globalización *cultural* no significa que el mundo se haga más homogéneo culturalmente. La globalización significa sobre todo «glocalización», es decir, un proceso lleno de muchas contradicciones, tanto por lo que respecta a sus contenidos como a la multiplicidad de sus consecuencias. Conviene aclarar bien dos de las consecuencias más problemáticas que esto tiene para la estratificación de la sociedad mundial: *la riqueza y la pobreza locales* (Bauman) y *el capitalismo sin trabajo*.

Cada uno de estos autores sitúa el origen y las consecuencias de la dinámica de la globalización fundamentalmente en *un solo* sector del quehacer institucional a escala mundial: la economía, la tecnología, la política internacional, la ecología, las culturas (o, si se quiere, las industrias culturales mundiales) o las nuevas desigualdades sociales. Del conjunto de todas estas perspectivas se desprende la imagen de una sociología plural de la globalización.

a. *El sistema mundial capitalista: Wallerstein*

La concepción de los espacios sociales transnacionales es una teoría de medio alcance. Según ésta, la visión nacional-estatal de la sociedad se resquebraja por completo en cuanto que la teoría del contenedor de la sociedad, de mundos sociales separados dentro del Estado nacional, se sustituye por *terceras* formas de vida, es decir, transnacionalmente integradas por espacios de acción de lo social que traspasan las fronteras al uso.

La metáfora del espacio se emplea aquí de manera contradictoria: la característica más visible de estos «espacios» es

que eliminan las distancias. «Transnacional» significa el surgimiento de formas de vida y acción cuya lógica interna se explica a partir de la capacidad inventiva con la que los hombres crean y mantienen mundos de vida social y relaciones de intercambio «sin mediar distancias». Esto plantea a la investigación sociológica la siguiente pregunta: ¿cómo son posibles los mundos de vida transnacionales que eliminan distancias y fronteras? ¿Cómo se pueden crear y mantener en el quehacer cotidiano de los individuos, a menudo en contradicción con la burocracia nacional-estatal? ¿Se trata aquí de formas precoces sin Estado —y tal vez también sin instituciones— de sociedades mundiales transnacionales? ¿Qué orientaciones, recursos e instituciones las favorecen, o las perjudican? ¿Qué consecuencias políticas (desintegración o movilización transnacional) van unidas a ellas?

Es evidente que en estos paisajes sociales transnacionales (a menudo ilegales) se infiltra y ocurre algo que repugna al control estatal-nacional y a su exigencia de orden. Aquí toman forma espacios de vida y acción «impuros». Para su análisis, la mirada sociológica debe renunciar al criterio disyuntivo «de o esto o eso» y abrirse a las formas de vida específicas y *diferenciables* de la ilación «no sólo sino también».

Wallerstein sustituye de plano la imagen de sociedades individuales mutuamente aisladas por la «contrafigura» de *un solo* sistema mundial en el que *todos* —todas las sociedades, gobiernos, empresarios, culturas, clases, familias e individuos— deben «translocalizarse» manteniéndose en *una sola* división del trabajo. Este único sistema mundial, que privilegia los marcos referenciales para las desigualdades sociales a escala mundial, se lleva a cabo, según Wallerstein, a través del capitalismo. En su opinión, el capitalismo es, dada su propia lógica interna, necesariamente global.

Surgida en la Europa del siglo XVI, la dinámica capitalista abarca y transforma radicalmente cada vez nuevos «continentes», espacios, rincones de la vida social tradicionales. «... todo el globo opera en el seno de este marco y sistema de reglas de una división del trabajo *obligatoria y sin excepción* que llamamos economía mundial capitalista.»⁸

Según Wallerstein, la economía mundial capitalista comporta tres elementos básicos:

En primer lugar, consta —dicho figuradamente— de un solo marco, el cual está regido por el principio de la maximización de los beneficios.

El segundo elemento básico es la existencia de una serie de estructuras estatales dotadas de una fuerza diferente hacia dentro y hacia fuera. Dichas estructuras estatales sirven fundamentalmente para «impedir» el funcionamiento «libre» del mercado capitalista con el fin de mejorar las perspectivas de beneficios de un determinado grupo.

El tercer elemento esencial de la economía mundial capitalista consiste, según Wallerstein, en que la apropiación del plus de trabajo se da en unas condiciones de explotación, que no comprende dos clases, sino tres fases: *espacios centrales, semiperiferia y países y regiones periféricos*. (La cuestión de saber cuáles son los países y regiones del mundo que pertenecen al sistema capitalista, y qué criterios se han seguido para dicha pertenencia, ha originado controversias histórico-empíricas de difícil resolución.)

Mientras tanto, tras el colapso del bloque oriental, el capitalismo europeo buscaba —y encontraba— un espacio econó-

8. I. Wallerstein, «Klassenanalyse und Weltsystemanalyse», en R. Kreckel (comp.), *Soziale Ungleichheiten, Soziale Welt, Sonderband 2*, Göttingen, 1983, pág. 303.

mico universal, a saber, el del mercado global, la humanidad estallaba en múltiples Estados e identidades nacionales, cada cual con una idea propia acerca de su soberanía y origen. Al mismo tiempo, se han multiplicado y agudizado los conflictos en el sistema mundial porque éste no sólo produce inmensas riquezas, sino también una inmensa pobreza. Las muestras de la desigualdad global siguen una tridivisión del espacio social en centro, semiperiferia y periferia, una división del mundo que integra el sistema mundial de manera conflictiva.

Las crisis que surgen periódicamente conducen, según Wallerstein, a reestructuraciones que agudizan la división del poder y la desigualdad. Al mismo tiempo, se eleva el índice de contradicciones en el sistema mundial. Wallerstein sostiene que la universalización y concentración de la lógica capitalista provoca contradicciones a escala mundial. A esto hay que añadir, según él, las reacciones antioccidentales, antimodernas y fundamentalistas, así como el movimiento ecológico o las distintas corrientes neonacionalistas. La lógica interna del sistema mundial capitalista produce también estas dos cosas opuestas: integración y desmoronamiento mundial. La pregunta del poeta Erich Kästner «¿Dónde está lo positivo?» no encuentra en Wallerstein ninguna respuesta. Él cree que, al final, nos espera —nos amenaza— el colapso del sistema mundial.

Este razonamiento (que aquí sólo podemos reproducir de manera muy simplificada) se caracteriza por dos rasgos principales: es de índole monocausal y económica (¿economicista?). La globalización se determina simple y exclusivamente en cuanto institucionalización del mercado mundial.

A esta teoría se le pueden hacer, al menos, tres observaciones críticas. En primer lugar, saltan a la vista las dificultades de interpretar y revisar esta teoría de manera histórico-

empírica. En segundo lugar, si la globalización comienza en este marco referencial con el descubrimiento de Colón y el sometimiento del Nuevo Mundo, todo lo demás es también como un medicamento específico en las postrimerías del siglo XX. Lo que significa que el marco conceptual que propone Wallerstein no permite determinar lo históricamente nuevo de lo transnacional.

En tercer lugar, vemos que aquí se razona —a pesar de toda la dialéctica— de manera *lineal*, y que no se plantea ni desarrolla realmente la cuestión de si el mercado mundial entraña conflictos e identidades *cosmopolitas* imprevistos y no deseados, que Marx y Engels ya apuntaron en el *Manifiesto comunista*.⁹

b. *Política post-internacional: Rosenau, Gilpin y Held*

También Rosenau rompe con el pensamiento nacional-estatal; pero no poniendo en lugar de la anarquía de los Estados nacionales un único sistema mundial de mercado mundial, sino diferenciando dos fases de la política internacional. La globalización significa, en su marco referencial, que la humanidad ha dejado ya atrás la época de la política internacional que se caracterizó por el hecho de que los Estados nacionales dominaban y monopolizaban el escenario internacional. Ahora ha empezado una época de política

9. Volker Bornschier viene elaborando empíricamente desde hace tiempo la teoría del sistema mundial; véase, últimamente, V. Bornschier y B. Trezzini, «Jenseits von Dependenz – versus Modernisierungstheorie: Differenzierungsprozesse in der Weltgesellschaft und ihre Erklärung», H.-P. Müller (comp.), *Weltssystem und kulturelles Erbe*, Berlín, 1996, págs. 53-79.

post-internacional en la que los actores nacionales-estatales deben compartir escenario y poder globales con organizaciones internacionales, así como con empresas transnacionales y movimientos sociales y políticos también transnacionales. Empíricamente, esto se manifiesta, entre otras cosas, en el hecho de que el número de organizaciones internacionales, incluidas las no gubernamentales (como, por ejemplo, Greenpeace), ha alcanzado un orden de magnitud que nunca había existido antes y que, manifiestamente, no deja de aumentar.

A la pregunta de si es falsa la impresión de que la política exterior de EE.UU. va por otros derroteros y obedece a otras concepciones, el secretario de exteriores americano Timothy Wirth contesta lo siguiente: «La máxima de “pensar globalmente y actuar localmente” se está haciendo realidad a ojos vistas. Vemos cómo las instituciones y resoluciones internacionales son cada vez más importantes. Asimismo, cada vez gana mayor fuerza la impresión de que los pueblos no se mueven ya en un terreno exclusivamente nacional, sino en el entramado de nuevas instituciones internacionales. El *establishment* de la política exterior empieza a considerar otras dimensiones distintas a las exclusivas del poder militar y económico, o de los proyectiles y los dólares. Ahora se han añadido los problemas globales —también los derechos humanos a nivel mundial—, los programas para los refugiados y la necesidad de poner dique a los numerosos casos de corrupción y a las catástrofes medioambientales. Esta globalidad modifica nuestra manera de pensar». Y a la pregunta de qué papel jugaban los ciudadanos y las iniciativas ciudadanas en su visión de la globalización, dio la siguiente respuesta: «El creciente flujo de las iniciativas de base es, además de la internacio-

nalización, el segundo desafío a que tiene que hacer frente el concepto de política que ha tenido vigor hasta ahora. Existe una enorme presión para que se produzca la descentralización de la política, presión que surge sólo a través de nuevas posibilidades de comunicación. El fax e Internet están cada vez más integrados en la autocomprensión cotidiana. Cualquiera puede hablar con otra persona en cualquier punto del planeta a la velocidad del rayo sin tener que depender de los canales gubernamentales ni diplomáticos».¹⁰

El paso de la era nacional a la post-nacional lo relaciona asimismo Rosenau en primer lugar con las circunstancias del sistema político internacional y, en segundo lugar, con el hecho de que la estructura monocéntrica de poder de los Estados nacionales rivales ha sido sustituida por un reparto de poder policéntrico, que hace que una gran pluralidad de actores transnacionales y nacionales-estatales compitan, o en su caso cooperen, entre sí.

Existen también dos ámbitos de sociedad global; a saber, la *sociedad de los Estados*, donde las reglas de la diplomacia y del poder nacional siguen siendo unas variables clave; y el *mundo de la subpolítica transnacional*, donde se dan cita actores tan distintos como las empresas multinacionales, Greenpeace, Amnistía Internacional, el Banco Mundial, la OTAN, La Unión Europea, etcétera, etcétera.

10. T. Wirth, «Politikstil der Zukunft», en «Die Macht der Mutigen», *Spiegel Spezial*, n.º 11, 1995, pág. 8.

Política mundial policéntrica

La oposición entre sociedad mundial *duplicada* y teoría del sistema mundial es manifiesta: Rosenau pone en lugar de un único sistema de mercado mundial económicamente «controlado» una *política mundial policéntrica* en la que ni el capital ni los gobiernos nacionales-estatales tienen la última palabra —ni tampoco Naciones Unidas, el Banco Mundial, Greenpeace, etc.—, sino que *todos*, con oportunidades de poder bastante diferentes, disputan entre sí la consecución de sus objetivos.

El paso de la política regida «nacional-estatalmente» a la política policéntrica lleva a Rosenau —también contrariamente a Wallerstein— a postular una dimensión *tecnológica* de la globalización con dinámica propia. En sus estudios sobre la ciencia política, resulta evidente cómo el peso e importancia de las dependencias internacionales han cobrado una nueva cualidad. Esto lo explica mediante el enorme y perdurable auge de las tecnologías de la información y de la comunicación. «Esta tecnología», sostiene Rosenau, «ha supuesto el final de los distanciamientos geográficos y sociales. ¿Cómo? Mediante los aviones supersónicos, la informática, los satélites terrestres y otras muchas innovaciones que permiten en la actualidad que cada vez más hombres, ideas y bienes atraviesen más deprisa que nunca —y con mayor seguridad— el espacio y el tiempo. En una palabra, esta tecnología ha reforzado las interdependencias entre comunidades locales, nacionales e internacionales como no se había visto en ninguna época histórica anterior».¹¹

11. Rosenau, *Turbulence in World Politics*, Brighton, 1990, pág. 17.

Asimismo, para Rosenau tanto el advenimiento de la sociedad de la información y de la ciencia como la consiguiente eliminación de las distancias y las fronteras son el resultado de la multiplicación de actores y organizaciones transnacionales. Esta *irreversible y policéntrica política mundial*¹² testimonia una situación en la que:

- *organizaciones transnacionales* como el Banco Mundial, la Iglesia católica, asociaciones internacionales de sociólogos, McDonald, Volkswagen, los cárteles de la droga, la mafia italiana y las nuevas organizaciones internacionales no gubernamentales actúan de manera paralela o de mutuo acuerdo;
- *problemas transnacionales* como el cambio climático, las drogas, el sida, los conflictos étnicos o las crisis monetarias determinan el orden del día político;
- *eventos transnacionales* como los mundiales de fútbol, la guerra del Golfo, las elecciones presidenciales americanas o las novelas de Salman Rushdie conmueven —o cuanto menos remueven— la opinión pública a través de la televisión por satélite en países y continentes muy distintos;
- surgen «*comunidades*» *transnacionales* fundadas, por ejemplo, en la religión (islam), la ciencia (expertos), el estilo de vida (pop y ecología), el parentesco (familias), orientaciones políticas (movimientos ecológicos, boicot de productos), etc., y
- *estructuras transnacionales*, como modos de trabajo, producción y cooperación, bancos, corrientes financieras, conocimientos técnicos, etc., crean y es-

12. Compárese con McGrew, «A Global Society?», *op. cit.*

tabilizan relaciones de cooperación o de crisis por encima y más allá de las fronteras.

Por su parte, la postura de Gilpin respecto a la globalización se opone escépticamente, en primer lugar, a toda retórica de novedad y, en segundo lugar, se acerca a la visión ortodoxa de la política internacional, cuya lógica interna parece seguir. Asimismo observa cómo los Estados nacionales —del presente y del futuro— están más unidos que nunca entre sí, por no decir incluso encadenados. Sin embargo, contrariamente a Wallerstein y Rosenau, cree que la globalización sólo surge cuando se dan determinadas condiciones en política internacional, a saber, cuando es producto de un orden global *permisivo*; es decir, de un orden entre Estados que sólo —y exclusivamente— permiten que se creen, destruyan y mantengan dependencias y redes de relaciones más allá de y entre autoridades nacionales-estatales.

Entendida como expansión de espacios y actores transnacionales, la globalización depende, según esta opinión —por paradójico que pueda parecer—, de la autoridad nacional-estatal o, más propiamente hablando, de un *poder hegemónico*. La globalización presupone, por así decir, el *permiso* tácito para la globalización por parte del Estado nacional. La actitud abierta —o permisividad— imprescindible para desarrollar mercados mundiales, iglesias mundiales, empresas mundiales, bancos mundiales y organizaciones no gubernamentales a nivel mundial, sólo puede darse y prosperar, según Gilpin, a la sombra de una correspondiente concentración de poder estatal.

Según esta concepción, que defiende el primado de la política nacional-estatal frente a todos los demás actores, la globalización sigue siendo necesariamente *contingente*, es

decir, se encuentra en peligro; es más, el surgimiento y desarrollo de espacios y actores sociales transnacionales presuponen una estructura de poder hegemónica y un régimen político internacional. Sólo esto garantiza, en este caso concreto, el carácter abierto del orden mundial.

«Mi opinión es la siguiente: se necesita algo que sea hegemónico para conservar la existencia de un orden de mercado internacional liberal... La experiencia de la historia nos enseña que, allí donde ha faltado este poder a la vez liberal y dominante, ha sido extraordinariamente difícil o imposible el desarrollo de relaciones de mercado y cooperación internacionales, y ello por la sencilla razón de que todo se volvió conflictivo. La ampliación del mercado en redes globales y espacios sociales integrados no habría sido posible sin un poder hegemónico liberal que posibilitara y favoreciera esta ampliación.»¹³

Soberanía dividida y maniatada

A esta teoría sobre la estructura hegemónica del poder como condición de la globalización se puede, y se debe, replicar diciendo que el concepto de la soberanía política, que en ella subyace, se torna obsoleto con la globalización. Tal es la argumentación de David Held, quien sostiene que, mediante los acuerdos internacionales, la internacionalización de los procesos de decisión política, las crecientes dependencias en política de seguridad (incluida la cada vez más avanzada internacionalización de la producción de

13. R. Gilpin, *The Political Economy of International Relations*, Princeton, 1987, págs. 85 y 88.

armamentos) e incluso mediante el tráfico de mercancías y la división del trabajo a nivel internacional..., la política nacional-estatal pierde eso mismo que ha venido constituyendo el núcleo mismo de su poder como tal: su soberanía.

En la estela la globalización, escribe Held, «concorre toda una serie de condicionamientos y poderes que limitan permanentemente la libertad de acción de los gobiernos y los Estados, en cuanto que se pone límites a una política interior autodeterminada, se transforman las condiciones de decisión política, se cambian de manera radical los presupuestos institucionales y organizativos y los contextos de la política nacional, y se transmutan las condiciones legales para el quehacer administrativo y político, y ello en el sentido de que la responsabilidad y aceptación consciente de las consecuencias de la política nacional-estatal apenas si son todavía posibles. Con sólo tener presentes las consecuencias de la globalización, está justificada la afirmación de que la capacidad de acción de los Estados en un entorno internacional que se vuelve cada vez más complejo cercena estas dos cosas: la autonomía estatal (en algunos ámbitos de manera radical) y la soberanía estatal. Toda teoría de la soberanía nacional según la cual ésta se entienda como una forma inderogable e indivisible del poder y la violencia públicos es subcompleja. La soberanía propiamente dicha se debe entender y analizar hoy como un poder escindido que es percibido como algo fraccionado por toda una serie de actores —nacionales, regionales e internacionales— y que se encuentra limitado y maniatado precisamente por esta pluralidad inmanente».¹⁴

14. D. Held, «Demokratie, Nationalstaat und die globale Weltordnung», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, op. cit.

c. *La sociedad del riesgo mundial: la globalización ecológica como politización involuntaria*

Quien quiera saber qué experiencia política corre pareja con la percepción de la crisis por parte de los ecologistas se topará sin duda con muchas respuestas, pero seguramente también con ésta en concreto: que se trata de un caso en el que la civilización se pone en peligro a sí misma, cosa no imputable a Dios, a los dioses ni a la naturaleza, sino a las decisiones humanas y los efectos industriales, es decir, a la tendencia de la civilización a configurar y controlar todo. El otro lado de esta misma experiencia es el de la *fragilidad* de la civilización, que —empleada políticamente— puede dar origen a la experiencia del propio destino común. La palabra «destino» es aquí correcta en cuanto que *todos* podemos arrostrar las consecuencias de decisiones científicas-industriales (en casos límite); pero es falsa en cuanto que los peligros que nos amenazan son el resultado de decisiones humanas.

En este sentido, el choque ecológico produce una experiencia que los teóricos de la política creyeron reservar a las guerras en cuanto experiencia de la violencia (al menos en un espacio abierto especial). La comunidad de la historia nacional ha estado siempre subsumida en la dialéctica de las imágenes enemigas. Impulsada por el pánico y la histeria, la conciencia de crisis ecológica puede sin duda resolverse en violencia contra determinados grupos y cosas. Pero, al mismo tiempo, podemos afirmar que en nuestros días es por primera vez posible experimentar la comunidad de un destino que —por paradójico que pueda parecer—, al no reconocer fronteras en la amenaza percibida, despierta una conciencia común *cosmopolita* capaz de suprimir

hasta las fronteras existentes entre el hombre, la bestia y las plantas. Si los peligros fundan una sociedad, los peligros globales fundan la sociedad global. Pero no sólo esto justifica el que hablemos de sociedad del riesgo mundial.¹⁵

La manera como es entendida y desarrollada conceptualmente la realidad social post-nacional por los autores arriba citados coincide —pese a todas las discrepancias— en un punto esencial: los espacios sociales transnacionales sólo surgen mediante la actividad internacional; o, dicho más suavemente, presuponen actores e instituciones apropiados. Esta suposición se olvida de la teoría de la sociedad del riesgo mundial. Según ésta, ya no es posible exteriorizar los efectos secundarios y los peligros de las sociedades industriales altamente desarrolladas. Éstos cuestionan la estructura institucional en cuanto a conflictos de riesgo. Se pone, así, de manifiesto que los espacios sociales transnacionales también se tornan conflictivos e inexplicables —por así decir— «a espaldas de los hombres» mediante peligros *no deseados, desmentidos y reprimidos*.

Esta concepción parece estar en pugna con la objeción según la cual también las consecuencias no buscadas deben ser conscientes y quieren tener efectos políticos. Esto no se puede negar. Y, sin embargo, las turbulencias político-económico-culturales de la sociedad del riesgo mundial sólo se pueden comprender si reconocemos que los peligros públicamente debatidos representan una especie de «moneda negativa». Son monedas que nadie quiere, pero que se las apañan para encontrar salida, exigen atención, irritan, subvierten y ponen

15. Con relación a esto, y a lo que sigue, véase U. Beck, *Risikogesellschaft y Gegengifte: Die organisierte Verantwortlichkeit*, Francfort del Meno, 1988.

patas arriba incluso lo que parecía bien anclado en la normalidad.

Citemos, por ejemplo, la reciente tragicomedia real de las vacas locas en Europa, y nada más que un aspecto. Quien, en la región del norte de Baviera —por tanto bien protegida mediante fronteras y promesas de protección políticas contra el presunto brote británico de la carne de vacuno contaminada—, entra en un restaurante en el verano de 1997 y consulta la carta, en ésta encontrará la imagen idílica de un campesino del lugar que le sonríe rodeado de sus vacas y de sus hijos. Esta foto y la prueba de que el bistec, que el apetito nos aconseja pedir, procede de la vaca representada, deben devolver la confianza que han destruido las noticias omnipresentes acerca de la existencia de unas vacas británicas locas.

Se pueden distinguir tres clases de peligro global.¹⁶ En primer lugar, conflictos a causa de «*bads*» producidos por «*goods*», es decir, los daños ecológicos *condicionados por la riqueza* y los peligros técnico-industriales (como el agujero de ozono y el efecto invernadero, pero también las consecuencias imprevisibles e incalculables de la manipulación genética y de las técnicas de trasplante).

En segundo lugar, los daños ecológicos *condicionados por la pobreza* y los peligros técnico-industriales. Fue la comisión Brundtland la que por primera vez mostró que los daños ecológicos no sólo constituyen una amenaza constante contra la modernidad del crecimiento, sino que, lo que es más importante, existe una estrecha relación entre

16. Sobre esto se encontrará abundante material en U. Beck, «*Weltrisikogesellschaft*», Carlo C. Jaeger (comp.), *Umweltsoziologie*, número especial de *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Opladen 1996, págs. 119-147.

pobreza y daños medioambientales. «La desigualdad es el mayor problema del planeta desde el punto de vista "ecológico"; como también es su mayor problema desde el punto de vista del "desarrollo"». ¹⁷ En este orden de cosas, un análisis integrado del método demográfico y nutricional, así como de la pérdida de métodos y recursos genéticos, de energía, de industrias y de asentamientos humanos, muestra que todo esto está completamente interrelacionado y no se puede abordar por separado.

«Entre los daños medioambientales resultantes del bienestar y los daños medioambientales resultantes de la pobreza», escribe Michael Zürn, «conviene hacer una precisión importante: mientras que muchas de las amenazas ecológicas condicionadas por la riqueza resultan de la exteriorización de los costes de producción, en el caso de los daños ecológicos condicionados por la pobreza se trata de autodaños de los pobres que tienen efectos secundarios también para los ricos. En otras palabras, que los daños medioambientales condicionados por la riqueza se reparten equitativamente por todo el planeta, mientras que los daños medioambientales condicionados por la pobreza se dan preferentemente en un lugar determinado y se internacionalizan sólo en forma de efectos secundarios que aparecen a medio plazo». ¹⁸

El ejemplo más conocido a este respecto es la deforestación de la selva tropical, donde actualmente se pierden al año alrededor de diecisiete millones de hectáreas de bosque tropical. Otros ejemplos son los desechos tóxicos (también

importados), las grandes tecnologías obsoletas (por ejemplo, de las industrias química y atómica) y, en el futuro, las industrias genéticas y los laboratorios de investigación de técnicas genéticas y humano-genéticas. Estos peligros surgen en el contexto de unos procesos de modernización iniciados o interrumpidos. Así, es cada vez mayor el número de industrias con potencial tecnológico suficiente para amenazar el medio ambiente y la vida, sin que los países en cuestión dispongan de medios institucionales y políticos apropiados para impedir los posibles daños resultantes.

En el caso de los peligros condicionados por la riqueza y la pobreza, se trata de peligros de la «normalidad» —de la legalidad— que la mayor parte de las veces son fruto del cumplimiento de normas para el cuidado y la seguridad defectuosas y que, precisamente por eso, se dan en el mundo de manera continuada. En cambio, y *en tercer lugar*, los peligros de las *armas de destrucción masiva* (armas ABC) están ligados, en cuanto a su aplicación (no en cuanto a su potencial de amenaza), a la situación excepcional de una guerra. Tampoco después del final de la confrontación este-oeste han desaparecido, ni mucho menos, los peligros de autodestrucción regional o global mediante armas nucleares, químicas o biológicas; antes bien, se han añadido otros nuevos originados por la estructura de control, o «empate atómico» de las super-potencias.

A los peligros de la confrontación militar-estatal se suman los de un *terrorismo* fundamentalista o privado (que se está perfilando en la actualidad). Cada vez es menos de descartar que, en un futuro próximo, la posibilidad de disponer, no sólo por parte del *establishment* estatal-militar, sino también por parte de organizaciones privadas, de los medios de destrucción de masas —junto con el potencial de

17. Naciones Unidas, 1987, pág. 6.

18. Compárese con M. Zürn, «Globale Gefährdungen und internationale Kooperation», *Der Bürger im Staat*, n.º 45, 1995, pág. 51, de donde hemos tomado las ideas y los datos de esta tipología.

amenaza [político] que ello entraña—, se convierta en una nueva fuente de peligro para la sociedad del riesgo mundial.

Estos distintos tipos de peligro se pueden completar y precisar ulteriormente (y de hecho así ocurre); esto quiere decir que la gente se preguntará por la interacción existente entre los daños ecológicos, las guerras y las repercusiones de la modernización interrumpida en los siguientes términos.

¿De qué manera favorecen los daños ecológicos a las guerras, sea que estalle un conflicto armado por recursos vitales de primera necesidad (por ejemplo, el agua), sea que los fundamentalistas ecológicos occidentales apelen al empleo de la violencia militar para frenar los daños infligidos al medio ambiente (cosa que ya se exigió, por ejemplo, para que se pusiera fin a la deforestación de las selvas tropicales)?

Es fácil suponer que un país que vive en una pobreza cada vez mayor va a explotar el medio ambiente hasta el final. En medio de la desesperanza (o también para el ocultamiento político de la desesperanza) se puede acudir, mediante la violencia armada, a recursos de supervivencia extraños. Los daños ecológicos (por ejemplo, las inundaciones de Bangladesh) pueden desencadenar movimientos migratorios en masa, que pueden desembocar a su vez en conflictos bélicos. También otros Estados beligerantes amenazados por la derrota podrían recurrir, «en última instancia», a la destrucción de plantas nucleares y químicas propias y ajenas para amenazar a las regiones fronterizas y a las grandes ciudades con la destrucción atómica. No hay límites imaginables para la posibilidad de construir escenarios de horror que entreabren las distintas fuentes de peligro. Zürn habla de una «espiral de la destrucción» cuyos efectos se podrían añadir a una gran crisis en la que se darían cita todos los demás tipos de peligro.

El diagnóstico de la sociedad del riesgo mundial sería exactamente el siguiente: los denominados peligros globales hacen que se resquebrajen los pilares del tradicional sistema de seguridad. Los daños pierden su delimitación espacio-temporal para convertirse en globales y permanentes. Los daños apenas si se pueden seguir atribuyendo a unos responsables determinados; el principio de causalidad pierde capacidad segregadora. Los daños tampoco pueden seguir siendo compensados financieramente; no tiene sentido contraer una póliza de seguros contra los efectos *worst case* de la espiral mundial del peligro. En consecuencia, tampoco se puede planificar el «día después» en caso de que sobreviniera lo peor de lo peor.

Con sólo considerar esto, resulta ya evidente que no hay peligros globales propiamente dichos, sino que éstos se entremezclan y confunden casi por completo con los conflictos de la pobreza, étnicos y nacionalistas que vienen asolando el mundo sobre todo desde el final de la guerra fría. Así, en las antiguas repúblicas soviéticas se relaciona el diagnóstico implacable de los daños medioambientales con la crítica política de la utilización imperialista de los recursos naturales. El discurso del «propio terruño» se convierte en este sentido en la reivindicación simultánea del derecho a disfrutar de unos recursos naturales y de la soberanía nacional.

El discurso sobre la sociedad del riesgo mundial puede asimismo conducir a resaltar la relativa autonomía de las crisis ecológicas en una visión monocausal y unidimensional de la sociedad global. Con todo, conviene subrayar la singularidad de la *politización involuntaria* de todos los campos de la actividad social como resultado de los conflictos de riesgo.

Los peligros percibidos abren a la decisión social unos automatismos al parecer completamente bloqueados. Lo que

los directivos y científicos trataron y decidieron injustificadamente a puerta cerrada debe demostrarse ahora de repente en todas sus consecuencias en el foro de las controversias públicas. Allí donde leyes escritas parecían cumplirse por sí solas, aparecen ahora unos responsables que, tal vez presionados por la opinión pública, reconocen algunas faltas y señalan alternativas abyectas. Resumiendo, pues, la tecnocracia del peligro produce involuntariamente un contraveneno político con su propio discurrir —y contra él—: peligros que, desafiando la pretensión de las autoridades competentes de tenerlo todo bien controlado, se dan a conocer públicamente, al tiempo que abren espacios para la acción política.¹⁹

d. *Por qué es falsa la tesis de la macdonaldización del mundo: paradojas de la globalización cultural*

El desarrollo del mercado mundial, según sostiene, por ejemplo, Kevin Robins, tiene consecuencias importantísimas para las culturas, identidades y modos de vida.²⁰ La globalización del quehacer económico está acompañada de olas de transformación cultural, en el seno de un proceso que se llama «globalización cultural». También aquí se trata

19. Que estas posibilidades de peligro se utilizan al menos parcialmente de manera política lo muestra, por ejemplo, el número de convenios y leyes internacionales en este campo, el cual se ha elevado considerablemente en los últimos años. Sobre las posibilidades de una globalización desde abajo, véanse págs. 140-147 de este libro; y, sobre la politización a través de los riesgos, véanse págs. 190-195 de este mismo libro.

20. K. Robins, «Tradition and Translation: National Culture and its Global Context», en J. Corner y S. Harvey (comp.), *Enterprise and Heritage: Crosscurrents of National Culture*, Londres, 1991, págs. 28 sigs.

primordialmente de la fabricación de símbolos culturales, una realidad que se viene observando desde hace ya bastante tiempo. Una buena parte de la sociología, y del público en general, han adoptado para este problema una postura que se acerca bastante a la tesis de la *convergencia de la cultura global*. Según dicha tesis, se está produciendo una paulatina universalización, en el sentido de unificación de modos de vida, símbolos culturales y modos de conducta transnacionales. Lo mismo en una aldea de la Baja Baviera que en Calcuta, Singapur o en las favelas de Río de Janeiro, se ven los mismos culebrones televisivos, se llevan los mismos vaqueros y se fuma el mismo Marlboro como signo de una «naturaleza libre e incontaminada». En una palabra: que la industria de la cultura global significa cada vez más la *convergencia* de símbolos culturales y de formas de vida.

En este orden de cosas cabe citar unas palabras pronunciadas por el presidente de Eurodisney: «Los rasgos distintivos de Disney tienen una validez universal. Como trate usted de convencer a un niño italiano de que “Topolino” —como llaman en Italia a Mickey Mouse— es americano, se verá condenado al fracaso».²¹

Bajo el discurso del mercado mundial subyace, según esta perspectiva, una utopía negativa. Conforme —y en la medida en que— los últimos rincones del planeta se están integrando también al mercado mundial, está surgiendo *un solo mundo*, pero no como reconocimiento de la multiplicidad y de la apertura recíproca, es decir de una imagen pluralista y cosmopolita de uno mismo y del otro, sino, bien al contrario, como *un solo mundo mercantil*. En este mundo, las culturas y las identidades locales se desarraigan

21. *Ibid.*

y sustituyen por símbolos mercantiles, procedentes del diseño publicitario y de los iconos de las empresas multinacionales. *La esencia se convierte en diseño*, y esto vale para todo el mundo.

Son las personas las que compran (o pueden comprar). Esta ley de la globalización cultural tiene validez —según dicha argumentación— incluso allí donde el poder adquisitivo es nulo. Con el poder adquisitivo termina el ser humano *social* y se insinúa y empieza la descalificación. *¡Exclusión!*, es el juicio para aquellos que no reconocen la equivalencia «esencia igual a diseño».

Las empresas que se proponen dominar el mercado con la fabricación de símbolos culturales universales utilizan a su manera el mundo sin fronteras de las tecnologías de la información, de las que, por su parte, da cumplida cuenta Rosenau. Los satélites permiten superar todas las barreras de clase y las fronteras nacionales e introducir el rutilante mundo —cuidadosamente amañado— de la América blanca en los corazones de los hombres en todos los rincones del planeta. La lógica del quehacer económico se encarga del resto.

La globalización, económicamente entendida y llevada a sus extremos, minimiza los costes y maximiza las ganancias. Hasta los pequeños segmentos de mercado y sus correspondientes estilos de vida y costumbres de consumo prometen, universalizados en todos los continentes, el aplauso de Wall Street. La planificación del mercado transregional es hasta el momento una palabra mágica en los sectores publicitarios y administrativos de las industrias culturales globales. Donde suben los costes en la producción de símbolos globales utilizables, la globalización se ofrece como vía de escape y como promesa de un cercano paraíso de ganancias.

«Se está llevando a cabo una revolución cultural y social como consecuencia de la globalización económica», afirma un locutor de la CNN. «Un empleado de América se ve afectado por ésta exactamente igual que el hombre de la calle de Moscú o que el ejecutivo de Tokio. Esto significa que lo que nosotros hacemos en y para América tiene validez en todas las partes del mundo. Nuestras noticias son noticias globales.»

¿Final de la información libre y rebelde?

En medio de la «fiebre del oro» que se ha apoderado de los mercados de la información mundiales y que ha conducido, y sigue conduciendo, a violentos movimientos de fusión, ven los vigías anunciarse el final de la información libre y rebelde. Y ¿quién podría, con los ojos bien abiertos, conjurar frívolamente este temor?

«Una estructura de información global cubre la tierra como una telaraña», escribe Ignacio Ramonet, «aprovechando las ventajas de la digitalización y fomentando el entramado de todos los servicios de comunicación. Además, fomenta el entrelazamiento de tres ámbitos tecnológicos —informática, telecomunicación y televisión— que se han unificado en los multimedia e Internet. En todo el mundo hay 1.260 millones de telespectadores (de los que más de 200 millones están conectados por cable y unos 60 millones poseen televisión digital), 690 millones de abonados al teléfono (de los que 80 millones están abonados a la telefonía móvil) y unos 200 millones de ordenadores (de los que 30 millones están conectados a Internet). Se prevé que para el año 2001 haya más abonados a Internet que al teléfono; la

red de usuarios de Internet ascenderá a una cifra que oscilará entre los 600 millones y los 1.000 millones, y la World Wide Web poseerá más de cien mil agencias comerciales. El volumen de negocio de la industria de la comunicación, que en 1995 rondó el billón de dólares, podría duplicarse dentro de cinco años, con lo que representaría el 10% de la economía mundial. Los gigantes de la informática, la telecomunicación y la televisión saben perfectamente que los beneficios del futuro están en los nuevos «campos de explotación» que la tecnología digital presenta ante sus fascinados y curiosos ojos. Cada cual sabe que, en el futuro, su propio territorio ya no va a estar protegido y que los gigantes de los sectores vecinos lo van a ver con ojos muy golosos. Ciertamente, existe una guerra sin cuartel en el campo de los medios de comunicación. Quien estaba en el negocio del teléfono quiere estar ahora también en el de la televisión, y viceversa. Todas las empresas que trabajan en la red, sobre todo las que poseen una red de suministro (electricidad, teléfono, agua, gas, ferrocarril, autopistas, etc.), se sienten tocados por esta fiebre del oro y quieren asegurarse su parte del pastel mediático. En todas partes del mundo libran una colosal guerra fratricida firmas gigantescas que se han convertido en los nuevos amos del mundo: la AT&T (el líder mundial en el negocio del teléfono), el dúo MCI (la segunda red más grande de teléfono en América) y BT (la antigua British Telecom), así como Sprint (el tercer mayor operador para conexiones a distancia de EE.UU.), Cable & Wireless (controlan sobre todo la Telecom de Hong-Kong), Bell Atlantic, Nynex, US-West, TCI (la empresa más importante en el sector de la televisión por cable), la NTT (la mayor compañía telefónica japonesa), Disney (que ha comprado la cadena ABC), Time Warner (a la que pertenece la CNN), News Corp., IBM, Micro-

soft (el líder en el campo del software), Netscape, Intel, etc.... La lógica superior de esta mutación que se ha producido en el capitalismo no es la búsqueda de aliados, sino la adquisición de empresas, con la que se cree tener asegurado, en un mercado de aceleraciones permanentes y de imprevisibles descubrimientos y que ha visto multiplicarse en proporción geométrica el número de usuarios (considérese, por ejemplo, el auge de Internet), el *know-how* de las empresas que ya están asentadas en el mercado... Para que las infraestructuras ofrecidas sean útiles para el usuario, la comunicación debe estar en condiciones de moverse por todo el mundo sin trabas, más libre que el viento de los océanos. Éste es el motivo por el que Estados Unidos (el primer productor de las nuevas tecnologías y sede de las firmas más importantes) haya puesto todo su peso en la balanza de la desregulación, pensando en la globalización de la economía y esperando que el mayor número de países posible abran sus fronteras al "libre flujo de información", o lo que es lo mismo, a los gigantes de la industria estadounidense del ocio y de los medios de comunicación». ²²

La salchicha blanca de Hawaii:
la nueva importancia de lo local

Pero es precisamente *Le Monde diplomatique*, periódico del que hemos sacado la cita anterior, la contradicción más flagrante de la visión catastrofista del imperio mundial de los medios de información que parece amenazarnos. Esta publicación periódica de la izquierda hipercrítica se aprove-

22. *Le Monde diplomatique*, 11 de abril de 1997.

cha con suma habilidad de las posibilidades del mercado mundial de la información, aparece en muchas lenguas y (contrariamente a la tendencia general de los medios de comunicación impresos) ha conseguido más que duplicar su tirada en los últimos años (si bien la tirada para el exterior ha caído en cien mil ejemplares y los ingresos por publicidad en el mismo espacio de tiempo han sufrido también una disminución).

La extendida tesis de una creciente convergencia lineal de los contenidos culturales y de las informaciones resultante de la tendencia a la concentración en los mercados de los medios de comunicación mundiales no tiene en cuenta las *paradojas y ambivalencias* teóricamente elaboradas y empíricamente investigadas de la teoría cultural, o, dicho a la manera antigua: no tiene en cuenta la *dialéctica* de la globalización. Como no se ha cansado de subrayar sobre todo Roland Robertson, uno de los padres de la teoría —e investigación— de la globalización cultural, con la globalización corre pareja cada vez más la *localización*. La imagen de sociedades cerradas en sí mismas, y de sus correspondientes espacios culturales, la rechazan los estudios culturales, que hablan de un proceso «dialéctico» inmanente de «globalización» cultural en el que lo que es *al mismo tiempo opuesto deviene posible y real*. He aquí la formulación de base: la globalización se llama globalización no precisamente de manera automática ni unilateral —una de las inagotables fuentes de confusión en este debate—; antes bien, entra por doquier en el ámbito de las *g-words* dentro de las coordenadas de una *nueva acentuación de lo local*.

Que la globalización no sólo significa des-localización, sino que además presupone una re-localización, es algo que se desprende de la propia lógica económica. «Globalmente»

hablando —tomada esta palabra literalmente—, nadie puede producir. Así, las empresas que producen —y comercializan sus productos— «globalmente» deben desarrollar relaciones *locales*, y ello en tanto en cuanto que, en primer lugar, su producción se apoya sobre unos pilares locales y, en segundo lugar, porque hay que «retirar de la circulación» símbolos globalmente comercializables de materias primas de *culturas locales*, que precisamente por eso permanecen vivas, eruptivas y dispares. «Global» significa, traducido y «conectado a tierra», «en muchos lugares a la vez» y, por lo tanto, es sinónimo de *translocal*.

De ahí que no tenga nada de extraño el que este nexo local-global juegue un papel primordial en los cálculos de las grandes empresas. Coca-Cola y Sony plantean sus estrategias en términos de «*localización global*». Sus jefes y directivos están convencidos de que la globalización no significa construir fábricas por todo el mundo, sino conseguir convertirse en parte viva de cada respectiva cultura. «Localismo» es el credo o la estrategia de la empresa que gana importancia cuanto más se practica la globalización.

Podemos considerar estos límites inmanentes de la globalización cultural lineal en el sentido de la unificación del mundo según el modelo de la macdonaldización en una reflexión marginal. Una cultura mundial universalizada —pensada hasta sus últimas consecuencias— en la que, por una parte, las culturas locales se han extinguido y, por la otra, todas consumen según un mismo esquema (comen, duermen, aman, se visten, razonan, sueñan, etc.) —aun cuando hagan esto debidamente separadas según el tipo de ingresos—, sería el final del mercado, el final de los beneficios. El capitalismo mundial, protegido contra las crisis del mercado, necesita particularmente de la multiplicidad y contradicción

locales para, mediante las necesarias innovaciones en materia de productos y de marketing, salir airoso de la competencia mundial.

Y, sin embargo, la des-localización y la re-localización no significan automáticamente el renacimiento de lo local. Dicho con un ejemplo bávaro: la celebración de la salchicha blanca, la cerveza «Löwenbräu» y los pantalones cortos de cuero no nos salva para pasar a la era global, pues en la resurrección del color local se suprime la des-localización. La re-localización, que, por así decir, ha atravesado la fase interminable de la des-localización, no se puede equiparar con el *tradicionalismo lineal a machamartillo* ni practicarse como provincialismo obtuso, pues varía el marco referencial en el que debe mostrarse la importancia de lo local.

La des-localización y re-localización consideradas conjuntamente tienen ciertamente consecuencias múltiples, pero ante todo ponen de manifiesto que las culturas locales ya no pueden justificarse, determinarse ni renovarse contra el mundo. En lugar de esta fundamentación cortocircuitada —como dice Anthony Giddens— de tradiciones con medios tradicionales (que él denomina «fundamentalistas») aparece la necesidad de re-localizar tradiciones des-traditionalizadas *en el contexto global*, el intercambio, el diálogo y el conflicto translocal.

Resumiendo, podemos decir que se da un renacimiento de lo local no tradicionalista cuando se «translocalizan» globalmente particularismos locales y, en este marco, se renuevan de manera conflictiva. Hablando bávara e irónicamente, si no hay más remedio que hablar de la salchicha (blanca), hablemos entonces de *la salchicha blanca de Hawaii*.

e. *La glocalización: Roland Robertson*

Hemos visto cómo la globalización, entendida en sentido operativo, las más de las veces conduce a una *intensificación de dependencias recíprocas* más allá de las fronteras nacionales. El modelo de los mundos separados se sustituye también, en un primer momento, por las interdependencias transnacionales. Pero Roland Robertson da un paso más, por cierto bastante importante,²³ al hacer especial hincapié en el hecho de que «la *percepción consciente* del mundo como lugar singular» se ha convertido en algo absolutamente corriente. Para Robertson, las globalizaciones *presentes* y las globalizaciones *conscientes y reflejadas en los medios de comunicación* son también dos caras de un mismo proceso. Con lo cual, se puede decir que el conseguir esta reflexividad simbólico-cultural de la globalización es *la cuestión clave* de la sociología cultural de la globalización. La nueva condición de la humanidad reside, según esto, en la *atención inteligente*, así como en la *conciencia* de la globalidad y fragilidad de esta condición de la humanidad de finales del siglo XX.

En este sentido, la globalización llama la atención no sólo sobre la «objetividad de las interdependencias cada vez mayores». Antes bien, conviene preguntar e investigar cómo se abre y configura el horizonte mundial en la producción transcultural de mundos significativos y de símbolos culturales. La globalización cultural atraviesa la igualación entre Estado nacional y sociedad nacional en cuanto que se establecen y cotejan formas de comunicación y de vida transculturales, así como imputaciones, responsabilidades, imágenes propias y ajenas de distintos grupos e individuos.

23. R. Robertson, *Globalization*, Londres, 1992.

Elisabeth Beck-Gernsheim ha ilustrado esto mismo con el ejemplo de los matrimonios y familias transculturales. «Más allá de todas las diferentes valoraciones, esperanzas y temores, hay una cosa cierta: los agregados étnicos se tornan cada vez más complejos a causa del desarrollo de la sociedad y de la población. En efecto, en la época de la movilidad, de los grandes movimientos de masas y de la interrelación económica, crece el número de quienes transcienden el radio del grupo de origen y viven y trabajan con hombres de otros grupos; quienes, por los motivos más dispares (pobreza, hambre o persecución, pero también por una formación y profesión especiales o por simple turismo y curiosidad), abandonan su patria durante un tiempo más o menos largo, y a veces también para siempre; y, finalmente, quienes cruzan las fronteras de sus países, nacen aquí, crecen ahí y se casan y tienen hijos allí. Para E.E. UU. esto significa que dicho desarrollo podría convertirse “tal vez en una nueva normalidad”: “El número de los casamientos biculturales sigue aumentando, y éstos ya no son ninguna rareza, como tampoco choca el hecho de ser blanco, asiático, árabe o judío” (R.C. Schneider). En Alemania, semejantes relaciones mixtas son más raras, pero también aquí se advierte una tendencia inequívoca hacia relaciones familiares “vario-pintas”. Tomemos el ejemplo de los matrimonios mixtos: en 1960, casi todos los matrimonios que se contrajeron en Alemania fueron entre alemanes. Sólo uno de cada 25 matrimonios fue, como se dice en la jerga de la estadística burocrática, “participado por extranjero o extranjera”, es decir, que al menos uno de los contrayentes poseía pasaporte extranjero. En cambio, en 1994 uno de cada siete enlaces era ya “de o con extranjero/a”, es decir, que el hombre o la mujer, o los dos, eran de nacionalidad extranjera. Tomemos

también el ejemplo de los nacimientos: en 1960, los hijos nacidos en la República Federal Alemana procedían casi siempre de un “enlace puramente alemán” —en el sentido de la nacionalidad—; sólo el 1,3% de los nacidos tenía padre extranjero y/o madre extranjera. En cambio, en 1994 el 18,8% de los nacidos tenía ya un padre extranjero y/o una madre extranjera; es decir, que casi uno de cada cinco hijos procedía ahora de una unión alemano-extranjera o extranjera por ambos lados. Por lo que respecta a este grupo —en rápido crecimiento— de “transculturales” y a sus familias, se plantea el siguiente problema de reglamentación: ¿a quiénes pertenecen: a nosotros, a los otros, a qué otros? Así, pues, nos encontramos aquí con historiales variopintos, nómadas o de desarrollo combinado que no se dejan encasillar en las categorías al uso. Esto crea complicados procedimientos administrativos y cuestiones discrecionales, dado lo particularmente susceptible a todo tipo de accidentes y errores que resulta este complicado asunto.»²⁴

Jürgen Habermas ya habló hace años de la «nueva dificultad de tener una visión general», mientras que Zygmunt Bauman habla del «final de la univocidad». Lo local y lo global, sostiene Robertson, no se excluyen mutuamente.²⁵ Al contrario, lo local debe entenderse como un *aspecto* de lo global. La globalización significa también acercamiento y mutuo encuentro de las culturas locales, las cuales se deben definir de nuevo en el marco de este *clash of localities*. Asimismo, Robertson propone sustituir el concepto base de la

24. E. Beck-Gernsheim, «Schwarze Juden und griechische Deutsche», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, op. cit.

25. R. Robertson, «Globalization», M. Featherstone *et alii* (comp.), *Global Modernities*, Londres 1995.

globalización cultural por el de «glocalización», neologismo formado con las palabras globalización y localización.

Esta síntesis verbal —«glocalización»— expresa al mismo tiempo una exigencia, la exigencia por excelencia de la teoría cultural: que parece absurda la idea de que se puede entender el mundo actual, sus colapsos y sus arranques, sin aprehender al mismo tiempo los sucesos contenidos bajo las palabras gúfa «política de la cultura, acervo cultural, diferencia cultural, homogeneidad cultural, etnicidad, raza y género». ²⁶

No es exagerado afirmar que la línea divisoria que separa la nueva y culturalmente aceptada «sociología de la globalización» de, por ejemplo, planteamientos más viejos de la teoría del sistema mundial, discurre precisamente por aquí. El axioma, bien perfilado, que separa el trigo de la paja, reza así:

«La cultura global» no puede entenderse estáticamente, sino sólo como un proceso contingente y dialéctico (y en modo alguno reducible de manera economicista a su lógica del capital aparentemente unívoco) según el modelo de la «glocalización», en cuya misma unidad se aprecian y descifran elementos contradictorios. En este sentido, se puede hablar de paradojas de las culturas «glocales».

Es importante imprimir un sesgo metódico-pragmático a este axioma. La globalización —aparentemente lo muy grande, lo exterior, lo que sobreviene al final y sofoca todo lo demás—, es asible en lo pequeño y lo concreto, *in situ*, en la propia vida y en los símbolos culturales, todo lo cual lleva el sello de lo «glocal».

Podemos también formular esto mismo de la siguiente manera: sólo como investigación cultural glocal (investigación de la industria, la desigualdad, la técnica y la política)

26. *Ibid.*, pág. 145.

resulta empíricamente posible y necesaria la sociología de la globalización.

Sin embargo, ¿qué significa la palabra —que de repente vuelve a aparecer en primer plano— «dialéctica», de la que el pensamiento diáfano se despidió hace tiempo, en el contexto de la teoría cultural? ¿Qué se quiere decir con el término «paradojas» de la globalización cultural cuando ésta se entiende e investiga como *flujo*? ²⁷

Universalismo y particularismo

Según esto, las generalizaciones a nivel mundial, así como la unificación de instituciones, símbolos y modos de conducta (por ejemplo, McDonald's, los vaqueros, la democracia, la tecnología de la información, la banca, los derechos humanos, etc.) y el nuevo énfasis, descubrimiento e incluso defensa de las culturas e identidades culturales (islamización, renacionalización, pop alemán y rai norteafricano, carnaval africano en Londres o la salchicha blanca de Hawaii), no constituyen ninguna contradicción. Antes bien, se puede decir —recurriendo al ejemplo de los derechos humanos— que estas culturas (como sucede, por cierto, con todas las demás) se representan, en primer lugar, como derechos universales y, en segundo lugar, se exponen a la vista y se representan como tales dentro de su contexto y a menudo de manera completamente diferente.

27. Compárese lo que sigue con McGrew, «A Global Society?», *op. cit.*

Ligaduras y fragmentaciones

La globalización produce (forzosamente) ataduras. Esto conviene resaltarlo en el contexto de un debate en el que la globalización se confunde —y, por tanto, se devalúa— con la fragmentación, como si fueran sinónimos. Surgen «comunidades» (esta palabra exige, por cierto, una redefinición) transnacionales y transcontinentales que separan lo que hasta ahora pasaba, y sigue pasando, a menudo como unidad indisoluble: la vida y el trabajo en común, en un mismo marco geográfico y social, fundan al mismo tiempo una nueva relación social. Esta nueva lógica y este vivir y trabajar juntos en lugares geográficamente separados se dan lo mismo en empresas transnacionales (cuyas administraciones se han trasladado a Singapur pero cuyos productos se reparten por toda Europa) como en «comunidades» transnacionales (los americanos mexicanos y los mexicanos americanos), «familias», «subculturas étnicas» (el África imaginaria), etc.

Pero, por la misma regla de tres, se puede afirmar también que la globalización *fragmentariza*: no sólo socava la soberanía del Estado en materia de información y fiscalidad —y, por ende, su autoridad propiamente dicha—, sino que también puede dar al traste con la existencia misma de comunidades locales. En un caso límite en condiciones de cultura glocal, es perfectamente posible que pierdan fuerza las vecindades directas, al tiempo que florecen las «vecindades» transculturales (decimos posible, pero no necesario).

Centralización y descentralización

Muchos ven en la globalización, de manera un tanto unilateral, un proceso de concentración y centralización en el ámbito del capital, el poder, la información, el saber, la riqueza, la toma de decisiones, etc., aduciendo motivo para cada caso. Pero no ven que esta misma dinámica también produce *descentralización*; o, dicho de manera más concreta, que las comunidades ganan en influjo sobre la formación de sus espacios sociales, pero también sobre sus correspondientes contextos locales, o si se quiere nacionales.

Los Estados nacionales pueden cerrarse de puertas adentro; pero pueden igualmente orientarse hacia fuera y translocalizar y definir de nuevo su política e identidades en el marco de referencia global de los entrelazamientos, diálogos y conflictos recíprocos. Y lo mismo vale para los demás actores en todos los niveles y estadios intermedios de lo social, desde los sindicatos hasta los individuos, pasando por las iglesias, las asociaciones de consumidores, etc.

Conflicto y conciliación

No cuesta mucho trabajo representarse el mundo glocal como un mundo resquebrajado por los conflictos. La visión de una «guerra de las culturas» sigue bastante arraigada aún en las escuelas primarias nacionales-estatales (con toda la carga de horror que le es propia), pues la globalización significa también que en el lugar de la comunidad local entra el conflicto, y en el lugar del conflicto (que siempre presupone un elemento mínimo de integración) entra el «*disflicto*», etc. Piénsese en la escisión del mundo que se produce me-

dian­te la *exclusión* de los «sin poder adquisitivo», y tal vez también de la mayoría demográfica del futuro; es decir, piénsese en la *brasileñización* del mundo.²⁸

Pero esta visión espectral del futuro, nada descaminada por cierto, debe no obstante responder a la pregunta de por qué resalta *unilateralmente* estos —y sólo estos— aspectos de los futuros posibles, pues, aunque estas siniestras visiones no se puedan abstraer a la vista, nos quedamos con todo sin ver que la glocalización también produce nuevas y particulares «comunidades», que van de Mickey Mouse a la Coca-Cola pasando por el simbolismo de los animales envenenados y moribundos (imágenes de gaviotas y crías de foca impregnadas de petróleo) o el primer ejemplo de una opinión pública mundial con el boicot —bastante ridículo, por cierto— a comprar gasolina Shell.

No hace mucho que Fukuyama anunciaba el «final de la historia». Howard Perlmutter lleva razón al contraatacar con el inicio de la historia de una *única* civilización global.²⁹ En ésta, la globalización se torna *reflexiva* y gana con ello una nueva cualidad histórica que, como se suele decir, justifica el concepto de «sociedad mundial». En efecto, ésta presupone *experiencias de un destino común*, que se manifiesta en la improbableísima proximidad de lo lejano en un mundo sin fronteras.

28. Véase más adelante «Escenario de decadencia a la carta», págs. 293 y sigs.

29. H. V. Perlmutter, «On the Rocky Road to the First Global Civilization», en A. King (comp.), *Culture, Globalization and the World System*. Londres, 1991, pág. 902.

EXCURSUS: *dos maneras de diferenciar*

Yo propongo en este sentido (también para clarificación del concepto de «dialéctica») establecer una distinción general entre dos maneras de diferenciar: la *exclusiva* y la *inclusiva*. Las diferenciaciones exclusivas siguen la lógica disyuntiva del «o esto o eso». Proyectan el mundo como una coordinación y subordinación de mundos separados en los que se excluyen las identidades y las pertenencias. Cada cosa que ocurre «entre medias» es un «in-cidente», un contra­tiempo: irrita, escandaliza y provoca desalojos o actividades que restablecen el orden.

Por su parte, las diferenciaciones inclusivas ofrecen una imagen completamente distinta de «orden». Ocurrir, in-cidir entre las categorías no es en este caso una excepción, sino la regla. Si esto parece escandaloso, sólo lo es porque, mediante la imagen abigarrada de las diferenciaciones inclusivas, se cuestiona la «naturalidad» de los modelos de orden exclusivos.

Una ventaja de la diferenciación inclusiva estriba sin duda en el hecho de que ésta posibilita otro concepto de «límite» más móvil, por no decir también más cooperativo. Los límites surgen aquí no mediante la exclusión, sino por las formas particularmente compactas de «doble inclusión». Alguien participa en muchos círculos distintos y *a través de esto* se limita. (Desde el punto de vista sociológico, es obvio que ésta no es la única manera de pensar y vivir los límites, pero posiblemente sea una de las que mayor importancia tengan en el futuro.) En el marco de las diferenciaciones inclusivas, los límites se piensan y solidifican como ejemplos móviles que posibilitan lealtades encabalgadas.

Según el paradigma de la diferencia exclusiva, la globalización sólo se puede pensar como caso límite que hace estallar todo. Aquí debe aparecer la globalización como punto culminante de un desarrollo que supere todas las diferencias y ponga en su lugar lo indiferenciable. La consecuencia metodológica es que tal vez se pueda captar aún este gran todo de un solo vistazo. Pero resulta claro que este vistazo sufrirá un estiramiento visual y tal vez explote precisamente por eso.

A favor del paradigma de la diferencia inclusiva aboga también, inversamente, sobre todo un razonamiento *pragmático desde el punto de vista de la investigación*; a saber, *sólo así resulta investigable la globalidad sociológicamente*. El nuevo cruce entre el mundo y yo que salta aquí a la vista ha fundado nuevamente la sociología, pues, sin sociología éste no puede entenderse teórica-empíricamente ni elaborarse políticamente. La suposición de lo diferente inclusivo adquiere, así, el estatus de una *hipótesis de trabajo empírica*, la cual debe contrastarse con las aventuras de la investigación en curso sobre la sociedad mundial —tan mal conocida— en que vivimos. Hay que tratar de aclarar, antes que nada, qué es lo que entraña lógicamente el pensamiento disyuntivo «o esto o eso»: las formas de vida, de biografía, de conflicto, de dominio, de desigualdad, las formas estatales de la sociedad mundial.³⁰ Pero también se pueden y deben in-

30. ¿Tiene esta distinción entre diferenciaciones exclusivas e inclusivas un sello *occidental* y eurocéntrico, o la podemos hacer valer también a nivel internacional? Son muchos los factores que abogan en el sentido de que la idea de una sociedad «no sólo... sino también» es una oferta mental occidental para marcar y acentuar la situación de las metrópolis occidentales o el punto de referencia occidental sobre un mundo tornado global. Bajo el régimen disyuntivo del «o esto o eso»

investigar las diferenciaciones inclusivas con la misma *claridad*. Modificando un poco lo que dice Benn, el pensamiento oscuro y la incapacidad de distinguir no constituyen una teoría de la modernización reflexiva.

f. *Poder imaginar vidas posibles: Arjun Appadurai*

La concepción de Robertson sobre las culturas «glocales» la amplía Arjaun Appadurai, quien sostiene y desarrolla teóricamente la *relativa autonomía* —con una autonomía y una lógica completamente propias— de esta cultura-economía glocal. Así, entre otras cosas, Appadurai habla de *paisajes étnicos* («*ethnoscapes*»), por los que entiende «paisajes de personas» que dejan una impronta especial en el mundo inquieto y convulso en que vivimos: turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores extranjeros y otras personas y grupos en constante movimiento. De todas ellas, y de su trasiego físico-geográfico, nacen impulsos esenciales para el cambio de la política al interior de y entre las distintas naciones; con otras palabras, son una cara de esa moneda

estatal-religioso-cultural, este mundo representacional puede —como escribe J. Fridman— aparecer causante de heridas y agresivo y, por tanto, ser responsabilizado de ello. Cuando un espacio cultural se unifica según el esquema del «o esto o eso» —ya sea mediante un poder hegemónico ya en la forma de un pensamiento y una investigación también hegemónicos—, entonces los espaguetis se comparan (de nuevo) con los italianos, y de una multiplicidad de dialectos se forma una «lengua materna nacional»; es decir, que la diferencia y multiplicidad culturales se pasan por el rodillo de la diferencia gradual entre verdadero y falso, o entre normal y anómalo (véase al respecto J. Fridman, «Cultural Logics on the Global System», *Theory, Culture, and Society*, n.º 5, dedicado monográficamente al tema del posmodernismo, 1988, pág. 458).

que es la cultura global. Junto a los paisajes étnicos, Appadurai distingue y describe otros cuatro:

- Paisajes técnicos (*technoscapes*): los movimientos transfronterizos de las tecnologías, las desarrolladas y las anticuadas, las mecánicas y las de la información.
- Paisajes financieros (*financescapes*): con los mercados de divisas y de valores nacionales y con los negocios especulativos está teniendo lugar un movimiento de enormes sumas de dinero a una velocidad increíble en la ruleta nacional.
- Paisajes mediáticos (*mediascapes*): el reparto de las posibilidades de producción de imágenes electrónicas, y su irradiación.
- Paisajes de ideas (*ideoscapes*): la concatenación de imágenes, a menudo en estrecha relación con ideologías e ideas oficiales o críticas, que echan sus raíces en la Ilustración.³¹

Como muestra Appadurai, estas corrientes de imágenes y paisajes cuestionan también la diferenciación tradicional entre centro y periferia. Son *materiales de construcción de «mundos imaginarios»* que personas y grupos de todo el mundo suministran, intercambian y viven con significaciones diferentes.

«Observando un mapa político, las fronteras entre los países parecen muy claras, como si siempre hubieran estado ahí... (Pero) de todas las fuerzas que colaboran para su su-

31. A. Appadurai, «Globale Landschaften», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*. Compárese con S. Lash y J. Urray, *Globale Kulturindustrien*, Francfort del Meno, 1998, cap. X.

presión, son probablemente las corrientes de información las más tenaces —aquí incluimos las informaciones que fueron anteriormente monopolizadas por los gobiernos—. Su monopolio del saber respecto de las cosas que ocurren en el mundo las llevó a la situación de tratar a los hombres de tontos, engañarlos con una falsa riqueza y tenerlos perfectamente controlados... En la actualidad..., las personas se encuentran por doquier en la situación de conseguir por sí solas desde cualquier rincón del mundo las informaciones que más les interesan.»

Las culturas glocales que se están abriendo paso ya no están vinculadas a ningún lugar ni a ningún tiempo. Carecen de contexto, y son «una verdadera mezcla de componentes dispares, recogidos de todas partes y de ninguna, salidos del carramato moderno (posmoderno) del sistema de comunicación global».³²

¿Qué significa esto? Que la imaginación adquiere un poder único en la vida cotidiana de los hombres, contesta Appadurai.³³ Numerosas personas en numerosas partes del mundo sueñan con y ponderan la mayor amplitud de vida «posible», como si ya hubieran vivido esto alguna vez en su vida. Una fuente primordial de este cambio son los medios de comunicación de masas, que aseguran una oferta fecunda y duradera para esta «vida posible». De este modo se establece una proximidad imaginaria con figuras simbólicas de los medios de comunicación. Las gafas con las que las personas ven y valoran sus vidas, esperanzas, derrotas y situaciones diversas, están hechas desde el prisma de la vida posible que la «tele-visión» presenta y celebra de manera ininterrumpida.

32. *Ibid.*

33. Véase A. Appadurai, «Globale Landschaften», *op. cit.*

Inclusive las situaciones de vida infrahumana, sostiene Appadurai, que mantienen a los hombres esclavos de unas circunstancias brutales y escandalosas —el trabajo infantil, personas marginadas que viven en y de los desechos de las metrópolis—, están abiertas al siniestro juego de las imaginaciones fabricadas cultural/industrialmente hablando. La depauperación irrumpe y hasta se duplica tal vez en las brillantes formas de mercancía de la vida posible que seducen por doquier con la omnipresencia de la publicidad estática y móvil.

Este nuevo poder de las industrias de la imaginación significa que formas de vida locales se remueven y rellenan con «prototipos» que proceden social y espacialmente de lugares completamente distintos. La vida propia y las vidas posibles se ven abocadas, de este modo, a una irónica contradicción, pues, como se ha dicho, inclusive la miseria surge y se perpetúa bajo el poder del mercado de vidas imaginarias, y permanece adherida a —y contenida en— la circulación global de las imágenes y los prototipos, circulación que mantiene pujante (por activa y por pasiva) la economía de la cultura.

g. *Riqueza globalizada, pobreza localizada: Zygmunt Bauman*

Resumamos: los observadores anglosajones de los escenarios globales deudores de la teoría cultural han dado carpetazo a lo que se podría denominar la «macdonaldización» del mundo. Parecen coincidir en que la globalización no produce necesariamente *ninguna* unificación cultural; la producción masiva de símbolos e informaciones culturales

no origina el surgimiento de algo que se pueda parecer a una «cultura global». Los escenarios locales que se derivan de ella deben, antes bien, entenderse como una extremada «imaginación de vidas posibles» de dos caras, que permita una multiplicidad de combinaciones y de la cual se recoja, con vistas a las identidades de la propia vida y de los respectivos grupos, colecciones fuertemente variables y abigarradas.

«Del entramado global», escribe Zygmunt Bauman, «se aíslan símbolos culturales y se tejen identidades de varia índole. La industria de la autodiferenciación local se convierte en uno de los rasgos distintivos (globalmente determinados) de las postrimerías del siglo XX... Los mercados globales de bienes de consumo, junto con las informaciones, hacen indispensable elegir lo que se debe absorber, pero la manera y modo de la elección se decide a nivel local o comunitario para asegurar nuevos distintivos simbólicos para las identidades extinguidas y resucitadas, o reinventadas o hasta ahora solamente postuladas. La *comunidad*, redescubierta por sus redivivos y románticos admiradores (la ven ahora nuevamente amenazada por fuerzas oscuras, desarraigadoras y despersonalizadoras atrincheradas esta vez en la *sociedad global*), no es el contraveneno de la globalización, sino una de sus inevitables consecuencias globales, producto y condición al mismo tiempo».

Y ahora, para concluir esta argumentación acerca del desarrollo —«dotado de su propia lógica»— de una dimensión concreta de la globalización, vamos a preguntarnos por las consecuencias más importantes resultantes de las desigualdades globales, y que más inquietan. Z. Bauman describe de la siguiente manera tales consecuencias: el nexo global-local permite y produce forzosamente no sólo nuevos modos de estudio analítico-empírico de culturas y

mundos virales translocales, sino que, antes bien, sostiene Bauman, desagrega la sociedad mundial que se anuncia. Asimismo, la globalización y la localización no sólo son dos momentos o caras de la misma moneda; son al mismo tiempo fuerzas impulsoras y formas de expresión de una nueva *polarización y estratificación de la población mundial en ricos globalizados y pobres localizados*.

«La globalización y la localización pueden ser las dos caras inseparables de la misma medalla, pero las dos partes de la población mundial viven en lados distintos y ven sólo un lado —así como vemos y observamos desde la Tierra un solo lado de la Luna—. Los unos son los auténticos moradores del globo; los otros están simplemente encadenados a su puesto... La glocalización es, fundamentalmente, un nuevo reparto de, a la vez, privilegios y ausencia de derechos, riqueza y pobreza, posibilidades de triunfo y falta de perspectivas, poder e impotencia, libertad y falta de libertad. Podríamos decir que la glocalización es un proceso de *nueva estratificación a nivel mundial*, en cuyo devenir se construye una nueva jerarquía a nivel mundial sociocultural y autorreproductora. En la cuestión de la diferencia y de las identidades comunitarias que impulsan la globalización de los mercados y de la información y se dejan convertir en “necesidad”, no se trata de socios múltiples, sino de socios iguales. Lo que para unos es libre elección, para otros es destino implacable. Y como estos otros aumentan sin parar en número y caen en una situación cada vez más desesperada, fruto de una existencia sin perspectivas, tenemos derecho a posibilitar la libre elección y un quehacer eficaz cuando tomamos la glocalización como una concentración de capital, finanzas y demás recursos imaginables —pero sobre todo también cuando la tomamos como una *concentra-*

ción de la libertad de acción...—. La libertad (principalmente de acción y de movilidad financiera) es el invernadero donde la riqueza va a crecer sin duda más que nunca; y cuando la riqueza se multiplique, habrá más para todos, dicen los optimistas. Los pobres del mundo, los nuevos y los viejos, los de toda la vida y los producidos por ordenador, apenas reconocerían su situación desesperada en medio de todo este folclore. Los viejos ricos necesitaban de los pobres para hacerse ricos y mantenerse como ricos. Pero ahora ya no tienen necesidad de ellos... Desde tiempos inmemoriales, el conflicto entre pobres y ricos ha significado estar atrapado de por vida en una recíproca dependencia. Pero esto cada vez es menos cierto. Nadie sabe a ciencia cierta de qué hablarían los nuevos ricos “globalizados” ni los nuevos pobres “globalizados”, qué clase de compromisos deberían sentir necesidad de contraer o qué *modus coexistendi* estarían dispuestos a buscar... Las jerarquías que han surgido en ambos polos, en lo alto y en lo bajo de unos mundos que tienden a sedimentarse, se diferencian escandalosamente y están cada vez más blindadas mutuamente, cual vías circulatorias utilizadas exclusivamente por los habitantes móviles y ricos de las ciudades actuales, que limitan con *no go areas* a las que esquivan cautelosamente.

«Si para el *primer mundo*, el mundo de los acomodados y los propietarios, el *espacio* ha perdido su cualidad restrictiva y debe abrir sus vías “reales” y “virtuales”, para el *segundo mundo* —el mundo de los pobres, de los “estructuralmente superfluos”— el espacio real se cierra cada vez más deprisa.

«La manera machacona cómo los medios de comunicación representan la conquista de espacios y la “virtual accesibilidad” a distancias que en la realidad no virtual son inalcanzables, torna esta desapropiación más dolorosa aún. El

espacio en constante encogimiento suprime el curso del tiempo; los moradores del primer mundo viven en un *presente eterno*, están viviendo una secuencia de episodios higiénicamente separados no sólo de su futuro sino también de su pasado; estas personas están permanentemente ocupadas y *nunca tienen tiempo*, pues el tiempo no tiene momentos dilatables: el tiempo se vive como algo “lleno hasta los topes”.

»Por su parte, las personas adscritas al *segundo* mundo están encorvadas y oprimidas por el peso de un tiempo superabundante y *superficial* que no pueden llenar. En su tiempo “nunca pasa nada”. No “controlan” el tiempo, ni tampoco son controladas por él, al igual que sus antepasados estaban sometidos al ritmo sin rostro del tiempo de la fábrica. Sólo les queda matar el tiempo, de la misma manera que ellas son matadas lentamente por él...

»Los habitantes del primer mundo viven en el *tiempo*; el espacio no significa nada para ellos, pues toda distancia puede neutralizarse inmediatamente. Su experiencia la ha captado bastante bien Jean Baudrillard en su imagen de la “hiperrealidad”, en la que lo virtual y lo real ya no son separables, porque ambas cosas poseen y hacen añorar a la vez la “objetividad”, la “exterioridad” y la “capacidad punitiva”, que Émile Durkheim definiera como los signos distintivos de la “realidad”.

»Por su parte, los moradores del segundo mundo viven en el *espacio*, un espacio que es arduo, inamovible, intocable y que mantiene sujeto al tiempo, al que sustrae al control de dichos moradores. El tiempo está vacío. Sólo el tiempo virtual de la televisión tiene una estructura, un “horario”. El otro tiempo transcurre monótonamente, va y viene, no presenta ninguna exigencia y aparentemente no deja tras de sí ninguna huella. Su sedimento hace su aparición de repente

sin anunciarse ni ser invitado. El tiempo inmaterial no tiene ningún poder sobre el “espacio bien real” al que se ven nuevamente arrojados los moradores del segundo mundo.

»Los ricos, que casualmente son los actores con más recursos y mayor poder en la escena política, no necesitan de los pobres ni siquiera para la salvación de sus almas (que, de todos modos, no creen tener y cuyo cuidado no considerarían digno de interés) ni para seguir siendo ricos ni para hacerse más ricos aún (cosa que, según creen, sería más fácil si no existiera la exigencia de repartir una parte de su riqueza entre los pobres).

»Los pobres no son los hijos de Dios, con los que se practica la reparadora beneficencia. No son el ejército de reserva que se debe mantener para cuando se vuelva la producción de valor. No son los consumidores que hay que sondear y convencer para hacerse con las riendas mediante la recuperación de la economía. Desde cualquier punto de vista que se los considere, los pobres no tienen ninguna utilidad; los vagabundos no son más que la odiosa caricatura de los turistas (y ¿a quién le gusta ver su propia imagen desfigurada?).»³⁴

Lo nuevo de la era global es que se ha perdido el *nexo* entre pobreza y riqueza, y esto es, según Bauman, a causa de la globalización que divide a la población mundial en ricos globalizados, que dominan el espacio y no tienen tiempo, y pobres localizados, que están pegados al espacio y tienen que matar su tiempo, con el que no tienen nada que hacer.

34. Z. Bauman, «Schwache Staaten. Globalisierung und die Spaltung der Weltgesellschaft», en U. Beck (comp.), *Kinder der Freiheit*, págs. 323-331.

Entre estos ganadores de la globalización y estos perdedores de la globalización, sostiene Bauman, no parece existir *ni* unidad *ni* dependencia. La consecuencia primordial es que la dialéctica amo-siervo ha tocado así a su fin. Más aún: se ha roto el lazo que tornaba la solidaridad no sólo necesaria, sino también posible. Esta relación de dependencia, o al menos de compasión, que subyacía hasta ahora bajo todas las formas de desigualdad se despliega ahora en un nuevo «en ningún lugar» de la sociedad mundial. Por ahora, la palabra «glocalización» es también un eufemismo. Nos hace creer ilusoriamente que se producen situaciones *más allá* de la unidad y la dependencia para las que no tenemos ningún nombre ni ninguna respuesta.

h. *Capitalismo sin trabajo*

Hay dos puntos de vista que relativizan la importante afirmación de Bauman en el sentido de que la glocalización conduce a una polarización entre pobres y ricos a escala mundial. En cierto modo, el autor no se tiene en cuenta a sí mismo. Al menos desde su perspectiva de observador, en su exposición *reúne* (interinamente) lo que, si se siguen sus explicaciones, se des-une irrevocablemente en la sociedad mundial trans-estatal: el marco de referencia, los «*minima moralia*», los pobres como *nuestros* pobres y los ricos como *nuestros* ricos.

Asimismo, Bauman confunde la pérdida de importancia del marco referencial *nacional-estatal* —en el que no se dejan captar ya las contradicciones entre los pobres sin fronteras y los ricos sin fronteras— con la pérdida del *correspondiente* marco de referencia.

Por una parte, no se puede excluir que se consiga la formación de una «solidaridad cosmopolita» (J. Habermas) con una capacidad de vinculación más débil que la solidaridad cosmopolita que se ha desarrollado en Europa en los dos últimos siglos aproximadamente. Por la otra, las sociedades mundiales no sólo trascienden comunidades ordenadas y controladas nacional-estatalmente, sino que además crean una nueva contigüidad de mundos aparentemente separados, y esto no sólo «allá fuera», sino también *in situ*, en el pequeño espacio de la propia vida. Fundamentalmente, podemos incluso preguntarnos si, en la segunda modernidad —siguiendo en esto a Appadurai—, la producción cultural «de vidas posibles», que incluye literalmente tanto a los más ricos como a los más pobres, permite excluir a determinados grupos.³⁵

El primer mundo está contenido en el tercero y cuarto mundos, así como el tercero y cuarto mundos están contenidos en el primer mundo. El centro y la periferia no se descomponen en continentes separados, sino que se encuentran y contradicen conflictivamente en circunstancias entremezcladas de varios órdenes tanto aquí como allí. Esta nueva incapacidad de excluir a los pobres se muestra cuando los sin techo de Río de Janeiro toman «posesión», a la caída de la noche, de las calles de mayor postín.

Pero Bauman deja también sin aclarar la cuestión de por qué y cómo la globalización da al traste con los últimos lazos que quedaban entre los más pobres y los ricos. Por eso dicha pregunta se puede reformular aquí de la siguiente

35. Véase más adelante nuestro punto de vista acerca de la sociedad civil transnacional, las posibilidades y necesidades de una crítica transcultural, etc., págs. 133 y sigs.

manera: ¿se ha quedado sin trabajo la sociedad del trabajo?³⁶

El futuro del trabajo, según dijo el presidente de la BMW, parece relacionado con nuestras empresas de la siguiente manera... Y a continuación describe, a partir de 1970, una línea descendente que en el año 2000 acabará en el cero. Esto es naturalmente una exageración, y no podemos presentarlo así a la opinión pública, añade después. Pero la productividad aumenta en una medida tal que podemos producir cada vez más coches con menos trabajo. Sólo para que siga como está el actual nivel de ocupación, deberían expandirse enormemente los mercados. Sólo si consiguiéramos vender BMWs en todos los rincones del planeta, habría alguna probabilidad de asegurar los puestos de trabajo actuales.

El capitalismo destruye el trabajo. El paro ya no es un destino marginal: nos afecta potencialmente a todos, y también a la propia democracia como forma de vida.³⁷ Pero el capitalismo global, al declararse exento de toda responsabilidad respecto al empleo y la democracia, está socavando en el fondo su propia legitimidad. Antes de que un nuevo Marx zarandee otra vez a Occidente, vendría bien adoptar ideas y modelos, desde hace tiempos caducos, para un pacto social nuevo y completamente diferente. Hay que volver a cimentar el futuro de la democracia más allá de la sociedad del trabajo.

36. Esta cuestión la suscitó ya H. Arendt en los años sesenta en su libro *Vita Activa*; véase también J. Marthes, *Krise der Arbeitsgesellschaft?*, Francfort del Meno, 1984, donde se recogen las ponencias del simposio sobre sociología de Bamberg.

37. Véase también E.B. Kapstein, «Arbeiter und die Weltwirtschaft», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, op. cit.

Por ejemplo, en Gran Bretaña, el emicomiado país del empleo, sólo hay un tercio de la población en edad de trabajar plenamente empleada en el sentido tradicional de la palabra (en Alemania hay más de un 60%). Hace sólo veinte años, la cifra superaba en ambos países el 80%. Lo que se ha presentado como un remedio —la flexibilización del mercado laboral— no ha hecho más que ocultar la terrible enfermedad del paro; no la ha curado en absoluto.

Al contrario, cada vez es mayor el paro, así como los casos de trabajos a tiempo parcial, las precarias relaciones contractuales y la por el momento aún tranquila reserva laboral. En otras palabras, que el volumen del trabajo remunerado está desapareciendo a marchas forzadas y nos estamos dirigiendo a toda velocidad hacia un capitalismo sin trabajo, y ello en todos los países posindustriales del planeta.

Hay tres mitos que blindan el debate público contra la comprensión de esta situación. En primer lugar: todo es, por así decir, mucho más complicado (el mito de la impenetrabilidad); en segundo lugar: el gran auge de la sociedad de los servicios va a salvar la sociedad del trabajo (el mito de las prestaciones de los servicios); en tercer lugar: sólo tenemos que reducir al máximo los costes laborales para que se esfume el problema del paro (el mito de los costes).

El que todo esté mutuamente interrelacionado (aun cuando sólo sea débilmente), y en tal sentido no esté nítidamente definido, vale sin duda para el desarrollo del mercado laboral en las condiciones de la globalización. Pero no excluye afirmaciones sobre tendencias tradicionales, como muestran varios estudios comparados de corte longitudinal sobre varios países del mundo realizados en Alemania por la Comisión para Cuestiones relacionadas con el Futuro (Kom-

mission für Zukunftsfragen).³⁸ De éstos se desprende que, a lo largo de varias generaciones, el factor trabajo ha estado sobrevalorado. A mediados de los setenta se invirtió la tendencia; desde entonces se aprecia una disminución del trabajo remunerado, ya directamente a causa del paro (como en Alemania), ya veladamente mediante «variopintas formas de ocupación» exponencialmente crecientes (como en EE.UU. y Gran Bretaña). La demanda de trabajo cae, mientras sube la oferta (también a causa de la globalización). Los dos indicadores de la disminución del trabajo remunerado (el paro y los trabajos atípicos) dan motivos para la alarma.

Ya no se trata sólo de redistribuir el trabajo, sino de *redistribuir el paro*, también en las nuevas formas mixtas de paro y ocupación, porque éstas pasan oficialmente por «(plena) ocupación» (trabajo a tiempo parcial temporal e insignificante, etc.). Esto vale precisamente para los denominados paraísos de la ocupación que son EE.UU. y Gran Bretaña, donde la mayoría vive en la cuerda floja entre el trabajo y el paro y tiene que contentarse con sueldos de hambre.

Así, no se engañan quienes afirman que, con cada crisis, la sopa de la comunidad laboral se hace cada vez menos espesa, y que una gran, y cada vez mayor, parte de la población tiene, por así decir, sólo precarios «puestecitos de trabajo» que difícilmente permiten disfrutar de una existencia normal (desde el punto de vista de la seguridad).

Los políticos, las instituciones y también nosotros mismos nos movemos en el ficticio mundo conceptual del pleno empleo. Inclusive las cajas de ahorro para la vivienda y

las compañías aseguradoras hacen sus balances suponiendo que los clientes que están «ocupados» poseen unos ingresos duraderos. Pero el «ni esto ni eso», que tan rápidamente se está extendiendo —no tener ni trabajo ni ingresos fijos—, no encaja en este estereotipo.

Las madres ceden a sus hijos sus puestos de trabajo. Entre tanto, el modelo en tres fases en el que creían ya no tiene vigor. La tercera fase —la vuelta a la profesión tras la marcha de casa de los hijos— presupone la ilusión del pleno empleo. Nos solemos quejar del «paro masivo» y suponemos con ello que la situación del trabajo de ocho horas de toda la vida es hasta la edad de la jubilación la situación natural de una persona adulta. Precisamente, también la República Democrática Alemana era en este sentido particular una sociedad del trabajo. En la actual Alemania unificada, se debe hablar ahora de un paro de superficie.

Son muchos los que creen, esperan y hacen votos por que la sociedad de los servicios nos pueda salvar del fantasma del paro. Esto tiene un nombre: *mito de los servicios*. Las cuentas y las contracuentas tienen aún que pasar el examen del futuro. Ciertamente van a surgir nuevos puestos de trabajo; pero hay que dejar bien claro antes que nada que los núcleos de ocupación tradicionalmente seguros en el ámbito de los servicios se están sacrificando actualmente en el altar de la imparable y omnipresente automatización. Por ejemplo, el *telebánking* va a suponer el cierre de muchas sucursales en el sector bancario; Telekom se va a ahorrar unos sesenta mil empleos cuando esté a punto su nueva oferta; y grupos profesionales enteros, como por ejemplo el sector de la mecanografía, podrían desaparecer del mapa.

Pero, aun cuando surjan nuevos puestos de trabajo, en la edad de la información éstos pueden verse fácilmente

38. Kommission für Zukunftsfragen, *Entwicklung von Erwerbstätigkeit und Arbeitslosigkeit in Deutschland und anderen frühindustrialisierten Ländern, Teil I*, Bonn, octubre de 1996.

desplazados a los lugares más inimaginables. Muchas firmas —el ejemplo más reciente es American Express— han establecido todas sus sedes administrativas en países baratos (en su caso, el sur de la India).

Contradiendo a los profetas de la sociedad de la información, que predicen una gran abundancia de trabajos muy bien remunerados inclusive para personas con poca formación, la triste y desnuda realidad dice que numerosos puestos de trabajo en el sector del procesamiento de datos serán actividades rutinarias bastante mal retribuidas. La infantería de la economía de la información, escribe el economista y antiguo ministro de trabajo de la administración Clinton, Robert Reich, la constituyen hordas de trabajadores informáticos sentados en cuartos sin ventana ante terminales de ordenador conectadas a bancos de datos a escala mundial.

El error clave del debate actual es, sobre todo, el *mito de los costes*. Cada vez es mayor el número de personas convencidas —con un convencimiento a menudo rayano en la militancia— de que sólo una disminución drástica de los costes laborales y salarios nos sacará de la plaga del paro. Aquí nos puede iluminar bastante el denominado «modo americano». Pero si comparamos EE.UU. con Alemania, parece que el «milagro ocupacional» de EE.UU. está muy dividido. Los puestos de trabajo para personal altamente cualificado, que siguen siendo fijos y bien pagados, no pasan del 2,6% en EE.UU., el mismo (bajo) porcentaje que en Alemania, el país de los sueldos más altos (según un estudio de la OCDE, de abril de 1996). La diferencia estriba en el aumento de los trabajos mal remunerados para personal no cualificado. Se da en el *sector de los pequeños servicios*, precisamente el que ha producido el milagro laboral americano.

Éste presupone, de todos modos, entre otras cosas, una política abierta en cuanto a la inmigración. A un bachiller en paro de Munich lo pueden obligar a cortar espárragos en el término de Deggendorf, en la baja Baviera, para consternación de los cultivadores de espárragos —y de los propios espárragos—, pues no posee ni la preparación ni la motivación de, por ejemplo, un campesino polaco, para quien trabajar cortando espárragos significa un ascenso.

He aquí los lados oscuros del milagro ocupacional americano. Entre 1979 y 1989, los ingresos de los trabajadores situados en la parte más baja del escalafón cayeron un 16%. Asimismo, los ingresos reales de la parte media cayeron en un 2%, mientras que sólo subieron los ingresos de los altos directivos (en un 5% aproximadamente). Esta tendencia negativa se pudo, de hecho, parar en el espacio de tiempo comprendido entre 1989 y 1997 para los *working poor* —de todos modos, a quien recibe un sueldo de hambre por su trabajo difícilmente se le puede recortar éste...—. Pero los ingresos de la mayoría de la clase media trabajadora americana han vuelto a descender desde 1989 un 5%. Por primera vez nos enfrentamos a un auge de la economía que corre parejo a la vez con el «pleno empleo» y con un retroceso de los ingresos reales en el medio social.³⁹ «¡Qué bien!», dice alguien. «Bill Clinton ha creado millones de nuevos trabajos». «Sí», contesta otro, «yo tengo tres de esos trabajos y no me llegan para dar de comer a mi familia». Aún (¿por cuánto tiempo?) consideramos en Alemania un problema el que personas que trabajan todo el día por —digamos— siete marcos a la hora duerman por la noche encima de cartones.

39. A.B. Krüger, «It's Time for Americans to Worry about Stagnation of Wages», *International Herald Tribune*, 1, 8, 1997, pág. 8.

desplazados a los lugares más inimaginables. Muchas firmas —el ejemplo más reciente es American Express— han establecido todas sus sedes administrativas en países baratos (en su caso, el sur de la India).

Contradiendo a los profetas de la sociedad de la información, que predicen una gran abundancia de trabajos muy bien remunerados inclusive para personas con poca formación, la triste y desnuda realidad dice que numerosos puestos de trabajo en el sector del procesamiento de datos serán actividades rutinarias bastante mal retribuidas. La infantería de la economía de la información, escribe el economista y antiguo ministro de trabajo de la administración Clinton, Robert Reich, la constituyen hordas de trabajadores informáticos sentados en cuartos sin ventana ante terminales de ordenador conectadas a bancos de datos a escala mundial.

El error clave del debate actual es, sobre todo, el *mito de los costes*. Cada vez es mayor el número de personas convencidas —con un convencimiento a menudo rayano en la militancia— de que sólo una disminución drástica de los costes laborales y salarios nos sacará de la plaga del paro. Aquí nos puede iluminar bastante el denominado «modo americano». Pero si comparamos EE.UU. con Alemania, parece que el «milagro ocupacional» de EE.UU. está muy dividido. Los puestos de trabajo para personal altamente cualificado, que siguen siendo fijos y bien pagados, no pasan del 2,6% en EE.UU., el mismo (bajo) porcentaje que en Alemania, el país de los sueldos más altos (según un estudio de la OCDE, de abril de 1996). La diferencia estriba en el aumento de los trabajos mal remunerados para personal no cualificado. Se da en el *sector de los pequeños servicios*, precisamente el que ha producido el milagro laboral americano.

Éste presupone, de todos modos, entre otras cosas, una política abierta en cuanto a la inmigración. A un bachiller en paro de Munich lo pueden obligar a cortar espárragos en el término de Deggendorf, en la baja Baviera, para consternación de los cultivadores de espárragos —y de los propios espárragos—, pues no posee ni la preparación ni la motivación de, por ejemplo, un campesino polaco, para quien trabajar cortando espárragos significa un ascenso.

He aquí los lados oscuros del milagro ocupacional americano. Entre 1979 y 1989, los ingresos de los trabajadores situados en la parte más baja del escalafón cayeron un 16%. Asimismo, los ingresos reales de la parte media cayeron en un 2%, mientras que sólo subieron los ingresos de los altos directivos (en un 5% aproximadamente). Esta tendencia negativa se pudo, de hecho, parar en el espacio de tiempo comprendido entre 1989 y 1997 para los *working poor* —de todos modos, a quien recibe un sueldo de hambre por su trabajo difícilmente se le puede recortar éste...—. Pero los ingresos de la mayoría de la clase media trabajadora americana han vuelto a descender desde 1989 un 5%. Por primera vez nos enfrentamos a un auge de la economía que corre parejo a la vez con el «pleno empleo» y con un retroceso de los ingresos reales en el medio social.³⁹ «¡Qué bien!», dice alguien. «Bill Clinton ha creado millones de nuevos trabajos». «Sí», contesta otro, «yo tengo tres de esos trabajos y no me llegan para dar de comer a mi familia». Aún (¿por cuánto tiempo?) consideramos en Alemania un problema el que personas que trabajan todo el día por —digamos— siete marcos a la hora duerman por la noche encima de cartones.

39. A.B. Krüger, «It's Time for Americans to Worry about Stagnation of Wages», *International Herald Tribune*, I, 8, 1997, pág. 8.

Pero también una comparación de la productividad laboral resta encanto a la «solución» americana. La productividad ha aumentado en EE.UU. en los últimos veinte años por término medio sólo un 25%, mientras que en Alemania lo ha hecho en un 100%. «¿Cómo se las apañan los alemanes?», preguntaba hace poco un colega americano. «¡Trabajan menos y producen más!»

Precisamente, en esto se manifiesta la nueva ley de productividad del capitalismo global en la era de la información. Hombres cada vez menos formados y globalmente intercambiables pueden producir cada vez más prestaciones y servicios. Así, pues, el crecimiento económico ya no conlleva la supresión del paro, sino justo lo contrario: prevé la supresión de puestos de trabajo (el denominado *jobless growth*).

Sin embargo, que nadie se llame a engaño: el capitalismo de sólo-y-todavía-propietarios que no se propone otra cosa que el aumento de los beneficios y se inhibe respecto de los trabajadores, del Estado (asistencial) y la democracia, está socavando su propia legitimidad. Mientras crecen los márgenes de beneficios de los empresarios que actúan a nivel global, éstos están privando a los Estados desarrollados de puestos de trabajo y contribuciones fiscales, a la vez que cargan sobre las espaldas de los demás los costes del paro y de la civilización avanzada. Dos pobres crónicos —el erario público y las cotizaciones de los aún ocupados— deben financiar ellos solitos muchas cosas de las que también los ricos disfrutan: el lujo de la segunda modernidad, escuelas y universidades altamente desarrolladas, sistemas viarios y de transporte en perfectas condiciones, protección del agro, seguridad ciudadana, actividades culturales y de ocio...

Cuando el capitalismo global de los países más desarrollados destruye el nervio vital de la sociedad del trabajo, se res-

quebraja también la alianza histórica entre capitalismo, Estado asistencial y democracia. La democracia nació en Europa y EE.UU. como «democracia del trabajo» —en el sentido de que la democracia se apoya en el reparto del trabajo remunerado—. El ciudadano tenía que ganar su dinero de una u otra manera para dar sentido a su derecho de libertad política. El trabajo remunerado sostiene y fundamenta constantemente no sólo la existencia privada, sino también la propia política. Y no se trata «sólo» de millones de parados, ni tampoco del Estado asistencial ni de cómo evitar la pobreza, ni de que reine la justicia. Se trata de todos y cada uno de nosotros. Se trata de la libertad política y de la democracia en Europa.

La estrecha relación en Occidente entre el capitalismo y los derechos fundamentales políticos, sociales y económicos no es algo así como una «buena obra social» que, cuando no tenemos dinero, podemos dejar de practicar. El capitalismo socialmente «amortiguado» se ha conseguido, antes bien, como respuesta a la experiencia del fascismo y al desafío del comunismo. Es un hecho de Ilustración aplicada. Se sustenta en el razonamiento de que sólo los hombres que tienen una vivienda y un puesto de trabajo seguro, y con ello un futuro material, son o llegan a ser ciudadanos que se apropian de la democracia y la convierten en algo vivo. La verdad desnuda es ésta: sin seguridad material no puede existir libertad política ni, por tanto, democracia alguna; y entonces todos nos vemos amenazados por nuevos y antiguos regímenes e ideologías totalitarios.

Sin embargo, al capitalismo no le resta legitimidad el que produzca cada vez más con menos trabajo, sino el que bloquee la iniciativa de un nuevo pacto social. Quien reflexione hoy acerca del paro no debe quedarse estancado en los viejos debates sobre el «segundo mercado laboral», la «ofen-

siva del tiempo parcial», las denominadas «prestaciones ajenas a los distintos tipos de seguro» ni el pago del sueldo en caso de enfermedad, sino que se debe preguntar lo siguiente: ¿es posible la democracia más allá de las «seguridades» de la sociedad del trabajo? Lo que parece como un final y un desmoronamiento debe trocarse en el hito fundacional para nuevas ideas y modelos que el Estado, la economía y la sociedad están pidiendo para el siglo XXI.⁴⁰

40. Véase más adelante, «Respuestas a la globalización», págs. 239 y sigs.

LA SOCIEDAD CIVIL TRANSNACIONAL: CÓMO SE FORMA UNA VISIÓN COSMOPOLITA

I. BALANCE PROVISIONAL: EL «NACIONALISMO METODOLÓGICO» Y SU CONTRADICCIÓN

¿Por qué y en qué sentido exige la globalización una diferenciación entre la primera y la segunda modernidad? La visión de la sociedad de la primera modernidad la ha descrito fundamentalmente A.D. Smith como «nacionalismo metodológico»: la sociedad y el Estado son pensados, organizados y vividos de manera coincidente.

Con esto se presuponen la fijación estatal-política y el dominio del espacio. El Estado territorial se convierte en *contenedor* de la sociedad. Dicho de otro modo: la pretensión estatal de control y poder funda y crea la sociedad. Se puede analizar y describir este primado de lo nacional junto con los diversos derechos fundamentales, el sistema educativo, la política social, el paisaje pluripartidista, la fiscalidad, la lengua, la historia, la literatura, los medios de transporte y las vías de comunicación, las ayudas a infraestructuras, los controles fronterizos y de pasaporte, etcétera, etcétera.

Las sociedades nacionales-estatales producen y conservan también de este modo identidades cuasi esencialistas en la vida cotidiana cuya autointeligibilidad parece descansar en formulaciones tautológicas: los alemanes viven en Ale-

mania, los japoneses en Japón y los africanos en África. El que haya «judíos negros» y «alemanes españoles», por sólo citar unos ejemplos de diferenciación social normal, es algo que en este horizonte se considera como un caso fronterizo y excepcional, a la vez que como una amenaza.¹

Esta arquitectura del pensamiento, de la actividad y de la vida en los espacios e identidades estatales-sociales *se viene abajo* en virtud de las globalizaciones económica, política, ecológica, cultural y biográfica. Sociedad mundial significa que surgen oportunidades de poder, espacios de lo social en el quehacer, la vida y la experiencia que destripan y ponen patas arriba la ortodoxia de la política y de la sociedad:

1. Lo más sorprendente es constatar de dónde consiguen las empresas transnacionales la oportunidad de repartir los puestos de trabajo y los impuestos sobre el tablero de ajedrez de la sociedad mundial con el fin de (como ocurre de hecho) maximizar sus beneficios, con lo que privan a los Estados de bienestar socialmente desarrollados de oportunidades de influencia y de formación (sin pretenderlo necesariamente). Este ejemplo es ilustrativo en cuanto que permite entrever los distintivos del nuevo declive del poder y la lucha de poder entre actores nacionales-estatales y sociales-mundiales. Todo esto es decisivo y nuevo, no porque estas empresas transnacionales aumenten en número y diversidad, sino porque, en virtud de las globalizaciones, se ven llevadas a la situación de *enfrentar para su propio provecho a los distintos Estados nacionales*.

1. Elisabeth Beck-Gernsheim, «Schwarze Juden und spanische Deutsche», op. cit.

Considerado desde fuera, todo sigue como siempre. Las empresas producen, racionalizan, despiden, se instalan, pagan impuestos, etc. Pero lo decisivo es que ya no hacen esto dentro del sistema de reglas de juego nacionales-estatales, sino que lo hacen mientras siguen jugando al viejo juego cuyas reglas invalidan y modifican. Se trata también sólo *al parecer* del viejo juego del trabajo y el capital, del Estado y los sindicatos; este juego lo juegan ahora al mismo tiempo y en sentido contrario un mismo único jugador en el marco del Estado nacional y otro nuevo jugador en el marco de la sociedad mundial.

Asimismo, en la relación entre la primera y la segunda modernidad, hay que hablar de una política que ya no está regulada, sino que *modifica* las reglas, es decir —como yo mismo he denominado en otro lugar—, de una *política de la política* (o metapolítica).²

- Ésta se caracteriza por el hecho de que, en los hábitos y reglas de las luchas por el reparto de las sociedades industriales tradicionales, se está dirimiendo el nuevo juego de poder contra los actores transnacionales. Al mismo tiempo, los empresarios, los sindicatos y los gobiernos juegan *aún al «molinete»*, mientras que las empresas transnacionales juegan *ya al «ajedrez»*. De este modo, una piedrecita de molino en manos de las empresas transnacionales se puede convertir en un alfil que de repente da jaque mate al rey nacional-estatal, cogido completamente por sorpresa.
2. También en los mundos simbólicos de las industrias culturales globales desaparece la ecuación entre Estado,

2. U. Beck, *Die Erfindung des Politischen*, págs. 204 sigs.

sociedad e identidad, como muestra sobre todo Appadurai: la imaginación de vidas posibles no se entiende ni nacional ni étnicamente, ni a través de los contrarios pobre-rico, sino sólo a nivel de sociedad mundial. Qué sueñan los hombres, cómo quieren ser, cuáles son sus utopías cotidianas..., todo esto ya no se juega en el espacio geopolítico ni en sus identidades culturales. Incluso los marginados viven en y de los desechos de la sociedad mundial y permanecen ligados a la circulación simbólica de la industria cultural global.

En este sentido, el colapso del bloque oriental fue también fruto de la globalización cultural. El «telón de acero» y el blindaje militar se volatizaron por así decir en la era de la televisión. A modo de ejemplo, los programas publicitarios, a menudo culturalmente despreciados en Occidente, se convirtieron, en un entorno marcado por la carestía y la reglamentación, en una promesa en la que se fundían el consumo y la libertad política.³

3. Lógicamente, esto sólo se produce cuando se diferencian claramente dos conceptos culturales que generalmente se entremezclan. «El primer concepto de cultura (cultura 1) vincula la cultura a un territorio concreto: parte del supuesto de que la cultura es el resultado de procesos básicamente locales. En este sentido, una sociedad o un grupo social posee cultura “pro-

3. Inversamente, la retraditionalización de la sociedad y de la política israelíes tras 1996 se pueden entender como una reacción contra la «sociedad de consumo occidental pacíficamente desagregadora»; véase al respecto Natan Sznaider, *From «Citizen-Warrior» to «Citizen-Shopper»: Consumption and War in Israel*, The Academic College of Tel Aviv, ponencia, agosto de 1997.

pia” bien demarcada respecto de otras. Esta visión, que se remonta al romanticismo del siglo XIX, se ha desarrollado ulteriormente en nuestro siglo mediante la antropología, entendida sobre todo como un relativismo cultural que ve la cultura como un todo, un modelo o una configuración... El otro concepto de cultura, más enriquecedor (cultura 2), considera la cultura como un “software” humano general. Subyace a las teorías del desarrollo y de la extensión de la cultura y está determinado como proceso de aprendizaje esencialmente translocal.» La cultura 2 significa necesariamente culturas *en plural*. Éstas se entienden como pluralidades no integradas ni delimitadas carentes de unidad, o, según mi formulación, como diferenciaciones inclusivas.

«Estos dos conceptos se acoplan perfectamente entre sí: la cultura 2 se articula en la cultura 1, pues las culturas son las intermediarias de la cultura. Sin embargo, subrayan aspectos diferentes en el desarrollo histórico de las relaciones entre las culturas... La cultura 2, como también las culturas translocales, no es «atópica» —carente de lugar— (las culturas atópicas son impensables); lo que ocurre es que aprehende el lugar como *abierto hacia fuera*, mientras que para la cultura 1 el espacio está *encerrado en sí*. La cultura 2 posee una “comprensión de lo global *in situ*” (D. Massey); es decir, que la singularidad de un lugar resulta de encontrarse en el punto álgido de una mezcla entre relaciones sociales transnacionales y relaciones sociales locales. Cuando hablamos de pluralismo cultural, de sociedad multicultural, de relaciones interculturales, etc., no está nada claro si con esto nos referimos a una cultura cerrada (1)

o a culturas abiertas. De manera parecida, podemos investigar las relaciones entre culturas de una manera estática (según la cual, las culturas en mutuo contacto mantienen su singularidad) o de una manera fluida (según la cual, las culturas se interpenetran mutuamente).⁴ En otras palabras, que la diferenciación entre cultura 1 y cultura 2 se puede entender como una ulterior aportación a la diferenciación entre la primera y la segunda modernidad.

4. Bauman remite asimismo a un problema capital resultante de la *glocalización*; a saber, que los pobres y los ricos no se sientan ya a la misma mesa (de negociación) del Estado nacional. ¿Por qué deben los ganadores de la globalización, en caso de verse asaltados por el remordimiento, derramar su cuerno de la abundancia social entre los países ricos de Europa, y no favorecer más bien a las organizaciones democráticas y de autoayuda de África y Sudamérica? Al igual que la pobreza y las ganancias, *la caridad también se torna global*. Mientras el ciudadano está aún encogido y perplejo en el marco nacional-estatal, el burgués actúa de manera cosmopolita; lo que significa que, cuando late su corazón democrático, sus actos ya no tienen por qué obedecer a los imperativos de la lealtad nacional.
5. La polivalencia de las globalizaciones (en plural) implica el surgimiento, en una especie de efecto pendular, de *regionalismos supernacionales y subnacionales*. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en la Unión Europea. Surgida como respuesta a las pretensiones de hacerse con el mercado mundial por parte de EE.UU.

4. J. N. Pieterse, «Der Melange-Effekt», *op. cit.*

y Japón, la estructura institucional resultante representa algo más que un puro mercado interno. Con la introducción del euro, no sólo se abre un espacio monetario común, sino que se da también un impulso político-administrativo a la resolución política de problemas de sintonía y de otra índole. De este modo, naciones y culturas bastante cerradas las unas respecto de las otras —Francia, Alemania, España, etc.— se abren de dentro a fuera y se unen a la fuerza, de manera que se torna visible lo que hasta ahora se hallaba en estado latente: que no hay una, sino *varias Europas*: la Europa de las naciones, de las regiones, de las civilizaciones, de las cristiandades, y así sucesivamente.

«La dialéctica del proceso de unificación europea significa, por ejemplo, que un ciudadano norirlandés podrá recurrir contra las decisiones de los tribunales británicos ante el tribunal europeo de los derechos humanos de Estrasburgo, o que Cataluña esquite a Madrid y Gran Bretaña a París, al poder negociar en Bruselas y trabar relaciones con otras regiones (por ejemplo, entre Cataluña y la cuenca del Ruhr). También aquí se aprecia de nuevo la corriente —o catarata— resultante: *globalización-regionalismo-subregionalismo*. La “globalización”, escribe R.W. Cox, “favorece el macrorregionalismo, el cual, por su parte, favorece al microrregionalismo. En las regiones pobres, el microrregionalismo crea no sólo un medio propicio para el mantenimiento de la identidad cultural, sino que además permite exigir subvenciones a las instituciones en el plano macrorregional para garantizar la estabilidad política y el buen comportamiento económico. Sobre tales redistribuciones se toman decisiones a nivel macrorregional, y no ya sólo nacional-estatal, mientras que el

empleo del dinero redistribuido se determina de manera descentralizada". La globalización de la estructura social significa también el surgimiento de variantes suplementarias de una organización que traspasa las fronteras: es decir, variantes de carácter transnacional, internacional, macrorregional, interno, microrregional, urbano, local... Este hilo conductor de carácter administrativo extiende sus ramas alrededor y a través de *redes funcionales* de asociaciones, organizaciones internacionales y no gubernamentales, pero también de expertos, como la de los usuarios de Internet.»⁵

A continuación, vamos a confrontar el concepto de la primera modernidad nacional-estatal, y sus presupuestos fundamentales, con el concepto de *sociedad civil global* —sus características, cuestiones abiertas, hipótesis—. 1. ¿Qué significa la globalización *desde abajo*? ¿Son posibles, y cómo, iniciativas cosmopolitas? 2. ¿Qué recursos de acción y oportunidades de poder tiene una *sociedad civil transnacional*? 3. ¿Qué significa la globalización de las biografías? ¿Cómo surge una *visión cosmopolita*? 4. ¿Qué significa y cómo son posibles la tolerancia y la crítica transculturales?

2. BOICOT DE MASAS SIMBÓLICAMENTE ESCENIFICADO: INICIATIVAS COSMOPOLITAS Y SUBPOLÍTICA GLOBAL

En el verano de 1995, el héroe moderno de las buenas causas, Greenpeace, consiguió que la multinacional petrolera Shell no hundiera una plataforma petrolífera desguazada

5. *Ibid.* La cita de R.W Cox procede de «Global Perestroika», en Miliband y J. Panitods (comp.), *New World Order?*, Socialist Register, 1992, págs. 34 y sigs.

en el Atlántico, sino que la evacuara a tierra firme. Luego, esta multinacional activista puso públicamente contra las cuerdas al presidente francés Chirac, fundamentándose en unas supuestas violaciones del reglamento internacional, al exigirle que prohibiera la reanudación de las pruebas atómicas francesas (cosa ésta que no consiguió). Muchos se preguntarán: ¿No se invalidan las reglas fundamentales de la política (exterior) cuando un actor no autorizado, como Greenpeace, ejecuta su propia política interior mundial sin tener en cuenta la soberanía nacional y los canales diplomáticos? Mañana viene tal vez la secta de la cienciaología y pasado mañana una tercera organización privada, que a su manera querrán hacer feliz al común de los mortales...

Con esto se olvida que no es Greenpeace la que puso de rodillas a la empresa petrolera, sino el boicót masivo de los ciudadanos, dado a conocer a través de la acusación televisiva retransmitida a nivel mundial. No es que Greenpeace zarandee el sistema político, sino más bien que Greenpeace pone en evidencia ese nuevo vacío de legitimación y de poder del sistema político que en muchos aspectos es similar a lo que ocurrió en la República Democrática Alemana. Más tarde se descubrió que Greenpeace había jugado con cartas falsas: las temidas sobrecargas del mar del Norte habían sido sobrevaloradas o exageradas. Esto ha perjudicado bastante la credibilidad de este «paladín de las causas justas», pero no ha devaluado el escenario político como posibilidad de acción futura.

En general, este ejemplo de coalición de la subpolítica o política directa nos muestra que pueden surgir alianzas entre quienes, «propiaemente» hablando, no son susceptibles de hacer alianzas. Así, el canciller alemán Helmut Kohl apoyó la acción de Greenpeace contra el entonces primer

ministro británico Major. Y, de repente, se descubren y crean momentos políticos en el quehacer cotidiano de cada cual; por ejemplo, a la hora de llenar el depósito de gasolina. Los conductores de vehículos se alían contra la industria del petróleo. (No obstante, esto viene a ser algo así como si los drogadictos intentaran rebelarse contra sus proveedores.) En este caso, vemos cómo el poder estatal se pone del lado de una acción ilegítima y de sus organizadores y cómo, con los medios de la legitimidad del poder estatal, se justifica la ruptura mediante esta —selectiva— violación de las reglas extraparlamentarias de una política directa que trata de eludir precisamente el marco estricto de las instancias y reglas indirectas del Estado constitucional con una especie de «autojusticia ecológica». Así, con la alianza anti-Shell se llevó a cabo un cambio de escenario político entre la primera y la segunda modernidad: los gobiernos nacionales-estatales se sentaron en el banquillo de los observadores mientras actores no autorizados de la segunda modernidad determinaban la historia según su propio arbitrio.

Lo políticamente nuevo aquí no es que David venciera a Goliat, sino más bien que David y *Goliat* —como se ha dicho en el plano global— se aliaron la primera vez contra una empresa mundial y la segunda vez contra un gobierno nacional y su política de defensa. Lo nuevo es la alianza entre potencias extraparlamentarias y parlamentarias, ciudadanos y gobiernos de todo el globo en torno a una causa legítima en su sentido más noble: la salvación del mundo (ecosistémico).

Naturalmente, esta alianza anti-Shell era moralmente bastante sospechosa y delataba una actitud completamente hipócrita. Así, con esta actitud simbólica que a Helmut Kohl no le costó nada, éste consiguió hacer olvidar que él mismo

estaba apestando el aire de Europa con su política desenfrenada de alta velocidad.

Cabe citar también a este respecto el nacionalismo y la mojigatería del movimiento verde alemán. Muchos alemanes quieren una especie de gran Suiza verde. Sueñan con una Alemania de la conciencia mundial ecológica. Sin embargo, las enseñanzas de la política son otras que las de la moral. Es precisamente en esta alianza de convicciones que se excluyen —desde el canciller alemán Kohl hasta la luchadora de Greenpeace, desde el fanático de los Porsche hasta el que arroja cócteles molotov— donde se muestra la nueva cualidad de lo político.

El quehacer de las corporaciones mundiales y de los gobiernos nacionales se ve, pues, presionado por la opinión pública mundial, y la participación individual-colectiva en el contexto de la acción es decisiva y notoria: *el ciudadano descubre el acto de compra como una papeleta de voto directa que puede utilizar políticamente en todo momento y lugar. En el boicot se une y alía de este modo la activa sociedad de consumo con la democracia directa, y ello a nivel mundial.*

Esto se parece bastante, paradigmáticamente, a lo que Kant, en su *Zum ewigen Frieden (La paz perpetua)*, concibió hace doscientos años como la utopía de una sociedad cosmopolita y contrastó con la democracia representativa, que él calificaba de «despótica»: una relación de responsabilidad global en la que cada cual —y no sólo representantes de las organizaciones— pueda participar directamente en las decisiones políticas. Sin duda esto presupone la existencia de cierto poder adquisitivo, al tiempo que excluye a todos cuantos carecen de él.

Aquí nos topamos también con otro límite importante: los individuos no son activos de manera directa. Su protesta

se expresó de manera simbólica, y a través de los medios de comunicación. El hombre es un niño perdido en el «valle de los símbolos» (Baudelaire). Dicho de otra manera: está «uncido» a la política simbólica de los medios. Esto vale particularmente para el mundo abstracto y la omnipresencia de la destrucción favorecida por la sociedad del riesgo mundial. Aquí, símbolos experimentables y simplificadores en los que se tocan y sensibilizan fibras nerviosas culturales adquieren una importancia política clave. Estos símbolos deben producirse —mejor dicho, deben forjarse— en el fuego cruzado de la provocación ante los ojos televisivos, emocionados y despavoridos, de la opinión pública. La pregunta decisiva es la siguiente: ¿quién es el dueño de los símbolos?, ¿quién encuentra (inventa) los símbolos que, por un lado, ponen de manifiesto el carácter estructural del problema y, por el otro, lo tornan capaz de acción, y cómo se consigue? Esto último debería ser tanto más factible cuanto más sencillo es el símbolo escenificado, cuanto menos costes ocasiona a cada cual el quehacer de la protesta de la opinión pública movilizadora y cuanto más fácilmente puede cada cual descargar y acallar con esto su conciencia.

Aquí, «sencillez» significa muchas cosas. En primer lugar, *transmisibilidad*: todos nosotros hemos atentado alguna vez contra el medio ambiente; al igual que Shell quería hundir en el mar la citada isla petrolífera, ¿quién de «nosotros» no ha sentido ganas alguna vez de arrojar el envase de un refresco por la ventanilla del coche? Es la situación-del-hombre-de-la-calle la que el caso Shell (según el proyecto social) torna tan «translúcida»; con la diferencia esencial, eso sí, de que la probabilidad de la absolución pública seduce tanto más cuanto mayor es la gravedad del pecado. En segundo lugar, *grito de indignación moral*: «los de arriba»

pueden, con la bendición del gobierno y de sus expertos, hundir una isla llena de residuos petrolíferos en el Atlántico, mientras que «los de abajo» debemos dividir en tres partes, para la salvación del mundo, cada bolsa de té (papel, hilo y bolsita) y disponer de todo ello por separado. En tercer lugar, *oportunidad política*: Kohl tomó partido contra Shell, pero no contra las pruebas nucleares de Francia (es decir, no a favor de la acción de Greenpeace), pues se trataba de una prueba de fuerza nacional y no sólo de los intereses comerciales de Shell. En cuarto lugar, *alternativas de acción fáciles*: para castigar a Shell se debía y podía echar gasolina «moralmente buena» en la estación de servicio competidora. Y, en quinto lugar, *tráfico de indulgencias ecológico*: el boicot cobra importancia con la mala conciencia de las sociedades industriales porque, a través de él, se puede repartir una especie de *ego te absolvo* sin costes ulteriores para la administración.

Los peligros ecológicos globales crean un horizonte significativo de prevención, defensa y ayuda, así como un clima moral agudizado por la magnitud del peligro percibido en el que se han redistribuido los papeles dramáticos de héroe y villano a nivel político. La percepción del mundo en las coordenadas de la «autoamenaza» ecológico-industrial hace que la moral, la religión, el fundamentalismo, la pérdida de perspectivas, lo trágico y la tragicomedia —imbricados siempre con sus contrarios: la salvación, la ayuda, la liberación— se conviertan en un drama universal. En esta tragicomedia planetaria, a la economía se le permite jugar o el papel de envenenadora o el de heroína y auxiliadora. Precisamente éste es el telón de fondo sobre el que Greenpeace sale a la palestra sirviéndose de las mañas de quienes carecen de poder. Greenpeace persigue una especie de *política*

de judo, que tiene el objetivo de movilizar contra sí misma la prepotencia de los transgresores del medio ambiente. «En un momento de cínica jovialidad, José Stalin preguntó en cierta ocasión cuántas divisiones tenía el papa. La realidad es que, a los ojos de la proba opinión humana, los problemas morales *nunca* se resuelven mediante la amenaza y la violencia. El día en el que Amnistía Internacional adquiriera una ametralladora o una bomba atómica, esta organización dejará automáticamente de tener credibilidad y posibilidad de influjo real. Las instituciones que tienen cañones cada vez más grandes en la praxis pueden hablar cada vez menos de cuestiones morales con ese tono de voz sosegado que convence. Nos viene aquí a la mente la eficacia de la imagen de *Liliput* empleada por Jonathan Swift. Stalin desconocía que el nulo peso militar de la guardia suiza le proporcionaba al papa un mayor margen de credibilidad; asimismo, la autoridad moral de Amnistía Internacional es precisamente grande por ser una institución liliputiense.

»Hasta ahora nuestras vidas han estado determinadas políticamente por las actuaciones del poder estatal; sin embargo, moralmente, los amos de los Estados actuales están sometidos a la crítica externa como no se había visto desde 1650. Esto ya no lo pueden pasar por alto ni las superpotencias más temibles. Las organizaciones liliputienses no pueden forzar a los señores inmorales a pedir perdón de rodillas, como se vio obligado a hacer Enrique II; sin embargo, hacen que los obstinados amos del mundo se vean bajo una luz negativa, lo que a éstos les puede resultar sumamente perjudicial. Si el símbolo político de la modernidad fue el Leviatán, se podría decir que la postura moral de las potencias “nacionales” y de las superpotencias se va a plasmar en el futuro mediante la imagen de Lemuel Gulliver, el

cual se durmió distraídamente y, al despertarse, se vio atado e inmovilizado por una infinidad de diminutas cadenas.»⁶

3. TOPOPOLIGAMIA: ESTAR CASADO CON MUCHOS LUGARES A LA VEZ ES LA MEJOR MANERA DE QUE LA GLOBALIZACIÓN IRRUMPA EN LA PROPIA VIDA

Para reflexionar acerca de qué significa la globalización aplicada a la propia vida, nada mejor que un pequeño ejemplo: una señora anciana de 84 años vive en... Así empieza la historia. De creer a la estadística del padrón, vive desde hace más de 30 años ininterrumpidamente en Tutzing, junto al lago de Starnberger. Un caso bastante corriente de inmovilidad (geográfica), nos diremos. Pero, en realidad, nuestra buena señora viaja al menos tres veces al año a Kenia (por regla general, dos meses en invierno, de tres a cuatro semanas en Semana Santa y unos cuantos días en otoño). ¿Dónde tiene su «hogar»? ¿En Tutzing? ¿En Kenia? Sí y no. En Kenia tiene más amigos que en Tutzing; está metida en un entramado de relaciones con africanos y alemanes, algunos de los cuales «viven» en las cercanías de Hamburgo, aunque «son» de Berlín. También se divierte más en Kenia que en Tutzing, aunque tampoco quiere renegar de esta localidad alemana. En África no sólo se siente a gusto material y afectivamente —los amigos la invitan frecuentemente a comer—. Su bienestar en la vejez estriba en que en Kenia «es alguien», tiene una «familia». En Tuzing, donde está empadronada, no es

6. Stephen Toulmin, *Kosmopolis. Die unerkannnten Aufgaben der Moderne*, Francfort del Meno, 1994, págs. 315 y sig. (trad. cast.: *Cosmópolis: el trasfondo de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001).

nadie. Ella vive, según sus propias palabras, «como los pajarillos del campo».

También los conocidos con los que se reúne en Kenia, y con los que mantiene una relación de «comunidad», proceden de Alemania, aunque en realidad viven entre varios lugares y continentes. Doris, que tiene cuarenta años menos, se ha casado en Kenia con un indio (musulmán), pero sigue volviendo regularmente a Alemania para allí o aquí (según desde donde se mire) cobrar su dinero y echar un vistazo a la casa con jardín que posee en la cordillera de los montes Eifel. Se encuentra igual de bien en un lugar que en otro, lo que no quiere decir que el constante ir y venir le agrade particularmente. Para nuestra anciana señora la «morriña» tiene dos caras, dos tonalidades: puede significar lo mismo «Tutzing» que «Kenia».

Esta vida, que transcurre a caballo entre varios continentes —y los une transnacionalmente en una sola vida—, ¿es una desgracia o señal de disgregación? No, pues nuestra señora no está obligada a llevar esta vida transnacional, ni siquiera indirectamente, como tantas personas que llevan una vida trashumante por imperativos de su profesión. Nuestra anciana señora está en la venturosa situación de no tener que decidirse por Tutzing y contra Kenia o por Kenia y contra Tutzing. Vive, por así decir *topopoligamamente* y ama lo que parece excluirse: África y Tutzing. La topopoligamia transnacional, el estar alguien casado con varios lugares y pertenecer a varios mundos —la puerta a través de la cual entra en la propia vida la globalidad— conduce a la globalización de la biografía.

La globalización de la biografía significa lo siguiente: que los contrastes y las contradicciones del mundo tienen lugar no sólo ahí fuera, sino también en el centro de la pro-

pia vida, en los matrimonios y familias multiculturales, en el trabajo, en el círculo de amigos, en la escuela, en el cine, comprando en la tienda de la esquina, oyendo música, cenando, haciendo el amor, etc. Sin que nadie se haya dado cuenta ni lo haya buscado, cada vez es más cierta la máxima de que todos nosotros vivimos glocalmente. Para que el alcance de estos cambios se torne consciente, es importante acordarse de que, a lo largo de todo un siglo, la crítica cultural no ha dejado de pedir a gritos que, como consecuencia de la ineluctable modernización, los hombres se encerrarán en la jaula de sus respectivas especializaciones. Y de repente nos vemos en una situación que precisamente permite que lo contrario se convierta en pauta general: los contrastes de los continentes, las culturas, las religiones —del tercero y primer mundo—, el agujero de ozono, las vacas locas, la reforma de las pensiones y la desafección partidista, todo ello tiene lugar en la propia vida, la cual se ha vuelto una realidad forzosamente abierta. Lo global no acecha ni amenaza como un gran todo que está ahí fuera; anida y se agita en el espacio de la propia vida. Más aún: configura una buena parte de lo propio, la manera propia de la propia vida: la propia vida es el lugar de lo glocal. ¿Cómo es esto posible?

La propia vida ya no es una cosa ligada al lugar, una vida asentada y sedentaria. Es una vida «de viaje» (en el sentido directo y figurado), una vida nómada, una vida en coche, avión, tren, o al teléfono, en Internet, una vida apoyada en y marcada por los medios de comunicación, una vida transnacional. Estas tecnologías son medios de franquear el tiempo y el espacio. Anulan las distancias, crean proximidades en la distancia y distancias en la proximidad —o ausencias *in situ*—. Vivir en un único lugar no significa ya vivir con

los demás, y vivir con los demás no significa ya vivir en un único lugar. La figura representativa de la propia vida ya no es la del paseante, sino la vida con el contestador automático y el *mail-box*: se está ahí y no se está, se contesta y no se contesta automáticamente, se envían y reciben de otros lugares del mundo —transportadas en el tiempo y el espacio— noticias que se han recibido y almacenado con los medios de la técnica.

La multilocalidad o politopocidad, la transnacionalidad de la biografía y la globalización de la propia vida proporcionan un motivo ulterior para el socavamiento de la soberanía del Estado nacional y la obsolescencia de la sociología nacional-estatal; de disuelve, así, la interdependencia entre lugar y comunidad (o sociedad). El acto de cambiar de y de elegir lugar es el padrino de la glocalización de las biografías.

Conviene dejar bien claro que, con respecto a las oportunidades y los conflictos de la sociedad mundial, el cambio y elección de lugar no siempre es resultado de decisiones subjetivas. En las carreras profesionales, la tendencia al cambio de lugar es aún relativamente suave. La brutalidad y violencia de los conflictos bélicos empuja a miles de hombres a trasladarse a otros países y continentes en los que luego deben seguir errando —o, tras meses o décadas de trashumanía, volver a su «patria»—; la pobreza y las expectativas de una vida mejor conducen a la emigración legal o ilegal, permanente o temporal.⁷

Ya sea voluntariamente ya a la fuerza ya ambas cosas a la vez, los hombres pasan su vida en mundos alejados los unos de los otros. Las formas de vida topopolígamas son biogra-

7. Véase al respecto Ludger Pries (comp.), «Internationale Migration», número especial de *Soziale Welt*, Baden-Baden, 1997.

fías exageradas, traducidas, biografías de la traducción que se deben traducir para sí mismas y para otros sin solución de continuidad para que puedan existir como vidas «entre medias». El paso de la primera a la segunda modernidad es también el paso de la topomonogamia a la topopoligamia de las formas de vida.

La topopoligamia puede, como hemos visto, significar muchas cosas. Puede transcurrir entre los municipios bávaros de Einsiedlerhof y Oberammergau o entre distintas culturas (como, por ejemplo, en los jóvenes turcoalemanes de la tercera generación) o entre distintos continentes (como, por ejemplo, los vietnamitas de la antigua República Democrática Alemana que ahora viven en Berlín). También se pueden vivir, y sufrir, los continentes del mundo en un solo lugar global (por ejemplo, en Londres). También aquí son necesarias las diferenciaciones.

«Globalización de la biografía» no debe significar cualquier tipo de plurilocalidad, sino sólo aquella que deba o pueda traspasar fronteras de mundos separados —entre naciones, religiones, culturas, colores de la piel, continentes, etc.—, pues la afirmación de que «muchas vidas en una» debe significar desesperanza y un precio excesivo a pagar es la leyenda con la que los topomonóganos tratan de protegerse contra las exigencias de los topopolígamos.

Quien quiera comprender la figura social de la globalización de la propia vida, debe tener bien presentes los contrastes de los distintos lugares entre los que su vida transcurre. Esto exige, entre otras cosas, una nueva comprensión de la movilidad. La movilidad como movimiento de una unidad de vida y acción social (familia, matrimonio, individuo) entre dos lugares (puntos) de la jerarquía, plano o paisaje social pierde o desplaza su sentido. En el centro se instala la movilidad *interna*

de la propia vida, para la cual el ir y venir, el estar a la vez aquí y allí —atravesando fronteras— se ha vuelto algo normal. Se puede ser inmóvil según la estadística del padrón y, por así decir, vivir no sedentariamente en muchos lugares a la vez. (En esto hay que distinguir claramente la movilidad excepcional externa, como, por ejemplo, las mudanzas, los cambios de profesión, la separación, la huida forzada, la migración.) La movilidad interna no es ya la excepción, sino la regla, no algo extraño, sino algo familiar que tiene lugar en formas de expresión plurales; la constante mediación entre varios lugares y sus especiales exigencias sociales es la segunda naturaleza de la propia vida. La movilidad interna y la plurilocalidad —transnacional, transcontinental, transreligiosa, transétnica, así como en el sentido biográfico transversal y longitudinal de la propia vida— son las dos caras de la misma moneda. La movilidad interna —a diferencia de la externa— es también el criterio de la movilidad mental y física necesaria, o deseada, para dominar la vida cotidiana entre distintos mundos. Aquí se expresan también las *fronteras* de la movilidad interna: éstas no surgen sólo de las dificultades (dinero) de la coordinación y superación social de cada día; se dan también mediante la edad, la enfermedad, los achaques, etcétera.

Estos mundos distintos se hallan potencialmente en un solo lugar (mediante la información y el consumo, o mediante objetos sociales, culturales y religiosos) y dependen de las fuentes de información actuales, de la pluralidad de relaciones interculturales, de la emigración, las leyes de extranjería, etc. En otras palabras: la idea de vivir en un lugar cerrado y cerrable se torna por doquier palpablemente ficticia.⁸

8. Véase M. Albrow, *Abschied von der Heimat*, Francfort del Meno, 1998.

Maarten Hajer habla (siguiendo en esto a U. Hannerz) de una «transnacionalización del lugar». «La transnacionalización crea nuevos nexos entre culturas, hombres y lugares y cambia con ello nuestro entorno cotidiano. La transnacionalización no sólo lleva a nuestros supermercados productos hasta ahora apenas conocidos (como los Dariáns palestinos, las Ciabattas italianas o los Pidés israelíes) o a nuestras ciudades signos y símbolos típicos (como, por ejemplo, la escritura china y japonesa o la música musulmana), sino que, además, en las ciudades se pueden ver con gran pujanza nuevos grupos e individuos que para muchos ciudadanos conforman actualmente la percepción de la gran ciudad, como, por ejemplo, africanos, bosnios, croatas, polacos y rusos, y también japoneses y americanos. Además, en las grandes ciudades se puede observar cómo la transnacionalización influye en la nueva cultura de la segunda modernidad; por ejemplo, en la música musulmana de discoteca, en los «platos culinarios mestizos» —o la denominada «cuisine sauvage»—, en los recientes recitales musicales mundiales y en los niños euroasiáticos, afroeuropeos o caribe-africanos.»⁹

Sin embargo, ¿qué significa la plurilocalidad y la transnacionalidad de la propia vida cuando el concepto de lugar propiamente dicho es polivalente? Cuando la propia vida está desdoblada —desmultiplicada— en varios lugares, esto puede significar que dicha biografía tiene lugar en el *espacio común*, por ejemplo, de los aeropuertos, los hoteles, los restaurantes, etc., que en todo el mundo son iguales o parecidos y, por consiguiente, son a-tópicos y en definitiva tornan

9. H. Hajer, «Die Gestaltung der Urbanität», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, op. cit.

incontestable la pregunta «dónde estoy». Pero la plurilocalidad también puede significar que nos enamoramos siempre de nuevo de las diferencias de lugar, de semblante y de historial y nos casamos con ellas (por el gusto de ver los extremos contrastados). Así, los lugares se renuevan en ocasiones para descubrir y experimentar lados especiales de uno mismo. ¿En qué medida es el lugar «mi lugar», y «mi lugar» mi propia vida? ¿Cómo se interrelacionan los distintos lugares —según el mapa imaginario de «mi mundo»— y en qué sentido son «lugares significativos» de la propia vida, longitudinal y transversalmente hablando?¹⁰

Pero plurilocalidad no significa —remitiéndonos a los grandes temas sociológicos— ni emancipación ni no emancipación, ni anomía ni no anomía, ni una «visión cosmopolita» automática ni nuevo fundamentalismo, ni banalización ni alarmismo ni tampoco difamación (por ejemplo, equiparando islam, fundamentalismo y violencia); sino que significa algo nuevo de lo que uno puede mostrarse curioso con el fin de descifrar su mundo (visión).

«Ahí nos topamos con hombres con nombres exóticos, pintas de extranjeros, con otro color del pelo y de piel, que despiertan en nosotros ecos de países remotos y del lejano oriente; pero de repente nos contestan con acento bávaro o suabo, de donde se desprende que se han criado en Berlín-Kreuzberg o en Duisburgo; o sea, que contradicen nuestras expectativas y cuestionan nuestra idea de la normalidad.

»A este propósito, leemos lo siguiente en una novela de Kureishi: «Cada cual te mira y piensa: ¡qué indio tan guapo

10. Véase J. Dürschmidt, *Individual Relevances in the Globalized World*, tesis, Universidad de Bielefeld, 1995; John Eade (comp.), *Living the Global City*, op. cit.

y tan exótico! ¡Qué interesante! ¡Qué historias sobre tías y elefantes le vamos a oír contar!» Pero luego nos enteramos de que el joven indio es de Orpington, un arrabal londinense, y no ha estado nunca en la India, ni siquiera de visita. En una palabra, que el mundo anda loco. Nada es lo que parece. ¿Qué y quién es cada cual?

»Algo parecido nos encontramos en Alemania en la siguiente historia: «Vaya, vaya, Herr Kayanka. Así que es usted un detective privado, ¿no? Interesante nombre, Kayanka». «Bueno, lo turco no despierta demasiado interés». «No me diga». La risa se torna aún más boba y los ojos se entornan hasta casi cerrarse. «¿Turco? ¿Un detective privado turco? ¡Dios mío, que no se habrá visto ya! Y ¿cómo es que habla usted tan bien alemán, si me permite preguntarle?» «Porque no he aprendido ninguna otra lengua. Mis padres murieron siendo yo muy pequeño, y siempre me he criado con una familia alemana». «Pero, ¿es usted turco? Quiero decir...» «Tengo pasaporte alemán, si eso le tranquiliza» (J. Arjouni, *Ein Mann, ein Mord [Un hombre, un asesinato]*, Zurich, 1991).»¹¹

4. ¿CÓMO ES POSIBLE LA CRÍTICA INTERCULTURAL?

Hay una caricatura de los conquistadores españoles haciendo su entrada, con armas relucientes, en el nuevo mundo. «Hemos venido a vosotros», leemos en el bocadillo, «para hablar de Dios, de la civilización y de la verdad». Y un grupo de nativos con aire perplejo contesta: «Muy bien, y ¿qué queréis saber?»

11. E. Beck-Gernsheim, *Was kommt nach der Familie?*, Munich, 1998.

Se habla a menudo, de manera bastante intranscendente, de cómo se llegó —y se sigue llegando— a los baños de sangre que se siguieron. Pero ¿en dónde radica la comicidad de esta escena? Lo ridículo resulta de la imagen de la *falsa* comprensión recíproca del «encuentro»: el imperialismo occidental que se impone por las armas esconde su celo misionero bajo la retórica del «diálogo intercultural», mientras los conquistados malinterpretan su situación ingenuamente como una oferta de diálogo y desean comunicarse, aunque para ello deban ser cebados y exterminados como pavos de Nochebuena confundidos con seres diabólicos.

La amarga comicidad estriba en que el observador sabe *más* de lo que manifiesta la propia situación (pero el caricaturista juega con este «saber más»). El observador conoce el futuro real del cuadro que se le expone. Sabe qué convulsiones y baños de sangre han sobrevenido al mundo por la ceguera ante el otro incorporada a las propias certezas. La risa se ahoga ante la tragedia en que desemboca esta situación. Y este elemento trágico ha embrujado la situación mundial hasta hoy. Lo trágico y lo cómico son los dos lados de un «diálogo» intercultural permanentemente fracasado.

En esta situación, cabe preguntar: ¿es posible una cosa tal como la crítica intercultural? O, más ingenuamente: ¿cómo deviene ésta posible?

Para armar mejor esta pregunta, preguntaremos en primer lugar a los clásicos de la tolerancia y del malentendido —Nietzsche y Lessing— y, en segundo lugar, trataremos de tender puentes entre los dos campos (hostiles) de los contextualitas (posmodernos) y los universalistas (ilustrados).

a. «Esa sabiduría tan llena de picaresca»

Ciertamente está el Nietzsche posmoderno, que alegremente da al traste con las seguridades en cuanto que descubre y fustiga lo egotístico en la moral y predica el inmoralismo y la irresponsabilidad. Pero también está el Nietzsche ilustrado e irónico, y hasta tal vez el aún por descubrir fundador de una nueva Ilustración. Él sabía bastante de la sabiduría de la risa, a la que llama «esa sabiduría tan llena de picaresca...»: «La manera alegre de la seriedad y esa sabiduría tan llena de picaresca...».¹²

Nietzsche sustituye la com-pasión por la risa compartida. Es evidente que el trastrueque de los valores no es para él un fin en sí, sino que debe crear espacio para la alegría y la risa compartidas de otras (verdades) en un diálogo intercultural... acerca de otros cuyas máscaras nos hemos puesto, y acerca de las máscaras en que nos hemos convertido y que miramos con los ojos de otros, etc. Con lo cual, lo global que Nietzsche tiene ante sí no se da de manera sincrónica, sino que incluye el estar juntos y enfrentados a lo largo de los siglos. ¿Qué cosa es, pues, la moral de la vida «global» en la visión irónica de Nietzsche?

Resulta más fácil decir qué cosa no es: no es *ni* una *tabula rasa* moral *ni* una moral convencional. Presupone el que se desagreguen las morales absolutistas de los mundos separados. Pero no para que no ocurra nada, sino para que se abra el espacio a un sincrónico *empequeñecimiento y engrandecimiento* de las pautas y exigencias morales. «Es decir, una moral *que quiere fijarse una meta.*»¹³

12. F. Nietzsche, *Werke in drei Bänden*, Munich, 1994, vol. 1, pág. 915.

13. F. Nietzsche, *op. cit.*, vol. 3, pág. 874.

«Esa sabiduría tan llena de picaresca...» se expresa para Nietzsche —dicho sencillamente, o metódicamente— en un movimiento doble. Por una parte, el filósofo aboga por una *individualización del ideal*: el individuo se convierte en legislador, pero *sólo* en legislador *de sí mismo*. La individualización confirma también en el ámbito de la moral el mayor empujamiento posible de las pautas. Éstas valen para mí, y sólo para mí. Así, deviene posible la moral como legislación de sí mismo, mejor dicho, *sólo* de sí mismo.

Pero ésta no abre de par en par las puertas al relativismo, al principio de cada-cual-actúe-a-su-guisa. Precisamente lo contrario opina Nietzsche, el cual siempre barrunta el *discurso* de la tolerancia en la tolerancia que perdura en el ámbito de la propia conciencia moral, esa tolerancia del *bocadillo* de los conquistadores: «...hemos venido a hablar de Dios, de la civilización y de la verdad...». La tolerancia debe ser pensada y practicada básicamente en la simultaneidad de dos movimientos: de un lado, empujar el propio ámbito de grandeza moral para, del otro, buscar la conversación transcultural con las demás verdades, las verdades de los otros.

La individualización de la moral no es tampoco fruto de un motivo egoísta. Abre, más bien, oportunidades para una moral *global* de la tolerancia. Así, no sólo es posible la conversación, sino también algo tan «híbrido» como la crítica intercultural: la autolegislación, en su doble sentido de limitación y ampliación, nos capacita para la crítica y para el conflicto.

Para Nietzsche, la autolimitación abre la vista a la exclusiva autolegislación, libera —posiblemente— de descripciones ajenas circulares, posibilita un espacio experimental de experiencia y acción en el trato con las conciencias de los demás.

Podemos resumir las respuestas nietzscheanas a la cuestión de cómo deviene posible la crítica intercultural —que se envilece constantemente— de la siguiente manera: sola y únicamente la autolegislación y el autocuestionamiento tomados como una unidad nos abren y fortalecen para las exigencias de la vida internacional.

La autolegislación *sin* autocuestionamiento conduce a la intolerancia, el etnocentrismo y el egocentrismo; *sólo* el autocuestionamiento *sin* autolegislación debilita y capitula ante el cerrilismo del mundo.

Esta contradicción se resuelve, como hemos dicho, en lo que Nietzsche llama «la moral que *busca fijarse* una meta». La individualización de los ideales empuja y engrandece el ámbito moral, porque de este modo las leyes morales de los demás como *enriquecimiento* de la propia vida pueden devenir posibles, experimentadas, deseadas: «¡Nosotros... queremos llegar a ser lo que ya somos, los nuevos, únicos, incomparables, los autolegisladores, los autocreadores!»¹⁴ La réplica se impone por sí sola: ¿qué ocurre cuando los sólo-autolegisladores se rompen la cabeza recíprocamente?

En muchos aspectos, se puede encontrar una respuesta parecida en Lessing, quien trata de la cuestión de las certidumbres autoexcluyentes sobre todo en su obra teatral *Nathan der Weise* (*Natán el sabio*). Al principio de la obra se nos dice que la «sabiduría» de Natán el sabio consiste fundamentalmente en que éste posee una relación interrumpida con su supuesta sabiduría, como con todos los idealismos altisonantes que nos vuelven ciegos para ver el mundo. A la pregunta del príncipe Saladino «Tú te llamas Natán el sabio,

14. *Fröhliche Wissenschaft*, número 335, citado por Henning Ottmann, *Philosophie und Politik bei Nietzsche*, Berlín, 1987, pág. 213.

¿no?», contesta él: «No». Y a la réplica del príncipe «¡Bueno, si tú no te llamas así, el pueblo, sí», él contesta: «Puede ser; el pueblo...». Luego sigue un *excursus* sobre la dudosa alabanza que supone el ser conceptuado por el pueblo como «sabio».

Hoy día diríamos probablemente: Natán es un «pragmático» adelantado en materia de fe y verdad. Quiere ver, palpar, coger lo que se esconde detrás de las palabras, que a menudo no son más que pura altisonancia y retórica. «Hemos venido a vosotros para hablar de Dios, de la civilización y de la verdad.» «Muy bien. ¿Qué queréis saber?» Esta gelatina habría ofendido a Natán, el cual le habría aplicado su visión irónica.

Así, detrás de la sorprendente pregunta del sultán «Dime otra vez: ¿qué creencia, qué ley te ha parecido más iluminadora?», sospecha que se esconde una emboscada y, para ganar tiempo, no contesta directamente, sino con esa famosa parábola del anillo, que *no* está tampoco concebida como respuesta, sino como evasiva.

El anillo de la parábola simboliza la predestinación. El anillo lo da siempre el padre al preferido de sus hijos. Pero he aquí que un padre, para quien sus tres hijos valen igual y a los que ama por igual, manda fabricar otros dos anillos de idéntica belleza y del mismo valor para así no defraudar a ninguno de ellos. Pero como cada cual se imagina poseer el único anillo y, con ello, asegurarse la sucesión, se llega a una disputa abierta. «El juez dijo: si no me traéis pronto al padre, os aseguro que os mandaré a hacer gárgaras. ¿Acaso creéis que yo estoy ahí para resolver acertijos?...»

La necesidad de decidir entre certezas autoexcluyentes propias de las religiones cristiana, judía y musulmana se resuelve de manera paradójica. Por una parte, nada, y, por la otra, dos cosas: el juez no decide; invita a los que buscan consejo a la re-

flexión y acción personales. Al mismo tiempo, ofrece también a los que pugnan por conocer la verdad un criterio para abrirse camino en la vida. Según su juicio, la única prueba posible de su «predestinación» está en los *frutos de sus acciones*. Es decir, que la diligencia, el conflicto, la pugna y la confirmación multiplican los signos, pero sólo los que remiten a la verdad. También aquí —de manera parecida a como ocurre en Nietzsche— tenemos un rechazo de la pretensión de verdad con el objetivo de desactivar el mundo de las certidumbres contradictorias y abrir espacios libres a la configuración creativa.

Dicho más sencillamente: la respuesta de Lessing desemboca en una diferenciación que, de todos modos, no es realmente clara y absoluta, es decir, la diferenciación entre *certeza y verdad*. La certeza es —retomando la parábola— *poseer el único anillo del padre*, mientras que verdad es la incertidumbre de cuál de los tres anillos es el «bueno». Esta incertidumbre de la verdad es una cosa imposible de erradicar. En la certeza está ausente cualquier duda. En la verdad, por el contrario, habita —¿rige?— la duda.

El anillo otorga —según la parábola— estimación. La verdad debe ganarse su atributo de veracidad. La «estimación» (reconocimiento de la propia conducta por ojos ajenos) se convierte en medio para probarse a uno mismo y a los demás la «denominación de origen» del anillo. Así, en la verdad, la duda libera una actividad que se debe confirmar —«probar»— a sí misma. El autopensamiento, el actuar por uno mismo, y no el tener, abre posibilidades y configura espacios.

En Lessing se encuentra, por tanto, junto al adiós a la certidumbre, que él sanciona suavemente con más tristeza que ironía, la advertencia de que el no-tener de la certidumbre toma a los hombres por otros hombres y por sus verda-

des. Asimismo, Lessing vincula la máxima de la resignación —el aceptar que es mayor el número de verdades y realidades que se contradicen— con la elección del anillo como prueba de elegibilidad ambigua. Dicho de otra manera: los principios universalistas y relativistas están tan fuertemente imbricados que la *disputa* sobre la verdad se convierte en presupuesto de toda acción socialmente válida.

b. *Universalismo contextual*

Nietzsche y Lessing argumentan diferenciadamente, y esto de manera bastante radical, si bien sus argumentos se orientan en una misma dirección: dicho en lenguaje actual, *no* están dispuestos a proponer principios universalistas ni relativistas. El universalismo tiene el inconveniente de imponer a los demás su propio punto de partida, pero la ventaja de incluir a los demás, de tomarlos en serio. Es importante distinguir el punto de partida universalista del *totalizador* (o, como caso extremo, del punto de partida *totalitario*). El punto de partida universalista —dicho a la manera de Nietzsche— casa muy bien con la autolegislación autodelimitadora. Tiene perfectamente en cuenta —siguiendo a Lessing— la diferencia entre verdad y certeza. Ninguna de las dos cosas coadyuva a una tendencia totalizadora; aquí, la imagen de la propia moral, oscurecida en sus orígenes históricos, se convierte en criterio para todos.

Por otro lado, el relativismo y el pensamiento *contextual* son irrenunciables porque potencian el *respeto a la diferencia cultural* y hacen atractivo y necesario el cambio de perspectiva.

Puestos a elegir entre universalismo y contextualismo

(relativismo), los dos —Nietzsche y Lessing— rechazan el «o esto o eso» y buscan —como yo las llamo— diferenciaciones inclusivas. Valiéndome de esta elección de la conjunción copulativa «y» —emparentando universalismo y contextualismo (relativismo)—, me gustaría desarrollar ulteriormente esta misma diferenciación.

Así, propongo un cuadro cuatripartito, a saber, *universalismo universalista* (uu), *contextualismo universalista* (relativismo) (cu), *universalismo contextual* (uc) y *contextualismo contextual* (relativismo) (cc); como la cuarta postura se parece bastante a la tercera desde el punto de vista del contenido, a continuación voy a ilustrar sólo las tres primeras posturas.

Las dos primeras posturas (uu y cu) poseen rasgos *totalizadores* en distinto grado. Esto vale, por ejemplo, para la antigua Ilustración, que hablaba de *hombres* cuando en realidad se refería a *varones*, y, más concretamente, a *varones blancos con un elevado nivel de educación*. Asimismo, la pretensión del científico de diseccionar, con ayuda de sus métodos, *la naturaleza y la realidad* tal y como son efectivamente, se ha tornado ridícula.

Pero, aunque de otro modo, esto vale también para el *contextualismo totalizador* (relativismo). Aquí, con argumentaciones completamente distintas pero parecidas en cuanto a los resultados, se rechaza el cambio de perspectiva en cuanto que sencilla y llanamente se da por imposible. Cuando todo es relativo, esto significa (considerado en una situación de caricatura), que el conquistador tiene su punto de vista y el conquistado el suyo propio; por su parte, el caricaturista observador y su público tienen también sus propios puntos de vista. Entre todos ellos se abren abismos más o menos insuperables. El resultado es que: todos son como son.

La involuntaria ironía de la tesis de la inconmensurabilidad es que se parece sorprendentemente a una visión del mundo *esencialista*. Conduce (y seduce) a un cuasi-esencialismo posmoderno, que tiene en común con lo natural el que ahora hay que aceptar las cosas tal y como son.

Tal vez esto nos ayude también a reflexionar un poco más no sólo sobre la autolimitación de los propios principios morales, sino también sobre la autolimitación del *propio relativismo*. El contextualismo absolutizado es en última instancia *ciego* ante las verdades del otro de manera parecida a como lo es el universalismo absolutizado. Allí, nos bloquea la imagen extraña incorporada a la propia certidumbre; aquí, la imposibilidad de base de comprender el punto de vista del otro.

El contextualismo universalista (relativismo) es una elegante expresión que invita a la *no injerencia*. Aquí reina la (no-)paz perpetua del relativismo perpetuo. Se quiere vivir en paz y dejar a los demás en paz y se fundamenta esto en la suposición de que el vacío que existe entre las culturas es insalvable, de manera que cualquier conversación siempre refleja las propias certezas. Ésta es ciertamente una formulación polémica —y, por lo que respecta a los motivos, hasta puede ser falsa—. Pero el *resultado* de la pretensión de inconmensurabilidad es fruto de un pacto de no injerencia *apriorístico* entre las distintas culturas, la implicada imposibilidad del discurso y, finalmente, la imposibilidad de un cambio de perspectiva (sea cual sea la forma). Es, sobre todo, importante este aspecto: se trata de la suposición de puntos de vista exclusivos *sin* la prueba del error, y, por principio, sin ayuda de la experiencia o, por así decir, de manera anti-contextualista. Ante este panorama hostil a la experiencia, aprovecho para formular la postura contraria: el *universalismo*

contextual. En efecto, éste se deja captar y desarrollar precisamente con imágenes especulares.

El universalismo contextual parte de la contra-circunstancia de que la *no injerencia* es imposible; en efecto, significa precisamente que estamos viviendo en la era de la homogeneidad, y en una era global. Todos los intentos por mantenernos al margen y refugiarnos en la idea de mundos separados son grotescos, son de una comicidad involuntaria. El mundo *es* la caricatura de una (no-)conversación de unos que hablan con otros condenados irrevocablemente a no entenderse. Cohonestar esto con la bienintencionada retórica del aprender los unos de los otros sirve de poco, pero es absolutamente innecesario cuando nos dejamos en manos de la *fuerza creadora de los malentendidos*.¹⁵

No se trata aquí en absoluto de conjurar falsas alternativas. La contratesis a la suposición de incomensurabilidad no afirma que tenga lugar una *conversación*. La contratesis sólo afirma que no existen mundos separados. Existe el abigarrado

15. «En el ámbito de la historia cultural, está probado el hecho de que, entre culturas extrañas, la incomprensión tiene efectos mucho más creativos que la propia comprensión. Kirk Varnedoe... ha demostrado esto en su libro *A fine disregard* en el terriblemente complicado ping-pong de las incomprensiones, el cual por así decir habría supuesto el influjo de la xilografía japonesa en van Gogh y Degas: los japoneses del siglo XVI entendieron mal el principio de la perspectiva euclidiana y construyeron sobre la versión dispar resultante del principio europeo su elaborado arte xilográfico. Éste empujó a su vez a van Gogh y a Degas a desencadenar la revolución artística europea del siglo XX, la cual se inició por su parte con un desenfadado tratamiento modernista de la perspectiva euclidiana. Por lo que se ve, la recta comprensión no es precisamente el punto de partida ni el objetivo de la comunidad del saber intercultural» (S. Wackwitz, «Alles hat seine Grenzen. Vom fragwürdigen Nutzen kultureller Lerngemeinschaften», *Süddeutsche Zeitung*, 26-11-1996).

miento de una interrelación global deshilvanada respecto a la cual la huida a la no conversación parece algo *idílico*.

En el lugar del pacto de no injerencia por imposibilidad entra la suposición de la vida global. En esta perspectiva, las fortunas simuladas de la inconmensurabilidad aparecen como ilusorios modos de escapar de la caricatura de la incompreensión intercultural, esa trampa en que se ha convertido el mundo. A tenor de esto, no se debate la existencia, sino el *cómo* de la injerencia, del llegar a ser de la injerencia, del mezclarse con y del mezclarse contra.

Podemos contrastar entre sí completamente sin ilusión, con el escepticismo sancionado por la tesis de la inconmensurabilidad, ambos principios. El contextualismo absoluto proclama lo siguiente: «¡Déjame en paz!» No porque esté prohibida la perturbación de la paz, sino porque ésta es imposible superando los abismos de la incomparabilidad. Lo cual aboca al mismo resultado.

Frente a esto, el principio del universalismo contextual afirma lo siguiente: no hay manera de escapar de la intranquilidad de la recíproca injerencia de las certidumbres que se excluyen. En qué medida son o no son posibles, necesarios, absurdos —o todo a la vez— los cambios de perspectiva, las conversaciones, el hablar sin entenderse, las risas o los conflictos, es algo que sigo sabiéndolo sólo *después* de haber intentado dar este paso. La diferencia esencial no es, por tanto, que allí se niegue dicho paso y aquí se presuponga, sino que allí dicho paso se excluye igualmente *sin prueba alguna*, mientras que aquí se aboga por la irrenunciable *experiencia* del intento. (Ambas cosas pueden también funcionar —o llegar a ser— según el punto de mira que se adopte.)

Inconmensurabilidad significa también, según la visión del universalismo contextual, *ignorancia preestablecida*, in-

fatuación fundada paradójicamente en el relativismo absolutizado y supuesta *seguridad* de que el intercambio de perspectivas y argumentos no tiene sentido *sin* experimentos y *sin* la experiencia. Yo no debo abrir a los demás mis santuarios ni exponerme a su crítica. Frente a esto se yergue la siguiente pregunta del universalismo contextual: «cómo puedo *aprender a retirme* de mis santuarios en mi pasar por los santuarios de los demás?»

El primer intento de diferenciación inclusiva desemboca en integrar lo contextual *directamente* en el concepto de lo universal. Con ello deviene caduca la disyuntiva «o bien existe un universalismo o bien no existe ningún universalismo». Pero queda también la posibilidad de que exista *mi* universalismo y *tu* universalismo, que haya *muchos* universalismos —universalismos *plurales*—. Asimismo, al atacar el carácter absolutista del universalismo estamos reconociendo que no existe *ninguna* disyuntiva, sino (siguiendo el razonamiento de Nietzsche) la autolimitación de *mis* santuarios, lo que a su vez suscita la cuestión de los universalismos *ajenos*. Un ejemplo lo aclarará.

Los derechos humanos no se reclaman del universalismo universalista en el sentido de que deberían poseer validez en todo el planeta en la forma *inventada* por Occidente y que sólo Occidente presume y defiende para todos los hombres ciertos derechos irrenunciables. Esta idea se puede rastrear también en otras culturas, tradiciones y religiones con significaciones que a la vez se completan y excluyen parcialmente. En los diferentes rincones de Europa existen diferentes *versiones* de los derechos humanos. Así, por ejemplo, en los países escandinavos, a los derechos fundamentales se agregan ciertos derechos económicos, mientras que en los antiguos países comunistas de la Europa central y oriental los

derechos civiles y políticos a menudo son especialmente apreciados no por los gobiernos, sino por las propias poblaciones. Asimismo, en otras regiones del mundo existen otras normas que remiten a otra comprensión del derecho. Así, existe una *Carta africana de los derechos de los hombres y de los pueblos*. «Ésta refleja un concepto de los derechos humanos de claro cuño africano, que se desarrolló a partir de las normas de las sociedades africanas tradicionales y que se funda en dos principios fundamentalmente: por un lado, en el comunitarismo, que se opone al individualismo occidental, y, por el otro, en la toma de decisiones consensuada, que torna superfluo el enfrentamiento político en las elecciones. Estos principios... tienen una gran importancia a lo largo y ancho de todo el continente africano.»¹⁶

La curiosidad por otras concepciones y tradiciones de los derechos humanos no excluye, como teme el universalismo universalista, la idea de unos derechos iguales para todos los hombres. Se podría decir tal vez que «sólo» ahora empieza a haber una cierta competencia entre las culturas, pueblos, Estados y religiones por abrazar las concepciones de los derechos humanos *más benévolas* para con los hombres. Y sólo ahora empieza el enrevesado «discurso» sobre este problema.

Esto supone el final del sublime silencio de los distintos sacerdotes del universalismo atrincherados en su infatuación. La invitación a resignarnos, a sólo defender todavía el propio universalismo, no significa obligatoriamente dejar donde están los otros universalismos en recíproca intocabilidad, sino todo lo contrario. Sólo así es posible hacer valer

16. C. Bretherton, «Allgemeine Menschenrechte. Der "menschliche Factor"», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*.

el punto de vista de mi versión personal —que no el de la versión oficial— de los derechos humanos en pugna con otras versiones.

El universalismo contextual no obliga a cerrar los ojos ante las violaciones de los derechos humanos perpetradas en otros ámbitos culturales o países, según un relativismo mal entendido. Pero tampoco capacita para intervenir prepotentemente en otros países para, por ejemplo, proteger a las minorías contra las persecuciones. El universalismo contextual hace esta pregunta: ¿qué concepciones de los derechos humanos y qué grupos pro derechos humanos hay en los países en los que se pisotean escandalosamente los derechos humanos? ¿Cómo juzgan *estos países* desde su horizonte y sus conocimientos de los derechos humanos lo que ocurre en su ámbito? ¿Y cómo se escoran estas interpretaciones con relación a nuestras (mías) hipótesis interpretativas de los derechos humanos universales —que, por cierto, valen también allí? Salta a la vista que con esto no se resuelven las paradojas, sino que se crean otras nuevas.

Sin embargo, el seguir la versión contextual —y por tanto occidental, la nuestra, la mía— de los derechos humanos universales no equivale en modo alguno a un entreguismo moralista y político, a una capitulación ante las espantosas barbaridades de este siglo, sino que es la condición *sine qua non* para «mojarnos» en los conflictos por los derechos humanos y las violaciones de los derechos humanos en otras culturas.

El universalismo contextual afirma: hay que abrir el santuario de uno mismo a la crítica ajena. Hay que cometer el *sacrilegio de politeísmo* en materia de universalismo, empezando por uno mismo. El universalismo contextual debe —en el planteamiento de Lessing— dar el paso de la *certeza*

a la *verdad* en el campo de los universalismos de manera consciente, filosófica, moral y política. Tal vez así podamos reírnos también *con ganas* alguna vez, en un mundo dominado por las concepciones de distintos universalismos, de la tonta presunción humana de poseer la certeza universal.

VI

EN TORNO A LA SOCIEDAD MUNDIAL: PERSPECTIVAS CONCURRENTES

Ya hemos reunido, presentado, contrastado e ilustrado suficientes argumentaciones para poder abordar esta importante pregunta: ¿En qué se distinguen los conceptos de *globalidad*, *globalización* y *globalismo*?¹

La *globalización* subraya el elemento de proceso que tiene lo transnacional en las dimensiones que hemos presentado; significa, pues:

- la intensificación de los espacios, sucesos, problemas, conflictos y biografías transnacionales; pero
- este movimiento —pese a los ecos que concita la palabra «global»— no debe entenderse ni de manera rectilínea ni en el sentido de «total» y «omnicomprensivo»; antes bien, este movimiento debe entenderse sólo de manera *contingente* y *dialéctica*; es decir, de manera *glocal*. Esto quedará más claro si explicamos el concepto de «diferencia inclusiva» —*contraposición incluyente*— como principio de la biografía, la identidad y de organización;
- consecuentemente, conviene preguntar e investigar *el grado, la densidad y la medida* de la globalización/ lo-

1. Véanse en este libro, págs. 30 y sigs.

calización en sus diferentes dimensiones. Las formas aparentes de la glocalización pueden y deben también investigarse en última instancia de manera *empírica*.

El concepto de *globalidad* representa una afirmación dura de la realidad. Significa —en última instancia— *sociedad mundial* y afirma lo siguiente: esta circunstancia es

- *irreversible*, lo que significa que la «sociedad mundial» debe entenderse de manera
- *multidimensional*,
- *policéntrica*,
- *contingente* y
- *política*.

Conviene ahora lanzar la siguiente pregunta, en la órbita de la teoría cultural: ¿en qué formas y foros se experimenta, vive, percibe socialmente y practica la sociedad mundial —y ¿de qué manera realmente?—. Fue Robertson el primero que convirtió el ser y el devenir conscientes en el mundo —entendido como *un solo* lugar global para vivir en él— en indicadores empíricos de la sociedad mundial reflexiva. De manera parecida se expresa A. Nassehi: «Hay que hablar de sociedad mundial si los *global players* se perciben en la diferencia de su *distinta referencia a un único y mismo mundo* y si esto se hace de manera reflexiva. La sociedad mundial sería entonces —según el teorema de Thomas— un horizonte mundial que sólo se abre si se mantiene como real en la comunicación. Sólo sobre este telón de fondo resulta decodificable como *fenómeno social mundial* la exploración de las fuerzas laborales en otra región mundial, como también del etnoeclecticismo social-romántico

de los niveles de educación occidentales, con sus necesidades de esparcimiento ideológicas y turísticas. En esta misma medida, el descubrimiento de América, las cruzadas o también la política colonial del siglo XIX *no* fueron sucesos sociales mundiales».²

De los conceptos de globalización y globalidad se debe distinguir (y criticar) el *globalismo* —es decir, la ideología neoliberal del dominio del mercado mundial—, del que trataremos en la tercera parte, «Errores del globalismo». Pero, por ahora, conviene precisar bien la tesis de la irreversibilidad de la sociedad mundial, y hacer esto confrontando, aunque sea de manera esbozada, seis perspectivas en parte concurrentes y en parte complementarias; a saber:

1. ¿Terceras culturas o sociedad civil global?
2. La democracia cosmopolita
3. La sociedad mundial capitalista
4. La sociedad del riesgo mundial
5. La sociedad (de tránsito) mundial política
6. Mirando al futuro: el Estado transnacional

I. ¿TERCERAS CULTURAS O SOCIEDAD CIVIL GLOBAL?

En su ensayo *La paz perpetua*, Kant desarrolla la tesis de que las democracias *nunca* son posibles *aisladamente* en forma de sociedades únicas no estatales, sino sólo en la sociedad civil mundial. No sólo vincula el autogobierno de los muchos a un autopensamiento y autoquehacer, sino que,

2. A. Nassehi, *Die «Welt»-Fremdheit der Globalisierungsdebatte*, Ms., Munich, 1997.

además, condiciona esto a los ámbitos de la a) *autoexperiencia de la sociedad civil global*, y a las b) *situaciones jurídicas universalmente válidas*.

Quien relacione la «sociedad mundial» con la autoexperiencia de la sociedad mundial deberá hacerse la pregunta de si puede darse una cosa tal como el pensamiento global, fruto de experiencias y peligros divididos. Las interrelaciones vivenciales transnacionales consisten y surgen históricamente, por ejemplo, de cosas tan diversas como las relaciones comerciales intercontinentales, los movimientos migratorios, la esclavitud, las conquistas, las guerras, el imperialismo, el colonialismo... A.D. Smith es uno de los autores que mayor hincapié hacen en la idea de que la historia colonial puede convertirse en contenido de una cultura y una identidad globales. «La cultura global, a diferencia de las culturas nacionales, no dispone de ningún pensamiento. Una "nación" se puede apoyar, para su formación, en experiencias y necesidades latentes de la población y darles expresión, mientras que a una "cultura global" no corresponde ninguna necesidad real ni ninguna identidad en desarrollo. No existe ninguna "memoria mundial" que pueda ser útil para una supuesta *unión* de la humanidad; hasta la fecha, la mayor parte de las experiencias globales —el colonialismo y las dos guerras mundiales— sólo han servido para recordarnos nuestras confrontaciones históricas.»³

«Si la *única consecuencia* del conflicto, la conquista y el sometimiento consistiera en que éstos desunen a los hombres, entonces las naciones serían meros productos de diferenciaciones artificiales, pues la mayor parte de ellas han

3. A.D. Smith, «Towards a Global Culture?», en Featherstone (comp.), *Global Culture*, Londres, 1990, pág. 180.

surgido como reacción a los conflictos», contesta a esto J. N. Pieterse. «Lo mismo cabe decir en el plano general: la suposición de que los conflictos de la humanidad sólo dividen no tiene en cuenta lo que es realmente decisivo, y, por tanto, es falsa. Los conflictos unen también a los hombres, aunque de manera dolorosa, y potencian una unidad ambivalente. Pertenece a la esencia de la dialéctica que la unidad se desarrolle a partir de posturas enfrentadas y de conflictos... Un factor importante en la formación de las culturas mixtas post-coloniales fue la unidad conflictiva del Estado otrora dominador y de los países otrora dominados, unidad que descansa en las experiencias comunes políticas y culturales, incluida la experiencia del sometimiento. Así, por ejemplo, el primer imperio británico es en muchos ámbitos un espacio unitario en el que se habla una lengua común, se encuentran elementos comunes en la jurisprudencia y el sistema político, las infraestructuras y las normas de circulación se parecen y podemos toparnos con el mismo estilo arquitectónico lo mismo en la India que en Sudáfrica, y ello sin mencionar lo que aún queda de la Commonwealth.»

Cuando la experiencia de la sociedad mundial es un rasgo esencial de la sociedad mundial, entonces la sociedad multicultural no es ninguna entelequia, sino una realidad global. Ésta no se puede ni elegir ni destituir; no conduce automáticamente a la tolerancia, y sí puede conducir a la discriminación y a la xenofobia. Cuando las ambivalencias de la sociedad mundial irrumpen conflictivamente en un lugar, esto no es ninguna muestra del fracaso «de los experimentos sociales multiculturales», sino posiblemente del comienzo de una nueva época social en la que formas de vida transnacionales y transculturales se convierten en el pan nuestro de cada día. Una población que no quiera ver de

frente estas realidades y que se siga pensando a sí misma y a las demás en términos de culturas (populares) monolíticas, tendrá especial dificultad para habérselas con el popurrí perfectamente normal de la sociedad mundial.

«¿Qué pensar cuando muchachas marroquíes organizan en Amsterdam competiciones de boxeo tailandés, asiáticos bailan *rap* en Londres, irlandeses fabrican panes ácimos (o chinos fabrican tacos), indios celebran el jueves lardero en Nueva York y colegialas mexicanas emulan a Isadora Duncan ataviadas con togas griegas? ¿Cómo interpretar el hecho de que Peter Brook lleve al teatro el *Mahabharata* o Ariane Mnouchkine ponga también en escena una obra de Shakespeare a la manera kabuki en el parisino “Théâtre du Soleil”? Las experiencias culturales, tanto en el pasado como en el presente, nunca muestran una tendencia a la uniformidad y estandarización. Esto no quiere decir que el concepto de la uniformización cultural global carezca de significado (bien al contrario). Pero, decididamente, éste se queda demasiado corto. Pasa por alto las contratendencias y el influjo en Occidente de las culturas no occidentales. No atiende a la ambivalencia del proceso de globalización y desconoce por completo el papel de lo local en la recepción de la cultura occidental —por ejemplo, la introducción y transformación de elementos occidentales por acción de otras culturas—. Deja al margen el recíproco influjo de las culturas no occidentales. No tiene en cuenta tampoco a las culturas mixtas, como, por ejemplo, el desarrollo de las «terceras culturas» en el escenario internacional. Recalca la homogeneidad de la cultura occidental y no ve que muchos de los patrones de Occidente y de sus industrias culturales, si se rastrea bien su origen, no son en el fondo más que una amalgama de diferentes corrientes culturales. La secular ósmosis cultural entre sur y norte ha dado origen a una cultura mixta intercontinental. La cultura europea y toda la cultura occidental en su conjunto son partes integrantes de esta mezcla global. Esto se ve con particular claridad si consideramos que, hasta el siglo XIV, Europa estuvo permanentemente expuesta a influjos culturales del “Oriente”. La hegemonía occidental es de fecha relativamente reciente; empieza hacia 1800, más concretamente con el fenómeno de la industrialización.»⁴

Sin duda no es casual que, para la gran mayoría de la gente, la experiencia de la «sociedad de destino global» irrumpa fundamentalmente como experiencia de la amenaza en los debates actuales sobre la «pobreza móvil» o «la explosión demográfica», en sucesos como la catástrofe nuclear de Chernobil, en noticias sobre alimentos, aire y agua contaminados, o en la forma de notificación de la empresa por la que se crean nuevos puestos de trabajo en otras regiones del mundo. Sin embargo, también mediante esto conocemos concretamente que la «sociedad mundial» no tiene lugar por así decir «ahí fuera», sino que afecta a los cimientos de la propia vida. En otras palabras, que es defendiendo la experiencia de la sociedad mundial como mejor se demuestra su realidad y vigencia.

Martin Shaw da un importante paso al respecto. «La experiencia» de la sociedad civil global significa para él, en primer lugar, *autopercepción* (a través de los medios de comunicación) y, en segundo lugar, su posible *relevancia comportamental*. Por eso investiga empíricamente en qué medida una sociedad civil global se ha podido formar entre tanto merced a los correspondientes de guerra tras el final del conflicto entre los bloques orien-

4. J. N. Pieterse, «Der Melange-Effekt», *op. cit.*

tal-occidental y a la importancia que han tenido en el discurrir de otros más lejanos (la intervención militar de la ONU o de otros Estados). «Antes», sostiene Shaw, «las guerras y los conflictos estaban circunscritos al lugar de la práctica de la violencia, y había pocas guerras mundiales de especial trascendencia. Pero hoy —y en el futuro— están teniendo lugar guerras en todas partes del mundo con la participación, potencial o real, de los medios de comunicación. La sociedad civil global se convierte, así, en sociedad global de telespectadores. Las guerras pierden en cierto sentido su sustrato locativo y se convierten, mediante su (re)presentación telegénica, en *crisis políticas* en las que se debe ventilar y decidir públicamente cuestiones relacionadas con la justicia y la intervención inclusive en los centros más alejados de las sociedades civiles globales. Si, en las crisis producidas tras el final del conflicto este-oeste, se trata de verdaderas crisis políticas globales, en caso de que esto sea cierto, ¿cómo se convierten en tales? Aquí es decisivo saber en qué medida éstas son percibidas como tales, cómo poseen efectos globales y si han tenido lugar —o en su caso si se han considerado seriamente— intervenciones por parte de las grandes potencias al margen de la región en conflicto o de las Naciones Unidas. Con esto, las crisis que pueden pasar genuinamente por globales se diferencian significativamente de las guerras mundiales y de las confrontaciones entre las superpotencias en la época de la guerra fría. No obstante, es conveniente estudiar más concretamente desde esta perspectiva al menos algunas de las nuevas crisis. ¿Por qué se atribuyó una significación global a algunas guerras, por ejemplo a la de Bosnia-Herzegovina? Nada parece abogar a favor de que éstas muestren una nueva dimensión de la estrategia bélica que supere a la de los enfrentamientos entre armenios y azerbaiyanos o a la de la guerra civil en Angola. Estas últimas guerras se

cobraron también un número inmenso de vidas humanas y también conllevaron “limpiezas étnicas”. La diferencia principal estriba, evidentemente, en que mucha gente *percibió* como tales algunas guerras en las que la población tuvo que soportar enormes sufrimientos y en que los derechos humanos, cuyos principios son reconocidos por la “sociedad internacional”, fueron violados, y en que esta percepción se inició merced a una cobertura mundial de los medios de información. También en otros muchos casos la población civil se vio considerablemente afectada por la guerra y fueron violados los derechos humanos. Sin embargo, su percepción no llegó a tantas personas, lo que se explica sin duda por la relativamente menor atención que prestaron los medios de comunicación a tales conflictos.» Según esto, es la *implantación y construcción mediante los medios de comunicación* de la importancia global de una confrontación bélica local lo que a la vez activa a la sociedad civil global y la dimensión global del conflicto.

«Según esto, se pueden determinar dos nuevos criterios para las crisis políticas globales. Las crisis globales pueden responder enteramente, como la guerra del Golfo, a los criterios tradicionales en cuanto que resultan de conflictos de intereses en los que están directa o indirectamente implicados otros Estados y ámbitos del sistema internacional. Pero aun cuando no se cumplan estos criterios, pueden producirse conflictos en cuanto que existe una *percepción* a escala mundial de la muerte masiva de personas y de la sistemática violación de principios globalmente respetados, percepción que en gran medida depende de si los medios de comunicación informan o no detalladamente al respecto. Más allá de esto, una crisis se convierte en global cuando para su resolución se produce una *intervención* que está avalada por el mandato internacional o que todo el mundo anhela.

»Sin embargo, los modelos tradicionales y modernos de las crisis políticas no se dan en la realidad como alternativas recíprocas, sino que conforman los dos puntos extremos de un espectro. En cada crisis se dan cita aspectos a la vez tradicionales y nuevos mezclados de manera indiferenciada. Aunque Bosnia-Herzegovina y Angola, por ejemplo, ya no cuenten en el ámbito de los intereses de seguridad geopolíticos como en los tiempos de la guerra fría (irónicamente, esto es la causa de que surjan nuevos conflictos), el interés de numerosos Estados por una situación estable en los Balcanes y África del Sur no ha disminuido. Contrariamente a esto, la guerra del Golfo, la única guerra tras el final del conflicto este-oeste que se pudo considerar como una pura confrontación entre Estados, se cobró numerosas víctimas entre la población civil y fue para muchas personas una auténtica tragedia —y su representación mundial en los medios de comunicación cambió por completo el carácter original y la importancia histórica de esta guerra—. De aquí se sigue que la amenaza a la población civil y su difusión en los medios de comunicación no sólo son aspectos clave en un determinado tipo de conflictos, sino que valen para todas las crisis globales actuales.

»Esta nueva definición de crisis políticas globales abre la puerta a una comprensión más amplia de las crisis globales, que abarque también la dimensión social y humanitaria y, por tanto, las hambrunas, la pobreza, la opresión, las catástrofes naturales y medioambientales y las epidemias. También lleva razón en cuanto que tales crisis generalmente se producen o agudizan como consecuencia de crisis políticas, sobre todo como consecuencia de las guerras. Con esto se abre la probabilidad de comprender mejor las crisis tanto sociales como políticas. La percepción de la miseria humana,

por ejemplo, ya no es la misma: si en los años setenta y ochenta las hambrunas se consideraron —o se intentó que se consideraran— una consecuencia de la sequía, en la actualidad los informes elaborados a nivel mundial imputan sus causas a las guerras.»⁵

2. DEMOCRACIA COSMOPOLITA

Como ya dijimos, además de la autoexperiencia de la sociedad civil, son los derechos fundamentales transnacionalmente válidos los que fundan la democracia cosmopolita. Por lo que se refiere a la validez de los derechos fundamentales, según Kant ésta depende de una graduación de los derechos entre súbditos de distintas nacionalidades, y en última instancia también de la garantía de unos derechos civiles mundiales para todos. Esto incluye una graduación de contenido de varios derechos (políticos y sociales) hacia dentro. Contra la barbarie, la civilización sólo está protegida por tanto (y sólo temporalmente) cuando los derechos fundamentales tienen validez *global*.⁶

Con ello se produce una paradoja que hasta hoy bloquea todos los debates. La garantía de los derechos fundamentales presupone, al parecer, el Estado nacional. Pero ¿cómo pueden también darse y asegurarse unas condiciones de derechos cosmopolitas entre Estados y súbditos de varias nacionalidades que relativice al Estado nacional en cuanto garante suyo sin que al mismo tiempo se pierda

5. M. Shaw, «Globale Zivilgesellschaft, Massenmedien, Krieg und politische Krisen», en U. Beck (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*.

6. Véase U. Beck, en *ibid.* (comp.), *Kinder der Freiheit*, págs. 347-361.

en falsas alternativas, ya para aspirar a un Estado mundial ya para asentar los derechos fundamentales en un espacio sin derechos ni Estado?

Cuando se trata de la protección de los derechos humanos, concurren, cooperan y compiten varios actores entre sí: organizaciones interestatales como los comités de las Naciones Unidas, o Estados determinados, solos o en interacción con otros Estados o con organizaciones no gubernamentales o con forma de comités conjuntos regionales. Las relaciones entre estos actores estatales y no estatales y los individuos portadores de estos derechos pueden describirse con la ayuda de tres modelos: el político-realista, el internacionalista y el cosmopolita.

«El modelo *político-realista*, centrado en el Estado, destaca la prioridad y soberanía de los Estados. Para los realistas, los derechos de los individuos son por ello una oportunidad de la jurisprudencia nacional-estatal, y tanto las organizaciones interestatales como las organizaciones no gubernamentales (ONG) pueden, en el mejor de los casos, desempeñar sólo funciones de asesoramiento. Las relaciones interestatales permanecen subdesarrolladas porque el principio de soberanía impide la injerencia en los asuntos internos de otros Estados, mientras que la política exterior debería estar más determinada por los intereses geopolíticos y de poder que por consideraciones de orden moral. Consiguientemente, sólo hay que juzgar las decisiones sobre ayudas financieras o incluso sobre la aplicación de la tortura según el criterio de la utilidad que reporta a los aplicadores.

«La concepción político-realista desarrolla también el modelo *internacionalista*. En este modelo, los Estados siguen desempeñando un papel esencial y cargan con la prin-

cipal responsabilidad de los derechos individuales. A pesar de ello, sus actuaciones están influidas por un consenso transnacional en constante desarrollo sobre las normas sobre derechos humanos y, en cierto grado, están modificadas por éstas. Las organizaciones estatales y las ONG tratan de jugar un papel importante en la protección de los derechos humanos, y en algunas situaciones consiguen su propósito; su capacidad de maniobra depende, empero, de la colaboración de los Estados. El influjo de la comisión de derechos humanos de la ONU es, por tanto, mucho mayor en Canadá que en China o que en Gran Bretaña.

«El tercer modelo puede llamarse *cosmopolita*. Aquí el individuo está en el centro del análisis, y entre los individuos, las organizaciones interestatales y las ONG se postulan una relación directa. La prioridad del Estado para actuar a nivel mundial se cuestiona así cada vez más desde abajo y desde arriba en la medida en que el desarrollo de una sociedad civil global se considera posible y eficaz. Los partidarios del modelo cosmopolita subrayan el importante papel de las instituciones de la ONU en el tema de los derechos humanos desde el final de la guerra fría así como el aumento rapidísimo del número y de miembros de ONG, las cuales se centran principalmente en la defensa de los derechos humanos y otros *desiderata*.»⁷

No es el consenso transcultural sobre derechos fundamentales, sino los procedimientos y acuerdos de colaboración los que constituyen la clave para garantizar los derechos fundamentales transnacionales. Son los procedimientos en parte codificados y en parte no codificados, en los que los nexos transnacionales —un tejido denso y pluridimensional

7. C. Bretherton, «Allgemeine Menschenrechte», *op.cit.*

hecho de imbricaciones y obligaciones recíprocas— se traban, acuerdan y potencian, los que entrañan la idea de una *democracia cosmopolita* y deben permitir su realización. David Held ha esbozado esta visión de futuro en los siguientes términos y pasos.⁸

Primero: el orden global se concretiza en entramados de poder múltiples donde se incluyen los cuerpos, el bienestar, la cultura, las organizaciones de voluntarios, la economía, las dependencias internacionales y la violencia organizada. El espacio posible de la democracia cosmopolita surge de estas diferentes redes (un equilibrio de poder pluridimensional entre las naciones, las organizaciones y los hombres).

Segundo: todos los grupos y organizaciones reclaman una relativa autonomía, que se manifiesta en determinados derechos y deberes. Estos ejemplos de lo permitido y lo ofrecido deben estar vinculados a los *fundamentos del derecho democrático cosmopolita*, que hay que aplicar a cada campo de acción de lo social, lo económico y lo político.

Tercero: estos derechos fundamentales están legitimados y garantizados por *parlamentos y tribunales transnacional y localmente interrelacionados* —según el modelo del Parlamento Europeo y del Tribunal de justicia Europeo—, los cuales se podrían establecer también en espacios transnacionales de Sudamérica, Asia y África.

Cuarto: los Estados nacionales ceden parte de su poder y soberanía a instituciones y organizaciones transnacionales y desarrollan una nueva autocomprensión que sirve de nudo

8. David Held, *Democracy and the Global Order*, Cambridge, 1995, págs. 271-283 (trad. cast.: *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997).

de comunicación y coordinación para dependencias transnacionales.

Quinto: los individuos pueden hacerse miembros de distintos espacios de poder nacionales y transnacionales y, de este modo, ejercer los derechos de cogestión y autogestión, desde el ámbito local hasta el ámbito global.

Sexto: *subvención cívica para todos*, independientemente de si se participa en trabajos industriales, domésticos o públicos en la sociedad civil; esto garantiza el ejercicio de la libertad política.

A la concepción del *realismo sociológico* todo esto le parece una cosa muy bonita, y nada más. Parece no importarle saber si o qué poderes y tendencias realistas favorecen o impiden semejante posible desarrollo, o qué contradicciones y paradojas se encierran en esta visión primorosa de la democracia cosmopolita. Si mal no recuerdo, ya a principios del siglo XIX, Auguste Comte «contrapuso», por así decir, su propio criterio nacionalista al imperialismo militante, al que no consideraba rentable económicamente; y luego vinieron las locuras organizadas y colectivamente auspiciadas del imperialismo, el colonialismo, dos guerras mundiales, el holocausto y el *gulag* estalinista. Sólo cabe *esperar* que esta visión normativa no se vea igualmente socavada y arrollada por sus contradicciones y contradictores. Pero la esperanza es poca cosa (para la sociología y la política).

Quedan por hacer dos preguntas más de especial importancia: ¿qué contradicciones anidan en el interior de esta esperanza?, ¿qué terremotos y erosiones político-sociológicos frustran o alimentan esta esperanza? A todo esto vamos a tratar de contestar en las páginas siguientes, también de manera sucinta.

3. SOCIEDAD MUNDIAL CAPITALISTA

Muchos neomarxistas considerarán vacía de realidad la idea de la democracia cosmopolita y fundamentarán su postura principalmente en que, en dicho tipo de democracia, se confunde la ética con el poder. La pregunta sobre el horizonte de ideas y valores de índole social-mundial apunta de manera equivocada, según esta crítica, a las relaciones de poder económicas transnacionales que se agudizan mediante los procesos de globalización económica. Desde que terminó la guerra fría y se integró el bloque comunista en el mercado mundial, cada vez aparecen con mayor virulencia aspectos fundamentales de la dinámica capitalista que en el capitalismo del bienestar habían permanecido «velados». Esta argumentación se puede desarrollar según los siguientes pasos y teoremas.

Primero: la *simultaneidad de la integración transnacional y de la desintegración nacional*. En plena marcha triunfal del mercado mundial van desapareciendo los pocos «países puros» que aún quedaban en el mapamundi; es decir, hay cada vez más regiones y rincones del mundo que se integran al sistema capitalista y, por tanto, más espacios económicos auto-suficientes locales y nacionales que se disuelven. La incorporación al mercado mundial y la fragmentación, globalización y territorialización son procesos que se complementan, o más concretamente, dos caras del mismo proceso de reparto de riqueza, soberanía, poder y libertad de comercio.

Segundo: las corporaciones transnacionales tienen especial interés por los «Estados débiles», es decir —como lo formula Zygmunt Bauman—, por Estados que son débiles pero que, a pesar de ello, siguen siendo Estados; casual o intencionalmente, los actores del mercado mundial producen una presión coordinada sobre todos los Estados miembros o de-

pendientes de ellos para que neutralicen inmediatamente todo lo que pueda impedir, retrasar o limitar la libertad de movimiento del capital. «La condición previa es abrir de par en par las puertas y renunciar a una política económica autónoma, condición a la que hemos de someternos sin resistencia si queremos ser considerados aptos para recibir apoyo financiero del Banco Mundial y del Fondo Monetario. Es precisamente el concurso de los Estados débiles lo que necesita el nuevo orden mundial, que a menudo se confunde con el desorden mundial, para perpetuarse y reproducirse.»⁹ De esto resulta también una discrepancia de intereses entre la formación de Estados transnacionales colaboradores —el experimento de la Unión Europea es a este respecto el mejor ejemplo— y el capitalismo neoliberal. La UE es uno de los espacios económicos más potentes del mundo. Nadie duda de que está en condiciones de co-gestionar las reglas para el comercio mundial, así como para fomentar y llevar a cabo la observancia de medidas sociales y ecológicas.

Tercero: *los Estados de bienestar y asistenciales de la Europa continental han entrado en una espiral descendente*. Mientras los actores económicos piensan y actúan transnacionalmente y, de este modo, eluden el control y la política nacional-estatal, las consecuencias de la economía transnacional —paro y pobreza crecientes— deben abordarse nacional-estatalmente. Por una parte, con la creciente presión del mercado mundial ha llegado la hora de verificar si las redes sociales son mantenibles y financiables, y, por la otra, ha sonado también la hora de la verdad en cuanto que la ex-

9. Z. Bauman, «Schwache Staaten», *op. cit.* Para el análisis de las sociedades occidentales en el sistema mundial, véase V. Bornschier, *Westliche Gesellschaften im Wandel*, Frankfurt del Meno-Nueva York, 1988.

plosión de los costes coincide con la reducción de los ingresos fiscales por el trabajo remunerado y con la globalización de los beneficios de las empresas transnacionales.

Cuarto: *sustitución del trabajo mediante el saber y el capital*. El capitalismo global se las apaña con cada vez menos efectivos laborales para abrir nuevos filones financieramente productivos. Con ello, la fuerza laboral y las organizaciones de masas que la representan —partidos obreros y sindicatos— pierden por doquier poder de negociación e influjo social. Al mismo tiempo, aumenta el número de quienes se ven excluidos del mercado laboral y de las oportunidades de seguridad e integración material y social que aquí se ventilan y negocian; con la consecuencia de que no sólo se incrementan las desigualdades, sino que también varía de manera preocupante la *calidad* de las desigualdades sociales al verse excluidos cada vez mayores segmentos de población, considerados oficialmente como «económicamente inactivos o retirados».

Quinto: *la doble relatividad de la pobreza*. La pobreza está cambiando cualitativamente de semblante en estos brutales procesos cambiantes entre la inclusión y la exclusión: aumenta de manera preocupante y se fragmenta de varias maneras. Como dice Zygmunt Bauman, el hilo de la comunicación social entre los ricos que se globalizan y los pobres que se localizan amenaza con romperse porque entre los ganadores de la globalización, en la parte alta superior, y los perdedores de la globalización, en la parte baja inferior, ya no existen terrenos o palestras en las que poder luchar por la igualdad y la justicia.

Al mismo tiempo, los excluidos —contrariamente al proletariado del siglo XIX y de principios del XX— han perdido su correspondiente parcela de poder como quiera que

ya no se les necesita. Sólo les queda la violencia desnuda para mostrar lo escandaloso de su situación.

Finalmente, los distintos subescalonamientos de la pobreza se vuelven a romper en una «doble relatividad». La «relatividad simple» de la pobreza significa una relatividad de las *escalas*. Ésta afirma: no existen escalas de pobreza absolutas, sino sólo relativas, las que rigen para las respectivas regiones sociales-mundiales (por ejemplo, África, Asia y Europa). En el caso de la «doble relatividad», la relatividad de la escala se rompe de nuevo en espacios de vida transculturales y transnacionales. La «pobreza transnacional» significa que el hombre vive su propia vida en la contradicción de las escalas de pobreza transnacionales. En Gran Bretaña, el que pertenezca a los sin techo puede, según las escalas que rigen para su familia en India o en el Caribe, seguir viviendo bastante bien.¹⁰ También estas fragmentaciones son una condición esencial de la agudización de la pobreza.

Sexto: *las contradicciones de la vida global liberada y auto-organizada actúan como criterios de exclusión*. A menudo se subraya igualmente (sin ir más lejos, el propio autor) que la segunda modernidad, más allá de las seguridades de la tradición y del esquema izquierda-derecha del quehacer político, ofrece también nuevas oportunidades de libertad y desarrollo. La cuestión es, en definitiva, el saber *para quién*. En efecto, las contradicciones de la segunda modernidad deben interpretarse también como agudización de las exigencias de integración social con las que cada vez son menos las personas que consiguen cumplir, sobre todo las que, en el remoli-

10. Véase Laura Buffoni, «Rethinking poverty in globalized conditions», en J. Eade (comp.), *Living the Global City*, págs. 110-126.

no de la agudizada competencia del trabajo asalariado, figuran como «débiles», «en peligro» o «marginadas»; personas sin —o con escasa— titulación escolar, enfermas o cuyos puntos fuertes —por ejemplo, sus habilidades motoras, artísticas o manuales— están poco valoradas en el actual sistema de prestaciones. Todas ellas corren el riesgo de terminar en la rampa y círculo de los excluidos por la acción combinada de las reglas de acceso.

Séptimo: *al capitalismo sin trabajo le corresponde, en definitiva, un marxismo sin utopía*. La imagen neomarxista del sistema mundial capitalista carece de impulso utópico, de esperanza sistémica y de fantasía política, pues al análisis no le corresponde —ni brota de él— ningún tema político. ¿No debe con ello semejante neomarxismo cosmopolita formar parte también del coro que entona el réquiem por el irrevocable hundimiento del *Titanic*?

4. SOCIEDAD DEL RIESGO MUNDIAL: SE ABRE LA JAULA DE LA MODERNIDAD

La percepción del peligro ecológico global empuja a muchos al fatalismo. ¿Cómo se puede actuar políticamente a la vista de esta maquinaria destructora de su megasistema industrial global con los ojos bien abiertos, es decir, sin mentirnos a nosotros mismos? Con esta ametropía ingenuo-realista —con perdón— de los peligros que existen «de por sí» estamos cerrando los ojos ante la artimaña de la teoría de la sociedad del riesgo mundial.

El distintivo más visible de los conflictos resultantes de los riesgos estriba precisamente en que determinados ámbitos anteriormente despolitizados de la toma de decisiones se

politizan mediante la percepción pública de los riesgos; éstos se abren —por regla general involuntariamente y contra la oposición de instituciones poderosas que monopolizan esas decisiones— a la duda y al debate públicos. Así, de la noche a la mañana, en la sociedad del riesgo mundial se exponen con pelos y señales objetos y temas que antes se trataban a puerta cerrada, como, por ejemplo, decisiones sobre inversiones económicas, fórmulas químicas de productos y medicamentos, programas de investigación científica o el desarrollo de nuevas tecnologías. Todo esto exige de repente una justificación pública, a la vez que se nos pide elaborar y modificar marcos institucionales para legitimar y consolidar esta pieza importante que se llama una mayor democracia.

Dicho de manera irónica: sobre los «problemas añadidos» no buscados —ni vistos— se debate actualmente por doquier por así decir, por anticipado, o sea, incluso *antes de que se inventen* realmente los correspondientes productos y tecnologías. En cualquier caso, resulta decisivo el hecho de que esta ampliación y profundización de la democracia en los ámbitos apolíticos del comercio, la economía y la ciencia (y en parte también en el de la vida privada) se hayan visto bloqueadas hasta el momento por obsoletas «cuestiones de definición», con lo cual los cargos acusatorios no van contra quienes se aprovechan de los riesgos, sino contra las víctimas de los mismos.

Esto quiere decir que en la sociedad del riesgo mundial surge, en virtud de la percepción pública de los riesgos, una sociedad *autocrítica* bien preparada, al menos en la manera como habla de acciones o ideas alternativas, una sociedad en la que, por ejemplo, las compañías de seguros contradicen a veces a presuntos «entendidos en la materia». Éstos dicen, por ejemplo: riesgo cero; aquéllas, que deben responder eco-

nómicamente en caso de realizarse este riesgo «cero», dicen: no es asegurable; el riesgo *económico* les resulta demasiado alto (por ejemplo, la energía nuclear, pero también la tecnología genética).¹¹

Al mismo tiempo, va tomando forma una *utopía de la democracia ecológica* que, en mi opinión, podría constituir el núcleo de una modernidad *responsable*. Comprendemos mejor lo que significa, o comporta, ser responsable si nos remitimos al debate acerca de la filosofía y la investigación científica que está teniendo lugar en Gran Bretaña en torno a la característica expresión de «*technological citizenship*». Aquí se puede ver la imagen de una sociedad que debate sobre las consecuencias del desarrollo técnico y económico *antes de que* se tomen las decisiones clave. La prueba acusatoria de los riesgos y peligros futuros estaría en los causantes del peligro y no ya en los heridos ni en las víctimas potenciales o reales de dicho peligro; se pasa, así, del principio de que paga el causante, al principio de que el causante tiene que *probar* qué daños puede suponer su acción para el mundo.

Una salida del autotranscurrir global de las novedades tecnológicas podría estar, por ejemplo, en tratar de fomentar políticamente el desarrollo técnico en sus zonas más críticas con vistas al *desarrollo de alternativas*. A esto debería corresponder una autoimagen del desarrollo técnico por parte de la ciencia, orientada a la creación de alternativas y no a la producción de hechos consumados. Entonces se podría in-

11. Así, hasta hoy falta una regulación *aseguradora* para las tecnologías biológicas y genéticas. Nadie quiere asegurar los riesgos de la biotécnica. Como se sabe, nadie puede conducir un automóvil sin un seguro de responsabilidad civil, pero sí trabajar en técnicas genéticas sin ningún tipo de seguro.

vertir tal vez la tendencia de un desarrollo indeseado haciendo que surja una oferta de innovación a nivel avanzado que poseyera las ventajas de la alternativa técnica rechazada y no sus inconvenientes. Tal vez sea también posible hacer a la red global una oferta propiamente política cuya capacidad de ejecución derive de su carácter atractivo para esta red (por ejemplo, la energía solar). Aquí, la política técnica se convierte también en una política de vanguardia que alienta político-democráticamente a tomar alternativas importantes.

Finalmente, debería encontrarse (o descubrirse) sobre todo un nuevo sistema de pautas que definiera y fundara nuevamente sobre la ciencia y el derecho las cuestiones de qué es una «prueba», qué la «conformidad» y qué la «justicia» teniendo en cuenta los peligros posibles que afectan a todos. Lo que se necesita, pues, no es otra cosa que una *segunda Ilustración* mediante la cual se abran nuestra comprensión, nuestros ojos y nuestras instituciones a la inmadurez culpable de la primera civilización industrial y de los grandes peligros que trajo al mundo.

¿De dónde surge esta movilización política y esta —cuando sale bien— «democratización involuntaria» por conflictos de riesgo? La sociedad del riesgo significa que el pasado pierde su fuerza determinante para el presente, y en su lugar hace su entrada el futuro, es decir, algo no existente, sino construido y ficticio como causa de la experiencia y el quehacer presentes. Cuando hablamos de riesgos, discutimos de algo que *no está* a la vista, pero que *puede* hacer su aparición si no se toman *ahora mismo* cartas en el asunto. Los riesgos creídos como tales son la fusta con la que se puede hacer que el caballo del presente venga al galope. Cuanto más amenazadoras son las sombras que se ciernen sobre el presente —o el anuncio de un futuro terrible—

tanto más persistentes son las sacudidas que se pueden producir actualmente mediante la dramaturgia del riesgo.

Las definiciones del riesgo que se imponen son también una varita mágica con la que la sociedad saciada y acurrucada en el *statu quo* experimenta por sí misma el miedo y, por ello mismo, se activa y politiza en sus centros neurálgicos —de manera involuntaria y contra su voluntad—. La dramaturgia del riesgo simbólico-imaginísticamente escenificada es, en este sentido, un contraveneno contra la «continuada obcecación» del presente. Una sociedad que se ve como sociedad del riesgo está en la situación —católicamente hablando— del pecador que reconoce sus pecados para al menos poder filosofar sobre la posibilidad y deseabilidad de una vida «mejor», acorde con la naturaleza y la conciencia del mundo. En efecto, son muy pocos los que quieren tomar realmente cartas en el asunto. La mayor parte de la gente quiere estas dos cosas a la vez: desear que no ocurra nada, pero también quejarse porque no ocurre nada, con lo cual es posible disfrutar de la mala vida buena y de las amenazas de la misma.

En este autocuestionamiento subversivo, no querido, no visto y fundamentalmente político («modernización reflexiva»),¹² que se pone en movimiento por doquier mediante los riesgos percibidos, ocurre al final algo que los sociólogos que se reclaman de Max Weber apenas consideran posible: que las instituciones acaben moviéndose. El diagnóstico de Max Weber es el siguiente: la modernidad se convierte en una caja de hierro en la que los hombres, al igual que los *fellah* del antiguo Egipto, deben hacer sacrificios en los altares de la racionalidad. La teoría de la socie-

12. U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Reflexive Modernisierung*, Francfort del Meno, 1996.

dad de riesgo mundial desarrolla el siguiente contraprin-
cipo: se ha abierto la jaula de la modernidad.

Quien, por así decir, se deja intimidar por su correspondiente riesgo ingenuo-realista se olvida de que no son sólo estos efectos secundarios —el correspondiente «veneno de la semana»— los que actúan de manera tan irritante, sino los efectos secundarios de los efectos secundarios de las instituciones. No sólo las vacas, sino también los partidos gubernamentales, las autoridades, los mercados cárnicos, los usuarios, etc., se vuelven «locos».

5. LA SOCIEDAD MUNDIAL COMO POLÍTICA NO DEMOCRÁTICAMENTE LEGITIMADA

«Ya han pasado los tiempos de la pequeña política», escribió Friedrich Nietzsche hace más de cien años; «el siglo próximo va a inaugurar la pugna por el dominio de la tierra, el *imperativo* de la gran política».¹³ ¿Qué significa «sociedad mundial» si tomamos ésta como una nueva forma de lo político? ¿Qué significa sociedad mundial *en cuanto* «política»? En este apartado vamos a intentar aclarar el concepto de sociedad mundial «a-estatal» y, con ello, precisar su valoración: el neologismo «sociedad mundial» no permite ver que la realidad en ella implicada no es en el fondo otra cosa que (relativamente a la comprensión política de lo nacional-estatal) una forma subversiva de lo político.

Quien diferencie entre primera y segunda modernidad, o entre sociedad nacional y mundial, se está refiriendo no sólo a una nueva era de la sociedad, sino a *otra comprensión*

13. Friedrich Nietzsche, *Werke in drei Bänden*, vol. 2, pág. 672.

de la sociedad. Es esta no-identidad del propio concepto de «sociedad» lo que impide columbrar la segunda modernidad.

Como puntos de referencia para la reformulación del concepto de sociedad se pueden aducir los conceptos de Estado, lugar y diferenciación funcional.

Sociedad mundial sin Estado (mundial)

«La sociología de la globalización», escribe Martin Albrow, «significa el último intento por encontrar respuestas a las cuestiones que se plantean de nuevo a cada generación. Cada generación debe reformular estas cuestiones porque sólo así podrá descubrir quién es. Por globalización no se entienden sólo cosas técnicas ni económicas, como tampoco se trata en modo alguno sólo de la principal reivindicación que plantean los directores de las empresas y los jefes de los gobiernos. Es todo esto, pero al mismo tiempo es algo mucho más importante. Se trata de cómo tú y yo vivimos nuestras propias vidas».¹⁴

Y Mark Poster pregunta: «Cuando hablo directamente, o a través del correo electrónico, con un amigo de París mientras estoy sentado en California, cuando sigo la pista de sucesos políticos y culturales por todo el planeta sin salir de mi casa; cuando gobiernos y empresas de todo el planeta emplean datos personales míos sin que yo lo sepa ni pueda impedirlo; cuando compro desde mi casa a través del ordenador...; ¿dónde estoy realmente y... quién soy?».

La globalidad irrevisible significa, como hemos dicho anteriormente, que vivimos desde hace algún tiempo en

una sociedad mundial, lo cual implica dos cosas básicas: por un lado, un conjunto de relaciones de poder y sociales políticamente organizadas de manera no nacional-estatal y, del otro, la experiencia de vivir y actuar *por encima y más allá de las fronteras*. La unidad de Estado, sociedad e individuo que presupone la primera modernidad se diluye aquí. Sociedad mundial *no* significa una sociedad *de economía* mundial, sino una sociedad *no* estatal, es decir, un conglomerado social para el cual las garantías de orden territorial-estatal, pero también las reglas de la política públicamente legitimada, pierden su carácter obligatorio.

«Ausencia de Estado» («a-estatalidad») significa que se da una *situación de competencia* entre los Estados y las sociedades nacionales, de un lado, y, del otro, la complejidad de los nexos de la sociedad mundial, los actores y los espacios de acción. Mientras que en la primera modernidad el campo de las relaciones internacionales está dominado por la colaboración y confrontación de los Estados nacionales y sus actores, ya no es éste el caso para la segunda modernidad. Si, siguiendo a Michael Oakeshott, consideramos el Estado de la tradición occidental como una «asociación civil» que tiene por objetivo posibilitar y entamar las actividades sociales, políticas y económicas de sus súbditos, con la globalización no se produce sólo una erosión de la estructura de la misión y de las instituciones estatales, sino una transformación fundamental de sus presupuestos. En la segunda modernidad, junto a la sociedad mundial de los Estados nacionales surge una poderosa sociedad mundial no estatal que se diferencia de las hasta ahora vigentes formas de legitimación política, sociedad mundial que se compone de actores transnacionales de muy diversa índole. Sus rasgos distintivos son los siguientes: 1. Actúan en muchos lugares, franqueando fronte-

14. M. Albrow, «Auf dem Weg in eine globale Gesellschaft?», en U. Beck (comp.), *Perspektiven des Weltgesellschaft*.

ras, incluso transnacionalmente, con lo que queda abolido el principio territorial del Estado nacional. 2. Su quehacer resulta, en muchos aspectos, más inclusivo y menos exclusivo que el de los actores estatales (así, las empresas transnacionales y los activistas de Greenpeace actúan *al mismo tiempo* en distintos Estados, sus miembros pertenecen a distintas naciones, etc.). 3. Actúan a menudo de manera eficaz como instancias nacionales-estatales, conformemente a los criterios de éxito esenciales para el quehacer estatal (por ejemplo, para eliminar el paro o asegurar el bienestar, pero también para denunciar judicialmente las violaciones de los derechos fundamentales); así son también las empresas transnacionales que crean o destruyen el bienestar y puestos de trabajo en un lugar determinado; también Amnistía Internacional denuncia de manera pública —y bastante eficaz— las violaciones de los derechos fundamentales, que los Estados silencian por motivos diplomáticos. 4. Los actores no estatales y transnacionales crean su —por así decir— propia «soberanía inclusiva» al servirse de los Estados territoriales exclusivos.

Cuanto más se limitan y fortalecen mutuamente estos distintos componentes más se cuestionan hacia dentro y hacia fuera la autoridad, legitimidad, capacidad de configuración política y control de los Estados. Asimismo, en el campo de acción de la sociedad mundial estamos asistiendo a una *politización mediante la despolitización de los Estados*. «Un valor-umbral crítico se franquea cuando los efectos acumulativos de la globalización en los ámbitos de decisión estratégicos socavan la capacidad de los Estados para asegurar el bien común o el carácter civil de la sociedad».¹⁵ Como leemos en el

15. P. G. Cerny, «Globalization and the Changing Logic of Collective Action», *International Organization*, 49, 1995, n.º 4, pág. 597.

Financial Times, por el momento el 53% de toda la creación de riqueza económica procede de corporaciones transnacionales y no de empresas que actúan a nivel nacional. Con ello se reducen considerablemente las posibilidades de influjo del Estado nacional y de los correspondientes gobiernos de crear puestos de trabajo y asegurar el bienestar de los ciudadanos.

Esta situación de competencia entre actores estatales y transnacionales entraña el que entre las sociedades nacionales y mundiales no exista un «o esto o lo otro», sino que entre estas dos formas de sociedad se dé una relación subversiva de suplantación y cuestionamiento recíprocos. De un lado, el mercado (mundial) amenaza con sustituir (y desagregar) la política y, del otro, la política se ve por doquier enfrentada a nuevos trabajos hercúleos; por ejemplo, estudiar cómo deben conformarse políticamente los mercados mundiales. «Acierta el diagnóstico de que está necesitada de una aclaración, la actitud de reserva ante una perspectiva que dirija la mirada hacia la senda de una política interior transnacional. ¿Por qué es tan desaconsejable explorar instituciones y procesos que son necesarios para la construcción de intereses comunes “desde una perspectiva cosmopolita” y para la implantación de un “régimen de bienestar global”?»¹⁶

Los actores de la sociedad mundial son en cierto modo (desde el punto de vista de los actores nacionales-estatales) «actores bajo cuerda», cuya legitimidad y lealtad resultan cuestionables, si bien se dan bastante tono como quiera que no dejan de presentárseles nuevas posibilidades de acción y poder en su trato con los controles y actores nacionales-estatales. Ellos son a menudo los verdaderos *ganadores* de la

16. J. Habermas, *Jenseits des Nationalstaats?* Véase más adelante págs. 206 y sigs. y 246-253.

globalización, entendiéndose por «ganadores» también la personificación de un plus en el sentido estrictamente financiero de «ganancia».

Para la era global, se puede decir que vale lo siguiente: *los Estados nacionales no existen sin sociedades mundiales, y las sociedades mundiales no existen sin Estados nacionales ni sociedades nacionales*. Son los bloqueos, los colapsos y las cuestiones abiertas que surgen de ellos, los factores que prestan una dimensión política a esta situación.

Si nos centramos de nuevo en el concepto de sociedad mundial, entonces la ausencia de Estado de la sociedad mundial significa fundamentalmente dos cosas; a saber —y dicho exageradamente—, de un lado, (aún) *sin orden*, y, del otro, (aún) *sin instituciones*. El adjetivo «mundial» de la sociedad mundial significa «multiplicidad sin unidad» (Albrow). Frente a esto, la sociedad «nacional» significa «unidad con multiplicidad limitada».¹⁷

Sociedad mundial plurilocal

La sociedad mundial significa una «sociedad» no fijada territorialmente, no integrada, no exclusiva, lo que no significa que esta especie de multiplicidad social de la diferencia cultural no tenga ni conozca *ninguna* vinculación local; la manera como se da esta vinculación local suprime más bien *la igualdad entre lejanía espacial y social* implicada en la imagen de la sociedad nacional-estatal, con el fin de que surjan mundos y modos de vida «transnacionales». Estos fenóme-

17. Véase la distinción entre cultura (1) y cultura (2) en este libro, págs. 135 y sigs.

nos transnacionales no deben equipararse con fenómenos «interestatales». La vida en común transnacional significa proximidad social *a pesar de* la distancia geográfica. O también: distancia social *a pesar de* la proximidad geográfica.

¿Qué se sigue de esto para la identidad de las personas? Ciertamente no, como lo prueban numerosos estudios empíricos, la anomía, la decadencia y la disolución de lo social.¹⁸ En las biografías plurilocales, transnacionales y glocales se amplían y profundizan los puntos de contacto e intersección entre las personas. Tal vez sean ejemplares en este sentido las formas de contacto (virtual) de la comunicación realizada informáticamente. El concepto de «aldea global» no es en definitiva falso porque aparente de nuevo el regreso de la «comunidad». Sin embargo, el secreto de los medios electrónicos reside en su *programático* poder movilizador y, por ende, en su inmenso *potencial* político. La comunicación electrónica posibilita algo que hasta ahora era imposible: la toma de contacto activa, simultánea y recíproca entre actores individuales traspasando cualquier frontera de país, religión y continente.

No hay que idolatrar este bonito nuevo mundo de los medios de comunicación; sin embargo, tampoco se puede apartar la vista ante las oportunidades políticas que ofrecen: mediante la simple presión de una tecla puede cada cual participar en ellos. Están orientados a la acción y no son contemplativos; están orientados al momento actual y no a la tradición. De esta manera, se *podría* superar lo que las formas de pensamiento y de vida topomonógamas exponen a la vista de todos como contraimágenes e imágenes del horror: que lo social se está diluyendo en los tiempos actuales.

18. Véase John Eade (comp.), *Living the Global City*, *op. cit.*

A diferencia de la comunidad fijada a un lugar, las formas de lenguaje digitalmente transmitidas no se apoyan en vínculos de parentesco, tradicionales o sociales, ni en la proximidad espacial, sino solamente en intereses comunes al interior de la red. «Las fuerzas de estos escenarios futuros», escribe A. Bühl, «estriban en la descripción de posibilidades ampliadas de conversación y acción de los individuos, en su incapacidad para postular una especie de ausencia de clases, fetichismo del ciberespacio que no tiene en cuenta el hecho simple de que la red está limitada a un escaso porcentaje de la población».¹⁹

Sociedad mundial desdiferenciada

Tanto en la sociología como en la propia sociedad predomina una imagen de la modernidad según la cual ésta se desmenuza en numerosos campos institucionales que se independizan o, según otra terminología, en distintos ámbitos funcionales o esferas de la vida. Éstos se separan y discriminan los unos respecto de (y contra) los otros mientras cada campo sigue una «lógica de desarrollo» propio (N. Luhmann habla de «códigos comunicativos»). Se puede describir también esta subdivisión funcional de la sociedad moderna remontándonos a profesionales y grupos de expertos que han construido su respectivo «reino» sobre un monopolio específico: el derecho, la medicina, la economía o la téc-

19. A. Bühl, *CyberSociety. Mythos und Realität der Informationsgesellschaft*, Colonia, 1996. Véase la visión crítica de Z. Sardar y J.R. Ravetz (comp.), *Cyberfutures. Culture and Politics on the Information Superhighway*, Londres, 1996.

nica. Muchos creen incluso que, de manera análoga, los periodistas han monopolizado la opinión pública en los medios de comunicación. Con esta teoría de la esferas de la sociedad funcionalmente diferenciada, la crítica infiere a menudo que cada ámbito se ha independizado mucho tiempo ha y gira alrededor de sí mismo, de manera que la otrora «racionalidad funcional» se habría trocado desde hace tiempo en una «irracionalidad organizada».

Se han aducido muchos correctivos posibles a esta independencia e inmunización recíprocas de los ámbitos parciales. Muchos creen que la inmunización se logra sólo en la medida en que los individuos franquean, en sus interacciones concretas, los objetos de su ámbito parcial. Otros, todavía, suponen que una especie de coordinación sistemática preprogramada podría proporcionar valor a los necesarios puntos de vista de la cooperación. Finalmente, otros están convencidos de que se debe considerar la totalidad políticamente, pues la tarea primordial del sistema parcial es la política estatal, cuyas capacidades de coordinación y financieras habría que renovar y ampliar.²⁰

Contra todas estas propuestas se han formulado algunas reflexiones que conviene tomar en serio. Pero es incontes-

20. La crítica a la imagen del contenedor de las sociedades individuales recíprocamente delimitadas afecta sin duda a la teoría sistémica de Talcott Parsons. N. Luhmann fue el primero en introducir el concepto de «sociedad mundial» en su trabajo «Weltgesellschaft», publicado en *Soziologische Aufklärung* 2, Opladen, 1975, págs. 51-71; para él, el surgimiento de la sociedad mundial se funda en la lógica de la distinción funcional, que no se detiene ante ningún límite ni obstáculo. Con todo, sigue abierto a discusión qué puede significar esto, como también si vale esto mismo para las sociedades mundiales transnacionales. Véase igualmente R. Stichweh, «Zur Theorie der Weltgesellschaft», *Soziale Systeme*, 1995, págs. 29-45.

table que todo el debate de los últimos años ha tomado un nuevo y decisivo giro merced a la disputa sobre la globalización. De repente no se trata ya de cómo el discurrir de la diferenciación funcional y sus problemas añadidos pueden ser frenados y atajados, sino todo lo contrario, es decir, de si, mediante la globalización, el mundo representacional de los ámbitos parciales dotados de su propia lógica y funcionalmente diferenciados no se ha vuelto en realidad más cuestionable.

Aclararemos esto sucintamente refiriéndonos a una dimensión concreta de la globalización: la económica. A nadie se le oculta que los movimientos del capital global no sólo se han sustraído a la intervención fiscal del Estado, sino que además no parecen ya seguir ningún principio de orden referencial. El marco de referencia ha quedado desplazado: la economía global entra en el campo de visión como una totalidad, y, como ésta no conoce ningún poder de orden, en la sociedad mundial la ortodoxia del sistema funcionalista también se torna cuestionable con relación al Estado nacional. No sólo resulta oscuro qué es lo que se debe entender en la era del capital global por «economía nacional», sino, lo que es más fundamental, cómo se debe entender y precisar la «economía» y el «quehacer económico» respecto de la «política», etc.

Algo análogo ocurre también con todos los demás ámbitos funcionalmente diferenciados. ¿Qué significa política, derecho, cultura, familia y sociedad civil en la sociedad mundial transnacional? Como se ha dicho anteriormente, hay dos conceptos de sociedad mundial que deben diferenciarse claramente: la sociedad mundial como suma de Estados nacionales y de sociedades de Estados nacionales, por un lado, y, por el otro, sociedad mundial de actores y espacios

transnacionales (la primera puede entenderse funcionalmente diferenciada, pero no la segunda). Con esto se plantea la cuestión de si la unidad del Estado y la sociedad, la sociedad del Estado nacional, no era, y no es, la condición histórica táctica de la teoría de la diferenciación funcional, de manera que, con la pérdida de significación del Estado nacional, también pierde en importancia y eficacia su imagen anhelada de una sociedad dominada y funcionalmente diferenciada.

Al mismo tiempo, se pasa la hoja, por así decir. En el paradigma de la primera modernidad funcionalmente diferenciada aparece la «sociedad» como categoría residual, por así decir como sociedad residual que, en su «borrachera», en vez de posibilitar impide el racional desarrollo sin fricciones de los procesos del sistema. Pero ahora rige lo contrario; y la «sociedad mundial», entendida como horizonte en el que el capital, la cultura, la tecnología y la política se dan cita y se imbrican *más allá* del poder de orden nacional-estatal, debe descubrirse e investigarse de manera teórica y empírica.

«La globalización», afirma M. Albrow, «pone el tema de la comprensión y organización de la sociedad nuevamente al orden del día dentro del debate público», y esto con una urgencia que no se conocía desde el marxismo y las disputas sobre la lucha clases. De todos modos, aquí no tenemos que enfrentarnos con una «crisis de clases»; se trata más bien de una «crisis» fruto del nuevo desconocimiento y caos de la sociedad mundial. Se trata, como sostiene M. Albrow, «de un problema de identidad».²¹ ¿Quién soy yo? ¿A qué o a quién pertenezco? Tales son las preguntas clave de la segunda modernidad.

21. M. Albrow, *Auf dem Weg in eine globale Gesellschaft?*, op. cit.

En otras palabras, que la sociedad mundial remite a una especie de *nuevo mundo*, una especie de continente no investigado que se abre a una tierra de nadie transnacional, a un espacio intermedio entre los Estados nacionales y las sociedades nacionales. Como consecuencia, se produce una *diferencia de poder* entre la política del Estado nacional y las posibilidades de acción de las sociedades mundiales. Esto no sólo aparece en la relación de los Estados nacionales para con las empresas multinacionales —esta diferencia de poder aparece aquí con suma claridad—,²² sino que también determina, por ejemplo, la vinculación del derecho transnacional, la persecución de la criminalidad transnacional, las posibilidades de realización de una política cultural transnacional, las posibilidades de acción de movimientos sociales transnacionales, etcétera.

6. PERSPECTIVAS: EL ESTADO TRANSNACIONAL

Por ello, muchos autores ven en el advenimiento de la era global el final del Estado nacional y, con él, de la democracia. «El final de la nación entraña la muerte de la política», escribe Jean-Marie Guéhenno. «En cuanto la solidaridad y los intereses comunes dejan de tener un lugar natural, se viene abajo el bonito orden de una sociedad en la cual las distintas violencias están imbricadas unas en otras en forma de pirámide. Ya no hay grandes decisiones de las que puedan derivar pequeñas decisiones, ni fronteras de las que emanen reglamentaciones específicas. Así como las comunidades ya no están “contenidas” en la región, ni la región

en el Estado nacional, la pequeña decisión ya no deriva de la grande. La crisis del concepto del poder determinado espacialmente encuentra de este modo su expresión en la búsqueda de decisiones. Las decisiones ya no se toman de modo lineal, en el sentido de que cada corporación posee una competencia bien perfilada; más bien, se descomponen en distintos fragmentos, y el tradicional debate político, las disputas sobre principios y directrices, ideologías o el ordenamiento social, se destiñe, o, mejor dicho, se descompone. De este modo, es el fiel reflejo del astillamiento del propio proceso de decisión, así como del hecho de que éste se esté profesionalizando. En Estados Unidos, que figuran en la vanguardia de la organización institucional del poder, se puede observar perfectamente cómo se está agotando la lógica de las instituciones en sí misma y cómo la propia política se está viendo arrastrada en este proceso de disolución.»²³

Sin embargo, este neospenglerismo francés de la era global es sin duda también expresión de una restricción mental inconfesada: no se puede, ni se quiere, idear ninguna alternativa a la arquitectura nacional-estatal de lo político y de la democracia. Contra este virus mental de lo necesario no hay nada tan importante —¡hágase tres veces al día!— como la pregunta implacable sobre las posibles alternativas. Nosotros queremos sugerir aquí al menos una de tales alternativas mediante el concepto del Estado transnacional como respuesta posible a la globalización. He aquí el razonamiento subyacente: el Estado (nacional) no sólo está anticuado, sino que además es irrenunciable; y esto no sólo para garantizar la política interna e internacional, los dere-

22. Véase anteriormente, págs. 18 y sigs.

23. Jean-Marie Guéhenno, *Das Ende der Demokratie*, Stuttgart, 1995 (trad. cast.: *El fin de la democracia*, Barcelona, Paidós, 1995).

chos políticos fundamentales, etcétera,²⁴ sino también para configurar políticamente el proceso de globalización y regularlo transnacionalmente. Los Estados transnacionales son también Estados *fuertes* cuyo poder de configuración política es fruto de respuestas cooperativas a la globalización. Con estas premisas se pueden concebir, y desarrollar, Estados transnacionales como «utopías realistas» (A. Giddens) de una *tercera vía*: contra los bloqueos mentales de monopolio político nacional-estatal y la horrorosa representación de un Estado mundial imperial cuyas pretensiones de poder no pueden hacerse realidad, planteamos esta reformulación y reforma del espacio político internacional posibilitador de una arquitectura completa de la soberanía y la identidad. Pero su realización depende de una condición previa: los Estados nacionales colaboradores deben «estar implicados perceptiblemente en el plano político interno en procesos de colaboración vinculantes de una comunidad estatal obligatoria. La pregunta decisiva es, por tanto, si en las sociedades civiles y en el ámbito de la política pública de regímenes que se mueven en los grandes espacios puede surgir la *conciencia* de una necesaria solidarización cosmopolita. Sólo bajo esta presión del cambio eficaz a nivel de política interior de la conciencia civil se podrá cambiar también rápidamente la autocomprensión de actores capaces de actuar globalmente en el sentido de que se comprenden cada vez más como miembros de una comunidad que no tienen otra alternativa que la colaboración y, por ende, la superación recíproca de los intereses propios».²⁵ Seme-

24. M. Mann, «Hat Globalisierung den Siegeszug des Nationalstaats beendet?», *Prokla*, n.º 106, 1997, págs. 113-141.

25. J. Habermas, «Jenseits des Nationalstaats?», *op. cit.*

jante cambio de perspectiva, que va de las relaciones internacionales a una política interna transnacional propia, no se puede esperar de parte de las élites gobernantes si en las respectivas esferas públicas no se articula semejante preocupación por encima y más allá de las fronteras nacionales y si no existe ningún interés serio por parte de los distintos grupos de la población. Dicho de otra manera: los Estados transnacionales sólo son posibles mediante la *conciencia* y *concienciación* sobre la necesidad de los Estados transnacionales.

El modelo del Estado transnacional es un modelo andrógino o híbrido en el que se combinan y fusionan nuevamente de manera ideal características fundamentales que tal vez parecían excluirse según los esquemas al uso. En efecto, los Estados transnacionales son en primer lugar *no-Estados nacionales*, y por tanto también *no-Estados territoriales* (al menos en sentido estricto). Deben entenderse como una única contradicción, como el contramodelo de la teoría del contenedor del Estado y la sociedad.

En segundo lugar, el modelo del Estado transnacional niega de hecho al Estado *nacional*, si bien afirma el (concepto de) *Estado*. La concepción del Estado se libera de la trampa territorial de la teoría del Estado nacional y se abre así a un concepto del Estado que: a) (re)conoce la globalidad en su pluridimensionalidad como elemento fundamental irrevisable y b) torna la norma y organización de lo transnacional en la clave de una redefinición y revitalización de lo político (y no sólo en cuanto al Estado, sino también en cuanto a la sociedad civil).

Pero, en tercer lugar, los Estados transnacionales *no* son tampoco Estados internacionales ni Estados *supranacionales* (por tanto, no son Estados mundiales regionales) porque,

en semejante configuración o modelamiento —de la *organización internacional*, del *multilateralismo* o de la *política multisectorial* en el seno de un sistema supranacional—, el Estado nacional sigue conformando el punto de referencia: como rival en el juego (organización internacional), como unidad inicial que sirve para sobreponerse mediante normas comunes o mediante la reciprocidad específica entre los Estados partícipes (multilateralismo) o como Estado supranacional autónomo (política multisectorial). También los Estados transnacionales, como nos hacen ver el multilateralismo y la valoración de la política multisectorial, se deben entender como modelos de colaboración interestatal; para ellos valen en este sentido muchas de las «trampas de imbricación política» que ha descubierto Fritz W. Scharpf. Pero la diferencia esencial radica en que, al interior de la teoría de los Estados transnacionales (se impone el plural), el sistema de coordenadas político ya no resulta de la delimitación y contraposición nacional, sino que fluye a lo largo de los ejes de la globalización-localización.

Y, en cuarto lugar, los Estados transnacionales son Estados *locales* que se comprenden según el principio diferenciador incluyente como provincia de la sociedad mundial, de la que derivan su *status* —en el mercado mundial y en la política mundial policéntrica.

Con relación a otros modelos de colaboración interestatales, el modelo de Estado transnacional se muestra en lo siguiente —y esto conviene resaltarlo una vez más—: en que, con esta concepción, la *globalidad* se convierte *de manera irrevisable en fundamento del pensamiento y quehacer políticos*. En mi modelo aproximativo del Estado transnacional ocupan un lugar importante la teoría política y la política de la era global, las cuales pueden decir adiós a la necesidad

ficticia de una época política que ha transfigurado el Estado nacional en un mal *non plus ultra* o imprescindible. Con esta propuesta se van a plantear seguramente más preguntas de las que se van a resolver. He aquí sus dos pilares más esenciales.

En primer lugar, el atrincherarnos o movilizarnos contra la globalización, y reaccionar también utilizando el proteccionismo, es no sólo una actitud abocada al fracaso, sino que además significa ser ciegos y mudos ante los brotes de esperanza que se anuncian como *posibles* tras el colapso. Estas oportunidades históricas, que se podrían perder y abortar perfectamente, las veo yo en el hecho de que, con el nexo que supone la sociedad mundial, el trauma de la violencia de la modernidad nacional-estatal, si no se ha superado sí puede suavizarse y aislarse. Nos encontramos en un umbral en el que *también* es posible una sociedad cosmopolita (junto a las catástrofes que se encierran en este también-ser-posible). El no ver este también-es-posible por una fijación en lo catastrófico significa ser poco realistas. Yo añadiría expresamente que, lógicamente, un *decidido escepticismo* respecto al optimismo precipitado de una pacificación de la sociedad mundial es la absolutamente necesaria condición previa para la buena comprensión de este también-es-posible.

¿Cómo son posibles las formas de sociedad en una «visión cosmopolita»? El segundo elemento básico aporta esta respuesta: mediante la colaboración y las dependencias transnacionales en las dimensiones de la economía, la política, la defensa, el derecho, la cultura, etcétera. En la primera modernidad nacional-estatal regía el principio de que en un mundo de actores nacionales sólo hay dos maneras de lograr la estabilidad: mediante el equilibrio (del miedo) o la hegemonía. En la

edad de la globalización, la alternativa es la siguiente: pérdida de soberanía nacional o colaboración transnacional.

Ambos axiomas deben ahora iluminarse, retomando la argumentación anterior sobre los Estados transnacionales, haciendo hincapié en algunos aspectos.

Reconocimiento de la sociedad mundial y de su dinámica. En el marco paradigmático del Estado nacional, los capítulos de este libro que tratan acerca de la dinámica transnacional del capital, el trabajo, la cultura y la sociedad, representan casi una declaración de guerra; no existe ningún enemigo, pero la política nacional-estatal se queda sin cimientos, lo que en cierto modo parece ser aún peor, porque a menudo la globalización se toma como una cuasi declaración de guerra («imperialismo», «americanización»), y se suele responder a ella con el proteccionismo. En el planteamiento político transnacional, como hemos dicho, la globalización se entiende como politización; es decir, que el grado de imbricación lograda se convierte en la base de una reorientación y reorganización del espacio político. Según este planteamiento, se consideran negativos y, por tanto, se abandonan, dos principios fundamentales de la doctrina del Estado nacional: la *ecuación* Estado-sociedad y la *vinculación a un territorio concreto* del Estado y la sociedad (por ejemplo, mediante la posibilidad de pertenencias encabalgadas).

Colaboración transnacional. No hay ninguna respuesta uniestatal a la globalización. La política exclusivamente nacional-estatal siempre será la *más falsa*; es decir, tendrá mayores costes (y aquí los «costes» no sólo se deben entender en sentido económico). La actitud solipsista del Estado *destruye* la política estatal, mientras que la colaboración transnacional la *vivifica*.

De lo *nacional-nacional* a lo *global-local*. El marco de referencia cambia; el núcleo de lo político no lo forma la oposición de las pretensiones de soberanía exclusivas ni las limitaciones de identidad, sino la «translocalización» al interior del nexo de la sociedad mundial, así como de la globalidad y la globalización económicas, ecológicas, culturales y sociológicas. Correspondientemente, se deben reformular los conceptos clave de política y sociedad.

Provincias de la sociedad mundial. La oposición exclusiva según el patrón nacional se diluye mediante la oposición incluyente de los rincones, lugares o «provincias» de la sociedad mundial. «Oposición incluyente» significa el punto de referencia común de la sociedad mundial (el reconocimiento de la misma) y la especial «translocalización» al interior de ésta mediante el énfasis, la puesta en escena y el estímulo de las particularidades regionales. Con relación a la dimensión laboral, esto podría desembocar en que no buscáramos el reforzamiento de la posición del mercado mundial haciendo y produciendo lo mismo que hacen y producen todos los demás —por ejemplo, las «maravillosas armas del mercado» de la técnica genética y la microelectrónica—, sino acordándonos de las particularidades y virtudes regionales-culturales y desarrollando otras visiones para productos y formas de vida que se pueden dar perfectamente también sin el concurso de la competencia.

Inequivoca multiplicidad. Transnacional significa también transcultural —a condición de que los Estados transnacionales reconozcan la no identidad entre Estado y sociedad—. ¿Qué significa esto para la autocomprensión cultural? Si sociedad mundial significa *multiplicidad sin unidad* y sociedad nacional *unidad con multiplicidad limitada*, entonces Estado transnacional significa *inequivoca multiplici-*

dad. Con esto queremos decir que, más allá de la globalización y la localización, se experimentan y reconocen variantes de culturas *glocales* en el nexo de la sociedad mundial. De este modo, el eje global-local se convierte en un eje ampliado local-localmente.

Centralización y descentralización. Los Estados transnacionales deben entenderse en la simultaneidad de la centralización y la descentralización. No sólo se reconoce la pluralidad de actores transnacionales, sino que, además, a éstos se les reconoce también una responsabilidad política. Por eso, asistimos a la formación de imbricaciones transnacionales junto con la delegación de poder y de responsabilidad en la sociedad civil transnacional. A estas formas de descentralización del poder y de la responsabilidad se oponen las formas de la centralización; por ejemplo, el poder decidir sobre la concentración de poder o sobre unas pautas básicas de carácter social y ecológico es algo que se debe conseguir, ganar y conquistar de manera transnacional (por ejemplo, a nivel europeo).

Rivales de las corporaciones transnacionales. Los Estados nacionales padecen una enfermedad mortal: la hemorragia fiscal. Los Estados transnacionales deben también poner freno a los trucos fiscales para desarrollar una potencia y una competencia de índole política y social-política. Un Estado transnacional europeo podría, por ejemplo, tras la introducción del euro, ir conteniendo paulatinamente las corrientes de divisas especulativas mediante un impuesto mínimo —el denominado impuesto Tobin—. Dentro de este marco, se podrían buscar y utilizar puntos de partida en los que no sólo los Estados nacionales, sino también las *empresas internacionales* incurrir en contradicciones. Por una parte, éstas quieren quitarse de encima el paternalis-

mo estatal, y siguen, por tanto, una política de minimalización del Estado. Por la otra, no pueden por menos de reconocer que, en vistas de la dinámica de crisis del mercado mundial, el espacio transnacional es algo que éstas pueden calcular mediante simples coordenadas. En efecto, la pobreza sin fronteras no sólo elimina la pobreza, sino que, al final, también acaba eliminando los mercados y las ganancias.

Soberanía inclusiva. El debate acerca del Estado nacional o el multilateralismo, el Estado supranacional, etc., sigue girando en torno al hecho de que los Estados nacionales ceden su soberanía (su derecho autónomo a imponer su legalidad) y su autonomía (sus decisiones sobre los medios coercitivos) para poder desarrollar las instancias superiores de las correspondientes concentraciones de poder. El reparto de soberanía se piensa y explota de este modo como un juego donde uno debe renunciar a algo a lo que autoriza una institución supranacional. La idea del Estado transnacional debe entenderse, en cambio, como un *juego ganador*. Mediante la colaboración surge un plus de soberanía que favorece a estas dos cosas a la vez, a la concentración de poder transnacional y a los Estados locales unidos por ésta.

Nuevo medievalismo. En la segunda modernidad se abren paso de este modo, por irónico que pueda parecer, configuraciones de lo político que presentan rasgos *medievales*. Los Estados transnacionales deben compartir las lealtades de sus súbditos con otras autoridades regionales y de la sociedad mundial, por una parte, y, por la otra, con autoridades subestatales y subnacionales. Este «nuevo medievalismo» (H. Bull) significa que los lazos e identidades sociales y políticos deben pensarse, en mutua imbricación, dentro de unos pun-

tos de referencia globales, regionales, nacionales y locales, y de unas ideas para la acción.²⁶

Este enigmático juego global permite también (al menos) dos lecturas diferentes. La primera sería la siguiente: el globalismo neoliberal diluye el esqueleto institucional nacional de la primera modernidad. La segunda, por su parte, sería ésta: el reverso de la pérdida de respeto neoliberal —de la «alta traición» de la economía y la (sub-)política transnacionales— es el perfilamiento de formas de pensamiento, acción y vida transnacionales. La política del mercado mundial crea a la fuerza —contra la intención de muchos de sus actores— ataduras (y estructuras) sociales transnacionales en la medida en que la política estatal entiende —y aprende a utilizar— la globalización como una cura de rejuvenecimiento.

TERCERA PARTE

ERRORES DEL GLOBALISMO

26. Se encontrará tratado el problema del Estado transnacional más adelante, págs. 246-254.

Una diferencia esencial entre la primera y la segunda época de la modernidad es, según hemos indicado, el carácter *irreversible de la globalidad alcanzada*. Esto significa que vivimos en una sociedad mundial políticamente multidimensional, policéntrica y contingente en la cual agentes transnacionales y nacionales juegan al gato y el ratón. Así, pues, globalidad y globalización también connotan no-Estado mundial; dicho más exactamente, sociedad mundial *sin Estado mundial y sin gobierno mundial*. Estamos ante un capitalismo globalmente¹ *des-organizado* puesto que, en el aspecto económico y político, no existe ningún poder hegemónico ni tampoco ningún régimen internacional.

Hay que distinguir claramente entre esa complejidad de la globalidad y la *nueva simplicidad del globalismo*, entendido éste como dominio del mercado mundial que impregna todos los aspectos y lo transforma todo. Por tanto, no se trata de condenar las relaciones (mundiales) económicas, sino de descubrir lo que propiamente encierran la primacía e imposición del mercado mundial defendidas por la ideología neoliberal y que influyen en todos los aspectos de la

1. Véase S. Lash y J. Urry, *op. cit.*

sociedad; se trata de un economicismo anacrónico que se difunde a enorme escala, de una renovación de la metafísica de la historia, de una revolución social apolítica que se pretende ha de realizarse desde arriba. Lo que propiamente constituye una amenaza es la posibilidad de quedar deslumbrados por los «reformadores mundiales (del mercado)» neoliberales.² Vamos a ver con cierto detalle los siguientes errores del globalismo:

1. Metafísica del mercado mundial.
2. El llamado comercio mundial libre.
3. Estamos económicamente en una situación (todavía) de internacionalización y no de globalización
4. Escenificación del riesgo.
5. La carencia de política como revolución.
6. El mito de la linealidad.
7. Crítica del pensamiento catastrofista.
8. Proteccionismo negro.
9. Proteccionismo rojo.
10. Proteccionismo verde.

A esos diez engaños del globalismo contraponemos diez respuestas sobre la globalización.

2. No se presta suficiente atención al hecho de que internacionalmente ya se ha formulado una aguda crítica interna a las técnicas de gestión: *L'Horreur économique* (V. Forrester, París, 1996) o *Witch-Doctors* (J. Micklethwait/A. Wooldridge, Nueva York, 1996); es una «orientación mental que carece de pensamiento» (J. Sur, *Une alternative au management: la mise en expression*, París, 1996), para la cual todo es demasiado caro (R. Kuttner, *Everything for Sale*, Nueva York, 1977). Véase a este respecto también O. Nigsch, «Von der Soziologie zum Management. Und wieder zurück?», en *Soziale Welt*, n.º 4, 1997.

I. METAFÍSICA DEL MERCADO MUNDIAL

El globalismo reduce la nueva complejidad de la globalidad y de la globalización a un aspecto —el económico—, el cual además sólo se concibe linealmente, como una ampliación constante de los condicionamientos impuestos por el mercado mundial. Todos los demás aspectos —globalización ecológica, glocalización cultural, política policéntrica, surgimiento de espacios e identidades transnacionales— sólo se consideran (cuando se les presta atención) de modo subordinado a la globalización económica. De este modo, la sociedad mundial se reduce y falsea en términos de sociedad mundial *de mercado*. En este sentido, el globalismo neoliberal es una forma fenoménica del pensamiento y de la acción *unidimensionales*, un tipo de cosmovisión *monocausal* del economicismo. El atractivo y el peligro de esta metafísica de la historia del mercado mundial, que nada tiene de novedosa, tienen un mismo origen: la búsqueda y el afán de simplicidad a fin de adaptarse a un mundo que se ha convertido en opaco.

Hasta qué punto provoca ceguera esa metafísica del mercado mundial se pone de manifiesto en las controversias acerca de la reforma de las pensiones en Alemania. En este país los jubilados (algo que provoca sorpresa entre ingleses y americanos) forman parte de la solidaridad practicada y deseada, pese a todas las críticas a la burocracia. Cuando los neoliberales en economía y política argumentan que el mismo dinero situado en los fondos de pensiones privados resultaría mucho más rentable, manifiestan su total ignorancia del sentido político y cultural de este hecho, pues los pensionistas también son una garantía para quienes no cotizan, por ejemplo, familiares —esposas e hijos—, de

cuyos costes otros se hacen cargo; aquí se pone de manifiesto la solidaridad concreta que comparten los patronos.

Las pensiones de jubilación son un elemento de anticapitalismo en el núcleo socialdemocrático del capitalismo alemán, concretamente el elemento ajeno a la lógica del mercado, establecido estatalmente por Bismarck, que hizo posible precisamente la existencia del capitalismo y que luego dio un fundamento estable a la democracia, después de la segunda guerra mundial.

Lo perverso del discurso sobre las pensiones de jubilación como «sistema colectivo obligatorio» (Wolfgang Schäuble) es que se convierte en ocasión para difamar y sacrificar una parte de la solidaridad social, concretamente la parte que compensa, por la pérdida de comunidad, a aquellos que carecen de recursos.

2. EL LLAMADO COMERCIO MUNDIAL LIBRE

El globalismo canta las excelencias del comercio mundial libre. Se supone que la economía globalizada resulta muy apropiada para elevar mundialmente la riqueza y disminuir con ello las desigualdades. Incluso en relación a la protección ambiental, se dice, pueden alcanzarse avances mediante el comercio libre, puesto que la presión competitiva mundial sobre la obtención de recursos contribuye a mantener un trato mejor con la naturaleza.

A este respecto se prescinde del hecho de que vivimos en un mundo muy lejano al que correspondería al modelo de libre comercio basado en las ventajas comparativas en costes, según concibiera David Ricardo. El elevado paro en el

llamado Tercer Mundo y en los países poscomunistas de Europa obliga a los gobiernos de esos países a fomentar una política económica orientada a la exportación, a costa de los niveles de protección social y del medioambiente. Esos países compiten entre sí y con los ricos países occidentales por el capital extranjero desde situaciones de bajos salarios y, a menudo, en condiciones precarias de trabajo y con «zonas carentes de sindicación».

La tesis de que el comercio mundial agudiza la competencia y conduce a reducir costes, situación de la cual todos finalmente extraen ventajas, es claramente cínica. Se silencia que existen dos maneras de reducir costes, a saber, elevando rendimientos (mejor tecnología, organización, etc.) o bien disminuyendo el nivel de gastos en la aportación humana al trabajo y a la producción. También en este caso aumenta la rentabilidad, pero debido a que se recae en una variante tardía de piratería transnacional.

3. ESTAMOS ECONÓMICAMENTE (TODAVÍA) EN UNA SITUACIÓN DE INTERNACIONALIZACIÓN Y NO DE GLOBALIZACIÓN

El globalismo no sólo confunde la glocalización multidimensional con la globalización económica unidimensional. También se confunde globalización económica con internacionalización de la economía. Los indicadores muestran que, considerado con precisión, en las regiones de economía mundial (¿aún?) no se puede hablar de globalización sino de internacionalización. Lo que se comprueba es el fortalecimiento de las relaciones de producción y de comercio transnacionales *en el interior y entre* determinadas regiones

mundiales: América, Asia y Europa. La prueba está en que el comercio y las inversiones en el extranjero se concentran cada vez más entre esos tres grandes bloques económicos de mundo. De ahí que se hable de una trilateralización de la economía mundial. Por lo que a Alemania se refiere, está significa que, entre otras cosas —¡hasta hoy!—, la competencia de salarios bajos procedente de los Estados del anterior bloque del Este o de los países asiáticos se mantiene en dimensiones estadísticamente insignificantes (aproximadamente, el 10%).

«En Alemania cada vez más, la globalización de los mercados y la internacionalización de la producción sitúan a los sectores de producción intensivos en trabajo y a las fuerzas de trabajo de baja cualificación frente a la presión de la competencia económica mundial. Esto significa en concreto que se ha llegado a un retroceso de la demanda de trabajadores en el sector de las fuerzas de trabajo de escasa cualificación por la transferencia de producción al extranjero buscando reducciones salariales mediante inversiones directas así como importaciones crecientes. El tradicional cambio económico que conlleva una progresiva sustitución de trabajo por capital y conocimiento se ve fortalecido por el desarrollo económico mundial. Sin embargo, en el futuro, también se intensificará la presión competitiva en el ámbito de la producción intensiva en conocimiento así como en el de fuerzas de trabajo más cualificadas, porque se incorporarán estos aspectos en términos de competencia añadida a los correspondientes campos de producción al recuperar su retraso económico los países en desarrollo y los países de Europa central y del este. Es ahora incierto saber cómo va a desarrollarse entonces la demanda de trabajo en Alemania en relación a los trabajado-

res cualificados en función del mercado global y de la producción internacional.»³

Sin embargo, es curioso que el comercio exterior de Alemania se continúe desarrollando en su mayor parte en el marco de los países industriales occidentales. «Alemania efectúa su comercio exterior mayoritariamente con países industrializados occidentales. En 1993, el 77,29% de sus exportaciones se dirigieron a esas regiones y el 77,81% de sus importaciones procedían también de esos ámbitos. La mayor parte de las inversiones directas en los países de la comunidad europea se ha mantenido en el interior de ese grupo de Estados. Es comprobable un *claro eurocentrismo del comercio exterior alemán*. Esto se debe, por una parte, a la proximidad geográfica de esos países y, por otra, muy decisivamente a las consecuencias en el mercado interno de la UE que discrimina la oferta de otros Estados. En el campo de los países industrializados occidentales, el mayor concurrente, al margen de la UE, es EE.UU., de donde procedía, en 1993, el 7,01% de las importaciones y hacia donde se dirigió el 7,27% de las exportaciones.

»En 1993, globalmente el 20% del comercio exterior alemán se desarrolló con los típicos países de bajos salarios de África, América y Asia, así como con los países en vías de reformas y con los que practican comercio estatal en Asia. En 1993, el 22,14% de las importaciones alemanas procedía de ese grupo de países. Y hacia esa área fue el 22,44% de sus exportaciones. La estructura del comercio exterior muestra que la economía alemana se sustenta en las consecuencias

3. Kommission für Zukunftsfragen, *Bericht II. Erwerbstätigkeit in Deutschland: Entwicklung, Ursachen und Massnahmen*, Bonn, 1997, pág. 111.

del mercado interior de la UE, que precisamente se ha apoyado en un mercado con escaso crecimiento, mientras que, en cambio, las exportaciones a los mercados emergentes de Asia sudoriental y Sudamérica más bien disminuyen.

»Las perspectivas de futuro indican que se incrementará la presión importadora también en bienes intensivos en capital y tecnología. Concretamente aquí aparecerán como competidores los países emergentes y los de Europa central y del este. Esto afectará especialmente a las «industrias con movilidad schumpeteriana», es decir a aquellas industrias en las cuales resulta fácil separar producción e investigación. Pertenecen a este ámbito la industria química, la industria del caucho, la industria de máquinas de oficina, el tratamiento de datos y la electrónica. Este es un campo en el cual la investigación se da en los países industrializados y, en cambio, la producción, cuando es fácil de estandarizar, se realiza en países emergentes.»⁴

4. ESCENIFICACIÓN DEL RIESGO

En el ámbito de la globalización económica —a diferencia de otros ámbitos— la ventaja de lo nuevo como previsión históricamente informada también pierde posiblemente su validez.⁵ Así, por ejemplo, Max Weber ya en el año 1894 en su escrito *Argentinische Kolonistenwirtschaften* trató cuestiones que nos afectan de nuevo. «En sus últimas consecuencias, la economía mundial de la teoría del libre comercio, sin

4. *Op. cit.*, págs. 111 y sigs.

5. Véase al respecto P. Hirst/G. Thompson, «Globalisierung?», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, *op. cit.*

Estado mundial y sin plena igualdad del nivel cultural de la humanidad, es una utopía; el camino por recorrer es largo. En la medida en que nos encontremos, como ahora, en los inicios de ese tipo de desarrollo, también actuamos a favor del posterior desarrollo al no reconvertir precipitadamente ni adaptar al futuro edificio los viejos cimientos y al mantenerlos y ampliarlos en su crecimiento natural; quizá futuras generaciones alcanzarán a conciliar la construcción de la obra económica y cultural de la humanidad que históricamente se da en forma de unidades económicas nacionales. Es una ventaja para una nación comer pan más barato, pero deja de serlo si es a costa de las generaciones futuras.»⁶ Tampoco las oposiciones a situar el rey del mercado en el trono de las relaciones sociales presentan novedad alguna. Incluso de esa crítica existen muchos precedentes. Encontramos repeticiones y más repeticiones, se mire hacia donde se mire.⁷

El globalismo obtiene su poder sólo en escasa medida a partir de los hechos. Lo consigue gracias a la *escenificación de la amenaza*: rige el «podría», «debería», «si entonces».

Es, pues, un tipo de sociedad del *riesgo* lo que da su poder a las empresas transnacionales. Es, pues, sobre todo la amenaza y los discursos públicos al respecto lo que suscita angustias y obliga a contendientes políticos y sindicales a ponerse de acuerdo acerca de lo que exige la «disponibilidad inversora» a fin de evitar lo que aún sería peor; por tanto, lo que influye no son los «perjuicios reales» de la glo-

6. Max Weber, 1993 (1894), «Argentinische Kolonistenwirtschaften», en *Landarbeiterfrage, Nationalstaat und Volkswirtschaftspolitik. Schriften und Reden 1892-1899*, Tübinga (Obras completas de Max Weber, Parte 1, vol. 4, primera sección), pág. 303.

7. Esto ha sido compilado por A. Giddens, *Jenseits von Links und Rechts*, *op. cit.*, capítulo 1, págs. 47-83.

balización *económicamente eficaz*, como por ejemplo la deslocalización practicada de puestos de trabajo a países con salarios bajos. La *hegemonía semántica*, la ideología del globalismo defendida públicamente constituye una fuente de poder en la cual basa, la parte empresarial, su fuerza estratégica.

5. LA CARENCIA DE POLÍTICA COMO REVOLUCIÓN

El globalismo es un virus mental que se ha instalado en el interior de todos los partidos, de todas las redacciones, de todas las instituciones. Su dogma no es que se haya de actuar económicamente, sino que todo —política, economía, cultura— ha de supeditarse al primado de la economía. En este aspecto el globalismo neoliberal se parece a su enemigo mortal, el marxismo. En realidad es el renacimiento del marxismo como ideología de gestión. Por así decirlo, es la *New Age* económica. Es una especie de movimiento de alerta cuyos prosélitos y profetas, aunque no distribuyen folletos a las puertas de las salidas del metro, sí que predicán la salvación del mundo por el espíritu del mercado.

El globalismo neoliberal es una acción *altamente* política que, en cambio, se presenta de manera totalmente apolítica. ¿Carencia de política como revolución! Esa ideología defiende que no se trata de intervenir sino de seguir las leyes del mercado mundial que, lamentablemente, obligan a minimizar el Estado (social) y la democracia.

Se equivoca quien crea que la globalización exige la aplicación de las leyes del mercado mundial de una determinada manera. La globalización económica no es *ningún* mecanismo ni automatismo, sino que es, cada vez más, un *proyecto*

político cuyos agentes transnacionales, instituciones y convergencias en el discurso (Banco Mundial, OMC, OCDE, empresas multinacionales, así como otras organizaciones internacionales) fomentan la política económica neoliberal.

Así, pues, la cuestión es: ¿quiénes son los *agentes* del globalismo neoliberal? ¿Cuáles son las alternativas *políticas*? ¿Quién configura —y quién no— el orden mundial de la competencia tal y como lo hacen los tratados y organizaciones internacionales (por ejemplo, en el marco de la OMC)? ¿Entran en consideración ahí los niveles medios de producción y trabajo que respetan al hombre en los aspectos social y ecológico? ¿En términos declaratorios o como reales estímulos? ¿Qué influencia tiene ahí la política, tanto la nacional cuanto la propia de la UE? ¿Qué influencia tiene la política económica exterior de la UE? ¿Cuáles son las políticas de desarrollo y agraria? ¿Quiénes son los *perdedores* en la globalización? ¿Cuáles son las previsiones de futuro de los modelos para el mercado de trabajo en el interior de y entre los países europeos? ¿Cómo se debe regular la competencia con los países fronterizos del sur y del este, así como entre los países-regiones de Europa? ¿Quién invierte y dónde? ¿Cómo se mueven los flujos de capital? ¿Qué influencia en todos estos procesos puede, podría y debería desplegar la política (trans)nacional? Finalmente, ¿cómo puede *sustituirse por la política* el fantasma del globalismo?⁸

Ahora ya está claro que a los grupos de perdedores en la globalización, que van en aumento, les falla la percepción política. Ningún partido, ni en EE.UU ni en Europa, ha comprendido, por ejemplo, la magnitud que ha adquirido la inseguridad económica privada en la vida de los emplea-

8. Véase más adelante parte IV: «Respuestas a la globalización».

dos. En el centro del espectro político aparece un agujero enorme. Esos perdedores por la globalización, actuales o potenciales, estén situados en niveles medios o elevados de la jerarquía profesional, ya no luchan por más descanso y mejor salario, ni por garantías de seguridad en su bienestar más o menos reducido. Se consideran engañados y abandonados no sólo por la política «de derechas», puesto que la globalización la favorece, sino también por los programas «de izquierdas». Pues gente que teme por su futuro económico, según argumenta Edward Luttwak, no necesita de ningún partido político «que pretenda disminuir aún más las ganancias inseguras para ayudar así a los que no bajan».

6. EL MITO DE LA LINEALIDAD

«El retroceso al pasado brinda la imagen más sombría sobre la retribalización de gran parte de la humanidad en la guerra y la sangre» vaticina Benjamín R. Barber, mientras asiente una intelectualidad occidental, culturalmente pesimista. Se trataría de «una balcanización de los Estados nacionales, en que se enfrentan culturas, pueblos, etnias; una especie de guerra santa contra todo tipo de interdependencia o cooperación, la cual provoca una división frente a la tecnología, a la cultura popular y a los mercados mundiales. El tren hacia el futuro va cargado de fuerzas impulsoras hacia adelante en los aspectos económico, tecnológico y ecológico que exigen integración y uniformidad. En todas partes los hombres se agolpan con música rápida, ordenadores veloces y comidas rápidas —con MTV, MacIntosh y McDonald's— y las naciones empujan hacia una cultura mundial

homogénea, un *McWorld*, que se sustenta por los medios de comunicación, la información, el ocio y el comercio. El planeta, preso entre Disneylandia y Babel, cae en la escisión y a su vez, involuntariamente, se unifica.»⁹

Raramente queda desmentido de manera tan profunda un estereotipo mental como este mito de la linealidad.¹⁰ La globalización en todas partes ha conducido también a un *nuevo significado de lo local*. La expresión «cultura global» es engañosa. Surgen culturas transnacionales y translocales o bien espacios y «paisajes» sociales:

- el boom del turismo,
- la formación de pequeños mundos transnacionales de especialistas que apenas si se encuentran vinculados a un determinado lugar,
- la cantidad creciente de instituciones, agencias, grupos y movimientos internacionales que se inmiscuyen en todas las circunstancias posibles e imposibles,
- la implantación de un reducido número de lenguas aceptadas (inglés, español).

Manifiesta ignorancia quien prescinde de estos argumentos y se mantiene en el mito de la linealidad defendiendo la tesis de la convergencia cultural como consecuencia directa de la unificación económica.

9. Benjamin R. Barber, «Dschihad versus McWorld-Globalisierung, Zivilgesellschaft und die Grenzen des Marktes» en *Lettre internationale*, n.º 36/1997, pág. 4.

10. Véase a este respecto las páginas 94-102 de este libro.

7. CRÍTICA DEL PENSAMIENTO CATASTROFISTA

La mayoría cree —según ya formulara Hannah Arendt en la década de los años sesenta— que, si desaparece el trabajo productivo de la sociedad industrial ocurrirá una «crisis» o se producirá una «catástrofe». Pero esto es una fantasía si lo consideramos desde una perspectiva general, aunque no lo vean así quienes han nacido en la sociedad industrial. Durante generaciones y épocas se ha soñado con poder librarse finalmente del yugo del trabajo cuando se consiga producir más riqueza con menos trabajo. Pues, ahora, ha llegado ese momento y nadie sabe qué hacer en tal situación.

Desde un punto de vista metodológico, esto significa que nos hallamos, en la transición de la primera a la segunda modernidad, ante un cambio de fundamentos, un cambio de configuración, una irrupción del mundo desconocido de la globalidad; pero no se trata de una «catástrofe» ni de una «crisis», si es que entendemos que el concepto de crisis implica la posibilidad de retroceder a la situación anterior en el supuesto de que se tomen las medidas «correctas» (es decir, habituales):

Incluso teniendo en cuenta, o precisamente si se tiene en cuenta, el paro masivo que experimenta Europa no existe *ninguna* «crisis» porque el retroceso a la plena ocupación es ficticio. Pero tampoco es «catástrofe» alguna la sustitución de trabajo por producción automatizada en parte o totalmente, pues —si se orienta correctamente— puede abrir oportunidades de libertad enormes. Aunque tales oportunidades hay que descubrirlas y concebirlas políticamente en oposición a la vieja manera de pensar. Para ello requerimos un *Brainstorming público*, una fantasía político-institucional. Sólo es posible plantear y responder la cuestión en

los siguientes términos: ¿cómo es posible la democracia más allá de la ficción de la sociedad de plena ocupación?¹¹

El globalismo neoliberal no sólo provoca miedo y terror sino que también paraliza políticamente. Cuando no hay nada que hacer sólo queda una reacción, a saber, protegerse, aislarse, obstinarse. Contagiados por el virus del globalismo, aparecen en todos los partidos ideologías y argumentos de reacción proteccionista. Y en un sentido aparentemente contrario, aunque también bajo el hechizo del globalismo, se está formando una *enorme coalición* negro-roja-verde del proteccionismo que defiende, con objetivos opuestos, (la batalla por) el viejo orden frente a los hechos y contrariedades que proliferan en la segunda modernidad.

8. PROTECCIONISMO NEGRO

Los proteccionistas negros se debaten en una contradicción particular. Exaltando el Estado nacional lo desmontan mediante una ideología de cruzada neoliberal en favor del libre mercado mundial.

Sin embargo, el proteccionismo negro no sólo es un pensamiento y acción conservadores de naturaleza contradictoria, que por una parte defiende los valores de la nación (de la familia, de la religión, de la comunidad, del municipio, etc.) y por otra despliega la dinámica económica a favor de la misión neoliberal que deshace y aniquila esos valores conservadores. También hay que considerar que quien paulatinamente desmonta el Estado social ha de asu-

11. Véase más adelante «Alianza para el trabajo ciudadano», págs. 260 y sigs.

mir que el fundamento de los «derechos sociales» (T.M. Marshall) y, por consiguiente, de la libertad política se desintegra.

Finalmente, la estrategia neoliberal del globalismo es contradictoria en sí misma. Fracasa cuando se universaliza (conceptualmente). «El intento de conseguir puestos de trabajo mediante la mejora relativa de la propia producción ciertamente es legítima en cierto grado. Pero esto es algo extremadamente temerario, desde un determinado punto de vista, en un país como Alemania Federal, en razón de los excedentes de exportación existentes en bienes industriales. La plena ocupación depende de la disponibilidad de otros países a aceptar déficit comercial más elevado en relación a Alemania. Esa estrategia se enfrenta a límites políticos, puesto que conduce al abismo si sólo se basa en continuas reevaluaciones de la propia divisa, condicionadas por los excedentes, que precisamente afectan en concreto a los sectores con problemas. Pero la cuestión resulta ya totalmente absurda cuando la lucha por la máxima productividad del trabajo entre los países industrializados más desarrollados se hace primordialmente en términos de disminución de los costes salariales. Esa ilusa competencia puede conducir al resultado de que se reduzca la demanda general en los mercados más potentes y de que el pastel a distribuir sea menor mientras se mantiene la propia parte del pastel.»¹²

Así, pues, el proteccionismo negro es contradictorio en un doble sentido. Disuelve la sociedad que defiende y es económicamente contraproducente.

12. Michael Zürn, «Schwarz-Rot-Grün-Braun: Reaktionsweisen auf Denationalisierung», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, op. cit.

9. PROTECCIONISMO VERDE

Los proteccionistas verdes interpretan el Estado nacional como un biotopo político amenazado de extinción, biotopo que protege el nivel ambiental frente a los ataques del mercado mundial y que debe protegerse al igual que la naturaleza amenazada.

«Se puede considerar contraproducente una política eco-proteccionista que pretenda separar los mercados según sean más o menos estrictas sus reglamentaciones ambientales. Esa política protege industrias cuyo efecto medioambiental resulta relativamente diferenciable del propio de economías nacionales menos desarrolladas, pero impide la extensión de ese nivel superior a regiones que carecen de conciencia medioambiental, es decir, a aquellos lugares en que la cuestión es mucho más ampliamente acuciante desde la perspectiva ecológica. Los costes económicos que se provocarían, si se generalizara ese tipo de política de separación, serían enormemente elevados. Ocasionarían crisis económicas de tales proporciones que imposibilitarían cualquier política ecológica por mucho tiempo.

»Que quede claro. Muchas cadenas de producción transnacionales, en la actualidad, constituyen una catástrofe desde el punto de vista ecológico. Por ejemplo, hay que considerar expresión de un expolio ecológico que los cangrejos del Mar del Norte, antes de introducirlos en el mercado de Hamburgo, se trasladan a Marruecos para pelarlos y luego a Polonia para empaquetarlos. Pero para evitarlo, no se puede ni debe adoptar medidas proteccionistas. En este caso, es necesario un impuesto energético que refleje los reales costes de transporte. Puesto que los problemas ecológicos más importantes se han convertido realmente en globales, no hay nin-

guna esperanza de dominarlos en un mundo cada vez más fragmentado social y políticamente. La situación es suficientemente grave como para ser pesimista. Aunque la situación aún sería sin duda mucho peor sin el tejido político y económico mundial que sirve para difundir e incentivar regulaciones políticas medioambientales.»¹³

En otras palabras. El proteccionismo verde contradice, en primer lugar, la globalidad de la crisis ecológica y, en segundo lugar, pierde la palanca para pensar localmente y actuar globalmente.

En este contexto, los verdes son *los* que ganan intelectual y políticamente en la globalización. Las cuestiones ecológicas *han* de ser pensadas y contestadas en tanto que cuestiones globales. Pero por su superficial antimodernismo, por su preferencia por el particularismo y por sus miedos de perder, con el Estado nacional, la palanca burocrática para la política ambiental, caen muchos políticos verdes en la indignancia.

10. PROTECCIONISMO ROJO

Los proteccionistas rojos en todos los casos le sacuden el polvo a los ropajes de la lucha de clases; para ellos, la «globalización» equivale a «pues llevábamos razón». Es una Pascua marxista que celebra la «Resurrección». Sin embargo, se trata de un espíritu de contradicción ciego utópicamente.

Indudablemente, una política de igualdad social y de conciencia social se encuentra, en la época de la globalización, ante un dilema muy desagradable: si no se reducen los

13. *Op. cit.*

costes sociales y los costes salariales directos e indirectos, aumenta la cantidad de parados; si no aumentan los empleos, se está ante la amenaza de hundimiento de todo el sistema de seguridad social basado en el trabajo remunerado. La política social que se apoya en el trabajo remunerado entra en situación de emergencia, por decirlo suavemente, si el volumen de trabajo asalariado (medido por horas trabajadas por empleado) se reduce debido no sólo a las oportunidades de exportación de puestos de trabajo a lugares como el antes llamado «extremo oriente», a esos países amenazadoramente denominados «tigres», sino principalmente por la elevación «explosiva» de la productividad marginal del trabajo.¹⁴

Muchos creen que se debe aplicar un remedio radical, una alternativa total, a fin de eliminar lo que provoca ese dilema cruel entre comercio mundial (entiéndase capitalismo) y Estado del bienestar, Estado social. Esa alternativa sería lanzar al basurero de la historia el compromiso desencadenado por la globalización.¹⁵

La variante más suave de la *nostalgia del Estado social* de izquierdas ignora que la crisis del sistema social no es de carácter coyuntural. Es toda una época la que desaparece, el siglo que comenzó con las leyes sociales de Bismarck y en cuya última tercera parte parecía haber resuelto, en una generación, la gran tarea de asegurar para la mayoría de hombres una vida libre y segura. Pero luego esa solución de la

14. Véase al respecto el informe de la Kommission für Zukunftsfragen de 1996, págs. 5 y sigs. Véase también, en este libro págs. 122-132.

15. Véase, por ejemplo, Stephen A. Marglin y Juliet B. Schor, *The Golden Age of Capitalism*, Oxford, 1990, o bien Elmar Altvater y Birgit Mahnkopf, *Grenzen der Globalisierung*, *op. cit.* En relación a la crítica, véase M. Zürn, *op. cit.*

«cuestión social» se ha convertido en el problema social. Pero esto significa que si alguien quiere cambiar algo *ha de ser «injusto»*: recortar o rechazar reivindicaciones, fomentar y asegurar iniciativas individuales; por tanto, ha de actuar según una lógica y una moral diferentes de las propias de la política social.

Por ejemplo, en Alemania es inevitable una reordenación de la *previsión social*, pues la forma actual cada vez resulta menos apropiada para evitar los enormes riesgos del desempleo de larga duración. Un paso importante y adecuado para la reforma podría ser una garantía de mínimos, en función de las necesidades, que complementara la seguridad básica ante riesgos masivos y que fuera asumida conjuntamente por ayuntamientos, administración autonómica y gobierno federal. Existen incluso algunos modelos que contribuyen a ahorrar costes sin aumentar el desamparo. Pero las estrategias de este tipo, propias de una «modernización reflexiva», chocan —como en tantas otras cosas— (por lo menos hasta hoy) con el conservadurismo de las estructuras en todos los partidos, con la falta de voluntad de reformas políticas y sociales.

CUARTA PARTE

RESPUESTAS A LA GLOBALIZACIÓN

De todo ello se deriva una única consecuencia: ¡abrir finalmente el debate sobre la configuración política de la globalización!

En primer término, esto presupone (según ya se ha hecho antes) una decisiva *crítica de la ideología neoliberal del globalismo*, de su unidimensionalidad económica, de su pensamiento único lineal, de su autoritarismo político en relación al mercado mundial, que se impone apolíticamente y que actúa de manera altamente política. Esto ha de permitir reconocer que la globalidad y la globalización no son fenómenos estratégicamente planeados en términos de escenificación pública para liberarse de las cadenas de un capitalismo paralizado por el Estado social. Tampoco se trata de conceptos capaces de forzar y fomentar con buenas razones la subordinación a las nuevas leyes naturales del mercado mundial. Nunca se repetirá bastante que la época de la globalidad no conlleva el final de la política sino el volver a empezar.

El choque de la globalización, característico de la transición a la segunda modernidad, provoca paradojas y exigencias en términos políticos, porque *todos* los agentes y organizaciones, y esto en *todos* los ámbitos de la sociedad, *han* de confrontarse con la dinámica de la globalización que trans-

forma los fundamentos. Ello ha de romper, de modo más interesante, el viejo esquematismo de derecha e izquierda. Existe una nostalgia tanto en la izquierda como en la derecha. La primera se remite al Estado social, la segunda se refiere al Estado nacional. Ambas corrientes coinciden al defender el *status quo* de los Estados nacionales frente a la «invasión del mercado mundial».

Pero, ¿cuáles son las respuestas políticas que pueden perfilarse ante la globalidad?

A los diez errores del globalismo contrapongo diez respuestas a la globalidad y la globalización:

1. Cooperación internacional.
2. Estado transnacional o «soberanía incluyente».
3. Participación en el capital.
4. Reorientación de la política educativa.
5. ¿Son las empresas transnacionales ademocráticas o antidemocráticas?
6. Alianza para el trabajo ciudadano.
7. ¿Qué hay después del modelo *Volkswagen* de nación exportadora? La fijación de nuevos objetivos culturales, políticos y económicos.
8. Culturas experimentales, mercados nicho y autorrenovación social.
9. Empresarios públicos y trabajadores autónomos.
10. ¿Pacto social frente a la exclusión?

I. COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Una primera respuesta política a la globalización, especialmente apoyada por los socialdemócratas, consiste en

defender la cooperación política entre países a fin de restringir o impedir los «chaleos» que permiten a las empresas globales minimizar la carga de impuestos y maximizar las subvenciones estatales.

A este respecto, la tarea de la política ha de consistir en clarificar ante la opinión pública que la globalización no puede significar abandonarlo todo a las fuerzas del mercado. Al contrario. Con la globalización aumenta la necesidad de regulaciones internacionales vinculantes, de convenciones e instituciones internacionales en el ámbito de las transacciones transfronterizas. De ahí que la globalización ha de ir a la par con una coordinación de la política entre naciones soberanas, con una mejor vigilancia internacional de bancos e instituciones financieras, con una eliminación del *dumping* fiscal en impuestos interestatales (como en el interior de la Unión Europea) y con una mejor cooperación en las organizaciones internacionales, así como su fortalecimiento en el sentido de mayor movilidad y eficacia.

«El mercado requiere un marco de ordenamiento políticamente establecido en las relaciones económicas internacionales al igual que existe en el ámbito nacional», dice el presidente del Partido Socialista Alemán, Oskar Lafontaine. «La economía social y ecológica es el sistema coordinado políticamente de la Unión Europea. Nosotros defendemos convertir ese modelo de economía de mercado con responsabilidad social y económica en el fundamento de los negocios de un nuevo orden económico. Ello permitiría crear las mejores condiciones para la competencia entre ideas y prestaciones de las empresas y para un comercio honesto que sirva a todos los que participan.

»Para ello necesitamos uniones internacionales en el marco de instituciones supranacionales. Esas instituciones

existen. Mencionemos la Unión Europea, el Grupo de los Siete, la OCDE, el Fondo Monetario Internacional y la nueva organización del comercio mundial OMC. También existen las condiciones previas económicas, puesto que los flujos de inversiones y comercio internacionales, que constituyen el ámbito nuclear de la globalización, se concentran sobre todo en el interior de la llamada trilateral: en los Estados europeos y en los Estados industriales extraeuropeos del G-7, es decir, EE.UU., Canadá y Japón. La llamada globalización no queda al margen de nuestro campo de influencia. Hemos de aprovechar las posibilidades de influir en favor de una mejor cooperación internacional. Así serán dominables los problemas existentes y previsibles de la globalización.»¹

Aquí no se intenta responder a la globalidad con un gran Estado supranacional o Estado mundial, sino con un «acuerdo responsable» entre naciones. Éstas deberían ponerse de acuerdo y relacionarse de tal modo que: *a*) indicaran a las empresas transnacionales sus límites, es decir que no pudieran por más tiempo confrontarse jugando con estos límites y *b*) pudieran reformar su exigencia de configuración y de poder nacional y político. Se trata de la esperanza de salvar y reconvertir la época nacional de la socialdemocracia en una época internacional de socialdemocracia cosmopolita también modernizada.

«Formulado simplificado, según la concepción del mundo neosocialdemocrática, la cooperación internacional como alternativa al proteccionismo, también ha de garantizar al Estado intervencionista nacional, junto con la

1. Oskar Lafontaine, «Globalisierung und internationale Zusammenarbeit», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung, op. cit.*

integración supranacional y la desregulación, que las naciones implicadas renuncian por una parte a una «competencia entre sistemas» a fin de, por otra parte, crear la circunstancia que permita situar en un nivel social más elevado su economía interior mediante las ventajas competitivas internacionales gracias a una eficaz política industrial y social nacional.»²

Sin embargo, el éxito de esa estrategia de alianza internacional entre Estados en orden a reformular y reformar la época socialdemocrática es discutible principalmente por tres razones.

En primer lugar, se infravalora, de manera optimista, la magnitud del cambio de fundamentos; se trata, en última instancia, de una estrategia «continuista», aunque en un nivel superior.

En segundo lugar, no se toma en consideración el hecho de que — en todo caso, por ahora — la política internacional es una política *des*-reguladora. Y en tercer lugar, resulta incierto cómo interrumpir eficazmente la competencia entre naciones por las inversiones y empleos, que aumenta con el paro masivo. Los Estados nacionales son un cartel de egoístas que se encuentran ante la alternativa de que han de ceder porque actúan de modo egoísta, pero entonces recaudan menos impuestos, o bien han de ceder a fin de obtener más impuestos en otra alianza de naciones.

Finalmente, el «patrimonio político» que adquirió la socialdemocracia en la primera modernidad — la producción y garantía de la paz social — ya no tiene en la segunda modernidad el mismo valor. Pues los propios socialdemócratas

2. W. Streeck, «Industrielle Beziehungen in einer internationalisierten Wirtschaft», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung, op. cit.*

se encuentran ante el dilema. Por decirlo de manera cínica, pero realista: ¿quién sabe si quizá la paz social podrá alcanzarse sin más precisamente bajo las condiciones de la radical competencia del mercado mundial entre empresas transnacionales?

2. ESTADO TRANSNACIONAL O «SOBERANÍA INCLUYENTE»

«En las tesis de la globalización no hay muchas novedades económicas y hay muchas cosas falsas», escribe M. Jänicke. «Podría ser cierto que la política medioambiental tenga que ver con “hechos de globalización”, que la protección del medio ambiente sencillamente resulta demasiado cara para la competencia global. En todo caso, es una idea popular. Incluso los medioambientalistas la aceptan resignadamente.

Vale la pena examinar cómo proceden económicamente Estados que han hecho relativamente bastante para la protección del medio ambiente. Y hay que observar que a los precursores nacionales, en política medioambiental, económicamente les va mejor que a otros. Durante la década de los años setenta, fueron innovadores EE.UU. y Suecia. Luego, Japón. Y posteriormente hasta 1994 también Alemania. Hoy desempeñan una función avanzada países como Holanda, Dinamarca y nuevamente Suecia. Fuera de Europa, entre otros destaca Corea del Sur. Resulta interesante señalar que los más avanzados ecológicamente son hoy pequeños países que están estrechamente vinculados al mercado mundial.

Pero lo más extraordinario es que a su vez pertenecen a ese grupo países que han obtenido un gran éxito inicial en

materia de mercado de trabajo. De momento, esto es claro especialmente en casos particulares como Holanda y Dinamarca; pero también Nueva Zelanda, muy activa en política ambiental, ha reducido en un tercio su cuota de paro desde la recesión de 1993. También en Suecia retrocede el paro, del mismo modo que en el conjunto de los países escandinavos. Los países nórdicos han incorporado un impuesto sobre el CO₂, además de otras penalizaciones ambientales. En Dinamarca y en Suecia, durante la crisis económica de 1993, se llevó a cabo una reforma de impuestos por derechos ecológicos. Así, pues, la protección del medio ambiente no es impedimento para competir globalmente; más bien al contrario, una política medioambiental racional se convierte en un indicador clave de la capacidad competitiva de un país, según dice Michael Porter, el destacado teórico en innovaciones y economista de Harvard.

Ninguna cuestión de los Estados particulares se ha convertido en más sólida debido al desarrollo del mercado mundial. Y en cambio, los Estados actúan hoy a menudo colectivamente. Las redes globales de las administraciones ministeriales configuran la política medioambiental nacional en igual medida que las alianzas medioambientales internacionalizadas.»³

Pero la cuestión decisiva es: ¿qué significa actuar de manera colectiva entre Estados? Los modelos descritos en los textos —por ejemplo, organización internacional, multilateralismo o política de planos diversos— se refieren a las naciones. Antes he expuesto el modelo del Estado transnacional que afecta transversalmente esas distinciones. Ahí se

3. M. Jänicke, «Umweltpolitik: Global am Ende oder am Ende global?», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, op. cit.

sustituye la relación de intercambio entre naciones que se excluyen entre sí y de sociedades nacionales por un escenario de relaciones en que aparecen las alianzas entre Estados que se sitúan en la sociedad mundial y de ese modo renuevan su especificidad e independencia como Estados «glocales».

El modelo del Estado transnacional contradice todos los demás modelos de cooperación; los Estados transnacionales se unen como respuesta a la globalización y desarrollan *así* su soberanía e identidad regionales más allá del ámbito nacional. Son, pues, Estados particulares y cooperativos, Estados particulares *en función* de ser Estados cooperantes. En otras palabras, la reunión interestatal les abre a los Estados particulares postnacionales nuevos espacios de actuación.

Por ejemplo, sólo las iniciativas europeas permiten acabar con el *dumping* fiscal y ofrecer a los «contribuyentes virtuales» el pago para crear de este modo no sólo las condiciones de una Europa social y ecológica, sino también para recuperar la capacidad de actuación y el poder de configuración de los Estados particulares. La cuestión sobre por qué han de reunirse los Estados se responde aquí en términos del egoísmo estatal, puesto que sólo así les es posible renovar su soberanía en el marco de la sociedad mundial y del mercado mundial.

Este argumento sólo tiene pleno sentido si el mundo de representación de la soberanía excluyente se sustituye por el mundo de representación de la *soberanía incluyente*. Éste es un argumento conocido por el mundo del trabajo y de la división del trabajo: la cooperación no impide, sino que *despliega*, tanto la productividad cuanto la soberanía de los particulares. Si se desea referirse a la distinción de Émile Durkheim, se puede decir que en la relación entre Estados *la soberanía orgánica de la cooperación* sustituye a la anar-

quía mecánica de la diversidad. Lo cual significa que los agentes nacionales *ganan* espacios de configuración política en la medida en que consiguen incrementar la riqueza pública y económica gracias a la cooperación transnacional. Consiguientemente, los Estados transnacionales son Estados *comerciales* globales que también se han distanciado del principio del territorio excluyente y de las prioridades del cálculo geopolítico.

La consecuencia es que, por así decirlo, la guerra resulta un lujo que sólo pueden permitirse los Estados nacionales que se enfrentan aisladamente, en la medida en que no acceden a una esfera de influencia de una alianza militar y que no poseen los medios de violencia más modernos.⁴

La cuestión de cómo alcanzar y conseguir la estructura política de Estados transnacionales puede responderse indicando dos objetivos, dos pilares: primero, el principio del *pacifismo jurídico*;⁵ segundo, el principio *federalista* del control interestatal.⁶

4. Véase al respecto M. Mandelsbaum, *The Dawn of Peace in Europe*, Nueva York, 1996; Robert J. Weber (comp.), *Eagle Drift*, Nueva York, 1997.

5. Véase al respecto D. Archibugi, «From the United Nations to Cosmopolitan Democracy», en D. Held (comp.), *Cosmopolitan Democracy*, Londres, 1995, págs. 121-135.

6. Aquí no se expone el otro principio, a saber el del *espacio monetario común*, porque ya se ha contemplado en el debate público sobre la incorporación del euro. En contra de las lamentaciones acerca de la imposición del euro en términos de una Europa exclusivamente económica, hay indicios de que la Europa económica comportará la política —se quiera o no—. De pronto han de examinarse, en el interior del espacio de moneda única, reivindicaciones e intereses en el mercado de trabajo, así como convalidaciones de titulaciones, reconocimientos sobre salarios mínimos, etc. Hasta que la solidaridad nacional se amplíe a las solidaridades transnacionales y a sus conflictos.

El primer principio —el del pacifismo fundamentado en el derecho internacional— afirma que, sin la construcción de un derecho internacional y de las instancias correspondientes, no será posible acabar con los conflictos transnacionales por medios pacíficos.⁷ El pacifismo jurídico ha de distinguirse del pacifismo *social*, ya que éste sitúa en el centro de los conflictos transnacionales causas sociales. Tampoco se ha de confundir con el pacifismo *religioso*, que aspira al diálogo y a la equiparación entre religiones. Tampoco cabe entenderlo como ausencia de violencia. Lo que diferencia la decisión y unión jurídicas transnacionales es la existencia del poder militar.

Por tanto, el pilar del pacifismo jurídico en un orden transnacional siempre representará sólo la condición necesaria sin ser nunca la condición suficiente para la resolución pacífica de los conflictos. Y esto se aplica no sólo en el caso de la regulación de los conflictos internos al Estado sino también de los interestatales. La historia del presente siglo nos enseña que el destino político de las instancias jurídicas internacionales se caracteriza por una *paradoja de (fracaso)-éxito*. Son instancias que tienen éxito en la medida en que no actúan; en cambio, fracasan cuando intervienen en la práctica. El argumento a favor del carácter irrenunciable de un sistema jurídico internacional lo contradice la experiencia que desengaña acerca de que los Estados defienden milímetro a milímetro la soberanía residual que mantienen y precisamente tanto más duramente cuanto menos hay por defender y cuanto más hay por ganar al unificarse.

7. Ésta es también la idea básica de la obra de Kant *La paz perpetua*; véase además U. Beck (comp.), *Kinder der Freiheit*, *op.cit.*, págs. 147 y sigs.

De ahí que en la actualidad en todas partes se trabaje en los fundamentos jurídicos internacionales sin que nadie ponga en duda seriamente su necesidad. Sin embargo, los éxitos reales son limitados. Es verdad que los tribunales de La Haya y de Arusha han conseguido que se persiguieran los crímenes de guerra de las guerras civiles en los Balcanes y en Ruanda, pero incluso en el caso de Bosnia-Herzegovina los acuerdos de Dayton no consiguieron llevar ante los tribunales a los sospechosos de crímenes de guerra Mladic, Karadzic o Kordic, en su intento de facilitar la reconciliación mediante la justicia y así facilitar un renacimiento político.

Pero de los actuales fracasos del derecho internacional no se puede colegir que éste sea superfluo. Al contrario, existen sólidas razones para suponer que las instituciones y espacios jurídicos no son un lujo sino una necesidad para todos los Estados en la era global. Ciertamente, los Estados nacionales, con la globalización, pierden el control sobre la realización de disposiciones jurídicas en cada vez más campos prácticos, aunque quizá no pierdan el poder de decisión jurídico normativo. Los Estados nacionales se ven forzados a la cooperación transnacional para los fines de la aplicación del derecho nacional, dado que las estrategias de actuación particulares caen en el vacío, por ejemplo en Internet, en la evasión de impuestos o en la lucha contra el paro y contra la delincuencia económica.

Aquí encontramos nuevamente el principio paradójico de la autoafirmación debido a la autodesposesión: los Estados nacionales se ven forzados a elevar sus capacidades de control y a su vez a delegar los medios de poder a instancias cooperativas transnacionales, ya que sólo de este modo pueden ampliar y renovar sus oportunidades de influencia, en cuanto que Estados particulares postnacionales que coo-

peran con otros. Tal y como ya hemos dicho, es el propio interés estatal lo que fuerza la renuncia a los propios intereses nacionales.

Incluso existe el peligro inverso de que la contradicción entre los ámbitos de actuación nacionales y los problemas transnacionales conduzcan, por una determinada ceguera, a generar cada vez más leyes de control estatal a fin de demostrar un activismo político ante el problema de la reducción de los ámbitos de actuación jurídica. «Finalmente, las normas nacionales cada vez son menos seguras frente a la delincuencia organizada de todo tipo que abarca ámbitos internacionales y de división del trabajo y que se aprovecha de las posibilidades técnicas globales. Se avanza cada vez más hacia el vacío al reclamar leyes nacionales en virtud de la igualdad de armas en la lucha contra la delincuencia nacional. Conculcar derechos fundamentales tal y como representa, por ejemplo, adoptar medidas de vigilancia acústica y óptica en la esfera privada, comporta graves perjuicios al derecho estatal y a la libertad ciudadana, reduce la capacidad de actuación y en cambio no combate eficazmente la delincuencia ni contribuye a mejorar la seguridad de los ciudadanos. Es una simple cuestión de tiempo llegar a destruir esa ilusión de seguridad, lo cual contribuirá a la pérdida de la confianza en el orden democráticamente legitimado.»⁸

El *federalismo*, aplicado a la relación entre Estados, tiene la indiscutible ventaja de que permite que el poder no se ejerza de arriba a abajo y de que se controle o por lo menos

8. Herta Däubler-Gmelin, «Globalisierung geht keineswegs Hand in Hand mit globalem Recht», en *Frankfurter Rundschau*, n.º 90 (18 de abril de 1997).

neutralice horizontalmente. Por supuesto, ahí hay un importante problema, pues la instancia que controle los Estados particulares no debe ser supraestatal. Una instancia supraestatal o bien sería ineficaz o bien sería monopolizada por los más fuertes, y finalmente conduciría a un Estado mundial. Y ahí nos encontraríamos con una formación tiránica que nadie desea generar. Por lo demás, sería algo muy frágil ya que consistiría en sustituir la multiplicidad por la unidad y carecería de instituciones mediadoras en los conflictos.

El federalismo transnacional significa una política de *autointegración* activa de los Estados singulares en una dependencia práctica internacional, a fin de renovarse en términos de Estados locales y de limitar el poder de los centros transnacionales. «Se supone que un Estado democrático, en la medida en que es una unidad política incompleta, no dispone de instituciones que le permitan poner en relación directa sus ciudadanos con los de otros Estados.»⁹

Resumamos. *Soberanía incluyente* significa que la renuncia a derechos de soberanía va de consuno con la adquisición de poder político configurador en virtud de la cooperación transnacional. Pero esto sólo puede conseguirse si se concibe y configura la globalización como proyecto político. Sólo así es posible que aumenten el consenso, los empleos, los impuestos y las libertades políticas, en los aspectos local y transnacional. En este sentido, Europa se ha convertido en un intento de soberanía incluyente.¹⁰

9. D. Archibugi, *op. cit.*, pág. 156.

10. Véase al respecto el capítulo «Europa como respuesta a la globalización» en este libro, págs. 285 y sigs.

3. PARTICIPACIÓN EN EL CAPITAL

Si es cierto que el trabajo es sustituido por el conocimiento y el capital, entonces una nueva política social puede orientarse al objetivo de que el trabajo participe en el capital. Aquí se debe completar (¿o confrontar?) el principio de copropiedad con el del consenso. Los modelos en discusión van desde la defensa de que se ha de sustituir la participación salarial por la participación en la propiedad (en el capital industrial, incluidas ganancias y pérdidas) hasta la visión de que, por ejemplo, las empresas Mercedes y Hoechst producen allí donde les resulta más barato, mientras que los alemanes, como «pueblo de accionistas», viven cómodamente de los dividendos globalmente obtenidos y de las especulaciones de los accionistas.

«Partidos y sindicatos», escribe Fritz W. Scharpf, «como siempre pretenden perseguir el fin de la justicia distributiva, han de reorientar sus esfuerzos de la política salarial y sobre impuestos hacia la distribución del patrimonio de capital». Y destaca a la vez una limitación: «En épocas de fuertes aumentos salariales, ese objetivo ciertamente habría sido más fácil de conseguir que hoy; y es de lamentar que los planes correspondientes de la coalición social-liberal durante los primeros años de la década de los años setenta fracasaran en la polémica sindical contra el “capitalismo popular”».¹¹

Los límites de esa política son evidentes. El cambio de objetivo de una política de salarios por una política de participación en el capital se basa en, o por lo menos sólo afecta a, quienes están integrados en el proceso laboral; quedan

11. Véase F. W. Scharpf, «Demokratie in der transnationalen Politik», en U. Beck (comp.), *Politik der Globalisierung*, op.cit.

al margen los desempleados que se encuentran frente a las puertas cerradas del mercado de trabajo.

4. REORIENTACIÓN DE LA POLÍTICA EDUCATIVA

Si el trabajo se ha de sustituir por conocimiento y capital, entonces otra consecuencia política podría ser que el trabajo ha de ser valorado o configurado por el conocimiento. Pero esto significa que hay que invertir en formación y en investigación. Precisamente lo contrario de lo que hoy está ocurriendo en Alemania.¹²

Robert B. Reich dice: «Los políticos no han comprendido que los verdaderos activos tecnológicos de un país para resolver los complejos problemas del futuro se encuentran en sus ciudadanos». Sus conocimientos, sus habilidades, su aportación a la economía mundial (y no la tecnología y el capital como hasta hoy) determinan el bienestar de un país. «Dinero y fábricas, informaciones, maquinaria e imágenes de marcas están ancladas localmente; mucho menos, en cambio, quienes poseen conocimiento y experiencia.»¹³

En lugar de subvencionar marcas «alemanas», los políticos deberían entregar dinero para el conocimiento y la formación, a fin de facilitar a los ciudadanos las capacidades y orientaciones para situarse adecuadamente en el escenario y contradicciones de la sociedad mundial.

Una de las mayores respuestas a la globalización consiste en *construir y reconstruir la sociedad del saber y de la cultura*;

12. El nuevo gobierno laborista británico de Tony Blair comienza a defender abiertamente este principio.

13. Robert B. Reich, *Die neue Weltwirtschaft*, Berlín, 1993, pág. 181.

prolongar, y no reducir, la formación; desligarla o separarla de puestos de trabajo y oficios concretos. El hecho de orientar los procesos educativos hacia cualificaciones clave que respondan a esa perspectiva no se ha de concebir sólo como «flexibilidad» ni como «formación continuada», sino que también representa situar la formación en contextos de competencia social, capacidad de dirección, habilidad ante conflictos, comprensión cultural, mentalidad de relación y acceso a las inseguridades y paradojas de la que hemos llamado segunda modernidad.¹⁴

«Hay que vincular el aprendizaje con hechos cotidianos de modo que las personas puedan dominar su vida», dice Reinhard Kahl. «Así, aprender es algo que se amplía y se libera de su gueto. Por supuesto, es más fácil decirlo que hacerlo.»¹⁵ En todo caso, el sentido del aprendizaje varía en el nexo transcultural. Se sitúa en la dialéctica de la globalización de las «sociedades vivificadas» (W. Lepenies) que han de implantarse mediante la atención dialógica (valentía para equivocarse). En distintos lugares empieza a hablarse de una transnacionalización de los procesos formativos (universitarios) y de que son necesarios los currículos («estudios de carácter global»). De este modo se contribuiría a comprender y dominar las dificultades de la comunicación transcultural y de los conflictos para los estudiantes. También podría servir para facilitar a los estudiantes un mapa cognoscitivo que les permitiera comprender la multidimensionalidad y evitar los fallos en la vida y actos «glocales».

14. Véase H. Bollinger/W Nothdurf, *Schlüsselqualifikationen*, Ms Fulda, 1997.

15. R. Kahl, «Globalisierung zwingt zu einer Reorientierung des Lernens», en *Az* del 4 de agosto de 1997.

A este respecto, ya no es suficiente, en la época de la individualización, educar a los jóvenes en la «interiorización flexible de las normas existentes» (Kohlberg), sino que se ha de profundizar más. Se requiere, como dice Michael Brater, «la formación del propio yo como centro de orientación y acción. Todo joven ha de aprender hoy a dirigir su vida a partir de sí mismo, a situar en un proceso abierto su aprendizaje y experimentación».¹⁶

5. ¿SON LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES ADEMOCRÁTICAS O ANTIDEMOCRÁTICAS?

Un capitalismo transnacional que no paga impuestos y que destruye empleos pierde su legitimidad. Se convierte en parasitario y afuncional, según predijera Schumpeter. Así, pues, se debe plantear la cuestión central, teórica y política, de la segunda modernidad: ¿son los empresarios transnacionales antidemócratas? O ¿qué es lo que valoran como refundación de la democracia?

¿Cómo se imaginan el futuro de la democracia los «contribuyentes virtuales»? ¿Cuál es su aportación a una ampliación de tipo cosmopolita de la democracia?

¿Cómo refundar y hacer posible un contrato social para la democracia de la segunda modernidad no sólo desde el punto de vista político estatal-nacional sino también considerando las empresas transnacionales?

Puede que sea un optimista inasequible a la desesperanza o también que adopte el optimismo como estrategia. En

16. Michael Brater, «Schule und Ausbildung im Zeichen der Individualisierung», en U. Beck (comp.), *Kinder der Freiheit*, op. cit., pág. 153.

el caso de Europa, sería un craso error cargado de graves consecuencias y quizá un razonamiento suicida separar y a su vez impulsar la economía de mercado del contexto político en el que se ha desarrollado. El proyecto de la economía de mercado ha sido siempre un proyecto político, estrechamente vinculado con la democracia. La democracia, sin embargo, es un asunto caro. No es posible dejar de recordar a los vencedores de la globalización su obligación para con las instituciones democráticas, es decir: *se invita a los contribuyentes virtuales a pasar por caja a pagar*.¹⁷

No es un problema alemán ni europeo; es un problema mundial. Y sólo se puede resolver mediante regulaciones internacionales. Pero también afecta al ámbito del mercado y de la imagen de esas empresas. Los agentes económicos transnacionales son vulnerables, tienen su talón de Aquiles. La autorrealización sin límites del capital ha de anclarse de algún modo: primero *localmente* y segundo *a productos*. También los flujos de capital han de llegar a ser «sedentarios»; han de incorporarse a culturas locales y a sus condicionantes político-jurídicos. Y esto representa que ahí se justifican.¹⁸ En definitiva, producen bienes y servicios que las personas compran y eligen y rechazan.

¿Cómo aparecen movimientos tipo Amnistía Internacional o Greenpeace ante los consumidores, movimientos que no sólo estimulan a las empresas a mantenerse en un nivel democrático mediante una *politización del consumo* sino que también las doblegan bajo la amenaza del boicot? ¿Hasta

17. Véase en relación a las dificultades de las distintas opciones impositivas W. Streeck, *Industrielle Beziehungen*, op. cit.; también, en este mismo libro, pág. 289.

18. Véase al respecto en este libro págs. 99 y sigs.

qué punto, el consumidor organizado, políticamente despierto, y que domina la manipulación de las escenificaciones político-simbólicas en los medios de comunicación, puede sustituir y completar a los trabajadores organizados frente a la «autorrealización ilimitada del capital»?

Siempre se repite que es mucho más fácil hallar una aguja en un pajar que incorporar la responsabilidad en el mercado mundial. Y, sin embargo, eso es falso. La sensatez no se autogenera, sino que es siempre resultado de la *producción* de responsabilidad.

Existe una vía muy fácil para dotar de verdadera eficacia política a los movimientos de consumidores. Veamos a continuación tres posibilidades.

En primer lugar, la *obligación de un símbolo identificador* de fácil lectura; en segundo lugar, una *etiqueta sobre los aspectos social, democrático y de medio ambiente* que informe acerca de las condiciones de producción del producto y del compromiso democrático —voluntario— de la empresa productora, y en tercer lugar, la *incautación del producto* cuando esas indicaciones fueran falsas.

En contra de esa simple política de «transparencia del producto» y de garantías, que no implican ningún control burocrático y que tienen que ver más bien con el autocontrol y la autorresponsabilidad empresariales, se objeta repetidamente, por parte de los representantes del comercio: ¿por qué hemos de saber en qué condiciones se ha producido el producto que nosotros vendemos? Pues, éste es precisamente el tema. La garantía productiva *obliga* a que se haga claridad al respecto y a que se respeten unos *minima moralia* en producción social y medioambiental entre los competidores comerciales, si no se quiere fracasar económicamente. Quienes comercian mundialmente han de es-

tar dispuestos a asumir la responsabilidad mundial en relación a las condiciones sociales y políticas de ese comercio. Esta respuesta política a la globalización une lo que parece irreconciliable, a saber, el control *local* y el autocontrol empresarial.¹⁹

Por otra parte, las cláusulas sociales y medioambientales tampoco son una panacea para dominar la economía mundial. Son evidentes sus límites. Afectan en primera instancia a los sectores y Estados que se dedican a la exportación. Por tanto, sólo pueden influir indirectamente, en el mejor de los casos, en el desarrollo de las sociedades, por lo que a la justicia social se refiere. Y habría que reflexionar sobre las consecuencias perversas.

6. ALIANZA PARA EL TRABAJO CIUDADANO

¿En qué medida es posible forjar una alianza entre el capital y la política transnacionales a fin de construir tendencias conducentes a una sociedad civil transnacional y a su vez descentralizada?

Un nuevo pacto social debería partir de lo siguiente. Nuestro trabajo ha llegado a ser tan productivo que cada vez necesitamos menos trabajo para producir más bienes y servicios. La integración material y social de los hombres por el trabajo remunerado continúa siendo tan importante como antes, aunque no del mismo modo. Propongo re-

flexionar acerca de si no sería posible valorar como un segundo centro de integración y actividad, junto con el trabajo remunerado, el *trabajo público y civil*, en aquellos aspectos que signifique un compromiso cívico con el sociobiotipo de la sociedad, manifieste capacidad para la autoorganización y asimismo responda a intereses de proyectos políticos que no son suficientemente reconocidos por las instituciones. Pero, ¿qué significa esto?

Hasta hoy había que pagar y contabilizar económicamente (por ejemplo, en forma de *dinero ciudadano*, cuyo montante corresponde al auxilio social) el trabajo realizado con los ancianos, los impedidos, los indigentes, los enfermos del sida, los analfabetos, en definitiva, con los excluidos. El trabajo ciudadano podría conseguir que las ciudades fueran más habitables, que los esfuerzos resultaran más eficaces y que la democracia se fortaleciera. ¿Por qué no hablar de una alianza entre Estado y ciudadanos en pro de la sociedad civil a la que incorporar capital en lugar de hablar de la «alianza para el trabajo»? El trabajo ciudadano debería realizarse de tal modo que no representara un apartamiento de parados; debería ser atractivo para todos. Debería convertirse en un segundo centro de actividad que garantizara la sustancia democrática de la sociedad. No se trata de sustituir el trabajo remunerado, sino de completarlo. Quizá así finalmente el trabajo ciudadano sería uno de los tres pilares, junto con el trabajo remunerado, que sirviera para la estabilidad económica, además del trabajo individual que sirve para la educación de los hijos y/o la autorrealización. Además, el trabajo civil no tiene por qué circunscribirse al ámbito nacional, pues la sociedad civil transnacional puede apoyar y enriquecer amplias redes y movimientos sociales. Por ejemplo, con un tipo de activi-

19. Acerca del nivel medioambiental y social en el comercio mundial, véanse Frank Brassel y Michael Windfuhr, *Welthandel und Menschenrechte*, Bonn, 1995, y Wolfgang Kreissl-Dörfler (comp.), *Mit gleichem Mass. Sozial- und Umweltstandards im Welthandel*, publicaciones de Los Verdes en el Parlamento Europeo, 1995.

dades como las de Greenpeace o Amnistía Internacional, que atraen en a los jóvenes.

Son dos los principios que constituyen una alternativa atractiva para el trabajo civil: la *voluntariedad o autoorganización* y la *financiación pública*.²⁰

En una propuesta de este tipo es obvio preguntar: ¿cómo obtener el dinero? *Pues, del dinero de la seguridad social y del dinero para los parados*. Según el modelo propuesto, a los parados en el futuro se les ofrecería la opción de continuar en el paro y recibir ayuda social, o bien de convertirse en un sector de voluntariado para el trabajo público. Además se podría disponer de las correspondientes transferencias contables, prescindiendo totalmente de que desaparecieran de las estadísticas los parados. *Disminución de impuestos*: al igual que las asociaciones reconocidas, el trabajo civil debería quedar libre de impuestos. *Asociaciones para el bienestar*: ¿quién distribuye y qué? y ¿cómo podría conseguirse más transparencia para esos recursos y su utilización para la financiación del trabajo voluntario? *Sin fuentes monetarias*: redes de intercambio, sistema de bonos. *Mecenazgo social*: antes, las empresas transnacionales fomentaban obras culturales que contribuían a mejorar su imagen. Después se han dedicado a cuestiones de medio ambiente. Mientras tanto existe un movimiento en las grandes empresas a favor del mecenazgo social. Así, pues, los monopolios podrían verse inducidos por la opinión pública a sentirse obligados en este sentido. Doy por sentado que los gerentes valoran la libertad política de esta cultura como una conquista y están dispuestos a colaborar.

20. Véase al respecto, el informe III de la Kommission für Zukunftsfragen (*Massnahmen*), apartado «Trabajo civil», noviembre 1997.

Todo esto presupone una comprensión política que rompe con el monopolio político del sistema político. Es necesario hallar una nueva división del trabajo y del poder, por ejemplo, entre la política del sistema y la sociedad civil (trans)local. Fortalecer la sociedad civil más allá de las fronteras no significa abandonarla a los bonitos discursos del comunitarismo con todos los consiguientes problemas burocráticos. Ese fortalecimiento representa que, a la creciente autorresponsabilidad, le sigue un desplazamiento del poder del centro a las regiones, a las ciudades. Asimismo, hay que poner a disposición de las iniciativas ciudadanas dinero que les permita ser capaces de actuar.

Pero que nadie se llame a engaño; esto comporta nuevos problemas. Por ejemplo, aparece el conflicto con los partidos en los consistorios por el protagonismo y la representatividad. Además, las autoorganizaciones ciudadanas se enfrentan al trabajo experto y remunerado de los profesionales (mucho más caro). Ahí anidan múltiples y permanentes conflictos de competencia y demarcación.

7. ¿QUÉ HAY DESPUÉS DEL MODELO VOLKSWAGEN DE NACIÓN EXPORTADORA? LA FIJACIÓN DE NUEVOS OBJETIVOS CULTURALES, POLÍTICOS Y ECONÓMICOS

La superación de la división de Alemania es algo más que la incorporación de la República Democrática Alemana. Es el final de una época y el inicio de una nueva fase de desarrollo de la historia europea, puesto que termina con la división europea.

Lo que esto significa y presupone puede explicarse a partir de la comprensión del desarrollo de la Alemania occi-

dental de la posguerra. Inicialmente entraron en liza distintas visiones parciales: reconstrucción, democratización interna, olvido de la confrontación con el terror nacional-socialista, así como lucha por la reunificación. Esos objetivos históricos no constituyen, por supuesto, unidad alguna de por sí evidente. Al contrario, son más bien contradictorios y permiten establecer prioridades y matices distintos. Sin embargo, se concentraron y relacionaron mediante el autoproyecto de una *nación exportadora*.

Los objetivos de determinados bienes de consumo masivo —Volkswagen, Mercedes, Siemens, etc.— que conquistaron los mercados mundiales bajo la imagen de marca «producto de calidad alemana» unieron las energías culturales al motor de la riqueza, a aquel «milagro económico alemán» que dio fundamento a la democratización interna, a la confrontación respecto de la organización del asesinato de masas y, sobre todo, a los asuntos propios de la reconstrucción en un sentido tanto interno cuanto externo.

Esa vinculación de objetivos de producción, de conquista del mercado mundial, con aspiraciones culturales y políticas, ha permitido a la república de Bonn la anexión a la modernidad occidental. Y ahí el origen del consenso y de la legitimidad decisivo fue *el eterno plus (aparente)*: sociedad del bienestar, consumo de masas, seguridad social. Todo ello subordinado a la libertad política.

Pero lo que irrita, lo que cada vez inquieta más profundamente a las gentes, es que las fuentes del bienestar ahora parecen secarse o por lo menos ya no tienen el mismo caudal. Esos objetivos parciales (la reconstrucción y también la reunificación alemana) se han agotado al realizarse o se han convertido en superfluos. En todos los aspectos nos encontramos enfrentados a las consecuencias imprevistas del éxito.

Es necesario volver a formular objetivos parciales para la nueva situación mundial.

La autodefinición como nación exportadora —el envés del nacionalismo del marco alemán— ya no se aguanta más. Una de las manifestaciones más decisivas es el hecho de que los países del sudeste asiático, y pronto habrá que incluir a China, han conseguido producir más barato la misma calidad que caracterizaba los productos alemanes: coches, máquinas, neveras. Son bienes de consumo masivo lo que a menudo producen a menor coste los países emergentes. A ello se añade que los mercados de bienes para el consumo de masas se han desplazado a otras partes de la tierra (Latinoamérica, Europa del Este, China, etc.) y pueden ser servidos a mejor precio en el propio lugar. Nuevamente, la consecuencia es que el modelo de éxito de la nación exportadora se deshace. Y, además, otro de los éxitos de los bienes de consumo de masas, el coche, ha sido puesto en cuestión por razones ecológicas.

A menudo, políticos y empresarios sermonean acerca de «innovaciones» y «valentía ante el riesgo», como si fueran aspectos para afirmarse en el mercado mundial. Pero esto es insistir en una «concepción de la innovación anticuada» cuando se presenta como una carrera para producir bienes de consumo de masas y en términos de un modelo de nación exportadora; no se trata, pues, de recuperar el atraso en aquellos aspectos que otros han conseguido hacer mejor y más barato. Apoderarse de los llamados «mercados del futuro» —tecnología de la información, manipulación genética, genética humana—, tal y como hoy se proclama por todas partes, es una simple expresión de bloqueo (mental) y de la falta de imaginación imperantes. «Innovación» en la sociedad mundial es un concepto relativo. Alude y fuerza a hallar y a hacer lo que

otros todavía *no hacen ni son capaces de hacer*. Y esa previsión no se alcanza intentando imitar a otros. Todo el «debate sobre posiciones», que usa una jerga propia de militares, es ciego para la innovación e incluso *contrario* a ella.

La cuestión es otra: ¿qué puede sustituir —en relación con la cultura, la política y la economía— al modelo de nación exportadora del Volkswagen? ¿Qué comporta la segunda modernidad como innovaciones en los ámbitos del mercado y de la cultura? El mercado mundial premia la *diferencia*. Se trata de desarrollar y descubrir las propias oportunidades y ventajas (por ejemplo, características regionales).

En primer lugar, *productos ecológicos*. No se debería despreciar ni ignorar el acceso al mercado mundial de la conciencia ecológica mundial de los alemanes. En lugar de aprovecharse para incidir en el mercado mundial de la segunda modernidad, como patrimonio alemán, se condena la sensibilidad de los alemanes por la ecología, como si fuera un «impedimento para la innovación», no sólo por parte de las empresas sino también en los ámbitos oficiales y de los partidos políticos, en que impera aún la anterior ortodoxia de la sociedad industrial. El presidente de la Oficina Federal de Patentes ya dijo hace años que más del 85% de inventos no se materializan por causas que no cabe atribuir a su carácter antieconómico, sino porque no se valora adecuadamente su comercialización o porque no se experimentan. Los monopolios y los políticos sólo piensan en términos de tecnologías de alta calidad en información o en genética intentando aniquilar la competencia en esos sectores; es decir, pretenden conseguir el monopolio de innovación en lo que otros dominan desde hace mucho tiempo. Son muy pocos los que hoy pretenden asumir riesgos en pro de productos nuevos y de la apertura de nuevos merca-

dos, algo que era habitual hace veinte o treinta años. Por ejemplo, el 16 de enero de 1991, el parlamento federal alemán, en el informe «Medio ambiente y tráfico», anunció la intención de «convertir el impuesto de circulación en un impuesto de sustancias tóxicas por la emisión de CO₂», así como desarrollar «sustancias energéticas no dañinas mezclando etanol o bien materias biológicas».²¹

En segundo lugar, *individualización*. A menudo se ignora o se censura la individualización, y en cambio aquí hay una oportunidad de convertir el individualismo local de la Europa occidental en una ventaja competitiva en el mercado mundial. Transferido a la producción y a los mercados, esto significa desarrollar productos y servicios muy individualizados, así como formas de trabajo y de producción de tal naturaleza que probablemente resultarían ser más intensivas en trabajo. Pues la individualización del producto y de la producción es el principio opuesto a la automatización de la producción (en el límite). Pero también se trata de experimentar y de hallar combinaciones de servicios y de productos. Así surgen nuevos tipos de ofertas, por ejemplo, *leasing* y *software* organizativos que pueden resolver problemas a las fábricas y a los consumidores.²²

En tercer lugar, *mercados del riesgo*. Cada vez se insiste más en que el discurso sobre la «sociedad del riesgo» tiene las connotaciones alemanas de la seguridad y del bienestar. Pero ha quedado claro muy recientemente, desde las «vacas locas» (asunto que puede también ampliarse al campo político, puesto que ha generado una locura de las instituciones y una

21. Debo esta observación al ingeniero Hans Knauth de Meersburgo.

22. Aunque quizá ahora no los tengan.

locura en la política), que la ignorancia frente a los riesgos no es sólo de índole política sino también económica y que se da *en última instancia* en el comercio. Han surgido mercados *precarios* y los consumidores huyen al primer síntoma de riesgo posible. Los discursos públicos sobre el riesgo, que resultan tan tranquilizadores como decir amén en la iglesia, *desvalorizan* capital; obligan finalmente a las empresas a incorporar a la producción de bienes y servicios las posibles reflexiones de los consumidores de los países de Occidente. En cambio, no sirve de ayuda la exportación de puestos de trabajo ni de secciones de investigación a regiones aparentemente ciegas ante el riesgo en la sociedad mundial. La situación puede cambiar rapidísimamente. Basta un incidente, cualquier noticia sobre una desgracia. Además, ha de ser posible vender productos y servicios a esos consumidores de Europa occidental «histéricos ante el riesgo».

Una de las cuestiones esenciales de la segunda modernidad consiste en plantearse cómo conseguir el consenso para productos y servicios que presentan riesgos (por ejemplo, alimentos manipulados genéticamente). A esto tienen algo que aportar los sociólogos. Un nuevo «artículo» alemán podría consistir precisamente en que es un «producto capaz de ser aceptado», porque se exporta tras haberlo probado. Es decir, aquí se da respuesta a la cuestión acerca de cómo concebir y cómo reaccionar frente a las nuevas formas de distribución: mediante una política de productos transparente que incorpore al valor de uso un valor de *aceptabilidad*. Y si esto tuviera éxito, esos productos y formas de producir «aceptables» se impondrían a la larga a los otros en el mercado mundial.²³

23. Véase a este respecto págs. 257 y sig.

En cuarto lugar, *re-regionalización de los mercados*.²⁴ La globalización presupone costes de transporte y de energía bajos. Ahí hay un freno a la globalización, en la medida en que es posible facilitar mercados de trabajo, de productos y de servicios regionales al retirar las subvenciones existentes a los bajos costes del transporte. Es posible favorecer la *política de los mercados regionales de corto recorrido* y a su vez formas de vida y de trabajo ecológicos elevando los costes reales de transporte y de energía (por ejemplo, con impuestos o pagos por las instalaciones de infraestructura).

Esa estrategia política puede vincularse con una política sobre los productos que, por así decirlo, incorpore como parte integrante de éstos su *biografía*. Así, un producto contendría tres componentes: valor de uso, precio y su historia de procedencia y de producción, es decir, informaciones sobre las condiciones de su fabricación desde el punto de vista ecológico (zonas carentes de contaminación) y político (derechos básicos, sindicación), historia que debería constar en etiquetas de fácil lectura. Esto permitiría que el ciudadano pudiera decidir hasta qué punto valora convertir sus compras cotidianas en una adhesión política en favor de formas de trabajo y de vida globales. Por ejemplo, biografías del producto intensivas en trabajo presupondrían favorecer sus consecuencias en el empleo y en el mercado de trabajo (por ejemplo, en la industria alimenticia y en la agricultura). También sería posible dar una respuesta a la globalización mediante la combinación de dos estrategias, a saber, elevando los impuestos reales del transporte e incorporando la biografía de los productos en el aspecto social y ecológico. En su conjunto, ello se orientaría a una

24. Esta idea se la debo a Barbara Adam.

política de fortalecimiento y renovación de los mercados regionales.

En quinto lugar, *superación de los bloqueos de homogeneización cultural*. Este aspecto convierte a la «nación exportadora» en ridículamente inepta para la multiplicidad de la segunda modernidad. Por referirnos sólo a un ejemplo harto conocido: en la pequeña ciudad de la Baja Baviera, Straubing, acuden a la escuela primaria niños de 24 diferentes procedencias nacionales; pero en las mentes, en los partidos y en la administración se mantiene aún la ficción de que Alemania no ha de optar por una sociedad multicultural. Y así se continúa con la política del derecho del *ius sanguinis*.

«La ciudadanía no es un regalo que se le brinda al niño que se porta bien. No es un premio. Es la savia de la democracia. No hay, pues, de qué extrañarse por comportamientos anómalos cuando se priva a los residentes extranjeros en Alemania del alimento de la democracia. Los derechos ciudadanos en la sociedad alemana no pueden depender de la raza, de la religión, de la procedencia ni de las creencias. Quien vive y trabaja aquí, quien paga sus impuestos, tiene, o debería tener, esos derechos, pues, de lo contrario la democracia no funciona. Y si las familias los tienen, con mayor razón los hijos que han nacido y se han criado aquí... Sin embargo, se da un proceso entre jóvenes y mayores (por lo demás, al margen de la nacionalidad) que exige reflexionar sobre una mejor integración, inclusive para la juventud alemana. El problema, expresado en puros términos académicos, se resume con la expresión "delimitación social de crecientes grupos marginales". En realidad, hay indiferencia y agresividad en las escuelas, un clima de inseguridad general y municipios desbordados. Como triste ejemplo, cabe decir

que tales excesos se producen precisamente porque no se admite que los hijos de extranjeros nacidos en Alemania puedan ser alemanes y así luego resulta más fácil expulsarlos.

»¿Cuántas generaciones de los llamados extranjeros han de nacer aquí hasta que se les considere habitantes del país y se les trate como a alemanes? No se trata de un acto de gracia, sino de algo obvio desde una perspectiva democrática.»²⁵

8. CULTURAS EXPERIMENTALES, MERCADOS NICHOS Y AUTORRENOVACIÓN SOCIAL

La individualización comporta muchas cosas, pero precisamente no significa, aunque es habitual esa acusación, la disolución de los valores, sino su cambio y un proceso en el que la autonomía se convierte en algo evidente e irrenunciable.²⁶ Pues individualización, y no en última instancia, también significa que surgen *fuentes culturales favorables al riesgo y a la creatividad*.²⁷ Son fuentes culturales propias de una mentalidad diferente y que se remiten al mercado desde la ruptura con falsas exigencias. Es posible estudiar esto en un escenario de futuro, concretamente *los «estetas de la vida» aparentemente sólo egoístas*.

25. H. Prantl, «Probleme kann man nicht abschieben», en *Süd-deutsche Zeitung* del 20 de mayo de 1997, pág. 27.

26. Véase al respecto U. Beck/E. Beck-Gernsheim (comp.), *Risikante Freiheiten*, Francfort del Meno, 1991, así como Ulrich Beck (comp.), *Kinder der Freiheit*, Francfort del Meno, 1997.

27. A este respecto, H. Wilkinson, «Kinder der Freiheit», en U. Beck (comp.), *Kinder der Freiheit. Op. cit.*, págs. 85-123; también, el nuevo estudio de la casa Shell *Jugend '97*.

Johannes Goebel y Christoph Clermont, en su obra *Die Tugend der Orientierungslosigkeit* describen la generación del 89 desde una perspectiva interna: «L'état c'est moi. Todo esteta de la vida es un aristócrata. Impera en su particular reino autogenerado con plena soberanía. Su existencia principalmente no se orienta a fines mundanos, ni a la moral cotidiana de la burguesía, sino que le sirve sobre todo para configurar el ámbito de su dominio. Su actuación no responde al principio de placer sino a la obligación frente a su propio código de honor. Su fin es el perfeccionamiento de su ser: dotar el presente y la escena de una historia digna de gloria.

»Para el esteta de la vida, el trabajo no le sirve de fin propio ni el tiempo libre como oasis de la autorrealización. La obligación relativa a la especificidad autoelegida de su dignidad es mucho más omniabarcante. Los caballeros de la neomodernidad no se desenvuelven en un territorio cuyo dominio sea el de una persona, sino que están al servicio de la configuración de un dominio sin fronteras. Sus relaciones tejen redes mundiales; sus palacios abarcan continentes.

»En Alemania, hasta el año 2006 se calcula que se transmitirá un patrimonio de 2,6 billones de marcos. Los estetas de la vida se encuentran ante la posibilidad de renunciar a la vida cotidiana y, aunque en la mayoría de casos de forma parcial, de entregarse al imperativo de una vida estética, en lugar de tener que seguir las imposiciones económicas del trabajo asalariado como sentido de su vida. Aunque también, por otra parte, los estetas de la vida son económicamente independientes, pues sus padres les subvencionan las actividades hasta edades avanzadas y en extremos nunca vistos, tengan o no tengan un "Mac-Job" (trabajo basura) seguro que, más allá de proporcionarles algún dinero, no identifica de ningún tipo.

»La existencia aristocrática es de carácter preeconómico. En la medida en que la existencia está asegurada —con independencia de qué forma—, resultan irrelevantes las valoraciones económicas. Por supuesto, esto no significa que los mecanismos económicos sean ajenos totalmente a la mentalidad del esteta de la vida. Exclusivamente ha abandonado la esfera propia de una existencia ligada a un empleo de por vida. La economía ha dejado de significar para él ganar dinero y ha pasado a concebirla como modelo esencialmente omnicomprendido de los procesos de ponderación y relación, como algo imprescindible cuando entra en contacto con otros aristócratas. Para el esteta de la vida, la economía es comercio externo a su personal reino regulado, en cambio, por los principios irracionales de la gracia divina.

»El esteta de la vida no pretende ni puede alcanzar poder alguno sobre la construcción mundial de sus coetáneos, por importante que sea su soberanía interna. En el mundo del esteta de la vida falta totalmente el siervo, el inevitable *pendant* del señor. Su único modelo de vida humana en común es el de la diplomacia entre señores soberanos.

»Mientras se mantuvieron las normas de la caballería, la moral del aristócrata fue utilitaria. Le era totalmente ajena la visión romántica del burgués hacia la totalidad. Y del mismo modo que la nobleza decadente fue un escándalo para la burguesía moralista del siglo XVIII, hoy suscita incompreensión la nueva moral de los estetas de la vida, la cual a menudo se confunde con el oportunismo egoísta y la decadencia de valores.

»Los estetas ante la vida son, pues, pequeños déspotas que han construido su propia nación identificadora. Una nación que cultiva su historia (infancia, biografía propia) y muestra con orgullo sus símbolos específicos: banderas, uni-

formas (estilos, viviendas, etc.). Y mientras no traspasen sus fronteras, coexiste pacífico con sus vecinos, aunque sin manifestar nunca el menor signo de amistad. Naturalmente, no excluyen la asociación para alcanzar algún fin concreto. Cuando el dominio extranjero o la conquista (tutela, imposiciones institucionales) les amenazan, constituyen comunidades pacíficas con fines de defensa. Se instalan controles diarios en las fronteras que le advierten al señor acerca de aquellas situaciones que amenazan con dañar el desenvolvimiento tranquilo en su señorío. Se examinan aquellos casos que potencialmente amenacen la integridad de su proyecto de vida estética: incendios de residencias de asilo, catástrofes medioambientales, guerras y crisis en todo el mundo. En el caso de fallos, pequeños comités llaman a la movilización general; toman las antorchas y mantienen vigilancias, se manifiestan o boicotean. Evidentemente, esas acciones son breves. En cuanto desaparece la amenaza se paraliza también el compromiso. ¡Ya es posible nuevamente abandonarse al mecanismo!»²⁸

Los ambientes propios de los estetas ante la vida, individualizados (ambientes que no son cuantitativamente escasos y que quizá influyan en el estilo de las nuevas generaciones), constituyen nexos de relación social que se han convertido en un permanente laboratorio sobre la civilización. Los artistas ante y en la propia vida no sólo experimentan la afirmación de sus singularidades. Se pronuncian, también, permanentemente sobre formas de vida opuestas aunque autónomas, y se configuran y escenifican a sí mismos como un producto estético. Los mercados que generan no son para

28. Goebel/Clermont, *Die Tugend der Orientierungslosigkeit*, Berlín, 1997, págs. 22 y sig.

masas, sino nichos o minimercados, puesto que ahí se vive, se piensa y se produce en una relación directa del trabajo con el autotrabajo. Pero es un prejuicio creer que esos mercados específicos hayan de ser siempre necesariamente reducidos. Al contrario, en la época de localizaciones globales esas culturas de mercado específico son biotipos que sirven de inspiración a los diseñadores de los productos mundiales (por ejemplo, en la televisión).

Además, la generalización de nichos de mercado que arraigan y florecen regionalmente (¡y por tanto también pueden sustraerse a las leyes de la selva y ser orientados políticamente!) constituye una respuesta central a las dos grandes cuestiones planteadas al terminar la primera modernidad: el final de la producción en masa y el final de la plena ocupación.

Por lo demás, dicho brevemente, la motivación del autodespliegue actúa como motivación para la *autoexplotación*. Se está dispuesto a hacer muchas cosas por muy poco dinero, dado que el enfoque individualista ha roto la ventaja económica y en cambio se valora su sustitución por el valor del autodesarrollo de una actividad que ennoblezca, aunque se gane menos.

Los nichos de cultura y de producción pueden desarrollar un contramodelo frente a la pasión racionalizadora dominante en el gran capital. En este sentido, surgen actividades (productos, servicios) intensivas en trabajo muy significativas en relación al futuro, aunque de alcance limitado, cuya productividad e inversión son escasas, pero que pueden equipararse a éstas por una multiplicidad de actividades complementarias. La producción de nicho facilita tres cosas:

- primero, un laboratorio cultural del futuro y un modo de producción innovador;

- segundo, la reducción de los costes de producción, con iniciativa propia, es decir, sin incurrir en la burocratización al fomentar el tránsito al futuro, y
- tercero, el fortalecimiento y previsión de las especificidades regionales y de la autoorganización de la sociedad civil transnacional.

En cambio, todos los intentos que ha habido de transformación del viejo orden mundial y de valores en defensa de los mayores van en el sentido de incitar y forzar a que la generación de artistas del buscador del yo irónico adopte una existencia engarzada a la máquina burocrática y de jerarquía, incluso en el sentido de despilfarrar la riqueza cultural de la creatividad en el ámbito de la vida mundial que representa y provoca la «suavidad joven». Y así se ha agostado y reducido el ámbito de la renovación social.

9. EMPRESARIOS PÚBLICOS Y TRABAJADORES AUTÓNOMOS

En el lugar de la figura social del empleado y del trabajador como contrapuestos a capitalistas y empresarios aparece, por una parte, el modelo del *trabajador autónomo* y, por otra, la del *empresario público*. El trabajador autónomo sabe que ya no le es posible por más tiempo continuar contando con un trabajo que otros estén obligados a darle; si no lo tiene en cuenta será *él* el culpable y no los otros. Sabe, y procede en consecuencia, que «su» trabajo ha de basarlo y hallarlo en el sentido de un valor de uso ampliado (y ahí están implicados los tres factores, el social, la utilidad y el valor). Esto presupone no sólo una gran identificación con las necesidades ajenas, sino también con el trabajo. El trabajo

autónomo siempre conlleva, en este sentido, trabajo en sí mismo y para los demás.

Pero, en todo caso, también implica un matiz capitalista de *empresario de sí mismo* que «gestiona» las propias capacidades de trabajo. Andreas Zielcke lo describe del siguiente modo:

«Estamos en pleno proceso de la enorme metamorfosis de empleados en empresarios. Y esto indica que, con la nueva competitividad en el mercado, por duras que sean las consecuencias, no hay que contar con los fenómenos del capitalismo primitivo. El actual capitalismo aplica un método de valorización más astuto, más complejo y más cínico de lo que pudieran imaginar sus antepasados.

»El capitalismo temprano se orientó a explotar el trabajo; el contemporáneo explota la responsabilidad. Antes, los que participaban tuvieron que generar la resistencia al trabajo, hoy se ven forzados a contribuir al resultado del negocio. Antes sólo tenían que colaborar, hoy han de implicarse en los planes y riesgos. Antes estaban subordinados al proceso de elaboración como una pieza del engranaje, hoy el proceso de elaboración queda supeditado a su compromiso. La explotación ajena, siempre precaria y que genera resistencia viene a ser sustituida por la absorción de la autoexplotación en principio ilimitada. De ahí que en la actualidad las grandes empresas procedan, en amplios sectores, a reconvertir las mentalidades a fin de fragmentar el poder de decisión. No se trata sólo de que se constituyan centros de beneficios descentralizados, sino que incluso cada equipo de trabajo no ha de cumplir un plan de trabajo sino que ha de demostrar su propia eficacia económica.

»La primacía del mismo principio igualador en responsabilidad rige tanto si se deslocalizan fases del trabajo sepa-

rables por "outsourcing" mediante contrato o subcontratación como si, al revés, se vincula al suministrador externo mediante incorporación a la propia cadena productiva. Lo mismo ocurre con las franquicias. Una empresa mundial como McDonald's consiste sólo en un pequeño núcleo fuerte. Los establecimientos de una red que se extiende por toda la tierra son propiedad de muchos comerciantes particulares a los que la casa central proporciona exclusivamente la licencia de la marca, el *know-how* y ciertos ingredientes específicos a cambio de participación en el negocio. El empresario ha pasado de ser dador de trabajo a ser dador de licencia, y el trabajador, de receptor de trabajo a receptor de licencia. Esa combinación entre unificación y atomización, según la nueva concepción de las marcas comerciales, aumenta las ganancias para ambos, el que da y el que recibe, el gran empresario y el pequeño.

»Todos estos procesos sincrónicos de desintegración y privatización internos están sometidos a experiencias transformadoras de la propia rentabilidad que se acumulan en la zona borrosa entre dependencia e independencia. Cada vez más las grandes empresas ya no producen sólo gran cantidad de mercancías sino también empresarios virtuales.»²⁹

10. ¿PACTO SOCIAL CONTRA LA EXCLUSIÓN?

Pero hay que preguntarse si ese maravilloso panorama de una sociedad en su nicho de bienestar puede estropearse por las tempestades generadas, ya que durante el verano de

1997 en Alemania había casi cinco millones de parados *registrados*. Quizá los discursos del «nicho de cultura» creativa y de la «sociedad cosmopolita» transnacional se adaptaban a las circunstancias de ayer y hoy ya no sirven, si consideramos la miseria creciente y el abandono de las ciudades. ¿No es algo previo garantizar la seguridad de no estar expuesto al robo o al ataque en cualquier esquina? ¿No se está expresando aquí el fundamento de todos los irracionalismos ocultos, a saber, la violencia, desde el propio centro de la sociedad y no en sus zonas marginales?

En primer lugar, se ensancha la brecha entre las rentas. En los últimos quince años, en términos reales las rentas del trabajo han aumentado un 2% (prácticamente nada) y, en cambio, las rentas del capital durante el mismo período están por las nubes, por así decirlo, al aumentar en un 59%.³⁰ Hay que señalar que esto es el inicio de una fase en que la productividad del capital crece sin trabajo. En la era global rige que cada vez hay más trabajo y más barato y el capital resulta cada vez más escaso y más caro. Por tanto, las rentas decrecientes del trabajo y las rentas crecientes del capital generan una escisión en aumento entre el mundo de los ricos y el de los pobres.

En segundo lugar, cada vez hay más grupos —por lo menos transitoriamente— afectados por el paro y la miseria. En los países industrializados de Occidente surge un nuevo «lumpenproletariado» (Marx), un grupo que va en aumento de *excluidos*. La noción sociológica relativa a esos casos de miseria corresponde a la de exclusión que se da en el interior de la sociedad moderna: *sin vivienda no hay tra-*

29. A. Zielcke, «Der neue Doppelgänger», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 20 de julio de 1996, n.º 167.

30. Véase informe de la Kommission für Zukunftsfragen 1996/1997; también, Thomas Eckardt, *Arm in Deutschland*, Munich, 1996.

bajo, sin trabajo no hay vivienda y sin trabajo ni vivienda no hay democracia.

En las dos últimas décadas la producción mundial pasó de 4 a 23 billones de dólares y la cantidad de pobres aumentó un 20%. La participación en la renta mundial de la quinta parte más pobre de la humanidad se ha reducido en el período de 1960 a 1990 del 4 al 1%. En cambio, 358 multimillonarios poseen hoy más de la mitad de lo que gana la mitad de toda la humanidad.³¹ Y aunque parece suscitar poco interés, diariamente mueren en el mundo 35.000 niños por enfermedades de la civilización y no por catástrofes naturales; precisamente se trata de enfermedades relativamente fáciles de combatir o de curar con adecuados medios (neumonías, diarreas, malaria, tétanos, viruela, tosferina). En dos días mueren, pues, más niños que americanos murieron durante toda la guerra del Vietnam (58.000).³²

Mientras tanto, en Alemania, viven más de siete millones de personas al margen del bienestar; es el propio centro, aparentemente seguro, de la sociedad lo que está amenazado de decadencia. Tanto en EE. UU. como en los países europeos comunitarios crece la preocupación por ese escenario social y político de un proceso de brecha en aumento entre pobreza y riqueza en el interior de los países y entre países, escenario que plantea, al nivel más elevado de la economía y de la política, la necesidad de preguntarse: *¿cuánta pobreza puede soportar la democracia?*

En tercer lugar, la miseria y el paro cada vez se corresponden menos con los estereotipos de las clases y por ello

31. Datos extraídos del informe de la OCDE del verano de 1996 (citado por *The Independent* del 4 de abril de 1996).

32. Y. W. Bradshaw, M. Wallace, *Global Inequalities*, Londres, 1996, págs. 16 y sigs.

son más difíciles de identificar así como de organizar como fuerza política. Las vías típicas que llevan a la pobreza y a la falta de vivienda no se agotan en el paro; también hay que contar con la separación, la enfermedad repentina, el impago de créditos o de hipotecas, etc.

En cuarto lugar, en las formas de existencia individualizadas, las personas han de entender como destino personal lo que antes constituía el destino de su clase social; hay que atribuirse a uno mismo la incapacidad individual e incluso la pérdida de fuerzas. «Ya no somos personas. La pérdida de imagen es indescriptible» dijo un parado de la Alemania oriental para expresar su miseria. En las nuevas comunidades de la Alemania Federal ese fantasma del paro ataca directa o indirectamente a la mayoría de la gente. La equivalencia entre la pérdida del trabajo y la «pérdida de imagen» tiene aún un sentido más profundo en esas zonas, ya que la República Democrática Alemana era en un sentido distinto una «sociedad del trabajo»; en la Alemania Federal las personas estaban socializadas en la red del trabajo, incluso después de la jubilación como pensionistas.

Es importante distinguir entre las circunstancias de la inseguridad biográfica y aquellas que parecen impedirles a los individuos continuar calculando y controlando inseguridades. Las primeras las llamo riesgos biográficos; las segundas, *peligros* biográficos.

Es tarea difícil diferenciar entre sí gradaciones de las inseguridades de la existencia generadas socialmente. Las zonas grises son extensas e inabarcables, puesto que la delimitación sencillamente se corresponde con la percepción según sea el límite de visión del individuo. Ciertamente se pueden dar indicadores objetivos, recursos y criterios de normalidad vigentes; pero todo ello no puede hacernos ig-

norar que el límite entre riesgos biográficos aún calculables y los peligros biográficos que no son ya previsibles abre de par en par la puerta a la subjetividad de la opinión, de la subordinación, de las expectativas, de la esperanza y del desconocimiento.

Y, sin embargo, cabe reconocer que es de la mayor importancia para la sociedad (y para los análisis sociales) esa situación en la cual una cantidad cada vez mayor de hombres se encuentra arrastrada por relaciones que no es capaz de entender, dominar o ignorar por sus propios medios o capacidades. El impulso hacia la autoafirmación y autoorganización puede convertirse en desesperación y, por tanto, en ira brutal y ciega. Los peligros biográficos percibidos constituyen tierra abonada para la violencia, los neonacionalismos y las revoluciones.

¿Pero, qué hacer si no se desea quedar agotado por las lamentaciones (¿sin padecer?)?

En esta obra ya hemos indicado muchas orientaciones y estrategias. Y también siempre hemos señalado el problema y su génesis. Lo que podemos llamar el *dilema de la política social en la época de la globalidad* consiste en que el desarrollo económico surge en la política nacional, mientras que las consecuencias sociales se *concentran* en las redes del Estado nacional. La previsión acerca de tiempos peores es clara. Aumentan el nivel de conflictos sociales por la distribución y al mismo tiempo el carácter forzoso de decisiones políticas impopulares, que deberían evitarse.

Nadie tiene respuesta ante la cuestión clave de la segunda modernidad acerca de cómo hacer compatible con la era global la justicia social. Tampoco hay respuesta sobre si existe algo parecido a un sistema de previsión social de carácter transnacional, cuestión que está llamada a ser discutida en los

próximos años.³³ No hay porqué argumentar en contra del Estado mundial, ni del Estado mundial de previsión, pues no existe realmente esa perspectiva. La cuestión, pragmáticamente tiene que ver con,

- en primer lugar, incorporación de garantías básicas;
- en segundo lugar, fortalecimiento de redes sociales de autoprevisión y autoorganización;
- en tercer lugar, proyección y vigilancia de la cuestión de la justicia social y económica a escala mundial en los centros de la sociedad global.

A menudo se ve la ayuda mayor o menor, en la propia localidad o en otros continentes, como una competición en un pluralismo de la miseria constituido por los indigentes, los enfermos de Alzheimer, las víctimas de desastres medioambientales, etc. Veit Post, el defensor de la ayuda alemana para combatir el hambre mundial, en su artículo «Abschied vom Jammertal», dice: «Todo esto es inútil e innecesario. Pues el trabajo de la mayoría de organizaciones de ayuda es mejor que la fama de la política de desarrollo. La ayuda al desarrollo —tanto la estatal cuanto la privada— consigue muchos éxitos que también son cuantificables... Se cae en una actitud demasiado defensiva cuando se expone que los éxitos alcanzados se basan en condiciones previas importantes como competencia, profesionalidad y motivación en general de los colaboradores de las organizaciones de ayuda.

»Nueve de cada diez alemanes consideran necesaria la ayuda al desarrollo; cientos de miles de ciudadanos entre-

33. Véase a este respecto, «Standort Europa», en S. Leibfried/ P. Pierson (comp.), *Europäische Sozialpolitik*, Francfort del Meno, 1997.

gan anualmente cientos de millones de marcos para esos fines; en las escuelas aumenta el interés por las condiciones de vida de la gente en el Tercer Mundo. ¿Hay condiciones mejores para conseguir entusiasmo por la política del desarrollo?

»Si las organizaciones de ayuda quieren alcanzar la salida del valle de lágrimas han de aprender a discutir en lugar de enseñar; han de ofrecer mejores soluciones en lugar de sólo hablar de problemas; han de ganarse el corazón de la gente en lugar de "sólo" dirigirse a la razón. Han de indicar más posibilidades de actuación basadas en nuevos estudios. Han de convertirse en asesores de los conflictos en lugar de reclamar donaciones estatales. Han de concebirse más como servidores que como difusores de moral.

»A partir de un diálogo privado entre amigos africanos se pudo colegir que el concepto de "valle de lágrimas" no tiene traducción adecuada en su lengua.»³⁴

34. V. Post, «Abschied vom Jammertal», en el periódico *Die Zeit* del 28 de marzo de 1997.

EUROPA COMO RESPUESTA A LA GLOBALIZACIÓN

Muchos están preocupados por la curiosa cuestión esencialista: ¿qué es Europa? No pocas veces la respuesta se formula en términos de Europa *fué*. «No se puede retroceder hacia Europa por la sencilla razón de que Europa sólo existe en el museo de la retórica.»¹

Europa es un *espacio imaginario* y no un espacio geográfico. Así, por ejemplo, a la pregunta de qué es lo que constituye Europa, Milan Kundera responde: la *lucidez de la novela*. «A mí me gusta la idea de que el arte de la novela nació como eco de la risa de Dios... Un sorprendente dicho judío dice que el hombre piensa y Dios *ríe*. Inspirado en esa sentencia, me imagino a François Rabelais que un día oyó la risa de Dios y así surgió la idea de la primera gran novela europea.»² Para Kundera, Europa significa descubrir, ver y leer el mundo como ambigüedad. Lucidez de la novela significa lucidez de lo incierto, de la ironía.

Podemos pensar en innumerables caracterizaciones diferentes; por ejemplo, la *ciudadanía mundial europea* que describen Montaigne, Goethe y Kant (por sólo citar tres

1. Rolf Peter Sieferle, *Epochenwechsel. Die Deutschen an der Schwelle zum 21. Jahrhundert*, Berlín, 1994, pág. 78.

2. Milan Kundera, *Die Kunst des Romans*, Munich, 1987, pág. 166.

autores), y que, tras la catástrofe que significó la Alemania nacionalsocialista, ha representado que los judíos europeos se sientan en casa en Israel. Todas esas caracterizaciones son irrenunciables e indicadores de futuro en relación a una identidad europea en la época de la globalización.

Pero la pregunta continúa ahí: la Europa política ¿no es nada más que una ilusión? Se verá obligado a bostezar quien pretenda esforzarse por estudiar los volúmenes que se han escrito sobre el no ser y el ocaso de Europa. Magníficas lecturas para dormir y el mejor sustituto de un somnífero, y además sin efectos secundarios.

Lo más irritante de que no exista una Europa política no es su inexistencia sino que ni tan siquiera ello se perciba como una carencia. Incluso aquellos intelectuales comprometidos que no paran de suscribir cualquier manifiesto sobre lo bueno y lo malo no se pronuncian sobre la persistencia de un muro entre la opinión pública de diferentes Estados, por lo que a los «asuntos europeos» se refiere.

Por ejemplo, no existe ningún periódico realmente europeo, ni programa de televisión que merezca tal calificativo por ser capaz de ganarse al público europeo y de reducir las cuotas de los programas televisivos nacionales. También del mercado de Europa parece haberse apoderado el espíritu de tendero que prefiere lo provincial al fomento de la europeidad. La gente se agarra a los fragmentos de lo viejo y conocido a fin de no verse invadida por las rápidas corrientes del todo está cambiando.

Pero quizá las lamentaciones acerca de la Europa política tengan su origen en una falsa utopía sobre lo que debería ser una Europa «política».

Pues, en última instancia, quien se queja de que hasta hoy no ha surgido un espacio europeo en términos políti-

cos se está refiriendo a que no existen unos Estados Unidos de Europa comparables a EE.UU. No existe parlamento europeo ni opinión pública europea dignos de tal nombre; es decir, no existe una Europa unificada en un Estado. Y esa carencia sólo cabe compensarla con vivas esperanzas.

Pero quizá quepa suponer que la concepción de una Europa unida en un determinado momento se desintegre y dé lugar a identidades locales-globales. El modo de ser europeo ¿permite o impide identificarse con los excluidos de las favelas brasileñas? ¿Me resulta posible sentirme unido a Greenpeace (en el sentido de denuncia de la acumulación de basura en la tierra) en cuanto europeo? ¿Frena «Europa» mi autoconciencia feminista? ¿O, al contrario, fortalece lo europeo la identidad feminista y ecológica? ¿Contra qué o a favor de qué se está cuando se ataca o defiende Europa?

Todas estas cuestiones ponen de manifiesto que nadie espera nada de Europa, sino que Europa es un añadido. Pero es necesario prestar atención a que Europa, de entrada, no es más que una mera etiqueta, un adhesivo para el coche o una normativa burocrática más.

¿Por qué Europa? ¿Por qué no Helga o la abuela o los indigentes que tenemos cerca o que se encuentran en otras partes del globo? Ésta es una cuestión a la que tendrán que dar respuesta en el futuro *los europeos*. ¿De qué se trata cuando se habla de Europa? ¿De subvenciones para los productos lácteos, etc.? ¿De algo *excluyente*, es decir de la construcción de la fortaleza Europa? ¿O se trata de una Europa *incluyente* que se concibe como administrador político de la globalización económica? La noción central, el primer peldaño se consigue —diciendo que *sin Europa no hay respuesta a la globalización*. Pero entonces, lo que es o haya de ser Europa no procede del pasado sino que se plantea en térmi-

nos de respuesta a cuestiones políticas del futuro en los distintos ámbitos del mercado de trabajo, de la ecología, del Estado social, de la migración internacional, de las libertades políticas y de los derechos fundamentales. Sólo en el espacio transnacional de Europa resulta posible que las políticas nacionales dejen de ser el objeto que amenaza la globalización y pasen a ser su sujeto configurador.

Pero entonces se plantea la cuestión acerca de cuáles son las respuestas que puede dar a la era global una Europa política y sólo ella.

Joschka Fischer dice: «Sospecho que Europa se está construyendo en torno a un banco. Pero hay que preguntarse por las consecuencias de esto. También yo hubiera preferido como primer paso un proceso de integración política y no Maastricht. Pero ¿hemos de rechazar esa primera transferencia de soberanía real al nivel europeo? Lo considero un error». Pues, según continúa explicando Fischer, en primer lugar, los debates sobre la introducción del euro «se desarrollan en todos los países de un modo similar. Y ello es una ventaja. Quizá por primera vez consigamos realizar un debate europeo a partir de la política interna de las correspondientes culturas nacionales. Además, la desregularización del mercado de trabajo europeo se perfila cada vez más como fuente de problemas. Los obreros de la construcción portugueses se incorporan a Alemania, mientras que los africanos pasan a Portugal y los alemanes se quedan sin trabajo. Por primera vez se plantea un debate acerca de si conviene retroceder y volver a las fronteras duras o dar un paso hacia adelante regulando el mercado de trabajo europeo. Y por último, Chirac tuvo que comprobar, durante los enfrentamientos de Murooa en 1995, que la integración europea había avanzado en relación a la época de De Gaulle de 1965. Las pruebas atómicas ya no

se aceptaban. Quisiera dejar claro, en relación a las anteriores cuestiones que en torno a la construcción de la unidad monetaria comienza un debate europeo. Puede utilizarse para no quedarse en el ámbito bancario y abrir el campo de la discusión de una constitución europea. Necesitamos una definición europea de los derechos fundamentales».³

No existe alternativa nacional a la globalización. Quizá sí, en cambio, exista en el ámbito transnacional. La creación de un Estado transnacional del tamaño de la Unión Europea podría ser que pudiera reconstruir para los Estados cooperantes la primacía de la política y la capacidad de acción política en los campos social y económico. En realidad, una Unión Europea democrática y fuerte podría decantar su peso, al ser el mayor poder comercial del mundo, en pro de incorporar reformas reales, tanto internas cuanto externas. Habría que reformar radicalmente la Organización Mundial del Comercio. Se deberían incorporar urgentemente niveles mínimos sociales y ecológicos. Aunque no en un sentido proteccionista, sino en el sentido de superar la doble moral europea de que no rija en otros países lo que se define y protege en Europa como dignidad humana. A la política de la desregularización de los organismos transnacionales se debería contraponer la exigencia de rerregulación, la reintroducción de niveles sociales y ecológicos. Necesitamos un sistema fiscal unitario en la Unión Europea. Hay que llegar a un comercio mundial equilibrado en el que no sea cada vez menos los que más ganan y hayan de ser los otros quienes paguen los gastos. Hemos de abrir un debate, finalmente, sobre una reforma de impuestos ecológi-

3. J. Fischer, aportación al debate «Heraus aus dem nationalen Biotop», en *taz* 13 de junio de 1997.

cos, en el ámbito europeo, que les arrebató a los adversarios los argumentos. Hemos de ayudar a otros países a que produzcan para el *propio* mercado, a que den ocupación a su *propia* población. Globalización significa, como hemos dicho, rerregionalización a nivel sub y supranacional.

Política de carta a los reyes magos. Lo que antes se calificaba de «utópico». M. Greffrath se pregunta si se trata de «Una sociedad de tiempo libre, un sistema social que incita a la actividad para sí de los ciudadanos, un Estado activo que fomenta y orienta la innovación industrial por sus consecuencias (¿qué sistema queremos para el futuro? ¿cuál es el que requiere el mundo?), una Europa que no se agota sino que organiza en sus límites el intercambio con las regiones vecinas y el mercado mundial, una domesticación de la multiplicidad incluidos los deseos. ¿Es eso lo que queremos? Pues sí. Una sociedad de tiempo libre y una Europa que experimenta su “segunda oportunidad” (J. Habermas) y que pone orden en lo que le ha enriquecido y motivado en los últimos cuatrocientos años. Por supuesto, que eso requiere nada menos que una revolución cultural; un acontecimiento tan trascendente como el Renacimiento. Puede parecer ridículo plantearlo. Pero se dan síntomas que apuntan en ese sentido: el mejor especulador mundial del capitalismo financiero liberal se considera más peligroso de lo que fuera en su momento el comunismo; Joop, el fabricante de artículos de lujo, dice que todo su imperio no sirve propiamente para nada y manifiesta que desprecia a la gente que se engalana con sus productos. Estamos ante un cambio de valores aunque esas suaves formas de disidencia no adopten aún forma de ruptura. Y existe la posibilidad de un cambio de elites. Son sólo indicios. Se dan también cuando los trabajadores de la Volkswagen en Wolfsburg se contentan con

menos dinero y sus mujeres se declaran satisfechas; cuando el propietario de la gran fábrica de bienes de equipo (como muchos colegas suyos) sueña con la reducción del tiempo de trabajo —“debería hacerse extensiva a todos”—. Cuando Jürgen Schrempp ante la banca alemana anuncia la falta de proyecto europeo y reclama construir autopistas hacia Moscú para crear puestos de trabajo, ganancias y espíritu europeo; cuando empresarios suabos sueñan con grandes iniciativas que consigan soluciones ecológicas para las grandes metrópolis del sudeste asiático; cuando Paul Kennedy espera incondicionalmente que “Europa” limpie el Mediterráneo. “Es algo que ya es posible”, dijo. Cuando el mundo se transforma, cuando los grandes sistemas se deshacen o paralizan, los hombres buscan nuevas vías. Primero de carácter individual, torcidas, semilegales. Durante algún tiempo lo de menos es qué hacen los administradores de lo viejo; cuenta, en cambio, cuántos son los que se reorientan. Pues durante cierto tiempo parece que no existan puentes entre las reivindicaciones de que hablan los análisis en los libros y la vida cotidiana de maestros, jubilados y estudiantes. Pero llegará otra política cuando un gobierno tenga en mente por fin la común aceptación de que no nos guíe el mercado. Sólo entonces se dará un *New Deal*: entre generaciones, entre parados y empleados, entre sexos, entre Estado y sociedad.»⁴

4. M. Greffrath, *Die Frage nach dem New Deal*, Berlín, 1997.

ESCENARIO DE DECADENCIA A LA CARTA O
LA BRASILEÑIZACIÓN DE EUROPA

Si permanece ese New Deal, si el fatalismo de los posmodernos y del globalismo neoliberal se convierte en profecía autorreferida, será realmente algo fatal. Entonces ciertamente pueden hacerse realidad las visiones catastrofistas que hoy ocupan casi exclusivamente la imaginación pública. Nosotros anunciamos —como conclusión convencional— la *brasileñización de Europa*.

Los neoliberales han ganado. Incluso en contra de sí mismos. El Estado ha sido desahuciado. El Estado social está en ruinas. Y, sin embargo, no impera el desorden. En lugar de las construcciones del poder y del derecho de los agentes estatales, han entrado en escena diversas ligas de poder desgajadas que se enfrentan y combaten. Y en las zonas intermedias existen territorios de nadie en los aspectos jurídico y normativo.

En el interior de las ciudades peligrosas viven y trabajan empleados rodeados de vigilancias por cámaras de video y que han de refugiarse, como en el caso de los viejos castillos, en altas torres interconectadas, donde rigen los monopolios transnacionales.

Junto a sus casas hay parques y zonas naturales protegidas, que son conservados y defendidos por los verdes militantes (los llamados «virus terroristas») con violencia armada.

En ciertos territorios se permite consumir el veneno del humo. En otros, quien fuma cigarrillos se expone a la pena de muerte. Grupos de jubilados armados patrullan por las fronteras de sus asentamientos bien vigilados.

Hay vías rápidas para superlimusinas; pero finalmente (para los que van como un rayo, apenas si perceptibles) han de negociar en los constantes cruces para cederse el paso entre sí.

Pero también debido a que delimitan con zonas para ciclistas, en las que está prohibido bajo severas penas circular *sin* bicicleta, han de afrontar todos los conflictos que surgen en la vida cotidiana. Pues aquí se trata de que cada uno responda a su modo: ¿cómo puedo bajar de la bicicleta sin —por lo menos momentáneamente— contravenir la exclusión para peatones? Consecuentemente, se han adaptado las escaleras y las cintas transportadoras que conducen desde la vivienda a la circulación de bicileras; junto al lecho y junto al escritorio se han instalado dispositivos que permiten el paso a los ciclistas o dejar la bicicleta, y que facilitan el cambio, a quienes no van a pie, a otras funciones de la vida —como, por ejemplo, dormir y trabajar—; aunque de manera imperfecta, como lo es la vida.

Los transportes públicos están mal vistos. Recuerdan los dinosaurios del Estado nacional. En museos bien vigilados se pueden contemplar sus signos de identificación.

Si alguien se atreve a viajar en metro da a entender que se expone voluntariamente a que le ataquen. De modo que ser objeto de un ataque equivale a una autoacusación. Pues, según la regla, los atacados son culpables de haber sido atacados.

Entre esos dominios territoriales confusamente delimitados por monopolios, ligas, cárteles de drogas, ejércitos de

salvación, naturistas militantes, sociedades de ciclistas y las circunstancias en que se permite libremente robar (quizá porque el terapeuta consideró irrenunciable esa autoexperiencia en el curso del proceso de formación de la personalidad), aún existe el recuerdo lejano de aquel Estado nacional orgulloso por el cual millones de hombres se mataron, se agujerearon a balazos y saltaron por el aire. Los Estados representan intereses particulares de entre los interesados particulares.

En cambio, si se considera cualquier monopolio transnacional, por ejemplo, el «Deutsche Bank», que ahora se llama «Banco Mundial», se tiene una relación de poder inversa. Hay que mirar con lupa para alcanzar a reconocer un pequeño Estado. En cambio, hay que mirar con prismáticos si se quiere alcanzar a ver los monopolios.

De ahí que, en lugar de las Naciones Unidas, haya aparecido la imagen de Coca-Cola Unida o algo parecido.

El Estado residual se mantiene por los impuestos; o mejor sería quizá decir, por la pretensión de los impuestos. Pero recaudar impuestos es algo lento, aunque sea algo que está directamente incorporado a servicios y gastos. Además se han de conseguir en competencia con muchos otros pagos y tributos que exigen las uniones personales de dominio con ayuda de sus armas al amenazar con no prestar sus servicios de seguridad. Pues, el monopolio de la violencia estatal se ha acabado, como otros monopolios. Lo que queda es el ensayo de una política exterior. Pero pocas veces ese título honorífico de «ensayo» en el ámbito literario fue tan adecuado como en este caso.

BIBLIOGRAFÍA

- Albrow, Martin, *Abschied von der Heimat. Gesellschaft in der globalen Ära*, Edition Zweite Moderne, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1998.
- Axford, Barrie, *The Global System: Economics, Politics and Culture*, Cambridge, Polity Press, 1995.
- Beck, Ulrich, (comp.), *Politik der Globalisierung*, Edition Zweite Moderne, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1997.
- , (comp.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Edition Zweite Moderne, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1997.
- , *Das Zeitalter des eigenen Lebens: Die Globalisierung der Biographien*, Edition Zweite Moderne, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1998.
- Bornschier, Volker, *Westliche Gesellschaften im Wandel*, Francfort del Meno, Nueva York, 1988.
- Deppe, Frank, *Fin de Siècle. Am Übergang ins 21. Jahrhundert*, Colonia, 1997.
- Dror, Yehezkel, *Ist die Erde noch regierbar?*, Munich, Bertelsmann, 1994.
- Eade, John (comp.), *Living the Global City*, Londres, Routledge, 1996.
- Featherstone, Mike (comp.), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 1990.
- , Scott Lash y Roland Robertson (comps.), *Global Modernities*, Londres, Sage, 1995.
- , *Undoing Culture*, Londres, Sage, 1996.

- Giddens, Anthony, *Die Konsequenzen der Moderne*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1995 (trad. cast.: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2004).
- , *Jenseits von Links und Rechts. Die Zukunft radikaler Demokratie*, Edition Zweite Moderne, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1997.
- Habermas, Jürgen, *Die Einbeziehung des Anderen*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1996 (trad. en prensa: Barcelona, Paidós).
- Hall, Stuart, David Held y Tony McGrew (comps.), *Modernity and its Futures*, Cambridge, Polity Press, 1992.
- Hannerz, Ulf, *Transnational Connections*, Londres, Routledge, 1996 (trad. cast.: *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra, 1998).
- Held, David (comp.), *Cosmopolitan Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1995.
- Inglehart, Ronald, *Modernization and Postmodernization*, Princeton, Princeton University Press, 1997 (trad. cast.: *Modernización y posmodernización*, Madrid, Centro de investigaciones sociológicas, 2001).
- Kessler, Wolfgang, *Wirtschaften im dritten Jahrtausend*, Oberursel, Publik-Forum-Verlagsgesellschaft, 1996.
- Kommission für Zukunftsfragen, *Die Entwicklung des Arbeitsmarktes, Bericht I*, Bonn, 1996.
- Lash, Scott y John Urry, *Globale Kulturindustrien*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1998.
- Luttwak, Edward, *Weltwirtschaftskrieg – Export als Waffe – Aus Partnern werden Gegner*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1994.
- Martin, Hans-Peter, Harald Schumann, *Die Globalisierungsfälle*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1996 (trad. cast.: *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus, 1998).
- Matthes, Joachim (comp.), *Zwischen den Kulturen?*, Sonderband 8 de la revista *Soziale Welt*, Baden-Baden, 1992.
- Micklethwait, J. y A. Wooldrige, *The Witch Doctors*, Nueva York, Times Book, 1996.

- Ohmae, Kenichi, *Die neue Logik der Weltwirtschaft – Zukunftsstrategien internationaler Konzerne*, Hamburgo, Hoffmann & Campe, 1992.
- Reich, Robert, B., *Die neue Weltwirtschaft. Das Ende der nationalen Ökonomie*, Berlín, Ullstein, 1993.
- Robertson, Roland, *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage, 1992.
- Roscnau, James, *Turbulence in World Politics*, Brighton, Harvester, 1990.
- Sieferle, Rolf Peter, *Epochenwechsel – Die Deutschen an der Schwelle zum 21. Jahrhundert*, Berlín, Propyläen, 1994.
- Wallerstein, Immanuel, *One World, Many Worlds*, Nueva York, Lynne Rienner, 1988.
- Weidenfeld, Werner (comp.), *Demokratie am Wendepunkt*, Berlín, Siedler, 1996.